

# ENTRE LAS CUERDAS

Cuadernos de un  
aprendiz de boxeador



LOÏC WACQUANT

Lectulandia

"Aterricé en la sala de boxeo de Woodlawn por rebeldía y por casualidad. Buscaba un lugar de observación para ver, entender y tocar de cerca la realidad cotidiana del gueto americano, cuyo estudio había iniciado por invitación y en estrecha colaboración con el eminente sociólogo negro William Julius Wilson pero del que no tenía ni la más mínima percepción práctica, puesto que había crecido en el seno de una familia de clase media de un pueblecito del sur de Francia. Nunca había practicado ese deporte, ni siquiera se me había pasado por la imaginación hacerlo... Durante tres años me entrené junto a boxeadores del barrio, aficionados y profesionales, entre tres y seis veces por semana. Para mi sorpresa, me fui enganchando poco a poco hasta el punto de disputar mi primer combate oficial en los Chicago Golden Gloves. Las notas que registraba día a día en mi cuaderno de campo después de cada sesión de entrenamiento, así como las observaciones, fotos y grabaciones realizadas durante los combates en los que peleaban los colegas del gimnasio, me proporcionaron el material de este libro."

"Entre las cuerdas es una joya, destinado a perdurar como los clásicos... Un poema en prosa, una obra de amor y sabiduría al mismo tiempo: así es como debería escribirse la etnografía si hubiera etnógrafos capaces de escribir así."

Zygmunt Bauman

"Un enfoque autorizado y lleno de frescura."

*The Ring: The Bible of Boxing*

**Lectulandia**

Loïc Wacquant

# **Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador**

ePub r1.0  
Primo 26.09.15

Título original: *Corps et âme: Carnets ethnographiques d'un apprenti boxeur*

Loïc Wacquant, 2000

Traducción: María Hernández Díaz, 2004

Editor digital: Primo

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

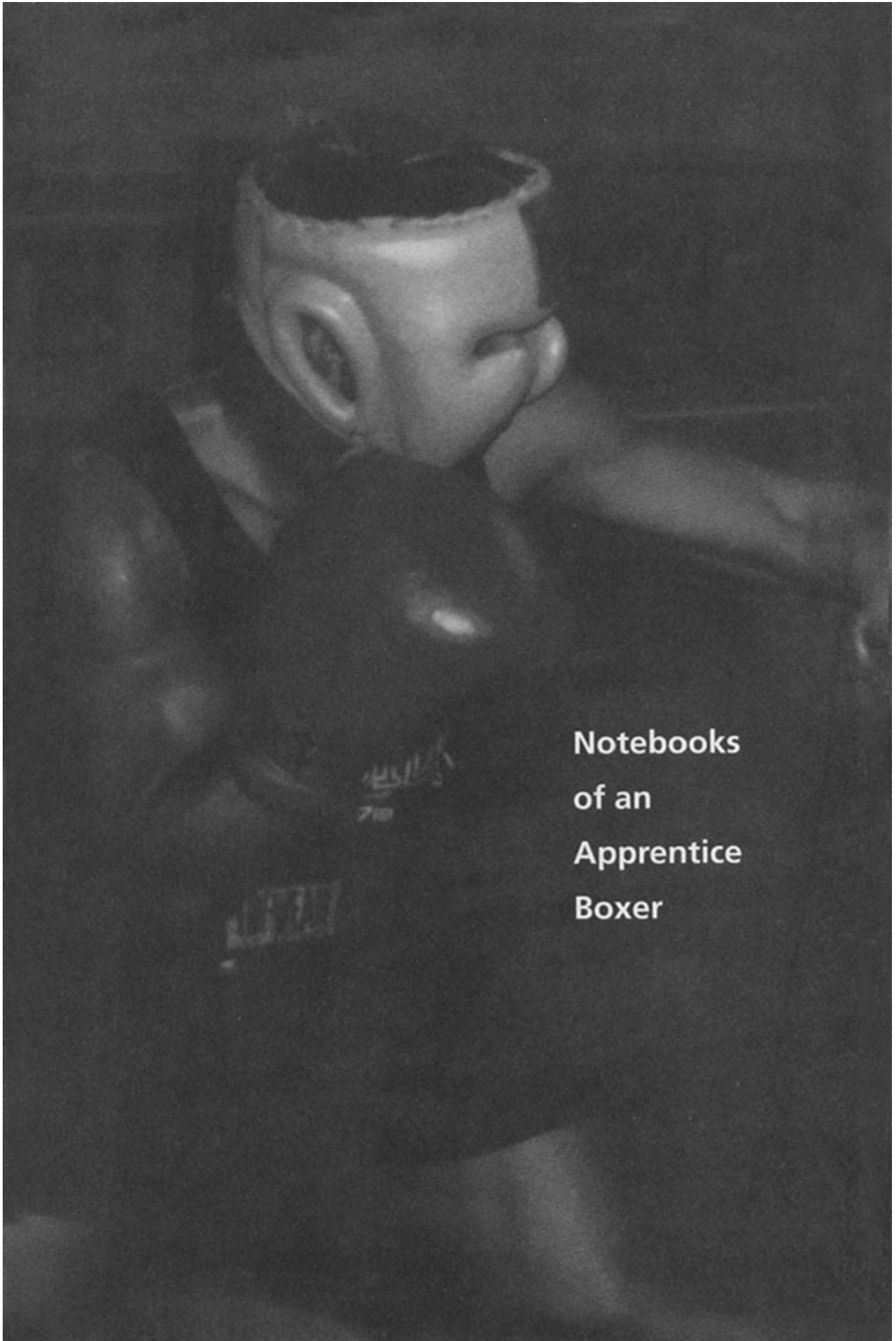
---

Todo grupo de personas —presos, hombres primitivos, pilotos o pacientes— desarrolla una vida propia que se convierte en significativa, razonable y normal desde el momento en que uno se aproxima a ella.

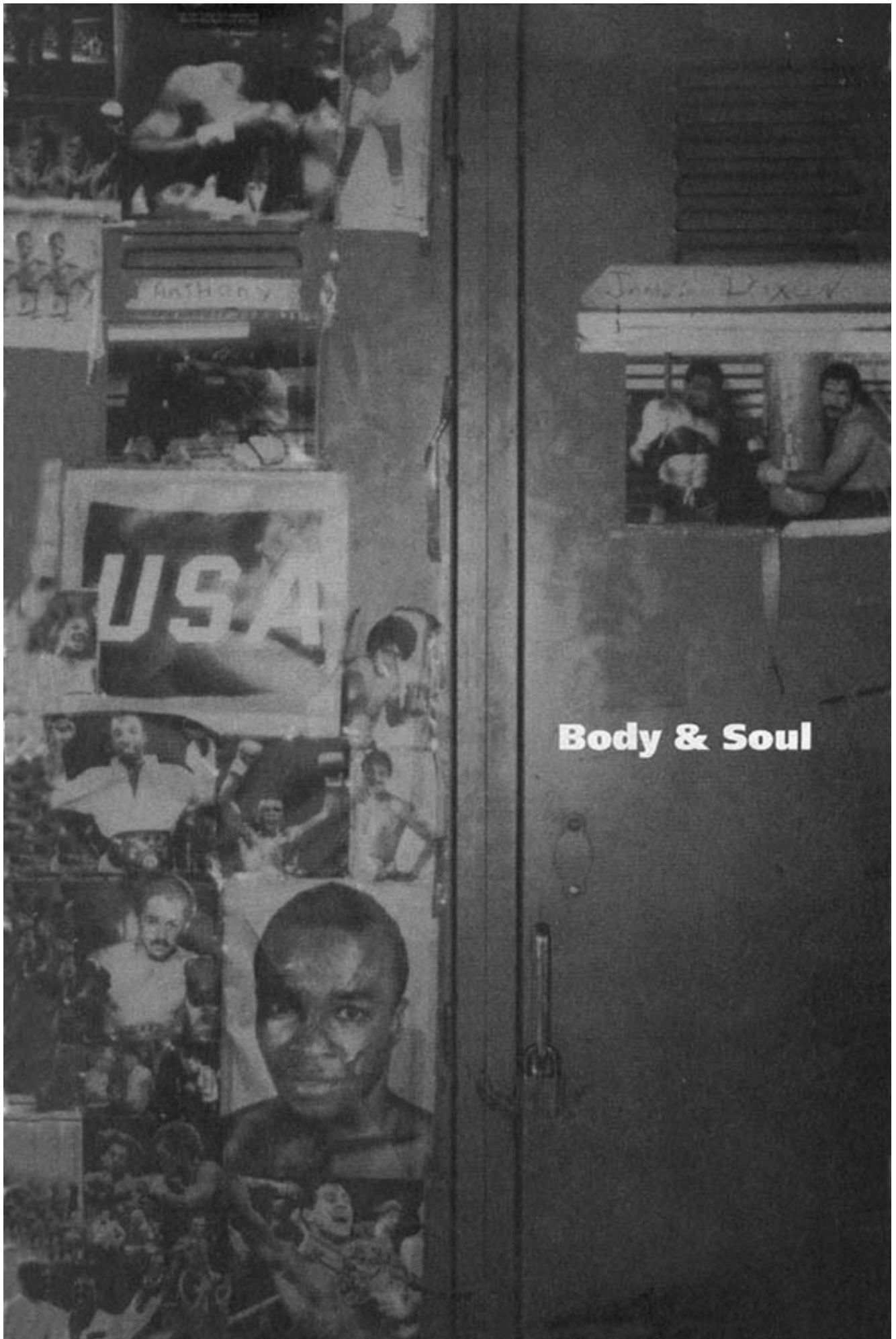
Erving GOFFMAN, *Internados*, 1961

Dificultades subjetivas. Peligro de la observación superficial. No «creer». No creer que se sabe porque se ha visto; evitar todo juicio moral. No asombrarse. No indignarse. Intentar vivir en la sociedad indígena. Elegir bien los testimonios. [...] Se buscará la objetividad tanto en la exposición como en la observación. Decir lo que se sabe, todo lo que se sabe y nada más que lo que se sabe.

Marcel MAUSS, *Manual de etnografía*, 1950



**Notebooks  
of an  
Apprentice  
Boxer**



Loïc Wacquant

**Body & Soul**



*A Elisabeth, por nuestros años juntos en Chicago*

# EL SABOR Y EL DOLOR DE LA ACCIÓN: PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Nihil humanum alienum est.  
Baruch Spinoza

Especie de *Bildungsroman* sociopugilístico que repasa una experiencia personal de iniciación a un trabajo físico tan reconocido por su simbolismo heroico —Mohamed Alí es, sin ninguna duda, el hombre vivo más célebre y celebrado del planeta, incluso más que Pelé— como desconocido en su realidad prosaica, este libro es además un experimento científico. Pretende ser una demostración empírica de la fecundidad de un enfoque que toma en serio, tanto en el plano teórico como en el metodológico y retórico, el hecho de que el agente social es, ante todo, un ser de carne, nervio y sentidos (en el doble sentido de sensual y significado), un «ser que sufre» (*leidenschajilisch Wesen* decía el joven Marx en sus *Manuscritos* de 1844) y que participa del universo que lo crea y que, por su parte, contribuye a construir con todas las fibras de su cuerpo y su corazón. La sociología debe intentar recoger y restituir esta dimensión carnal de la existencia, especialmente llamativa en el caso del pugilista, pero que realmente todos compartimos en diversos grados, mediante un trabajo metódico y minucioso de detección y registro, de descifrado y escritura capaz de capturar y transmitir el sabor y el dolor de la acción, el ruido y el furor de la sociedad que los pasos establecidos por las ciencias humanas ponen habitualmente en sordina, cuando no los suprimen completamente.

Nada mejor pues como técnica de observación y análisis que la inmersión iniciática en un cosmos, e incluso la *conversión moral y sensual*, a condición de que tenga una armadura teórica que permita al sociólogo apropiarse en y por la práctica de los esquemas cognitivos, éticos, estéticos y conativos que emprenden diariamente aquellos que lo habitan. Si es verdad, como sostiene Pierre Bourdieu, que «aprendemos con el cuerpo» y que «el orden social se inscribe en el cuerpo a través de esta confrontación permanente, más o menos dramática pero que siempre deja un gran espacio a la afectividad», entonces es imperativo que el sociólogo se someta al fuego de la acción *in situ*, que sitúe en la medida de lo posible todo su organismo, su sensibilidad y su inteligencia en el centro del haz de fuerzas materiales y simbólicas que pretende diseccionar, que se afane por adquirir las apetencias y las competencias que hacen de catalizador en el universo considerado, para penetrar hasta lo más recóndito en esta «relación de presencia en el mundo, de estar en el mundo, en el sentido de pertenecer a él, de estar poseído por él, en el que ni agente ni objeto se plantean como tales<sup>[1]</sup>» y que, sin embargo, los define como tales y los une por mil vínculos tanto más fuertes cuanto más invisibles. Es decir, que los boxeadores tienen

mucho que enseñarnos, por supuesto sobre boxeo, pero también y por encima de todo sobre nosotros mismos.

Sin embargo, resultaría artificial y tramposo presentar la investigación de la que este libro ofrece una primera impresión donde predomina lo narrativo (como preludeo y trampolín a una segunda obra explícitamente teórica) como si estuviera movida por la voluntad de probar el valor de la sociología carnal y su validez concreta. Porque en realidad ocurrió justamente lo contrario: fue la necesidad de comprender y de dominar plenamente una experiencia transformadora que no había deseado ni anticipado, y que durante mucho tiempo permaneció confusa y oscura, lo que me impulsó a tematizar la necesidad de una sociología no sólo del cuerpo en sentido de objeto (*of the body*, en inglés) sino a partir del cuerpo como herramienta de investigación y vector de conocimiento (*from the body*).

Aterricé en la sala de boxeo de Woodlawn por rebeldía y por casualidad. Buscaba un lugar de observación para ver, entender y tocar de cerca la realidad cotidiana del gueto americano, cuyo estudio había iniciado por invitación y en estrecha colaboración con el eminente sociólogo negro William Julius Wilson<sup>[\*]</sup> pero del que no tenía ni la más mínima percepción práctica, puesto que había crecido en el seno de una familia de clase media de un pueblecito del sur de Francia. Me pareció en principio imposible por motivos éticos y epistemológicos escribir sobre el South Side sin arrastrar mis prejuicios sociológicos, dado que desplegaba toda su miseria aplastante bajo mi balcón (literalmente, puesto que la Universidad de Chicago me asignó el último departamento vacío que nadie quería porque se encontraba en la línea de demarcación del barrio negro de Woodlawn, señalado cada 50 metros por teléfonos blancos de emergencia para llamar a la policía privada de la universidad en caso de necesidad). Y porque la sociología normal de relaciones entre clase, casta y Estado en la metrópolis estadounidense me parecía llena de falsos conceptos que enmascaraban la realidad del gueto proyectando sobre él el sentido común racial (y racista) de la sociedad nacional, empezando por el de *underclass*, neologismo bastardo que permitía abandonar cómodamente la dominación blanca y la impericia de las autoridades en el aspecto social y urbano centrando su atención en la ecología de los barrios pobres y el comportamiento «antisocial» de sus habitantes<sup>[2]</sup>.

Después de muchos meses de búsqueda infructuosa de algún lugar donde inmiscuirme para observar la escena local, un amigo francés yudoka me llevó al *gym* de la calle 63, apenas a dos manzanas de mi casa, pero de algún modo en otro planeta. Me inscribí inmediatamente, por curiosidad y porque era evidentemente el único medio aceptable de estar por allí y de conocer a los jóvenes del barrio. Y desde la primera sesión de entrenamiento comencé un diario etnográfico, sin sospechar remotamente que habría de frecuentar el gimnasio con creciente asiduidad durante más de tres años y que, de esa forma, reuniría casi 2300 páginas de notas donde consignaba religiosamente durante horas cada noche los acontecimientos, las interacciones y las conversaciones del día. Lo que sucedió fue que una vez dentro del

Woodlawn Boys Club me encontré enfrentándome a mi cuerpo y ante un triple desafío.

El primero era crudo e incluso brutal: ¿Sería capaz de aprender este deporte exigente y duro como pocos, de dominar sus rudimentos con el fin de hacerme un hueco en el universo al tiempo fraternal y competitivo de la pelea, de entablar con los miembros del gimnasio relaciones de respeto y confianza mutuos y, finalmente, de realizar mi trabajo de investigación sobre el gueto? La respuesta tardó varios meses en llegar. Después de unos comienzos difíciles y dolorosos durante los cuales mi ineptitud técnica sólo era comparable a mi sentimiento de frustración y, a veces, de desaliento (aquellos que se convertirían más tarde en los compañeros de cuadrilátero más queridos apostaban entonces unánimemente por mi abandono inminente), conseguí mejorar mi condición física, fortalecer mi mente, adquirir los gestos y empaparme de la táctica del púgil. Tomé clases sobre el parquet y después probé entre las cuerdas, entrenándome regularmente con los demás boxeadores, aficionados y profesionales, antes de embarcarme, con el apoyo entusiasta de todo el club, en el gran campeonato de los Golden Gloves de Chicago e incluso pensar en hacerme profesional. Adquirí conocimientos prácticos y afiné mis ideas sobre el Noble Arte hasta el punto de que el viejo entrenador DeeDee me pidió que lo sustituyera como «hombre de esquina» durante un gran combate que debía disputar Curtis, el mejor boxeador de Woodlawn, y decía que un día yo abriría mi propia sala de boxeo: «*You gonna be a helluva coach one day, Louie, I know that*».

Apenas cruzada esta barrera inicial y una vez cumplidos los requisitos mínimos necesarios para mi inserción duradera en el medio, se me volvió a presentar un segundo desafío, el de mi proyecto inicial: ¿Podría comprender y explicar las relaciones sociales en el gueto negro partiendo de mi implantación en un lugar concreto? La inmersión en la pequeña sala de boxeo y la participación intensa en los intercambios que tenían lugar a diario me permitieron —en mi opinión, pero el lector también se podrá formar la suya— hacerme una idea completa de lo que es un gueto en general y de la estructura y funcionamiento concretos del gueto negro de Chicago en la Norteamérica posfordista y poskeynesiana de finales del siglo xx en particular, especialmente en lo que lo distingue de los barrios marginales de otras sociedades avanzadas<sup>[3]</sup>. Empezando por desterrar la falsa creencia —profundamente arraigada en la sociología estadounidense desde los primeros trabajos de la Escuela de Chicago — de la relación entre división racial y marginalidad urbana y de que el gueto es un universo «desorganizado», caracterizado por la penuria, la carencia y la ausencia. El *gym* me permitió cuestionar eficazmente, uniendo trabajo teórico y observación empírica continua, la visión «orientalizante» del gueto y de sus habitantes y centrar su estudio en las relaciones de poder que lo caracterizan propiamente como instrumento de explotación económica y de ostracismo social de un grupo desprovisto de honor étnico, una forma de «prisión etnoracial» en la que están confinados los parias de Estados Unidos<sup>[4]</sup>.

Aún quedaba el **tercer desafío**, el mayor, que yo no podía ni remotamente imaginar cuando un día franqué la puerta del Woodlawn Boys Club y al que esta obra aporta una primera respuesta parcial y provisional (como son todas las investigaciones científicas, incluso las que se disfrazan de relato): **¿Cómo dar cuenta antropológicamente de una práctica tan intensamente corporal, de una cultura tan profundamente cinética, de un universo en el que lo más esencial se transmite, se adquiere y se despliega más allá del lenguaje y de la conciencia; resumiendo, de una institución hecha hombre que se sitúa en los límites prácticos y teóricos de lo habitual?** En otras palabras: una vez comprendido el oficio de boxeador, en el sentido de ocupación, de estado social, pero también de ministerio y misterio (según la etimología de la palabra «mester»), «por el cuerpo», con mis puños y mis entrañas, estando yo mismo preso, cautivo y cautivado por él, **¿sabría traducir esa comprensión de los sentidos en lenguaje sociológico y encontrar las expresiones adecuadas para comunicarla sin anular sus propiedades más señaladas?**

La organización del libro según el principio de los vasos comunicantes, la proporción de análisis y de relato, de lo conceptual y lo descriptivo se invierten progresivamente con el curso de las páginas (de forma que el lector profano puede recorrerlo a la inversa para remontar a la sociología a partir de lo «vivido», pero una vivencia construida sociológicamente), el mestizaje de géneros y de formas de escribir, además del uso estratégico de las fotografías y de las anotaciones personales, responde a esta necesidad de hacer entrar al lector en la rutina diaria sensual y moral del pugilista corriente, de hacerlo palpitar en el discurrir de las páginas con el autor para ofrecerle un conjunto y la comprensión razonada de los mecanismos sociales y de las fuerzas existenciales que lo determinan y la *aisthesis* particular que iluminan su intimidad de combatiente<sup>[5]</sup>. Al entrar en la fábrica del boxeador, al dilucidar «la coordinación de estos tres elementos, el cuerpo, la conciencia individual y la colectividad», que le dan forma y lo hacen vibrar día a día, «es la vida misma, es todo el hombre» lo que descubrimos<sup>[6]</sup>. Y que descubrimos en nosotros.

Loïc Wacquant  
París, mayo de 2002

© DIASKUBOITIGUK 28



Las herramientas en el taller

# PRÓLOGO

En agosto de 1988, por una serie de circunstancias<sup>[\*]</sup>, me inscribí en un club de boxeo de un barrio del gueto negro de Chicago. Nunca había practicado ese deporte, ni siquiera se me había pasado por la imaginación hacerlo. Aparte de las ideas superficiales y los estereotipos que uno puede formarse a través de los medios de comunicación, el cine o la literatura<sup>[1]</sup>, nunca había tenido contacto con el mundo pugilístico. Era, pues, un perfecto novato.

Durante tres años me entrené junto a boxeadores del barrio, aficionados y profesionales, entre tres y seis veces por semana, aplicándome en todas las fases de su rigurosa preparación, desde el *shadow-boxing* delante del espejo hasta el sparring sobre el ring. Para mi sorpresa y la de mis allegados, me fui enganchando poco a poco hasta el punto de pasar todas las tardes en la sala de Woodlawn y «calzarme los guantes» frecuentemente con los profesionales del club para finalmente pasar entre las cuerdas y disputar mi primer combate oficial en los Chicago Golden Gloves; en la embriaguez de la inmersión llegué a pensar en algún momento en interrumpir mi carrera académica para «hacerme» profesional y seguir así cerca de mis amigos del *gym* y de su entrenador, DeeDee Armour, quien se convirtió en un segundo padre para mí<sup>[\*]</sup>.

Siguiendo sus pasos asistí a una treintena de torneos y «veladas» de boxeo celebradas en diversos cabarets, cines y centros deportivos de la ciudad y sus alrededores en calidad de compañero de gimnasio y admirador, sparring y confidente, hombre de esquina y fotógrafo, lo que me sirvió para tener libre acceso a todas las escenas entre bastidores del mundo de los combates. También acompañé a boxeadores de mi *gym* «en la ruta» cuando se celebraban veladas en otros lugares del Midwest y en los prestigiosos (pero lamentables) casinos de Atlantic City. Y fui asimilando progresivamente las categorías del juicio pugilístico bajo el báculo de DeeDee, conversando interminablemente con él en el gimnasio y analizando los combates que veíamos por las noches en el televisor de su casa, los dos sentados sobre la cama que tenía en la cocina de su pequeño departamento.

La amistad y confianza que me demostraron los socios del Woodlawn hicieron que me pudiera confundir con ellos dentro del gimnasio, pero también que los acompañara en sus peregrinaciones diarias al exterior, buscando un empleo o un departamento, en sus negocios en las tiendas del gueto, en sus peleas conyugales, en los servicios sociales o la policía, así como en sus salidas con sus «*homies*» (colegas) de las peligrosas ciudades vecinas. Mis colegas de ring compartieron alegrías y penas, sueños y deberes, meriendas, noches de baile y reuniones familiares. Me llevaron a su iglesia, a su peluquería para peinarme «*fade*», a jugar al billar en su bar favorito, a escuchar rap hasta hartarnos e incluso aplaudir a *Minister* Louis Farrakhan durante un encuentro político-religioso de la Nation of Islam, en el que era el único

no creyente europeo entre 10 000 devotos afroamericanos extasiados. Asistí con ellos a tres entierros, dos bodas<sup>[2]</sup>, cuatro nacimientos y un bautismo, y también asistí a su lado con una tristeza insondable al cierre del *gym* de Woodlawn, clausurado en febrero de 1992 y derribado un año después en una operación de «renovación» urbana.

Las notas que registraba día a día en mi cuaderno de campo después de cada sesión de entrenamiento (en principio para ayudarme a superar un profundo sentimiento de torpeza y malestar físico, multiplicado sin duda por el hecho de ser el único blanco en una sala frecuentada exclusivamente por atletas negros), así como las observaciones, fotos y grabaciones realizadas durante los combates en los que peleaban los colegas de gimnasio, me proporcionaron el material de los textos que forman este libro<sup>[\*]</sup>.

De entrada, me parecía que para poder escapar del objeto preconstruido por la mitología colectiva, una sociología del boxeo debía prohibirse el recurso fácil al *exotismo prefabricado* del aspecto público y publicado de la institución: los combates, grandes o pequeños, el heroísmo de la ascensión milagrosa («Marvellous Marvin Hagler: del gueto a la gloria», proclamaba elocuentemente un póster colgado en una de las paredes del Woodlawn Boys Club), la vida y la carrera fuera de lo común de los campeones. Debía estudiar el boxeo en su aspecto menos conocido y menos espectacular: la rutina gris y punzante de los entrenamientos en el gimnasio, la larga e ingrata preparación —física y moral al mismo tiempo—, preludio de las breves apariciones bajo las luces, los ritos ínfimos e íntimos de la vida del *gym* que producen y reproducen la creencia y alimentan esa economía corporal, material y simbólica tan particular que es el mundo pugilístico. Así pues, para evitar los excesos de la sociología espontánea que suscita la evocación de los combates, no hay que subir al ring pensando en la figura extraordinaria del campeón, sino golpear el saco al lado de boxeadores anónimos en su ambiente cotidiano del *gym*.

La otra virtud de un enfoque basado en la observación participada (que en este caso era más bien una «participación con observación») en una sala de entrenamiento común es que los materiales obtenidos de esta forma no sufren el «paralogismo ecológico» que afecta a la mayoría de los estudios y relatos disponibles sobre el Noble Arte. Ninguna de las declaraciones reflejadas en este libro se solicitó expresamente: los comportamientos que se describen son los del boxeador en su «hábitat natural<sup>[3]</sup>» y no la representación teatralizada y altamente codificada que le gusta dar sobre sí mismo en público y que los reportajes periodísticos y las novelas traducen y magnifican siguiendo sus propios criterios.

Rompiendo con el discurso moralista —que alimenta por igual la celebración y la difamación— que produce la «mirada lejana» de un observador exterior situado por detrás o por encima del universo específico, la intención de este libro es sugerir, en principio, cómo el pugilista «tiene sentido» desde el momento en que uno se toma la molestia de aproximarse para comprenderlo *con el cuerpo*, de forma casi



experimental. Por eso se compone de tres textos de forma y estilos deliberadamente distintos en los que se yuxtaponen descripción etnográfica, análisis sociológico y evocación literaria con el objeto de comunicar lo percibido y el concepto en su conjunto, los determinantes ocultos y las experiencias vividas, los factores externos y las sensaciones interiores que, al mezclarse, forman el mundo del púgil. En resumen, quiere *mostrar y demostrar* al mismo tiempo la lógica social y sensual que presenta el boxeo como labor corporal en el gueto norteamericano.

El primer texto desenreda la madeja de las complejas relaciones que vinculan la calle con el ring y descifra la inculcación del Noble Arte como trabajo de conversión gímnica, perceptual, emocional y mental que se produce de forma práctica y colectiva a base de una pedagogía implícita y mimética que, pacientemente, redefine uno a uno todos los parámetros de la vida del boxeador. Se basa en un artículo redactado durante el verano de 1989<sup>[4]</sup>, es decir, un año después de entrar en el club de Woodlawn cuando una fractura en la nariz sufrida en una sesión de sparring me obligó a una inactividad propicia a reflexionar sobre mi noviciado<sup>[\*]</sup>. Tuve que resistirme a la tentación de retomar completamente este «escrito de juventud» — prelude de un análisis más completo sobre la «fabricación» de un boxeador que es el tema de un libro que escribo en la actualidad<sup>[\*]</sup>— y utilizar principalmente todo lo aprendido en trabajos posteriores, fruto de dos años suplementarios de inmersión intensiva. He procurado completar la información y aclarar los análisis originales conservando su economía de conjunto. Me ha parecido, en efecto, que las lagunas empíricas y la semingenuidad analítica de este texto de aprendiz de sociólogo tenían como contrapartida una frescura etnográfica y un candor en el tono que podían ayudar al lector a meterse en la piel del boxeador.

El segundo texto, redactado por primera vez en 1993 y corregido y aumentado siete años más tarde con ayuda de grabaciones y cintas de video de la época, describe minuciosamente una jornada de combate de boxeo en un tugurio de un barrio obrero del South Side, desde los preparativos del pesaje oficial a primera hora de la mañana hasta el regreso de las celebraciones después de la velada, bien avanzada la noche. La unidad de tiempo, lugar y acción permite poner de relieve el entrelazamiento de los elementos y redes sociales que el primer texto había separado necesariamente: el interés y el deseo, el afecto y la explotación, lo masculino y lo femenino, lo sagrado y lo profano, la abstinencia y el placer, la rutina y lo imprevisto, el código de honor viril y la imposición cruel de las limitaciones materiales.

El tercer texto es, si se me permite una expresión que roza el oxímoron, una «noticia sociológica». Escrito por petición de Michel Le Bris para un número especial de la revista literaria *Gulliver* dedicado a «Escribir el deporte<sup>[5]</sup>», sigue paso a paso la preparación y entrega del autor para la edición de 1990 de los Chicago Golden Gloves, el principal torneo amateur del Midwest, en forma de narración que intenta borrar las huellas del trabajo de construcción sociológica (hasta el punto de que Le Bris se creyó autorizado, sin razón, a calificarlo en su introducción de «relato,

sociología aparte») conservando sus resultados principales<sup>[\*]</sup>. La alianza de estos géneros normalmente separados: sociología, etnografía y novela, intenta que el lector comprenda los aspectos pugilísticos «en lo concreto, tal como son» y que vea a los boxeadores en movimiento, «como en mecánica se ven los cuerpos y los sistemas, o como en el mar vemos los pulpos y las anémonas. Percibimos a los hombres y las fuerzas motrices que flotan en su medio ambiente y en sus sentimientos<sup>[6]</sup>».

Para concluir este prólogo, resulta instructivo señalar los principales factores que hicieron posible esta investigación. El más decisivo fue, sin duda, el carácter «oportunista» de mi integración<sup>[7]</sup>. Efectivamente, no entré en el *gym* con la intención expresa de diseccionar el mundo pugilístico. Mi pretensión inicial era servirme de la sala de boxeo como «ventana» sobre el gueto para observar las estrategias sociales de los jóvenes del barrio —mi objeto inicial—, y sólo al cabo de 16 meses de presencia asidua, y después de haber sido entronizado como miembro del círculo próximo del Boys Club, decidí, con el aval de los interesados, hacer del oficio de boxeador un objeto de estudio completo. No me cabe la menor duda de que jamás me habría ganado la confianza ni obtenido la colaboración de los socios del Woodlawn si hubiera entrado en la sala con el objeto premeditado de estudiarla, puesto que esta intención habría modificado irrevocablemente mi estatus y mi rol en el seno del sistema social y simbólico considerado.

Además, tuve la suerte de haber practicado diferentes deportes de competición en mi adolescencia en el Languedoc (fútbol, básquet, rugby y tenis), de forma que cuando entré en el Boys Club disponía de un pequeño capital deportivo que resultó indispensable para soportar con éxito la prueba pugilística. El azar de la geografía quiso igualmente que me inscribiera en un *gym* «tradicionalista», dirigido con mano de hierro por un entrenador de categoría internacional y que tenía fama en la ciudad desde su inauguración en 1977, de forma que pude aprender a boxear según las reglas del oficio, en contacto con entrenadores y luchadores competentes<sup>[\*]</sup>. Es probable que no hubiera persistido en mi empresa o, aún peor, que me hubiera perjudicado gravemente si hubiera hecho mi aprendizaje en un gimnasio anómico bajo la dirección del servicio de parques y jardines del ayuntamiento.

Ser el único blanco en el club habría podido ser un serio obstáculo en mi integración y habría limitado mi capacidad para introducirme en el mundo social del boxeador de no confluír tres factores compensadores. En primer lugar, la ética igualitaria y el daltonismo racial demostrados de la cultura pugilística hace que se sea aceptado completamente desde el mismo momento en que uno acata la disciplina común y se «lleva su merecido» en el ring. En segundo lugar, la nacionalidad francesa me otorgó una cierta exterioridad estatutaria respecto de la estructura de relaciones de explotación, desprecio y desconfianza que se da entre blancos y negros en América. Me beneficié del capital histórico de simpatía del que goza Francia entre la población afroamericana gracias a la acogida que ésta proporcionó a los soldados en las dos Guerras Mundiales (donde, por vez primera en su vida, se sintieron

tratados como seres humanos y no como miembros de una casta inferior<sup>[8]</sup>) y por el simple hecho de no tener el *hexis* del americano blanco medio que marca continuamente, incluso con su cuerpo, la frontera infranqueable entre comunidades. Eddie, el segundo entrenador de Woodlawn, me lo explicaba:

Te respeto, Louie, porque vienes a un *gym* y por ser como otro cualquiera de la sala... No hay muchos *Caucasians* [blancos] que hagan eso con los negros... Mi mujer y yo hace cinco años que vivimos en Hyde Park [el barrio de la Universidad de Chicago, en un 80% blanco] y nunca hemos conocido a *Caucasians*, jamás. Cuando se acercan a ti en la calle tienen cara de susto como si fueras a atacarlos. Por eso nunca hemos hablado con un *Caucasian* en Hyde Park. [Su tono sube y se acelera por el efecto de la emoción.] La mayoría de los *Caucasians*, cuando te acercas o intentas hablarles, *retroceden y te miran como si llevaras una argolla en la nariz*, ¿sabes? Te miran de arriba abajo [mueve los ojos con un aire feroz] y te das cuenta de que hay algo que no va bien. Pero tú no haces eso, estás *completamente relajado* en la sala y cuando vienes a las peleas con nosotros...

*Man!* Tú estás tan relajado que no pareces *Caucasian*. [Tu compañera] *Liz* y tú, *la única forma de saber que no sois negros, es por la forma de hablar y porque eres francés*, claro. Pero estás con nosotros en el *gym*, hablas con los otros, eres como ellos. No estás tenso ni inquieto con nosotros. Estás tranquilo [*loose*], te llevas bien con los chicos y ellos te aprecian. ¿Sabes?, yo respeto a la gente que me respeta. Por eso te respeto. Louie, *tú formas parte del equipo*. El otro día se lo decía a alguien en mi trabajo: «¡Tenemos al *Fightin'Frenchman* en nuestro equipo!». [Ríe de felicidad.] Sí, formas parte del equipo, como los demás<sup>[\*]</sup>.

En fin, mi total «abandono» a las exigencias del terreno<sup>[\*]</sup> y especialmente el hecho de que me calzara los guantes habitualmente con ellos me valieron la estima de mis camaradas de club, como lo demuestra el apelativo «*brother Louie*» y los apodos afectuosos que me otorgaron con el transcurso del tiempo: «*Busy Louie*», mi apodo en el ring, pero también «*Bad Dude*», «*The French Bomber*», «*The French Hammer*» y «*The Black Frenchman*». Además de las muestras cotidianas de solidaridad fuera de la sala ayudándolos con las diferentes burocracias públicas y privadas que rigen sus vidas, el hecho de haber llevado mi iniciación hasta «hacer» los Golden Gloves contribuyó en gran medida a establecer mi estatus en el club y a confirmar mi legitimidad como aprendiz de boxeador entre los atletas y entrenadores de otros *gyms*, que, después de mi confirmación oficial entre las cuerdas, acabaron reconociéndome como «*one of DeeDee's boys*».

*Berkeley, diciembre de 2000.*

## LA CALLE Y EL RING

Del mismo modo que no se podría comprender lo que es una religión instituida como el catolicismo sin estudiar con detalle la estructura y el funcionamiento de la organización que le da cuerpo —en este caso la Iglesia romana—, tampoco se puede dilucidar la importancia y el arraigo del boxeo en la sociedad norteamericana contemporánea —o, al menos, en las franjas inferiores de la esfera social de donde emana, para acabar librándose, una y otra vez, de una extinción periódicamente anunciada como inminente e inevitable—, sin examinar la trama de relaciones sociales y simbólicas que se tejen en el interior y alrededor del gimnasio, núcleo y motor oculto del universo pugilístico.

Un *gym* (según el término consagrado en los países de lengua inglesa) es una institución compleja y polisémica, sobrecargada de funciones y representaciones que no se ofrecen inmediatamente al observador, ni siquiera al buen conocedor del lugar. En apariencia, sin embargo, ¿qué hay más común y corriente que una sala de boxeo? No hay duda de que aún se puede aplicar, palabra por palabra, la siguiente descripción de George Plimpton del famoso Gym de Stillman de Nueva York, en los años cincuenta, a cualquier sala de la Norteamérica urbana de hoy; así de sólidos resultan los hechos que ordenan la disposición de este lugar: «Por una escalera oscura se accedía a una lúgubre sala, muy similar a la bodega de un antiguo galeón. Antes incluso de que los ojos se acostumbraran a la penumbra, se distinguían los ruidos: el slap-slap de las cuerdas cada vez que alguien saltaba con fuerza sobre el entarimado, el sonido apagado del cuero al golpear las bolsas, que se balanceaban y entrechocaban colgando de sus cadenas, el crepitar de los *punching-balls*, el rechinar sordo de las botas sobre la lona del ring (había dos rings), los resoplidos de los boxeadores al respirar por la nariz y, cada tres minutos, el sonido estridente de la campana. La atmósfera tenía algo de crepúsculo en una jungla fétida»<sup>[1][\*]</sup>.

El *gym*, como vamos a ver, es la forja en la que nace el púgil, el taller donde se fabrica ese cuerpo-arma y escudo que él lanza al ataque en el ring, el crisol donde se pulen las habilidades técnicas y los saberes estratégicos cuyo delicado ensamblaje hace al combatiente completo; el horno, en definitiva, donde se mantienen la llama del deseo pugilístico y la creencia colectiva en lo bien fundado de los valores autóctonos, sin la cual nadie se arriesgaría a estar entre las cuerdas durante mucho tiempo. Pero el gimnasio no es sólo eso, y su misión técnica reconocida —transmitir una competencia deportiva— no debe ocultar las funciones extrapugilísticas que cumple para quienes llegan allí a comulgar con este culto plebeyo de la virilidad que es el Noble Arte. Ante todo, el *gym* aísla de la calle y desempeña la función de escudo contra la inseguridad del gueto y las presiones de la vida cotidiana. A modo de santuario, ofrece un espacio protegido, cerrado, reservado, donde uno puede sustraerse a las miserias de una existencia vulgar y a la mala fortuna que la cultura y

la economía de la calle reservan a los jóvenes nacidos y encerrados en el espacio vergonzoso y abandonado de todos que es el gueto negro. El *gym* es, además, una escuela de moralidad en el sentido de Durkheim, es decir, una máquina de fabricar el espíritu de la disciplina, la vinculación al grupo, el respeto tanto por los demás como por uno mismo y la autonomía de la voluntad, aspectos indispensables para el desarrollo de la vocación pugilística<sup>[3]</sup>. Por último, el gimnasio es el vector de una desbanalización de la vida cotidiana al convertir la rutina y la remodelación corporal en el medio de acceder a un universo distintivo en el que se entremezclan aventura, honor masculino y prestigio. El carácter monástico, casi penitencial, del «programa de vida» pugilístico transforma al individuo en su propio campo de batalla y lo invita a descubrirse o, más bien, a crearse a sí mismo. Y la pertenencia al *gym* es la marca tangible de haber sido aceptado en una cofradía viril que permite despojarse del anonimato de la masa y, en consecuencia, granjearse la admiración y el reconocimiento de la sociedad local.

Para percibir estas diferentes facetas del *gym* y detectar la protección y beneficios que procura a quienes se ponen bajo su égida, es necesario y suficiente seguir a los oscuros infantes del Noble Arte en el cumplimiento de sus tareas diarias, adoptando su riguroso régimen, indisociablemente corporal y moral, que define su estado y sella su identidad. Eso es lo que yo hice durante tres años en un gimnasio del gueto negro de Chicago, donde me inicié en los rudimentos del oficio y donde, a partir de la amistad con los entrenadores y boxeadores del lugar, pude observar *in vivo* la génesis social y el desarrollo de la carrera pugilística.

Como reflexión sobre una experiencia de aprendizaje que aún no ha concluido, la primera parte de la presente obra persigue un triple objetivo. En primer lugar, recabar datos etnográficos precisos y detallados mediante la observación directa y participante, referentes a un universo social poco conocido, pese a lo extendidas que están las representaciones que suelen hacerse de él. Sobre esta base documental se extraerán después algunos de los principios que organizan este complejo de actividades específicas que es el boxeo tal como se practica hoy día en el gueto negro norteamericano, poniendo claramente a la luz la regulación de la violencia que efectúa el gimnasio a través de la relación bífida, hecha de afinidad y antagonismo mezclados, que vincula la calle y el ring. Por último, añadiremos una reflexión sobre la iniciación a una práctica en la que *el cuerpo es al mismo tiempo arma, bala y blanco*. Es decir, nuestro objetivo no es ni inculpar ni disculpar a este deporte conocido por ser el más «bárbaro» de todos, elogiado y condenado por igual, cargado de vergüenza y reverenciado<sup>[\*]</sup>, sino, más bien, sugerir lo que su lógica específica, y en especial la de su aprendizaje, puede enseñarnos sobre la lógica de cualquier práctica<sup>[\*]</sup>.

Anticipando las primeras enseñanzas de esta iniciación, podemos adelantar que el aprendizaje de lo que podríamos llamar el *hábito pugilístico* se funda en una doble antinomia. La primera consiste en que el boxeo es una actividad que parece situada

OBJ  
↓

en la frontera entre naturaleza y cultura, en el límite mismo de la práctica, y que, sin embargo, requiere una gestión casi racional del cuerpo y del tiempo, una gestión, de hecho, extraordinariamente compleja, si no sabia, cuya transmisión se efectúa de modo práctico, sin pasar por la mediación de una teoría, sobre la base de una pedagogía implícita en su mayor parte y poco codificada. De aquí nace la segunda contradicción, al menos aparentemente: el boxeo es un deporte individual, sin duda uno de los más individuales, puesto que pone físicamente en juego —y en peligro— el cuerpo de un único contrincante, cuyo aprendizaje adecuado es, sin embargo, profundamente colectivo, especialmente por lo que supone de creencia en el juego que, como todo juego de lenguaje, según Ludwig Wittgenstein, se origina y se mantiene únicamente por el grupo que lo define, siguiendo un proceso circular. Dicho de otro modo, las capacidades que tornan completo al púgil son, como toda «técnica del cuerpo», según Mauss, «obra de la razón práctica colectiva e individual»<sup>[6]</sup>.

Hacerse boxeador es, en definitiva, apropiarse por impregnación progresiva de un conjunto de mecanismos corporales y de esquemas mentales tan estrechamente imbricados que se borra la distinción entre lo físico y lo espiritual, entre lo que supone de capacidades atléticas y lo que tiene de facultades morales y de voluntad. El boxeador es un engranaje vivo del cuerpo y del espíritu, que desdeña la frontera entre razón y pasión, que hace estallar la oposición entre la acción y la representación y, al hacerlo, constituye la superación fáctica de la antinomia entre lo individual y lo colectivo. También en este punto nos sumamos a Marcel Mauss cuando habla de «montajes fisio-psico-sociológicos de series de actos [...], más o menos habituales o más o menos arraigados en la vida del individuo y en la historia de la sociedad», que se ponen en funcionamiento «por y para la autoridad social»<sup>[7]</sup>.

### *Un islote de orden y virtud*

El universo relativamente cerrado del boxeo no puede comprenderse fuera del contexto humano y ecológico en el que está inscrito ni fuera de las posibilidades sociales que ofrece. Así, el gym se define verdaderamente en su doble relación de simbiosis y de oposición al barrio y a la cruda realidad del gueto. Al igual que meterse en una banda o entregarse a la delincuencia callejera (dos carreras parecidas a las que el boxeo se ofrece como alternativa<sup>[8]</sup>), inscribirse en un gimnasio sólo cobra sentido si se tiene en cuenta la estructura de las oportunidades que se dan en el sistema local. Es decir, los instrumentos sociales de reproducción y movilidad —favorables o desfavorables para determinadas formas de vida—, que, en este caso, son la escuela pública, el mercado de trabajo poco calificado y las actividades y redes que conforman la economía depredadora de la calle. Por tanto, es indispensable antes de aventurarse en el interior del gym trazar a grandes rasgos un retrato del barrio de

LA RAZON  
PRACTICA

EL GYM COMO RELACION  
DE SIMBIOSIS Y OPPOSICION AL BARRIO

Woodlawn y su evolución histórica reciente. Esta comunidad afronorteamericana no es, ni mucho menos, la más desfavorecida del gueto sur de Chicago, ya que, de los 77 distritos en que se divide la ciudad, Woodlawn ocupa el lugar decimotercero en la escala de pobreza. Sin embargo, ofrece también el angustioso panorama de un tejido social y urbano agonizante tras más de cincuenta años de continua degradación y de constante refuerzo de la segregación racial y económica<sup>[\*]</sup>.

Al terminar la guerra, Woodlawn era un barrio blanco estable y próspero, satélite de otro barrio, Hyde Park (feudo de la Universidad de Chicago), que lo bordea por el norte y está dotado de un sector comercial denso y de un mercado inmobiliario activo. El cruce de la calle 63 y la avenida Cottage Grove era uno de los más concurridos de la ciudad, y las multitudes invadían los innumerables restaurantes, tiendas, cines y clubes de jazz de la zona. Treinta años después, el barrio se ha convertido en una vasta bolsa de miseria y desesperanza, símbolo del crepúsculo de la «Metrópolis negra<sup>[10]</sup>» de Chicago, y en él se concentran las franjas de población más marginadas. Entre 1950 y 1980 el número de habitantes del barrio ha descendido de 81 000 a 36 000, mientras que el porcentaje de residentes afronorteamericanos ha pasado del 38 al 96% (en ese mismo período la población blanca ha experimentado un marcado descenso: de 50 000 habitantes a menos de un millar). La afluencia de inmigrantes negros procedentes de los estados rurales del sur estuvo acompañada de un éxodo masivo de blancos, seguidos poco después de la clase media de color, que huyó del corazón del gueto, a causa de una relativa relajación de las limitaciones clasistas que afectaban a la distribución de las viviendas, para fundar sus propios barrios (que terminaron también segregados<sup>[11]</sup>). Este trastorno demográfico, intensificado por la política municipal de «renovación urbana» de los años cincuenta —localmente conocida bajo el apelativo de *Negro removal* (limpieza de negros)— y por la guerra de las bandas de la década de los sesenta, ha provocado una crisis de las instituciones locales que, junto a los niveles récord de desocupación y de fracaso escolar, ha terminado por hacer de Woodlawn un desierto económico a la vez que un purgatorio social.

La entrada del Woodlawn  
Boys Club en la calle 63



Local de bebidas frente  
al gimnasio

KODALUX PROCESSING \* 5074 C

Desolación urbana a dos pasos del barrio blanco  
y próspero de Hyde Park.



Algunos indicadores dan la medida del grado de precariedad socioeconómica de los habitantes de Woodlawn<sup>[12]</sup>. Según el censo de 1980, un tercio de las familias del barrio vivía por debajo del umbral federal de pobreza, y la renta media por unidad familiar de 10 500 dólares anuales no llegaba a la mitad de la media municipal. El



porcentaje de familias monoparentales se situaba en el 60% (frente al 34% de diez años antes), la cifra oficial de desempleo alcanzaba el 20% (el doble que en la ciudad, después de triplicarse en una sola década) y menos de una de cada ocho familias tenía su vivienda en propiedad. Solamente el 34% de las mujeres y el 44% de los hombres de más de dieciocho años disponía de un empleo, y el 61% de las familias dependía económicamente de algún programa de asistencia social. Entre la población activa, la categoría socioprofesional más numerosa era, con el 31%, la de los contratados en el comercio y la administración, y en segundo lugar un 22% trabajaba como personal de servicio y de seguridad y empleado(a)s de hogar. Menos del 8% de los adultos había obtenido un título de enseñanza superior y más de la mitad ni siquiera había acabado los estudios secundarios, pese a no ser necesario realizar ningún examen. El barrio ya no cuenta ni con instituto ni con un solo cine, ni tampoco con biblioteca ni servicio de formación y ayuda al empleo. Pese a la cercanía inmediata de uno de los centros de innovación médica más prestigiosos del mundo, el hospital de la Universidad de Chicago, en 1990 la mortalidad infantil en Woodlawn iba en ascenso hasta superar el 3%, tasa que triplica la media nacional y supera a la de numerosos países del Tercer Mundo.

Al igual que otras instituciones públicas, las escuelas del barrio son «presa de la miseria y la delincuencia<sup>[13]</sup>». La falta crónica de medios, los edificios abarrotados e insalubres y un profesorado poco calificado y desmoralizado se unen para reducirlos a instituciones de «guardería» que sólo aspiran a almacenar a los jóvenes del barrio. La mayoría de los centros del gueto ni siquiera ofrece cursos que preparen para la entrada a la universidad. Por lo tanto, no es de extrañar que los jóvenes se vean más atraídos por la economía ilegal de la calle que por la escuela, ya que ésta desemboca en la desocupación o, en el mejor de los casos, en trabajos desprovistos de cobertura social por los que pueden ganar unos cuatro dólares la hora. Aparte de la Universidad de Chicago, no existe ninguna fuente importante de empleo en un radio de cinco kilómetros.

Como en otros guetos negros norteamericanos, «las instituciones dominantes (de Woodlawn) son las iglesias y los bares<sup>[14]</sup>», si bien la mayor parte de la treintena de instituciones religiosas presentes al terminar los años sesenta han cerrado desde hace tiempo sus puertas. La falta de nuevas construcciones durante décadas (el 70% de las viviendas data de antes de la guerra) y la destrucción del parque de viviendas, que pasó de 29 600 a 15 700 unidades entre 1950 y 1980 (debido principalmente a una plaga de incendios, «probablemente» de origen delictivo, durante el turbulento período de los levantamientos negros de 1966-1970), en un barrio situado al borde del lago Michigan, a una decena de kilómetros del corazón de la tercera megalópolis norteamericana, explican mejor que todas las estadísticas la posición marginal que ocupa esta comunidad en la vida de Chicago.

El gimnasio del Boys and Girls Club de Woodlawn está situado en la calle 63, una de las más devastadas del barrio, en el centro de un paisaje de desolación urbana

que los periodistas del *Chicago Tribune*, principal diario de la población, describen en los siguientes términos: «No dejen de darse una vuelta por los bajos del metro aéreo (“El”), a lo largo de la calle 63, en Woodlawn, por lo que fuera la calle comercial más animada de Chicago después de State Street (en el centro de la ciudad). El paisaje se parece tanto a una ciudad fantasma como a un decorado del Lejano Oeste: las puertas y ventanas están atrancadas con tablones, y los carteles de los establecimientos que prosperaban antes en el barrio están cubiertos de hollín y podredumbre —un supermercado A&P, una tienda de alimentos Hi-Lo, un Walgreens (cadena de supermercados y farmacias), el cine Kimbark, el almacén Empire (venta de alfombras), el hotel Pershing, el Banco Southeast Chicago<sup>[15]</sup>»—.

De hecho, el tramo de la calle donde se encuentra el club de boxeo se reduce a una hilera de antiguos comercios podridos o quemados, de terrenos baldíos llenos de basura y vidrios rotos y de edificios abandonados a la sombra de la línea de metro que los sobrevuela. Las escasas tiendas que sobreviven allí (numerosos negocios de bebidas, uno de ropa para niños, una perfumería especializada en productos de belleza, un almacén de muebles y enseres domésticos de segunda mano, una tienda de alimentos y un restaurante familiar) están parapetadas tras las rejas, a la espera de hipotéticos clientes. El Boys Club está flanqueado a un lado por el antiguo cine Kimbark, cerrado en 1973, del que subsisten solamente la fachada revestida de contrachapado carcomido y el frontón erosionado por la intemperie. Al otro lado hay un terreno irregular en el que se encuentran un parque infantil y un patio de recreo con techo de uralita, ambos rodeados de una alambrada. Allí se juntan los hombres desocupados del barrio para compartir una botella de aguardiente cuando hace buen tiempo. Justo detrás del club hay un viejo edificio abandonado de ladrillo rojo, con los cristales rotos, las ventanas obstruidas por barrotes mohosos y las puertas de metal condenadas por pesados cerrojos. La entrada de servicio del gimnasio da al pequeño patio trasero que se forma con el edificio rojo, donde se acumula la basura.



El desempleo pandémico condena a la inactividad.



Una oficina religiosa y un club en ruinas para jóvenes bajo el metro aéreo.

En este barrio agreste, donde los puñetazos son moneda corriente y «donde todo el mundo», según DeeDee, el entrenador del club, se pasea con un arma lacrimógena de autodefensa en el bolsillo, los robos, las agresiones, los homicidios y los delitos de toda índole forman parte de la rutina, lo que genera un ambiente de miedo opresivo —o, mejor dicho, de terror— que mina las relaciones personales y distorsiona todas las actividades de la vida cotidiana. Así, los habitantes del barrio se parapetan en sus casas tras puertas blindadas y ventanas con barrotes, nunca salen después del crepúsculo y evitan en la medida de lo posible frecuentar los lugares y transportes públicos por temor a la violencia delictiva. Además, numerosas estaciones de metro del gueto tienen las puertas cerradas, y los autobuses circulan custodiados por coches especiales de policía durante todo el trayecto. Las exacciones de los miembros de la banda El Rukns (antiguamente, los Discípulos), que controla el tráfico de droga, las extorsiones a los comercios y la prostitución en esta parte del South Side son una fuente de inseguridad (no obstante, hay un acuerdo officioso de no interferencia recíproca entre el Boys Club y la jefatura de El Rukns en virtud de los lazos personales que mantiene DeeDee con los jefes que fueron alumnos del gimnasio en otra época). Un joven que vive cerca del *gym* resume así el ambiente del barrio: «Donde está mi casa no da tanto miedo, pero la parte de enfrente... Eso es otra cosa.

Vamos, que en todas partes se pasa miedo, pero allí es mucho peor, es «la ciudad de los asesinatos» (*Murdertown*)».

**El club se protege de este entorno hostil como una fortaleza:** todas las aberturas están cerradas con rejas metálicas reforzadas y con candados; los cristales de la guardería contigua están enrejados, la puerta metálica que da al patio trasero tiene cerrojos de doble vuelta y un sistema de alarma electrónica que se activa una vez que ha salido el último ocupante. En las dos entradas hay dos pesados bates de béisbol, uno apoyado en el mostrador de la recepción de la guardería y el otro detrás del escritorio de DeeDee, por si acaso hiciera falta impedir *manu militari* la entrada de visitantes indeseables.

Mientras me estoy vendando las manos, Eugene O'Bannon (antiguo boxeador que hoy trabaja en Correos y viene con frecuencia, vestido con su uniforme de servicio, a charlar con DeeDee) se saca del bolsillo de la campera un aerosol lacrimógeno Mace de autodefensa y me lo da: «Toma, para tu mujer, dáselo de mi parte, para que no le pase nada... Tienes que apuntar a la cara del tipo y sujetarla con fuerza». Le pregunto qué efectos tiene: «Esto te irrita muchísimo los ojos y la cara, no ves nada durante diez minutos». De pronto, DeeDee se saca también un aerosol de la chaqueta, al tiempo que añade: «Yo lo llevo siempre conmigo. En el gimnasio, en la calle, cuando voy de compras, a todas partes». Los dos cuentan las veces que han tenido que utilizarlo. Doy las gracias a O'Bannon y le pregunto si, también él, lo lleva siempre consigo. «Normalmente sí, pero *ahora ya no*. Ahora voy a pelo porque te lo he dado. Voy a tener que andar deprisa a la vuelta, no puede uno pasearse así, tan desnudo.» Risas. [Nota del 13 de diciembre de 1988].

La conversación vuelve sobre la situación en los barrios negros de la ciudad. DeeDee y O'Bannon comentan la devastación de los alrededores y la inseguridad permanente que allí reina. El viejo entrenador observa que él no tomaría bajo ningún pretexto el ómnibus de la avenida Cottage Grove (que enlaza Woodlawn con el centro de la ciudad atravesando el gueto de South Side en toda su longitud) y que, nunca se acerca de noche al parque Washington sin la pistola. Él mismo vive al sur de Woodlawn, en el límite de South Sore, y expresa una condena sin paliativos de su barrio: «Hay droga por todas partes, puedes comprarla en la calle al primero que encuentres. Niños buscando camorra. A mí me da igual, yo ya no siento que éste sea mi barrio, hay demasiada escoria, mala gente. No va conmigo, no son gente de mi clase». El edificio donde vive es un conocido lugar de revendedores de *crack*, cocaína y PCP. [Nota del 13 de agosto de 1988].

Tony ha llamado al *gym* desde el hospital. Dos miembros de una banda rival le han disparado en la calle, cerca de aquí, al otro lado de Cottage Grove. Por suerte los ha visto venir y ha salido corriendo, pero le han dado en la pantorrilla. Ha llegado hasta detrás de un edificio abandonado y ha sacado la pistola de la bolsa de deporte, ha respondido a los dos asaltantes y los ha obligado a batirse en retirada. Dice que será mejor que salga cuanto antes del hospital, porque seguramente lo estarán buscando. Le pregunto a DeeDee si le han disparado en la pierna a modo de advertencia: «¡Pero qué dices, Louie! No te disparan para herirte en la pierna, te disparan para matarte. Si Tony no hubiese llevado su pistola y no la hubiera sacado, habrían acabado con él, ¡no lo dudes! Ahora mismo estaría muerto». [Nota del 27 de septiembre de 1990].

**Puede decirse que los jóvenes del barrio se acostumbran desde muy pronto a las formas más variadas e imprevisibles de violencia callejera; y en comparación, la violencia estrictamente reglamentada del boxeo apenas resulta agresiva,** como observaba DeeDee un día de mayo de 1989: «Antes había que tener la piel más dura que el cuero para sobrevivir en estas calles, pero ahora es terrible vivir aquí. Te vuelves loco con toda esa droga y las armas que circulan. Hay cantidad de locos por la calle. No llegan ni a los treinta años, añade, sacudiendo la cabeza. De verdad, es la

media de edad, en este barrio no es frecuente que la gente viva más años, no tienes más que ver las cifras: si no te mata la droga, te liquida algún tipo de éstos o, si tienes suerte, acabas en la cárcel. Allí tal vez tengas la oportunidad de superar la treintena. Es muy duro esto, ¡no lo dudes! No te queda más remedio que aprender a defenderte. Si buscas problemas, estás en el barrio adecuado».

De hecho, la delincuencia violenta es tan habitual que casi todos los miembros del *gym* de Woodlawn han presenciado algún asesinato o han sido objeto de disparos o de ataques con arma blanca [16]. La mayoría ha crecido teniendo que pelear en la escuela y en la calle, a veces diariamente, a riesgo de dejarse robar el dinero del almuerzo o el abrigo o de sufrir constantes humillaciones; hasta para dar una vuelta por el barrio tienen que saber defenderse. Butch recuerda una escena típica de su adolescencia: «Justo allí, en la manzana donde yo vivía, las cosas eran difíciles, o comías o te comían. Tenías que convertirte en un canalla. Mucha gente amontonada en poco espacio. Chicos que querían pegarte e intimidarte, o aprendías a pelear o tenías que cambiarte de barrio. Como yo no podía mudarme, he tenido que aprender a dar golpes». La mayoría de los miembros del gimnasio se iniciaron en la autodefensa por necesidad, no por gusto. Muchos de mis camaradas de Woodlawn habían sido matones que luego se reconvirtieron al boxeo. «Yo estaba peleándome todo el día cuando era joven, así que de todos modos... —señala Lorenzo— mi padre dice: “ya que tienes que pelear, mejor que lo hagas en un *gym* donde puedas aprender, ¿eh?, saber las bases, quizá puedas hacer algún dinero, llegar más lejos y sacar algo en claro. Siempre será mejor que pelear en la calle por nada».

En contraste con este entorno hostil e incierto, y pese a la acuciante falta de medios, el club constituye un islote de estabilidad y orden donde son posibles las relaciones sociales prohibidas en el exterior. El gimnasio ofrece un lugar de sociabilidad protegida, relativamente cerrado, en el que se encuentra un respiro a las presiones de la calle y del gueto, un mundo donde los acontecimientos externos penetran con dificultad y tienen poca importancia. Este encierro colectivo, que roza la «claustrofilia», es lo que hace posible la vida del gimnasio y constituye su atractivo[\*]. Mike, un muchacho de diecinueve años, va al club todas las tardes después del instituto. «Vienes aquí y te sientes bien. Como yo digo, te sientes protegido, con seguridad. Aquí estás a gusto, es como una segunda familia. Sabes que puedes venir aquí y que vas a encontrar apoyo... Si estás deprimido, siempre habrá alguien que te dé ánimos. Descargas las frustraciones sobre las bolsas. Y después subes al ring a “ponerte los guantes”, a lo mejor antes de subir estabas bajo de moral, pero enseguida te dan ganas de pelear». Bernard, un veterano del *gym* que, después de una docena de combates, ha tenido que interrumpir su carrera a consecuencia de una herida en la mano, explica lo que lo impulsa a venir a entrenar siempre que su trabajo de técnico en radiología se lo permite: «Me gusta ver a los tipos que se entrenan y hacen algo positivo con sus vidas, quemar su energía de una manera que no les trae problemas y dejan a un lado las bandas y la droga y el talego,

porque están en el gimnasio para hacer algo por sí mismos, y sienta bien ver estas cosas».

De hecho, es frecuente oír a los boxeadores exclamaciones como las siguientes: «¡Todo el tiempo que pasas en el gym es menos tiempo que pasas en la calle!»; «esto me protege de la calle»; «yo prefiero estar aquí que en la calle con tantos problemas». Algunos profesionales admiten además que, con toda probabilidad, habrían acabado en la delincuencia si no hubieran descubierto el boxeo. Y numerosas estrellas pasadas y presentes, como Sonny Liston, Floyd Patterson y Mike Tyson, hicieron su primer aprendizaje del Noble Arte en prisión. Mustafa Muhammad, antiguo campeón del mundo semipesado, confiesa: «Si no me hubiera dedicado al boxeo, me habría convertido en ladrón de bancos. Hubo épocas en que era eso lo que yo quería hacer. No quería vender droga. Quería ser el mejor, y por eso quería ser ladrón de bancos». El campeón mundial de peso pesado, versión WBC, en 1985, Pinklon Thomas, le hace eco: «El boxeo me ha sacado de mi agujero y ha hecho de mí una persona valiosa. Sin él, estaría vendiendo heroína, o muerto, o en prisión<sup>[18]</sup>». De igual modo, numerosos participantes del torneo final de los Golden Gloves de 1989 no dudan en incorporar esta motivación a la sucinta biografía que acompaña su foto en el programa de festejos: «Vaughn Bean, 16 años, 1,79 metros, 80 kilos, representa al Valentine Boys Club, donde boxea desde hace un año. Alumno de segundo en el instituto de Calumet, su hermano lo introdujo en el boxeo para evitar que se fuera por el mal camino»; «Gabriel Villafranca, 18 años, 1,74 metros, 64 kilos, representa al Harrison Park Club. Boxea desde hace tres años y tiene un récord de ocho victorias y tres derrotas. Alumno de último curso en el instituto Juárez, se inició en el boxeo para no echarse a perder». Con ocasión de un torneo júnior (menores de 16 años) en el International Amphitheater, DeeDee me confirma que las madres de los jóvenes púgiles, que siguen normalmente con una angustia teñida de admiración el debut de sus hijos, están de acuerdo en reconocer en el boxeo esta virtud protectora. «No, ellas no los desaniman. Prefieren saber que su chico está en el ring que sin hacer nada en la calle o metiéndose en líos. Saben que para ellas es mejor que sus hijos estén en el gym». Los miembros del Boys Club de Woodlawn comparten plenamente esta opinión:

LOUIE: ¿Dónde estarías hoy si no hubieses encontrado el boxeo?

CURTIS: Uh, probablemente en prisión, muerto o en la calle, empujando el codo.

LOUIE: ¿De verdad?

CURTIS: ¡No lo dudes! Si tú hubieras tenido la presión que yo tenía a los 16 años, tratando con tipos indeseables e *intentando congeniar con ellos*, entonces verías. Para que no dijeran de ti que eras «un mierda» (*punk*), «un palurdo» (*poot-but*<sup>[\*]</sup>), no podías dejar que los gamberros hicieran contigo lo que les diera la gana. Es la presión del grupo, ¿entiendes? Quieres que te *accepte* el grupo de gente que te rodea en el barrio donde creces.

LORENZO: Para mí está claro que si no hubiera sido por el gym, es probable que ahora estaría metido en algo que no quisiera hacer. Por eso yo creo que el gym me ha librado de muchas cosas malas.

LOUIE: ¿Como qué?

LORENZO: Bueno, probablemente me ha librado *de matar a alguien*, sí, o de desvalijar a los que andan por la calle, o de vender droga. ¡Qué sé yo! No hay forma de saberlo. No hay manera de saber lo que la

vida te tiene reservado...

LOUIE: ¿Y el club te ha librado de todo eso?

LORENZO: Sí, sí. El *gym* me saca de la cabeza cantidad de cosas, ¿sabes?, sobre todo de lo que pasa fuera, cuando tienes problemas, ¿entiendes? Vienes al gimnasio a entrenar, y se diría que eso te despeja la mente, lo único que te importa es que estés en el gimnasio y tienes que trabajar las bolsas.

El hermetismo del gimnasio representa una de sus mayores virtudes para los miembros y orienta toda la política del entrenador. Esto se nota, entre otras cosas, en el hecho de que la agitación de la vida pública nacional y municipal apenas tiene repercusión alguna en el interior del gimnasio. Así, durante toda la campaña, no se ha hecho mención alguna de las elecciones presidenciales que enfrentan a George Bush con Michael Dukakis, a excepción de esta observación desengañada de Gene O'Bannon el mismo día de las votaciones: «Entre un plato de mierda de caballo y otro de mierda de perro, yo no elijo».

Ni siquiera la derrota del alcalde negro Eugene Sawyer, tras la victoria del hijo del antiguo alcalde blanco Richard Daley (que mantuvo Chicago con puño de hierro bajo un régimen patrimonial racista durante medio siglo), suscita más comentario que observaciones superficiales sobre lo «podrida» que está la política<sup>[\*]</sup>.

El 11 de noviembre de 1988 estrecho la mano a todo el mundo saludando con animados: «¿Qué tal hoy? ¿Todo bien?». DeeDee está vestido con un pantalón gris y su campera azul «Moonglow Lounge» (un bar del gueto, madriguera de Flukie Stokes, líder de la banda que domina el South Side) forrada de insignias de boxeo; sus largas manos de araña sujetan un cigarrillo, la cara inclinada, la mirada apagada. Me dice que todo marcha. Le pregunto si ha ido a votar. «Claro que sí, ya lo he hecho, esta mañana», murmura con una voz triste. Parece que el tema no le atrae especialmente. Le pregunto lo que piensa de la campaña presidencial y quién, Bush o Dukakis, va a ganar según él. «No me importa mucho, Louie. Lo que pasa fuera de estas paredes no es asunto mío. Lo que me importa es lo que pasa aquí, *entre estas cuatro paredes*. El resto me es completamente indiferente». Y pone fin a la conversación con un gesto desengañado de la mano.

El Boys and Girls Club de Woodlawn, anexo a la sala de boxeo y la guardería, forma parte de una red de trece clubes establecidos en Chicago por United Way, una organización benéfica nacional con ramificaciones en todas las grandes ciudades norteamericanas, en su mayor parte en los barrios desheredados de la ciudad, negros e hispanos. Fundado en 1938, el club de Woodlawn se unió en 1978 a su homólogo más importante de Yancee, algunos kilómetros al oeste, en el barrio negro situado junto a Washington Park. Según el folleto de presentación (titulado «Un año de victorias personales»), estos clubes suman más de 1500 usuarios por año, de los cuales el 70% corresponde a muchachos entre seis y dieciocho años, la casi totalidad procedente de la comunidad afroamericana. Las actividades que se ofrecen (ejercicios de estimulación, tutorías escolares, salidas culturales, deportes) son financiadas en un 90% por donativos de empresas privadas cuyos directivos son miembros de la junta directiva del club. En 1987 la Woodlawn-Yancee Unit recibió cerca de 50 000 dólares de estas empresas.

El nombre completo de la organización —Woodlawn-Yancee Unit, Boys and



Girls Club de Chicago: *El club dueño de la calle*— explica bien su misión: es en oposición a «la calle» y a la marginalidad económica y social a partir de donde se define. Su objetivo es ofrecer una estructura social capaz de arrancar a los jóvenes del gueto de la exclusión urbana y su triste cortejo de criminalidad, bandas, droga, violencia y miseria<sup>[21]</sup>: «Invertir en la juventud de hoy es invertir en el Chicago de mañana. Es la juventud de hoy la que representa el liderazgo, la fuerza y la visión de nuestra ciudad. Pero demasiados líderes potenciales del mañana aprenden, demasiado pronto, que la calle es el escenario de una lucha por la supervivencia y que la única elección que se les ofrece es la de una vida sin futuro. Los programas del centro de Woodlawn-Yancee han sido creados para superar estas barreras sociales, económicas y escolares. Gracias a un aprendizaje constructivo, aseguramos el desarrollo de las cualidades y talentos que son base de la autoestima y que abren las puertas del éxito. Ofrecer a los jóvenes de hoy un mañana mejor, tal es nuestra responsabilidad. ¡Juntos vamos a “vencer a la calle”!» (folleto de presentación del club).

La sala cuenta con un presupuesto muy restringido, puesto que gran parte de los fondos del club de Woodlawn se dedican al funcionamiento de la guardería. El club Boys and Girls se limita a cubrir gastos y al mantenimiento del edificio. La inscripción de los boxeadores es completamente gratuita; DeeDee, el entrenador, no recibe la menor remuneración. El equipo usado o estropeado debe ser repuesto por el propio gimnasio, lo que explica el desgaste avanzado de las bolsas y los guantes, así como la penuria crónica de algunos materiales (el club hace un consumo de peras de velocidad que supera de lejos la oferta, y de ahí su escasez; lo mismo que con el *punching-ball*).

Cada año, cuando llega el invierno, la sala de Woodlawn organiza una noche «de gala» para obtener ingresos (25 dólares por persona, incluidos los socios), lo que da ocasión a los boxeadores amateurs del lugar de exhibirse ante un conjunto de notables y personajes locales, padres y amigos, con el fin de reunir los fondos necesarios para pagar la sustitución o reparación del equipo. Si una bolsa termina por desgarrarse o desinflarse, una solución para el recambio consiste en pedir una contribución a los socios, cada uno en la medida de sus modestos medios, para un fondo común que servirá para comprar uno nuevo. Pero DeeDee no es muy aficionado a este sistema porque, según dice, «nadie da nunca nada y nos volvemos a encontrar en el punto de partida, sin dinero». De hecho, a excepción del pago de las fotos que han sido encargadas al fotógrafo de la casa, Jimmy Kitchen, es extraordinario ver dinero circulando por el club.

### *Un templo del culto pugilístico*

La sala de entrenamiento del Woodlawn Boys Club ocupa la parte trasera de un viejo edificio de ladrillo del período de entreguerras que tuvo que ser reformado para acoger actividades deportivas: se instalaron unas duchas improvisadas y un vestuario; el estrecho cuchitril repintado recientemente de azul chillón donde los boxeadores se cambian está equipado con una sencilla mesa forrada con una colchoneta de

gimnasia<sup>[\*]</sup>. El mismo edificio alberga una guardería financiada por The United Way con la ayuda de los servicios sociales municipales donde los niños (todos negros) de la escuela primaria vecina van todas las tardes para hacer actividades de estimulación en dos grandes salas decoradas con llamativos carteles educativos que los exhortan al orgullo racial —como la serie de carteles consagrados a los grandes personajes negros de la historia mundial, las ciencias y la literatura—. En el pasillo de entrada un exhibidor de madera ofrece una serie de folletos para los jóvenes del club y sus familias: «Los niños primero: CURE, Chicago Unido para Reformar la Escuela»; «Cómo encontrar un empleo: diez consejos»; «SOS-SIDA en la comunidad negra»; «Hágase mecánico gracias al Curso Truman de tecnología del automóvil». La guardería y la sala de boxeo conviven de forma independiente; sólo la intrusión periódica en el gimnasio de una bandada de niños, puntualmente despedida por DeeDee, y el traslado diario de la comida desde la pequeña cocina anexa hasta las duchas recuerdan su presencia. La entrada de los boxeadores, que se sitúa en la parte trasera del edificio para no molestar a los niños, está atestada de material de obras recubierto de una lona azul.

La sala está bastante desvencijada: las canalizaciones y los cables eléctricos cuelgan de las paredes; la pintura amarilla de la pared está descascarada y el zócalo está roto o falta en muchos sitios; las puertas son todas diferentes y no es raro que caigan trozos de yeso del techo por encima de los espejos. Pero está limpia y bien cuidada y, comparada con el estado de destrucción avanzada de los alrededores, el *gym* no da la impresión de ruina.

La parte de la sala donde se boxea mide alrededor de 11 metros por 9, y el suelo está recubierto con parqué de madera colocado sobre el linóleo. Está delimitada por un lado por el ring azul que interrumpe el pasillo que lleva a la guardería, por el otro por el cuarto de atrás (que acoge la oficina del entrenador, un gran perchero, dos armarios para accesorios, un gran cubo de basura y una balanza) desde el cual DeeDee observa la evolución de los púgiles a través de un gran cristal rectangular y por un pequeño cubículo que sirve de vestuario. Dos enormes bolsas colgadas de pesadas cadenas ocupan el centro de la zona de ejercicio: la bolsa blanda, larga almohada de cuero negro rellena de borra, y la bolsa dura, enorme morcilla roja rellena de arena, dura como el cemento, rodeada de cinta adhesiva y emparchada en varios sitios. Contra la pared del lado este hay dos espejos, uno de un metro y medio de ancho y colocado oblicuamente sobre el suelo y otro más estrecho clavado en el tabique, además de una bolsa para uppercuts fijada horizontalmente contra la pared. Un *punching-ball* enganchado a un soporte de madera cuya altura se regula accionando la manivela sirve para practicar el ritmo y la coordinación ojo-mano; en la esquina hay una barra de hierro para los ejercicios de flexibilidad, una hilera de pesas raramente utilizadas y un extintor. El resto del equipamiento consiste en cuerdas para saltar, guantes, pantalones protectores de cuero (*cups*), cascos de sparring colocados en sus armarios respectivos o amontonados sobre la mesa de la oficina y un balón de entrenamiento unido al suelo y al techo por correas de goma con el que se ejercita el jab. Una mesa recubierta con una colchoneta de gimnasia reforzada con cinta adhesiva plateada y sujeta con una correa permite hacer abdominales. Cerca del espejo pequeño un balde sirve para recoger el agua de una gotera; otro recoge los escupitajos de los boxeadores mediante un embudo que recorre uno de los postes del ring.

Las otras paredes están ocupadas con armarios metálicos cerrados con gruesos candados con puertas cubiertas de fotos y carteles de boxeo. Uno de ellos, próximo a la cocina, exhibe con orgullo un cartel rojo y azul chillón que proclama: «Di no a la droga». En la esquina contraria, tres grandes marcos de madera exhiben los *collages* hechos con decenas de fotos desechadas por Jimmy Kitchen, el autoproclamado fotógrafo del club. *Life in the Big City 1986* es un *patchwork* de imágenes de boxeo (antes, durante y después de los combates, escenas de entrenamiento, entrenadores rodeados por sus pupilos, vencedores de una noche blandiendo su copa), de instantáneas de azafatas (*card girls*) que exhiben sus curvas durante los entreactos del combate, de reuniones políticas (el difunto alcalde Harold Washington sonriendo, Jesse Jackson meditando), de ceremonias religiosas (bodas, bautismos), de bailes (los músicos en acción, parejas enlazadas, juerguistas todo sonrisas) y de la ciudad. Este montaje condensa y explica la mutua imbricación de todos los aspectos de la cultura afroamericana en Chicago<sup>[22]</sup>.

La pared que hay detrás del sillón de DeeDee es en sí misma una obra de arte popular formada por calendarios publicitarios atrasados, *pin-up* negras de los años sesenta, pequeños banderines de boxeo multicolores, carteles descoloridos de grandes combates (Gerry Cooney contra Larry Holmes) sobre los que hay escritos recados telefónicos, una portada de *Newsweek* muestra a Mohamed Alí sufriendo en su rincón en su combate de despedida («Alí: un último hurra») entre fotocopias de portadas de *Ring Magazine*, vistas nocturnas de Chicago y anuncios de coches de lujo, sin olvidar las fotos de DeeDee y de boxeadores del club, pegatinas de boxeo, dos banderas americanas, viejas circulares oficiales amarillentas enviadas por la Boxing Commission, un diploma de socorrista flebólogo otorgado por una escuela privada,

la licencia del club pegada con celo por encima del sillón del entrenador, todo ello sobre el fondo verde que reproduce un gigantesco billete de un dólar (en total no menos de 65 fotos y estampas). Del mismo modo, las paredes del *gym* están cuajadas de pósters de boxeadores, carteles de combates locales y portadas de revistas especializadas (como *Ring*, *Knockout*, *KO* y *Ringworld*) pegadas por todas partes<sup>[\*]</sup>. Encima del gran espejo se destaca una fotografía en blanco y negro de un joven coloso con el torso desnudo, la musculatura en tensión, la mirada amenazadora acompañada de esta exhortación: «¡Elige bien en qué piensas!» (*Select the things that go into your mind!*). Está colgada sobre un gran cartel rojo, azul y amarillo anunciando el duelo Tyson-Spinks y sobre un retrato en color de la antigua estrella del club, Alphonso Ratliff, luciendo su cinturón de campeón del mundo de pesos semipesados de la WBC (que perdió después). El espejo está enmarcado por dos carteles de combates locales, amarillo y beige; a la izquierda, una foto de Tyson en acción; a la derecha, otra de Tyson vestido para el combate tomada por sorpresa mientras hablaba por teléfono, portadas de la revista *Knockout* mostrando los semblantes amenazadores de León Spinks, Marvin Hagler y Tony Lalonde. Bien a la vista a la derecha de la entrada del «despacho» hay dos grandes retratos monocromos de Martin Luther King y Harold Washington (el primer alcalde negro de Chicago que acababa de fallecer). Un dibujo de un boxeador dotado de un cuerpo minúsculo y de una cabeza gigantesca (acompañado de una leyenda con doble sentido, invitando a la modestia y a la excelencia: *Don't let your head get big in the ring* puede leerse como «No dejes que tu cabeza golpee el cuadrilátero» y «Que no se te suba a la cabeza») y otro póster de Mike Tyson con un gesto espantoso alegran la pared de la cocina.

En su distribución y decoración la sala constituye un templo del culto pugilístico por la presencia en las paredes de los grandes combatientes, pasados y contemporáneos, a los que los boxeadores en ciernes de los gimnasios del gueto profesan un culto selectivo pero tenaz. Los campeones demuestran, en efecto, las virtudes supremas de la profesión (valor, fuerza, destreza, tenacidad, inteligencia, ferocidad) y encarnan las diversas formas de excelencia pugilística. Además, pueden intervenir directamente en la vida de cada uno, como demuestra la foto de Mike Tyson rodeado por DeeDee y Curtis (que lleva una gorra azul con un enorme *WAR* en rojo), colocada en un lugar preferente en la pared del despacho, que atribuye a los dos últimos una parte del capital simbólico del campeón salido del gueto de Brooklyn.

Hay al menos cinco fotos individuales de Tyson en la pared de los espejos y el *speed bag*, dos en la pared de enfrente y tres en la pared norte. El segundo campeón más homenajeado es Sugar Ray Leonard, que aparece en cinco pósters, muy por delante de Mohamed Alí. Sin embargo, no es tanto el número de imágenes como su «disposición» lo que da toda su fuerza y significado a esta suerte de iconografía profana espontánea. Es significativo que cada «ramillete» de pósters incluya una o varias fotos de campeones en plena acción, colocadas generalmente *por encima* de anuncios de combates regionales. Este «sintagma», esta proximidad física sugiere una asociación, un vínculo casi genealógico entre los pugilistas en ciernes, que pelean por cantidades ridículas en veladas regionales y los supercampeones que se reparten premios maravillosos en prestigiosos combates de Las Vegas y Atlantic City retransmitidos por televisión. Se da la idea concreta de una gran «cadena del Ser» pugilístico: una continuidad que iría desde el chico anónimo del club más modesto hasta la estrella internacional entrenada con los métodos informáticos y médicos más modernos y cuyo sólo nombre basta para hacer correr ríos de dólares y hacer temblar a los adversarios más temibles (como el mito Tyson). Todos formarían parte de la misma esencia: la providencia y la determinación individuales decidirán cuál de los pequeños se hará grande, siempre que tenga el talento y el valor necesarios.

Esta iconografía mural de apariencia anodina, que yuxtapone un Michael Spinks a punto de ser derrotado por Tyson («¿La gloria a qué precio?», pregunta el artículo que acompaña la fotografía) a un anuncio local de un combate de segunda división entre secundarios (Manning «Motor City Madman» Gallaway contra Craig «Gator» Bodzianowski), mantiene la creencia en un ideal por definición inaccesible a la casi totalidad de los boxeadores y contribuye a mantener la ilusión de una «escala de movilidad» continua y graduada que lleva progresivamente desde la base hasta la cumbre de la jerarquía pugilística, mientras que lo que se trasluce de la organización social y económica del boxeo profesional indica más bien que hay una discontinuidad, que las redes que dirigen el *business* de la pelea se parecen menos a una «escala» que a segmentos fuertemente separados cuyo acceso está firmemente controlado por los dueños del capital social específico<sup>[23]</sup>.

Los carteles y la decoración mural de la sala desempeñan una función notable en el establecimiento de las jerarquías en el seno del club. Los pósters son objeto de un «tráfico» (regalos, intercambios, búsquedas, colocación por los interesados) a través del cual todos intentan afirmar o aumentar su valor en el mercado pugilístico, mostrando la prueba de su participación en tal o cual noche, como indica la siguiente nota del 15 de noviembre de 1988:

Mientras me seco el cuerpo con una toalla, pregunto a DeeDee si los carteles rotos de los combates locales amontonados en una gran caja cerca del armario de las cuerdas para saltar son para tirar y si me puedo llevar alguno. Charles (segundo entrenador) me dice inmediatamente: «Sí, puedes llevártelos todos si quieres, vamos a tirarlos de todos modos». DeeDee lo corta y replica vigorosamente: «¿Pero qué dices? ¡No voy a tirarlos! ¿Eres tonto o qué? Déjame mirar y te elijo cuatro o cinco de los viejos, Louie, pero no puedes llevarte los que quieras. Ninguno de los chicos del club, de nuestros muchachos. Porque quiero guardarlos y ponerlos en la pared. A los chicos les gusta ver su foto. Es lo primero que enseñan a sus colegas cuando vienen la primera vez. Van directos al póster con su nombre y su foto y les dicen “Mira, soy yo”. Es muy importante para ellos. ¿Te acuerdas de Duane? Se tenía por un boxeador conocido y pensaba que su foto estaría en algún sitio. La primera vez que vino recorrió el gimnasio, miró por todas partes y no vio ni una foto suya. No lo podía creer. Estaba tan furioso que me trajo una al día siguiente».

Escudo protector contra las tentaciones y los peligros de la calle, la sala de boxeo no es sólo un lugar de ejercicio riguroso para el cuerpo, es también el soporte de lo que Georg Simmel llama la «sociabilidad» (*Geselligkeit*), procesos puros de asociación que son en sí mismos su propio fin, formas de interacción social desprovistas de contenido o dotadas de contenido socialmente anodino<sup>[24]</sup>. Esto se debe al código tácito según el cual los miembros del club deben dejar en la puerta todos los problemas y obligaciones que tienen en el trabajo, la familia y el corazón. Todo sucede, en efecto, como si un pacto de no agresión gobernara las relaciones interpersonales y excluyera todo tema de conversación «serio» susceptible de atentar contra esta «forma lúdica de la socialización» e impedir el buen desarrollo de los intercambios cotidianos y, por tanto, de poner en peligro la subcultura masculina específica que el *gym* perpetúa<sup>[\*]</sup>. Casi nunca se habla de política. Los denominados problemas raciales, como la discriminación en el trabajo y la brutalidad policial, se abordan ocasionalmente, pero no hay ninguna probabilidad de que surja un desacuerdo dada la homogeneidad étnica de la sala. Sólo los acontecimientos deportivos tienen automáticamente derecho de ciudadanía. Pero un deporte tiene más posibilidades de ocupar las conversaciones si se trata de un deporte de combate y apela a las cualidades viriles. Los partidos de los Bears, el equipo de fútbol americano de Chicago, se comentan a menudo, sobre todo al día siguiente del encuentro, bajo el ángulo de la dureza y del valor físico exhibidos por un determinado jugador; sin embargo, hace falta una hazaña de Michael Jordan, el jugador más importante de los Chicago Bulls, para que se mencionen sus éxitos en el campeonato nacional de baloncesto. Son, por supuesto, los combates de boxeo, nacionales y locales (retransmitidos habitualmente desde Atlantic City, Las Vegas y Reno por las televisiones por cable como ESPN, SportsChannel y Sportsvision o retransmitidos especialmente por las cadenas de pago TVKO y Showtime), los que proporcionan el material esencial de las conversaciones y cuyos resultados y consecuencias se comentan. El resto de las conversaciones gira en torno al cuidado del cuerpo<sup>[26]</sup>, del problema perenne del peso y otras consideraciones técnicas; se intercambian consejos y trucos; se analizan las sesiones de sparring y se comentan los torneos pasados y futuros.

Durante estos debates, que renacen sin cesar de sus cenizas, DeeDee y los más

antiguos demuestran un conocimiento enciclopédico de los nombres, lugares y acontecimientos sobresalientes del folclore pugilístico. Los combates que hicieron historia, sobre todo la regional, se evocan con frecuencia, así como los éxitos y desengaños de los boxeadores en ascenso o en declive. Fruto de una inversión deliberada de la escala de valores oficiales, los grandes combates televisados (por ejemplo Leonard contra Hagler o Holyfield contra Foreman) son menos apreciados que los enfrentamientos locales y las ristra de nombres desgranados en el curso de la conversación contienen más boxeadores oscuros que estrellas conocidas.

La conversación pasa gradualmente del boxeo a otro registro, el de las historias de peleas, asuntos turbios, delitos y agresiones de los que cada uno posee un abundante repertorio personal. Desde esta perspectiva, la «oficina» de DeeDee —la sala trasera abarrotada de carteles de combates y fotos de boxeadores desde la que vigila la zona de ejercicio a través de un gran cristal rectangular— funciona como escenario sobre el que todos pueden demostrar su excelencia en el manejo del capital cultural propio del grupo, en este caso la información pugilística y el conocimiento de la calle y de su mundo oscuro.

Las conversaciones en el club están muy ritualizadas. El orden de los locutores, el contenido de sus palabras, la posición que mantienen en el espacio limitado de la sala de atrás dibujan una estructura compleja y sutilmente jerarquizada. Por ejemplo, muy pocas veces se charla en la sala propiamente dicha cuando se está entrenando<sup>[\*]</sup>. Un *pecking order* estricto rige la ocupación de los sillones, así como el uso de la palabra: los entrenadores y los viejos tienen preferencia (en el siguiente orden: DeeDee; Ed Woods, manager-entrenador y responsable de un gimnasio similar en Saint Louis; Charles Martin, otro entrenador y amigo íntimo de DeeDee; el viejo Page, monitor en un gimnasio municipal; el empleado de Correos O'Bannon). A continuación los boxeadores por orden de fuerza y antigüedad (Curtis, Butch, Smithie, Lorenzo, Ashante, Rico y los demás), seguidos por los visitantes ocasionales. El sillón desde el que DeeDee observa la evolución de los atletas está estrictamente reservado al señor del lugar. La versión oficial es que no quiere que la gente se siente con el pretexto de que se mancharía de sudor. Pero la prohibición se aplica también a aquellos que vienen vestidos de calle y que no se entrenan; sólo Curtis, la promesa del club, se permite transgredirla alguna vez, normalmente cuando el viejo entrenador no está presente. La excusa, higiénica apenas logra disfrazar la razón social de esta prohibición: el sillón simboliza el lugar de DeeDee y su función en la sala. Puesto de observación, símbolo de su autoridad, lugar desde donde puede abarcar de un vistazo, vigilar y controlar todas las fases del entrenamiento y los gestos de todos.

No hay que subestimar la importancia de estas conversaciones de apariencia anodina, puesto que constituyen un ingrediente fundamental del «programa oculto» del gimnasio: transmiten de forma oral y osmótica a los aprendices de boxeador la sabiduría vernácula de la profesión. Bajo la forma de narraciones más o menos apócrifas, de comadreo, batallitas y leyendas urbanas, destilan los valores y las

categorías lógicas del universo pugilístico, las mismas que arraigan la cultura de la calle en el gueto: una mezcla de solidaridad con el grupo de iguales y de desconfianza individualista, la dureza y el valor físico, un sentimiento inexpugnable del honor masculino y la expresión del comportamiento y del estilo personal<sup>[27]</sup>.

### *Las promesas del boxeo*

El 10 de junio de 1989, mientras inicio la tercera ronda con la bolsa, Curtis sale del vestuario en calzoncillos y llama a Reggie y Luke —uno con calzón rojo y torso desnudo y el otro con pantalón y maillot azules—, que han empezado a entrenarse tarde y conversan y se hacen los remolones delante de los espejos. Con una voz estentórea que nunca le había oído los amonesta con severidad por su comportamiento antes de describirles las recompensas del boxeador, de todo lo que podrán hacer cuando sean campeones, sin dejar de tomar como testigo ocular a Anthony, que está sentado en la mesa cerca del ring. «En lugar de no hacer nada, de ser un don nadie y de acabar mal en la calle, puedes ser *alguien*. Gracias al boxeo puedes convertirte en alguien, puedes sentirte orgulloso de ti mismo y hacer que tu madre se sienta orgullosa de ti. Si te entrenas y trabajas duro, si te entrenas duro en el gimnasio y haces bien tu trabajo, si eres serio, puedes convertirte en un boxeador de alto nivel y ganar las grandes peleas. Vas a hacer el [torneo de los Golden] Gloves y a ganarlo y a llevarte a casa una copa tan grande que tu madre y tu abuela no lo podrán creer, tan grande que llorarán sólo de pensar que has sido tú quien la ha ganado.

»Si te entrenas duro puedes viajar a muchos sitios; el equipo olímpico y los promotores querrán llevarte a su gimnasio; no puedes ni imaginarte los gimnasios que tienen, y van a regalarte los pantalones y las camperas deportivas, y la ropa, y la comida, tres buenas comidas al día y gratis. Tendrás la oportunidad de ir a sitios donde nunca soñaste ir, a Francia o a Inglaterra y a Europa para los grandes combates. ¡Pregúntale a Anthony si no es verdad! [Anthony asiente con la cabeza.] Pero para eso hay que trabajar duro. Nadie te regala nada. No va a bajar el Espíritu Santo. Hay que trabajar duro, entrenarse duro, todos los días: carreras, shadow, bolsas, hay que ser serio en el trabajo. Entonces todo eso puede ser tuyo».

Estupefactos —y cuando menos fascinados— por esta parrafada soltada por un vehemente Curtis medio desnudo, Reggie y Luke bajan la cabeza y se ponen manos a la obra con seriedad y ardor renovados.

### *Los dueños de la calle*

Sabemos que la inmensa mayoría de los boxeadores procede de ambientes populares y especialmente de la clase obrera alimentada por la inmigración. Por ejemplo, en Chicago, el predominio sucesivo de irlandeses, judíos de Europa central, italianos, negros y, más recientemente, de hispanos se corresponde directamente con la sucesión de estos grupos al final de la escala social<sup>[28]</sup>. El aumento de boxeadores chicanos estos últimos años, perceptible de forma inmediata al consultar los programas del gran torneo amateur anual de los Golden Gloves, es la traslación directa de la llegada masiva de emigrantes mexicanos a las capas inferiores de la sociedad del Medio Oeste americano. Así, durante los combates de la final de 1989, dominados claramente por los boxeadores de origen mexicano y puertorriqueño, DeeDee me hacía la siguiente observación: «Para saber quién está abajo, sólo tienes que ver el boxeo. Los mexicanos ahora tienen una vida más dura que los negros». Un proceso similar de «sucesión étnica» se observa en los demás mercados pugilísticos del país, que son Nueva York, New Jersey, Michigan, Florida y el sur de California. A

modo de confirmación local, en el momento de la inscripción cada miembro del Club Woodlawn Boys debe rellenar una ficha con preguntas sobre su estado civil, nivel de estudios, su profesión y la de sus padres y precisar si se ha criado en una familia sin padre o sin madre y el nivel económico de ésta: de las cinco categorías de ingresos codificadas en el cuestionario, la más *elevada* empieza por sólo 12 500 dólares anuales, es decir, la *mitad* de los ingresos medios de la ciudad.

Sin embargo, hay que señalar que, contrariamente a la idea surgida del mito ancestral del «boxeador que pasa hambre» que los medios se encargan de reavivar periódicamente por su atención hacia los representantes más exóticos de la profesión —como el campeón del mundo absoluto Mike Tyson<sup>[\*]</sup>—, los boxeadores no se suelen reclutar entre las capas más desheredadas del subproletariado del gueto, sino más bien en el seno de la franja de la clase obrera situada en el límite de la integración socioeconómica estable. Esta (auto)selección, que tiende de hecho a excluir a los más excluidos, no se opera bajo el efecto de la escasez de recursos económicos, sino *mediante las disposiciones morales y corporales* accesibles a estas dos capas de la población afroamericana. De hecho, no existe, hablando con propiedad, una barrera material directa para la participación: la matrícula en el club es de 10 dólares anuales, el costo de la licencia de la Federación de Boxeo Amateur (obligatoria por motivos legales) es de 12 dólares y todo el material necesario para el entrenamiento lo aporta el club gratuitamente; el boxeador sólo tiene que comprar las vendas para proteger las manos y los protectores bucales en una tienda especializada por menos de 9 dólares<sup>[\*]</sup>. Dada la naturaleza y las costumbres que imponen la práctica pugilística, los jóvenes de las familias más desfavorecidas se ven excluidos: convertirse en boxeador exige una regularidad, un sentido de la disciplina, un ascetismo físico y mental que no pueden desarrollarse en condiciones sociales y económicas marcadas por la inestabilidad crónica y la desorganización temporal. Aparte de un determinado margen objetivo de estabilidad personal y familiar, es bastante improbable que se adquieran las disposiciones corporales y morales indispensables para soportar con éxito el aprendizaje de este deporte<sup>[\*]</sup>.

El análisis preliminar del perfil de los 27 profesionales (todos —excepto dos— de origen afroamericano y con edades comprendidas entre los veinte y los treinta y siete años) activos durante el verano de 1991 en los tres principales *gyms* de Chicago confirma que los boxeadores son de condición social superior al segmento más bajo de la población masculina del gueto. Una tercera parte de ellos ha crecido en una familia que recibía ayuda social y el 22% no tenía trabajo; el resto estaba empleado o recibía un «salario semanal» de su mánager. Trece de ellos (es decir, el 48%) habían realizado cursos en un pequeño *community college* (aunque fuera por poco tiempo y sin conseguir ni título ni beneficio económico tangible); uno había obtenido un *associate degree* y otro una licenciatura<sup>[\*]</sup>. Sólo tres (11%) no habían terminado sus estudios secundarios y casi la mitad tenía una cuenta corriente. En comparación, el 36% de los hombres de dieciocho a cuarenta y cinco años que vivían en el South Side

de Chicago en 1989 se había criado con ayuda social, un 44% estaba desocupado, la mitad había abandonado el instituto y sólo un 18% tenía una cuenta bancaria<sup>[31]</sup>. El perfil educativo y socioeconómico de los boxeadores profesionales es, por tanto, sensiblemente superior al del residente medio del gueto. Obsérvese que ninguno de los padres tenía un diploma de estudios secundarios y que casi todos eran obreros manuales o algo similar, con la notable excepción del hijo de un rico empresario blanco de las afueras. Y los datos dispersos de los que disponemos gracias a las biografías y relatos originales sugieren que la extracción social de los boxeadores, en lugar de bajar, asciende ligeramente a medida que subimos en la jerarquía pugilística. Emanuel Steward, entrenador-mánager y fundador del famoso *gym* de Kronk en Detroit, cuna de numerosos campeones del mundo, señala: «Contrariamente a lo que la gente piensa, la mayoría de mis chicos no son tan pobres. Proceden de buenos barrios de todo el país<sup>[32]</sup>».

Lejos, pues, de proceder de estas nuevas «clases peligrosas» desorganizadas y desocializadas de las que se habla con alarma en el discurso pseudoerudito sobre la aparición de una *underclass* negra supuestamente aislada para siempre del resto de la sociedad<sup>[33]</sup>, todo indica que los boxeadores se distinguen de los otros jóvenes del gueto por un superávit de integración social respecto de su bajo nivel cultural y económico y que proceden de familias enraizadas en la clase obrera, o incluso que se afanan por alcanzar dicho estatus iniciándose en una profesión que consideran un trabajo manual calificado, bien considerado en su entorno inmediato y que ofrece además la posibilidad de obtener ingresos importantes. La gran mayoría de los adultos del *gym* de Woodlawn trabaja (casi todos a tiempo parcial) como vigilante, playero, albañil, barrendero, dependiente, recadero, coordinador deportivo para el servicio de parques municipales, encargado de fotocopias, peón, bombero, cajero, animador en un centro de prevención para jóvenes y obrero en una acería. En la mayoría de los casos es cierto que este arraigo en el proletariado es frágil, puesto que los empleos suelen ser precarios y mal pagos y no excluyen el recurso crónico al «menudeo» en la economía informal de la calle para llegar a fin de mes<sup>[34]</sup>. Y una serie de boxeadores profesionales procede bien de las capas inferiores de la clase obrera, bien de familias numerosas criadas «con ayuda social» en los bloques de viviendas sociales estigmatizadas y castigadas por un desempleo endémico y casi permanente. Pero no son la mayoría ni tampoco los que tienen mayor éxito en el terreno pugilístico a mediano plazo.

Además, aunque sus mediocres ingresos y el fracaso escolar precoz no los diferencien de la media de los habitantes del gueto de su edad, los púgiles profesionales proceden con mayor frecuencia de familias intactas y a menudo están casados y son padres de familia. Y tienen el privilegio de pertenecer a una organización formal —el club de boxeo—, mientras que la inmensa mayoría de los habitantes negros de los barrios más pobres de la ciudad no pertenece a ninguna asociación —con la excepción de los escasos residentes de clase media<sup>[35]</sup>. Sin



embargo, la influencia de la integración conyugal y familiar se ejerce de manera sutilmente contradictoria: permisividad para la práctica, que tiene que ser suficiente para adquirir la disposición y la motivación necesarias para el combate, pero no tan fuerte como para que el empleo y la vida familiar le hagan demasiada competencia a la inversión en el boxeo.

DEEDEE: No, Ashante no viene todos los días, ya lo sabes, Louie. Sólo los chicos que van al instituto vienen todas las tardes. Es el problema de los adultos: están casados, tienen una familia, hijos, no pueden venir al gimnasio todos los días. Los alquileres son caros, igual que la comida, y tienen que ir a buscarse la vida. Tienen que tener un trabajo de media jornada, necesitan un trabajo para tener dinero y mantener a la mujer y los hijos. Y cuando puedes llevar el dinero a casa, tienes que ir, no vas a venir a entrenarte. Es el problema de Ashante. Tiene dos niños. Hace changas. No pudo asistir al último combate aunque estaba en el programa porque tenía un trabajo de tres o cuatro días de un tirón y podía ganar un dinero. Es un almacén, cuando necesitan hacer horas extraordinarias lo llaman [como empleado de almacén por días]. No es fijo pero lo suelen llamar. Puede ganar más en ese trabajo que subiendo al ring. [Un combate de nivel medio supone una bolsa de 150 a 300 dólares para cada boxeador.] Y sin necesidad de que te golpeen. Así que tenía que tomarlo. *[Nota del 13 de enero de 1989].*

La conversación recae en Mark, un recién llegado empleado en una empresa de fotoduplicación desde que dejó el instituto sin terminar los estudios. Ha llegado muy tarde, pero DeeDee lo deja empezar a entrenarse. Boxea con ardor, inclinado sobre la bolsa de arena que ametralla con ganchos cortos que le valen el elogio de DeeDee. «Este chico es bueno. Se mueve bien. Tiene alma de boxeador. Mira sus movimientos. Está fuerte. Buenas manos. Es porque se peleaba en las calles. Aprende deprisa. Pero tiene las piernas rígidas, no sabe flexionarlas. Y, además, tiene un trabajo que lo hace llegar tarde. Tiene que entrenarse más pero no tiene tiempo. Es una verdadera pena, una lástima porque podría ser un buen boxeador. Si lo hubiera agarrado a tiempo, cuando era más joven... —¿Qué edad tiene?— Veintidós años. Él también me ha dicho que le habría gustado entrenarse cuando tenía quince o dieciséis años. Pero no había un *gym* donde vivía, así que no hacía nada. Estaba en la calle y se peleaba en su barrio. Pesa 55 kilos, no está gordo, pero está rechoncho, es por eso. Jugaba al fútbol americano con el equipo del instituto. Todavía puede perder peso, pero es una lástima que no tenga tiempo para entrenarse... Por desgracia suele pasarle a otros chicos». *[Nota del 22 de marzo de 1989].*

DeeDee enuncia de pasada uno de los factores que diferencia a los «matones de la calle» que acaban en la delincuencia, grande o pequeña, de los que ejercen su talento en el ring y participan, aunque sea de forma irregular, en la economía salarial: las mismas aptitudes pueden abocar a una u otra carrera según la oferta de actividades: en un sitio las bandas organizadas que imponen su ley y en otro un gimnasio que «marcha» en un barrio relativamente tranquilo.



Los socios de la sala de Woodlawn fluctúan considerablemente al cabo de los meses. Se puede calcular que, en un año, vienen entre 100 y 150 personas a golpear el saco, pero la gran mayoría sólo se queda unas semanas, puesto que descubren rápidamente que el entrenamiento es demasiado exigente para su gusto, una tasa de abandono superior al 90% es lo habitual en un *gym* de boxeo [\*]. La temporada alta se sitúa en invierno, justo antes del torneo de los Golden Gloves (cuyas preliminares se disputan todos los años a principios de febrero), y al final de la primavera. Los más asiduos (llamados *regulars*) son unos 30; el núcleo duro lo forman ocho boxeadores que han pasado recientemente a la categoría profesional después de estar juntos en las clases de aficionados. Las motivaciones de los participantes varían según su estatus. Los más regulares boxean oficialmente como amateurs o profesionales y la sala es para ellos un lugar de preparación intensiva para la competición. Los otros vienen al club para mantenerse en forma (incluyendo el deseo de seducir al sexo opuesto), como Steve, un enorme puertorriqueño negro de veintinueve años que va «para perder peso, por las chicas. Quiero perder esta panza por las mujeres: es lo que ellas quieren y ellas mandan», para estar en contacto con los amigos (como sucede a muchos profesionales retirados de la competición que pasan más tiempo charlando en la sala de atrás que entrenándose con las bolsas) o también para aprender técnicas de autodefensa [\*]. Además de los boxeadores y entrenadores, varios ancianos frecuentan la sala, y se sientan durante horas en el cuchitril sin ventana recordando con DeeDee los viejos tiempos cuando «los boxeadores eran boxeadores de verdad». Para el viejo entrenador de Woodlawn sólo cuenta verdaderamente el boxeo de competición. Y

aunque siga con atención los adelantos de los simples amantes del ejercicio, no oculta su preferencia por los verdaderos pugilistas. En ocasiones, sigue intentando convertir a los primeros a los placeres del ring. La siguiente conversación muestra bien esta actitud.

El 6 de diciembre de 1988, cuando vuelvo a la oficina, un enorme negro cuarentón, vestido con un traje marrón claro muy elegante y una corbata marrón oscura haciendo juego, canoso, con las sienes despejadas y barba rizada bien recortada, un poco grueso, típico ejecutivo de los transportes públicos, solicita ver a «Mister Armour». DeeDee responde que es él mismo y lo invita a sentarse en el pequeño taburete delante de su mesa. Hago que leo el *Chicago Sun Times* para escuchar discretamente su conversación.

—Desearía información sobre los cursos de boxeo para adultos. ¿Ustedes tienen?

—Sí, depende de lo que quiera: para mantenerse en forma o para pelear. ¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y un años. No, no sería para combatir, no con cuarenta y un años [...]. Es para estar en forma y también para autodefensa.

—De acuerdo, pero después podría estar interesado en los combates. Hay bastantes tipos mayores, de cuarenta y nueve, cincuenta e incluso cincuenta y tres años, que vienen para mantenerse en forma y que al cabo de tres o cuatro meses quieren participar en los Golden Gloves. Por supuesto [con tono de evidencia], no van a enfrentarse a jóvenes bien plantados que los van a hacer picadillo, pero la pasan bien: les da lo mismo, lo único que piden es pelear.

—¿Con cuarenta y nueve años? ¿No se es muy viejo para pelear?

—Sí, pero depende, tenemos tanto adultos como jóvenes.

—No, gracias, lo que me interesa es la defensa personal, eso es todo, para boxear en la calle si me atacan. Nunca volvió por allí.

En el seno del *gym* de Woodlawn se distingue a primera vista a los boxeadores «serios» de los jóvenes que van todavía al instituto y de los adultos liberados de sus obligaciones escolares pero sometidos a otras, más exigentes, de la vida profesional y familiar. El más joven tiene trece años, el más viejo cincuenta y siete; la edad media se sitúa en los veintidós años<sup>[\*]</sup>. Todos, por supuesto, son hombres, y la sala de entrenamiento es un espacio eminentemente masculino donde se tolera la intrusión del sexo femenino siempre que sea circunstancial: «El boxeo es para hombres, sobre hombres y son los hombres. Hombres que pelean con otros hombres para determinar su valor, es decir, su masculinidad, excluyendo a las mujeres<sup>[37]</sup>»<sup>[\*]</sup>. Aunque no exista una barrera formal para su participación —algunos entrenadores rechazan las reticencias hacia el boxeo femenino—, las mujeres no son bienvenidas en la sala porque su presencia perturba, si no el buen funcionamiento material, al menos el orden simbólico del universo pugilístico. Sólo en circunstancias excepcionales, como la proximidad de un torneo importante o el día después de una victoria decisiva, se permite a las amigas o esposas asistir a un entrenamiento de su hombre. Cuando van, deben quedarse sentadas inmóviles y en silencio en las sillas colocadas detrás del ring; y normalmente se sitúan a los lados, contra la pared, de forma que no entren en la zona de ejercicio propiamente dicha, aunque no esté ocupada. Se da por supuesto que no deben interferir de ningún modo con el entrenamiento, excepto para ayudar a prolongar sus efectos en casa tomando a su cargo las tareas cotidianas de limpieza y a los niños, cocinando los platos necesarios y proporcionando un apoyo emocional e incluso financiero sin tacha. Si hay una mujer presente en el *gym* de Woodlawn, los

boxeadores no pueden salir de los vestuarios con el torso desnudo para pesarse en la balanza de la sala de atrás —como si el cuerpo de un hombre semidesnudo pudiese verse «en pleno trabajo» en la escena pública que es el ring pero no «en reposo» en los pasillos del taller. En otra sala profesional situada cerca de Little Italy, el entrenador jefe recurre a este método contundente para tener a las mujeres a distancia: advierte firmemente a sus boxeadores que no lleven a su «chica» al *gym*; si le desobedecen, los hace subir al ring para una sesión de sparring con un compañero claramente más fuerte que ellos, de forma que los avergüence delante de sus amigas. En el Windy City Gym, en el límite del gueto de West Side, una zona especial delimitada por una pared a la altura de las caderas está oficialmente reservada a los «visitantes»; en la práctica, sólo sirve para separar a las compañeras de los boxeadores. La famosa sala Top Rank de Las Vegas prohíbe oficialmente el acceso a las mujeres.



Rodney y dos admiradoras pasajeras.

Entre los practicantes, la división principal es la que separa a los amateurs de los profesionales. Estos dos tipos de boxeo forman dos universos vecinos y estrechamente interdependientes pero que sin embargo están muy distantes en el

plano de la experiencia. Un púgil puede pasarse años combatiendo en amateurs sin saber casi nada de las costumbres y factores que modelan la carrera de sus colegas profesionales (particularmente los aspectos financieros, que todos colaboran a mantener ocultos [\*]). Además, los reglamentos que rigen la competición en estas dos divisiones son tan diferentes que no es exagerado considerarlos dos deportes distintos. Simplificando, en los amateurs el objetivo es acumular puntos tocando al adversario todas las veces que sea posible con series de golpes rápidos, y el árbitro dispone de una gran libertad para detener la pelea cuando uno de los púgiles parezca tocado; en los profesionales, que no llevan casco protector y cuyos guantes son mucho más pequeños, el primer objetivo es «sonar» al adversario alcanzándolo con golpes, y el enfrentamiento se prolonga hasta que uno de los boxeadores no esté en condiciones de continuar. Como dice el entrenador de la sala Sheridan Park, «el boxeo profesional no es una broma, es para destrozarte, sabes. Es un juego duro, cuando pasas a profesional, es duro; [corrigiéndose] *no es un juego. En amateurs te diviertes. Los profesionales intentan matarte*». La gran mayoría de los amateurs no «pasa» a profesionales, de forma que éstos constituyen un grupo en gran medida (auto)seleccionado. Aun así, la transición de una categoría a otra tiene más probabilidades de éxito cuando el púgil puede refugiarse en un entorno familiar y social mínimamente estable.

Las otras diferencias que se aprecian en el *gym* dentro de cada una de las categorías se refieren al estilo y a la táctica adoptadas en el ring: *boxer* (estilista) contra *brawler* o *slugger* (movedizo), *counterpuncher* (boxeador más agresivo), *banger* (pegador o toscó), *animal*, etc. Aparte de estas diferenciaciones, la cultura del *gym* es ostensiblemente igualitaria en el sentido de que todos los participantes son tratados de la misma forma: independientemente de su estatus y sus ambiciones, disfrutan de los mismos derechos y deben aceptar las mismas obligaciones, comenzando por la de «trabajar» duro y mostrar un mínimo de bravura entre las cuerdas llegado el momento. Los que disponen de un entrenador personal saben que recibirán más atención, y los profesionales se imponen un entrenamiento más exigente y más estructurado. Pero DeeDee pone tanto entusiasmo en enseñar cómo se ejecuta un jab (golpe recto) a un principiante de dieciséis años que no volverá a la sala después de una semana de prueba como en afinar la técnica defensiva de un veterano del ring. Cualquiera que sea su nivel de competencia pugilística, todos los que «pagan lo que deben» en la sala son aceptados como miembros de pleno derecho del club.

A medida que progresan, los aprendices de boxeador encuentran su zona cómoda: algunos se refugian en el rol de «boxeador de sala» que se entrena y «calza los guantes» con más o menos frecuencia para anotarse en un torneo; otros deciden aventurarse más lejos en la competición y se lanzan al circuito amateur; por último, otros concluyen su carrera amateur «pasándose a pro». La diferencia entre simples deportistas y boxeadores de competición se hace visible por el gasto en equipamiento

de unos y otros y por la ocupación de un armario del vestuario. Sólo los púgiles de competición se entrenan con sus propios guantes (de los que poseen varios pares acumulados a lo largo de los años), su casco protector y su cuerda personal, que guardan como si fuera un tesoro en una caja individual con candado. La adquisición de botas de boxeo (que cuestan entre 35 y 60 dólares) y, sobre todo, de un casco de sparring (60 dólares como mínimo) indica en sí misma, tanto para el interesado como para su entorno, un compromiso duradero con el combate. **La ropa es también un buen indicador del grado de implicación en el deporte,** aunque sea más fácilmente falsificable y por tanto menos fiable: la marca Ringside, especializada en equipamientos pugilísticos, fabrica por encargo una gama diversa de ropa personalizada (pantalones, una bata, maillots, toallas), y cualquiera puede comprar por correspondencia una campera exclusiva o decorada con el emblema de un gran campeón. Además, los boxeadores profesionales no visten jamás su ropa de combate para los entrenamientos. Es igualmente cierto que el gasto en accesorios da en general una buena idea de la inversión material y moral en el campo pugilístico.

Al grupo de atletas se añade el de entrenadores, consejeros, «visitantes», parientes, amigos y curiosos que vienen a la sala para charlar o mirar los entrenamientos y cuya presencia renueva continuamente el ambiente de la sala: Kitchen, un antiguo boxeador y metalúrgico desocupado que subsiste entre changas haciendo fotos de los boxeadores durante las reuniones y después vende a los interesados a precios prohibitivos; O'Bannon, nuestro empleado de Correos que presume de un récord brillante (35 victorias amateur, 33 de ellas antes del límite) del que sin embargo jamás ha mostrado la mínima prueba; un empleado del ayuntamiento, T-Jay, antiguo campeón de Europa amateur de pesos welter (ganó el título mientras vivía en Alemania en una base del ejército americano) que viene a seguir de cerca los retozos de su hijo Cario, que inicia su carrera amateur; Romi, un filipino minúsculo, capataz de oficio, que ejerce como entrenador-masajista para el excampeón del mundo de los pesos semipesados Alphonso Ratliff; Oscar, un quincuagenario bonachón que dirige con energía una empresa de arreglo de fachadas (suele trabajar junto a sus obreros) y que se pasa las tardes enteras en el gimnasio, cubierto con un sombrero de *cowboy* y enormes cadenas y medallas doradas alrededor del cuello, observando y aconsejando a los atletas, aunque no sepa absolutamente nada del Noble Arte; Elijah, propietario de una pequeña cadena de lavanderías del gueto y mánager de dos jóvenes del club que acaban de pasar a profesionales; Charles Martin, un antiguo entrenador que de vez en cuando hace de «hombre de rincón» para los jóvenes del club; y un puñado de ancianos, en su mayoría jubilados de los alrededores, para quienes el entrenamiento constituye la principal fuente de distracción cotidiana<sup>[\*]</sup>. Periódicamente, el *matchmaker* (blanco) Jack Cowen con su traje rosa chicle hace una aparición señalada; en tales ocasiones sostiene misteriosos conciliábulos con DeeDee para decidir qué boxeador del club participará en las reuniones que organiza mensualmente en Parle West, una discoteca

*yuppie* de un barrio acomodado en el norte de la ciudad. La sala trasera acoge en todo momento entre tres y seis personas enfrascadas en discusiones pugilísticas apasionadas o absortas en el comentario del sparring en curso.

Hemos visto cómo la ecología del gueto y la cultura de la calle predisponen a los jóvenes de Woodlawn a concebir el boxeo como una actividad llena de sentido que les ofrece un escenario en el que usar los valores fundamentales de su *ethos* masculino. Bajo esta perspectiva, el gueto y el *gym* se encuentran en relación de contigüidad y de continuidad. Pero una vez en la sala de boxeo, esta relación se rompe y se ve invertida por la disciplina espartana a la que deben plegarse los púgiles, que incorpora las cualidades de la calle al servicio de otras metas, más lejanas y estructuradas de forma más rígida. Así pues, los entrenadores insisten antes que nada en lo que *no debe* hacerse en un *gym*. Eddie, el segundo de Woodlawn, cita las prohibiciones de la sala: «Blasfemar. Fumar. Hablar fuerte. Faltar el respeto a las mujeres, faltar el respeto a los entrenadores, faltarse el respeto unos a otros. Nada de hostilidades. Nada de fanfarronerías». A las que se podría añadir una cantidad de pequeñas reglas a menudo implícitas que se conjugan para *apaciguar* el comportamiento de los miembros del club.

Sin que para ello haya que demostrar severidad, DeeDee impone en el *gym* de Woodlawn una disciplina férrea, tanto en lo que se refiere al comportamiento como a los ejercicios de entrenamiento: está prohibido llevar comida o bebida al club, beber o hablarse durante el entrenamiento, sentarse en el borde de las mesas, cambiar el orden de los ejercicios (por ejemplo calentarse saltando a la cuerda en vez de hacer sombra) o modificar una figura normalizada. Está fuera de lugar utilizar el material de forma no convencional, lanzar puñetazos al vacío contra objetos o subir al ring para hacer sparring si no se cuenta con el equipo necesario o, peor aún, simular un enfrentamiento fuera del ring (los «incidentes del parque» son tan infrecuentes que quedan grabados en la memoria colectiva de la sala, a diferencia de las peleas habituales de la calle). Es obligatorio llevar el *jackstrap* (pantalón de deporte) bajo la toalla cuando se sale de la ducha y ropa limpia cuando se sale del gimnasio. Por último, los niños de la guardería o del barrio que vienen a admirar los esfuerzos de sus mayores no deben bajo ningún pretexto acercarse a las bolsas. Hasta el lenguaje se vigila de cerca: DeeDee no admite el uso de la expresión «pelear» [*to fight*] en lugar de «boxear» (*to box* o *to spar* para los asaltos de entrenamiento); y ni él ni los asiduos al club utilizan términos groseros o insultos en sus conversaciones.

La mayoría de las cláusulas de este «reglamento interno» implícito cuelgan de la puerta, y los que las han interiorizado poco a poco nunca son llamados al orden salvo cuando las infringen<sup>[\*]</sup>. Los que no lo asimilan son rápidamente expulsados por DeeDee o se los invita a irse a otra sala. Al final, como constatamos al examinar el régimen y la moral del entrenamiento, el *gym* funciona prácticamente como una institución que intenta reglamentar toda la existencia del boxeador —cómo emplea el tiempo y el espacio, el cuidado de su cuerpo, su estado de ánimo y deseos, hasta el

punto de que los púgiles comparan a menudo el trabajo de la sala con el ejército—.

BUTCH: En el *gym* aprendes disciplina, autocontrol. Aprendes que tienes que irte a dormir temprano, madrugar, hacer tu *roadwork* [carrera de entrenamiento por la mañana], cuidarte, comer como está mandado. Sí, tu cuerpo es una *máquina*, tiene que estar a punto. Aprendes a controlarte cuando sales y te haces el tonto en la calle. Esto te da una *mentalidad de soldado, como en el ejército*, y eso es bueno para ti.

CURTIS: El tipo que se entrena en esta sala, un joven o un hombre, sabes, madura un 85% más que si estuviera en la calle. Porque la disciplina para intentar hacerse adulto, intentar tener espíritu deportivo, tener sentido estratégico en el ring, sabes cómo te digo... [farfulla]. Es como si, podría estar ahí charlando, pero puedes decir que esto es como *estar en el ejército*, te enseña a ser un *gentleman* y todo eso, y te enseña *el respeto*.

DISCIPLINA COMO  
HABITOS

Así pues, *la sala de boxeo se define en su relación de oposición simbiótica al gueto* que la rodea: al reclutar a sus jóvenes y apoyarse en su cultura masculina del valor físico, el honor individual y el vigor corporal, se enfrenta a la calle como el orden al desorden, como la regulación individual y colectiva de las pasiones a su anarquía privada y pública, como la violencia controlada y constructiva de un intercambio estrictamente civilizado y claramente circunscrito —al menos desde el punto de vista de la vida social y de la identidad del boxeador— a la violencia sin sentido ni razón de los enfrentamientos imprevistos y carentes de límites o sentido que simboliza la criminalidad de las bandas y de los traficantes de droga que infestan el barrio.

### ***La ley del gym***

Mickey Rosario, entrenador del gym de East Harlem [barrio puertorriqueño] de Nueva York, recibe a un nuevo<sup>[40]</sup>.

—Muy bien, lo primero que tienes que aprender es el reglamento. Aquí está prohibido blasfemar. Está prohibido pelearse fuera del ring. No estoy aquí para que pierdas el tiempo ni tú para que lo pierda yo. Yo no fumo ni bebo ni persigo a las chicas. Me gustan las chicas, de verdad, pero me conformo con mirarlas. Tengo muebles bonitos ahí arriba en mi casa. Puedo llevar a cenar a mi mujer cuando quiero. Yo trabajo. Trabajo en un hospital, y si no puedo trabajar en el hospital trabajo de mecánico. Tengo el carné A y B. Puedo conducir cualquier tipo de camión. Puedo trabajar en las tiendas. ¿Entiendes? Obviamente el chico no entendía nada.

—Lo que quiero decirte es que yo sacrifico a mi mujer y a mis hijos por ti, así que más te vale sacrificarte por ti mismo. El reglamento es el reglamento, mi reglamento no se discute. ¿Lo captas?

—Sí —contestó el chico. Era como si lo hubiera arrastrado con una cuerda hasta llegar a la mesa del entrenador.

—Si tienes razón y no estás de acuerdo conmigo es que estás equivocado. ¿Comprendes?

—Sí.

—Cuando digo «seis tandas de sogas» no son cuatro. Cuando digo «salta», quiero que saltes.

—Sí.

—Y no te paras hasta que yo te lo diga.

—Sí.

—Aquí sólo hay un jefe.

—Sí.

—Y lo tienes delante de ti.

—Sí.

—¿Te das cuenta?

—Sí.



—¿Todavía quieres venir?

—Sí.

—Muy bien, necesito tus documentos. Me hacen falta cuatro fotos. Y 15 dólares para la licencia ABF [American Boxing Federation]. Y otros 25 dólares más por la matrícula anual [...]. ¿Qué haces ahora? ¿Vas al instituto? ¿Trabajas?

—Bueno, como si dijéramos, un poco los dos...

—No eres más que un vago.

El joven saltó hacia atrás como si lo hubieran abofeteado. Miró al entrenador con ojos incrédulos. Miró a su alrededor para ver si alguien más había oído tal afrenta. [...]. Después dijo:

—Sí, soy un vago. Pero quiero dejar de serlo.

—Vas a odiarme —dijo Mickey, ablandándose por fin—. Eso, al principio. Después me vas a adorar.

### *Una práctica sabiamente salvaje*

Si, como sugiere Pierre Bourdieu, toda práctica obedece a «una lógica que se efectúa directamente en la gimnástica corporal» sin pasar por la conciencia discursiva ni la explicación reflexiva <sup>[41]</sup>, es decir, excluyendo la aprehensión contemplativa y destemporalizadora de la postura teórica, entonces hay pocas actividades que sean tan «prácticas» como el boxeo. Efectivamente, las reglas del arte pugilístico se reducen a movimientos del cuerpo que sólo se pueden aprehender completamente en la práctica y que se inscriben en la frontera de lo decible e inteligible intelectualmente. Además, el boxeo consiste en una serie de intercambios estratégicos en los que los errores se pagan en el acto, la fuerza y la frecuencia de los golpes encajados establecen el balance instantáneo del resultado: la acción y su evaluación se confunden y el examen reflexivo queda, por definición, excluido de la actividad. Es decir, que no puede hacerse ciencia de este «arte social» si se rehúye la iniciación práctica, en tiempo y situaciones reales. Comprender el universo pugilístico exige la implicación personal, el aprendizaje y la experiencia. La aprehensión natural es condición indispensable del conocimiento adecuado del objeto <sup>[\*]</sup>.

La «cultura» del boxeador no está formada por una suma finita de informaciones discretas, por nociones transmisibles mediante la palabra ni por modelos normativos que existirían independientemente de su puesta en práctica, sino por una serie de posturas y gestos que (re)producidos continuamente por y en el funcionamiento mismo del *gym*, sólo existen por así decirlo en los actos, así como en la huella que dichos actos dejan en (y sobre) el cuerpo, lo que explica la tragedia de la imposible reconversión del boxeador cuando termina su carrera: el capital específico que posee está completamente incorporado y, una vez utilizado, carece de valor en otro campo. El pugilismo es un conjunto de técnicas en el sentido de Mauss, es decir, de *actos* considerados tradicionalmente eficaces <sup>[\*]</sup>, un *saber práctico* compuesto por esquemas inmanentes a la práctica. Se deduce, pues, que la inculcación de las cualidades que conforman al boxeador se reduce esencialmente a un proceso de educación del cuerpo, a una socialización determinada de la fisiología, en la que «el trabajo

pedagógico tiene por función sustituir el cuerpo primitivo [...] por un cuerpo “habituado”, es decir, temporalmente estructurado<sup>[42]</sup>» y físicamente remodelado según las exigencias propias del oficio.

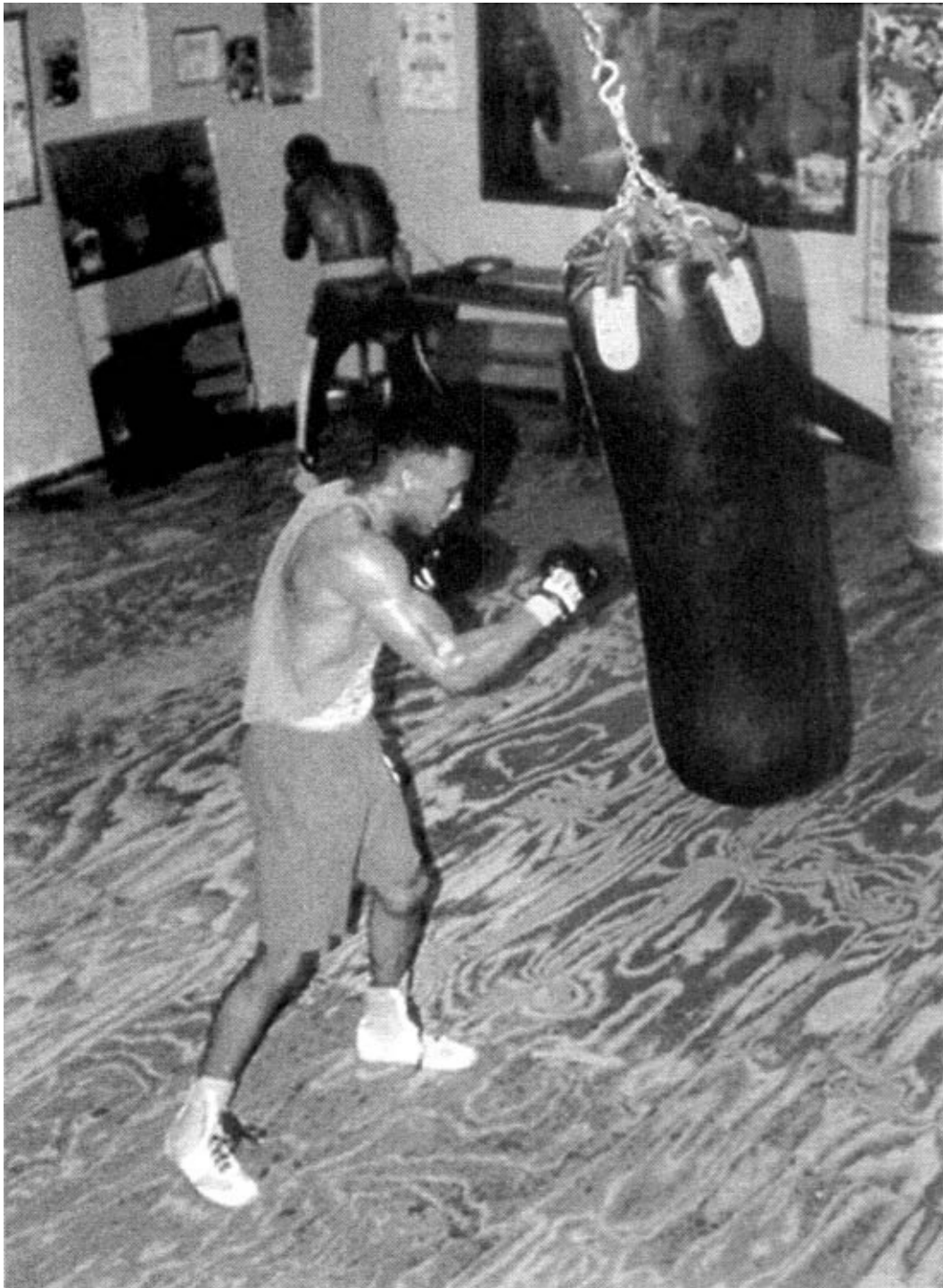
El entrenamiento de un púgil es una disciplina intensiva y agotadora —más si el club es de alto nivel y cuenta con un entrenador exigente que parezca no pedir nada— que intenta transmitir de forma práctica, por *incorporación directa*, un conocimiento práctico de esquemas fundamentales (corporales, emocionales, visuales y mentales) del boxeo. Lo que sorprende de entrada es su carácter repetitivo, árido, ascético: sus diferentes fases se repiten indefinidamente, día tras día, semana tras semana, con variaciones ínfimas. Muchos candidatos son incapaces de tolerar la «devoción monástica, [...] la subordinación total de sí<sup>[43]</sup>» que dicho entrenamiento reclama y que abandonan al cabo de algunas semanas o bien los lleva a vegetar en el *gym* hasta que DeeDee los invita a seguir su carrera en otra parte.

«La primera cualidad que necesita un buen entrenador es la puntualidad y la regularidad, por su parte y por parte de los boxeadores.»<sup>[44]</sup> La sala está abierta todos los días excepto el domingo durante las horas en que DeeDee está presente, es decir, desde mediodía hasta las siete de la tarde (con ligeras variaciones según la temporada). Los atletas van cuando quieren o pueden; la mayoría se entrena entre las cuatro y las seis de la tarde e invariablemente en el mismo horario, durante el que repiten los mismos ejercicios hasta la saturación. El imperativo de regularidad es tal que basta que un boxeador famoso deje de entrenarse durante un período prolongado para que se propaguen los rumores más descabellados sobre él. Por ejemplo, en febrero de 1989, después de que Curtis dejara de ir al *gym* momentáneamente, circulaba el rumor de que su carrera estaba acabada: «andaba» con las chicas del barrio y se había contagiado el sida...

Los miembros del Boys Club se entrenan por término medio cuatro o cinco veces por semana, a veces más. En el menú de una sesión, que dura entre 45 y 90 minutos, se encuentran siempre los mismos ingredientes, que cada uno dosifica a su gusto: en orden, shadow delante del espejo y en el ring, trabajo con la bolsa y el *punching-ball*, cuerda y abdominales. La frecuencia y duración de las sesiones fluctúan sensiblemente en el tiempo y de un boxeador a otro. La siguiente descripción vale para la mayoría de los púgiles antes de un combate. Es la sesión típica de Pete. Llegaba un poco antes de las cinco, sacaba su ropa de la caseta y se cambiaba rápidamente: camiseta de boxeo «Leonard-Hearns: The War II», botas blancas, bermudas elásticas negras. Después de vendar sus manos mientras charlaba con DeeDee y sus colegas en la sala de atrás, llegaba la hora de empezar a trabajar. Comienza por tres rondas de shadow delante del espejo pequeño, encadenando golpes (jab, jab, derecha, gancho de izquierda), adelante y atrás frente a su imagen reflejada, y utilizando a veces pesos (pequeños cilindros de metal) sujetos en cada puño para aumentar la tracción muscular. Después sube al ring para tres rondas de boxeo con la sombra donde, peleando contra un adversario imaginario, repite esquives, pule las

fintas y multiplica los desplazamientos a lo largo de las cuerdas. Baja para buscar unos guantes de entrenamiento de la oficina antes de iniciar tres rondas contra el saco blando: series de jabs seguidas de directos con las dos manos, uppercuts cortos, ganchos y salidas de cuerpo a cuerpo simuladas —toda la gama de un púgil. En la última ronda, Pete lanza sus golpes acompañados de pequeños gritos guturales que llenan la sala. Un momento para mojarse la cara con la ducha colectiva situada cerca del ring y para una última ronda de golpes con la bolsa de uppercut fijada en la pared. Siguen dos rondas con el *punching-ball* para mejorar la velocidad de los brazos y la coordinación ojo-mano. Pete termina la sesión con tres rondas de cuerda a buen ritmo y con series de abdominales variados (designados con el término genérico de *tablework*, literalmente «trabajo de mesa», por analogía con *roadwork* —carrera a pie— y *floorwork* —conjunto de ejercicios de suelo) y de «bombas» (clásicos, los pies levantados sobre una silla, apoyándose sobre los puños cerrados o aplaudiendo cada vez que se sube).

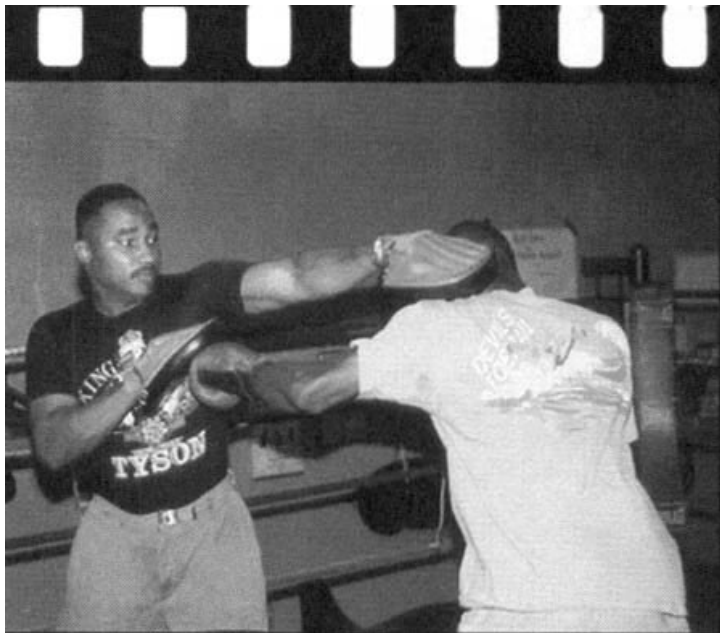
A este esquema de base, que varía muy poco, se añaden otros ejercicios, como el trabajo con el *jab bago double-end bag* (un *punching-ball*, sencillo o doble, sujeto con dos gomas al suelo y al techo), ejercicios de flexibilidad y molinos con una pesada barra metálica, así como ejercicios expresamente concebidos para reforzar la armadura muscular defensiva: una vez a la semana, Pete deja que Eddie le martille el vientre con golpes de *punching-ball*; cada dos sesiones, sentado en una silla, un casco con peso alrededor de la cabeza, pasa largos minutos haciendo tracciones del cuello. El trabajo con los *pads*, donde ejercita los encadenamientos golpeando las manoplas que le tiende su entrenador, conjugan el boxeo «en blanco» del shadow y el trabajo con la bolsa, por una parte, y el sparring sobre el ring por otra. A los ejercicios de la sala se añaden interminables sesiones de *jogging*: los boxeadores de Woodlawn recorren una media diaria de cinco a ocho kilómetros, seis días a la semana, tanto en invierno como en verano.



*Floorwork:* Tony con la bolsa; al fondo, Anthony hace shadow delante del espejo.

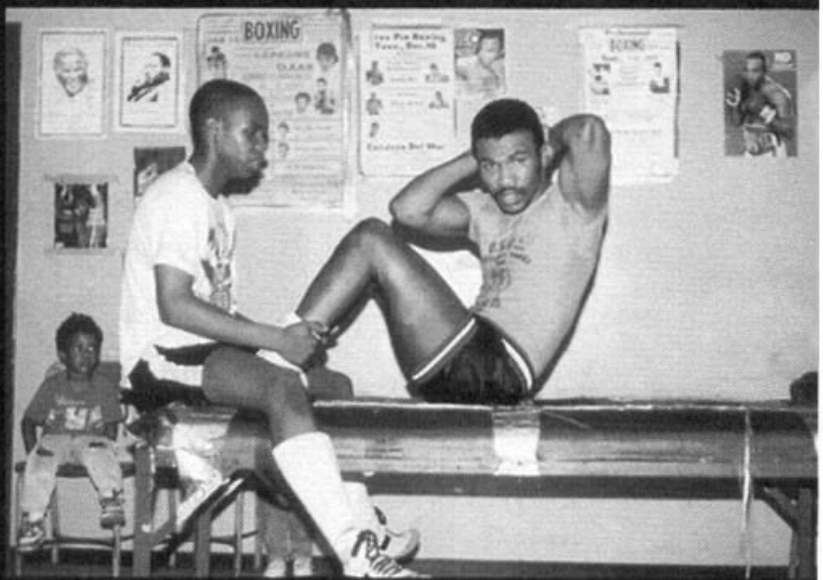
### ***El trabajo con las manoplas***

Día 2 de marzo de 1989. Estoy preparado: campera azul, pantalón corto negro y remera roja, guantes rojos, doy saltitos esperando a Eddie, que se calza cuidadosamente los *pads* (una especie de grandes manoplas planas); se ajusta los dedos con ayuda de O'Bannon para colocarse la segunda mano y cerrar la correa. DeeDee chilla: *Time, work!* Eddie se planta delante de mí y levanta la mano derecha:



*Ringwork:*  
Lorenzo trabaja  
con las  
manoplas junto  
con Eddie, su  
entrenador.

11A



*Tablework:*  
Curtis hace  
abdominales  
ayudado por su  
primo.



Smithie y  
Anthony saltan  
a la cuerda.

*Jab!* Me adelanto y golpeo el puño izquierdo contra la pala de cuero que él me tiende. Paf, paf, paf, vuela, estoy en forma y mis golpes llegan bien; se sabe enseguida si se da en el blanco porque la manopla chasquea en lugar de hacer un ruido sordo. Mi puño salta desde mi guardia a cada una de sus llamadas. En cuanto toco su mano, Eddie baja la muñeca para contrarrestar la fuerza de mi jab. «Redobla tu jab, así... Avanza, avanza con tu jab».

Lanzo golpes furiosos a la manopla que me tiende ahora alternativamente a derecha e izquierda. El chasqueo me alivia y me estimula. Estoy bañado en sudor. «Uno, dos, jab y derecha encadenados, vamos, uno, dos». No consigo golpear los dos puños, volvemos con los jabs sencillos. Es mortal. Eddie se mueve con pequeños pasos en círculo a mi alrededor. Intento seguir moviéndome todo el tiempo, no separarme de él. «Ahora envía una derecha al cuerpo, así». ¡Paf, paf! ¡Vuelve a sonar bien! ¡Tch-tch, paf-paf! Eddie cambia de ejercicio: «Ahora lanza un jab a la cara [el *paden* alto], jab al cuerpo [a media altura]! Repite tu jab al cuerpo, así, continúa». Me adelanto golpeando con regularidad, mi respiración ha tomado el ritmo de los golpes. Eddie, plantado delante de mí (parece un pequeño luchador de sumo por lo redondo), me tiende las dos manoplas de cuero al mismo tiempo: «Ahora hazme un jab, izquierda-derecha-izquierda, y acabas con un golpe cruzado de derecha, OK?». Avanzo con pequeños pasos, jab, paf-paf-paf, pivotando sobre el pie de detrás y estirándome al máximo para tocar el blanco con el último rechazado. «Sigue, sigue, mantén el hombro derecho en línea cuando lances la derecha». *Time out!* Uff, no puedo más, mis pulmones me queman y los brazos me pesan cien toneladas. Respiro a fondo durante el descanso para intentar recuperar el aliento. Sólo tengo 30 segundos. Me concentro para acumular energía. Puedo hacer dos asaltos, pero jamás tres a este ritmo.

*Time in!* Eddie me tiende las manoplas vueltas hacia el suelo para trabajar los uppercuts cortos. Es un movimiento más difícil que no viene tan «naturalmente» (si es que hay algo que me venga naturalmente sobre el ring). El golpe se da de abajo hacia arriba, con la mano perpendicular al codo. Hay que girar bien el puño hacia adentro, pero tengo la sensación de fallar el blanco, incluso cuando lo consigo. Me inclino un poco más para pasar bajo la guardia invisible de Eddie. «Vamos, puedes hacerlo, derecha, izquierda, sigue moviéndote, mueve los pies». Uppercut derecho, uppercut izquierdo. Punzante. «Bien, ¡mantén el puño izquierdo en el aire después del jab, continúa!», brama Eddie retrasándose para obligarme a combinar golpes y desplazamiento. Encadeno un uppercut de derecha, un uppercut de izquierda, un jab para descansar el brazo, después un doble uppercut derecho e izquierdo doblando bien las rodillas, relajando los riñones: ¡es mortal! Ya no siento la muñeca derecha ni los hombros. Intento respirar mientras reparto uppercuts como un autómata. Cuando suenan bien contra la manopla me animan a dar con más fuerza el golpe siguiente. Pero ya no puedo más y debo bajar la guardia para recuperar el aliento.

Pasamos a un nuevo ejercicio: «Ahora haces un uno-dos, te agachas para evitar mi derecha y respondes con otro uno-dos del otro lado». Al principio no entiendo la maniobra, pero en dos o tres veces encuentro el ritmo: jab de derecha contra el *pad* derecho, gancho de derecha contra la misma manopla girando el brazo doblado en arco y nuevo gancho de derecha; Eddie responde lanzándome un gran gancho que evito inclinando el torso antes de responder con dos ganchos cortos. Si me responde con la derecha lo evito y contraataco derecha-izquierda, y viceversa. Es genial, pero todavía más agotador que los otros encadenamientos. ¡Paf, paf-paf, paf-paf, esquiva, paf-paf!

Suelo perder el equilibrio al girar. La voz de DeeDee retumba: «Sigue en tu apoyo, mantén la pierna derecha detrás y gira el pie hacia dentro». Persigo a Eddie entre las bolsas. Se detiene unos segundos para reajustarse las manoplas. Durante ese tiempo giro a su alrededor haciendo que bloquee golpes imaginarios. Seguimos. «¡A ver, voy ahí! Así, golpea, bien, Louie, ¡lanza tu jab!» Me grita animándome cada vez más fuerte. Yo sólo veo las manoplas negras que me tiende y que tengo que golpear a cualquier precio y su pecho rollizo y azul que se desliza a lo lejos. Mis pulmones van a estallar; ya no siento las piernas ni tengo fuerzas. Le sigo «jabeando» en una neblina de fatiga, sudor y excitación. Mis puños se han vuelto pesados, los brazos están entumecidos. Estoy reventado, pero sigo boxeando como una máquina de golpear. Paf-paf, bang, bang-bang. Pierdo la energía a toda velocidad, los golpes ya no chasquean. Eddie me anima: «¡Uno más, uno más, *keep it up*, Louie!».

En un semicomá, continúo golpeando y resoplando en cadencia, lanzando un golpe con cada bocanada de aire que expulso. *Tengo la impresión de estar en una calesita de la que soy al mismo tiempo motor y personaje.* Eddie me grita animándome. Me levanto para adelantarme, golpear, juntar los puños, apuntar, golpear. Agoto mis últimas reservas para terminar esta serie. «¡Vamos, que quema, el horno quema! [*You're cookin', you're cookin' in the kitchen!*] ¡Vamos, Louie! ¡Puedes hacerlo, está en tu cabeza!». Un último esfuerzo, paf-paf, bang, pum-pum. *Time out!* ¡Por fin! Estoy al borde de la asfixia, desmayado de agotamiento, totalmente vacío en seis minutos. Tengo la impresión de que voy a vomitar los pulmones y a desmayarme.

A menudo se ha comparado a los boxeadores con los artistas, pero una analogía más exacta apuntaría más bien al mundo de la fábrica o al taller del artesano. Porque el Noble Arte se parece punto por punto a un trabajo manual calificado pero repetitivo<sup>[\*]</sup>. Los mismos boxeadores profesionales ven el entrenamiento como un trabajo («Es un trabajo que debo hacer», «Tengo que hacer mis deberes», «Es como tener otro trabajo») y sus golpes como una herramienta. Saben que los resultados en el ring dependen directamente de su preparación en la sala, se entrenan con obstinación para estar en la cumbre de su forma física y de su maestría técnica en el momento de subir entre las cuerdas y vencer la ansiedad. «Los combates se ganan en el *gym*», dice un proverbio. La preparación puede ser tan intensa y dejar tan mal parado que, en comparación, el combate parecerá fácil; muchos boxeadores piensan además que el entrenamiento es el aspecto más duro de su trabajo. La descripción que hace George Plimpton de la preparación del legendario campeón Joe Frazier vale para la mayoría de los «boxeadores de club» anónimos<sup>[46]</sup>: «Es un masoquista feliz en el *gym*, se fustiga a sí mismo sin descanso buscando la resistencia que lo hará insensible a los golpes de su adversario [...] “Trabajo muy duro en el ‘campo de entrenamiento’, me castigo, y así, cuando llega el momento de la verdad, me resulta más fácil. Cuando suena la campana estoy listo, estoy *turned on* [en marcha, encendido, excitado]”».

El sacrificio del boxeador no se queda tras la puerta del gimnasio. La devoción monacal necesaria para la preparación del combate se inmiscuye en su vida social e impregna todos los aspectos del ámbito privado. Para conseguir su peso óptimo todo boxeador debe seguir una dieta estricta (evitar los dulces, féculas y alimentos fritos, comer pescado, carnes blancas y verduras cocidas, beber agua y té), tener un horario regular e imponerse un toque de queda temprano para que al cuerpo le dé tiempo a recuperarse. Además, desde que entra en el gimnasio, se le enseña que debe renunciar a tener contacto sexual durante las semanas previas al combate bajo pena de perder fluidos vitales y de socavar su fuerza física y su energía mental<sup>[47]</sup>. Más aún que el entrenamiento, estas reglas de abstinencia hacen la existencia ordinaria del boxeador profesional difícil, por no decir penosa. Como señala Jack, un peso ligero de Gary que se acercó a «calzarse los guantes» una tarde en Woodlawn, el «sacrificio» más doloroso que exige la preparación de un combate no es ir todos los días al gimnasio, sino «no probar la comida basura, las hamburguesas con papas, ni el sexo, entiendes. A mí me gusta la cerveza, no hay cerveza, ni siquiera sin alcohol, la *abnegación*, cuando tienes que buscar en el fondo de tu estómago para saber lo que quieres te tienes que decir: “Bueno, este mes no hay mujeres”, ves, ni hamburguesas. [De pronto su tono sube una octava mostrando su indignación con sólo pensarlo.] ¿Sabes lo que es no probar la comida basura durante un mes entero, sin gaseosa ni helados ni galletas de chocolate? ¿Sería el infierno, verdad?».

La extremada monotonía del entrenamiento no significa que no procure muchos pequeños placeres sin los que sería difícil perseverar<sup>[48]</sup>. En primer lugar está la

camaradería viril del *gym*, que se manifiesta en las miradas y las sonrisas, fragmentos de conversación, bromas y palabras de ánimo susurradas durante los descansos o palmadas afectuosas en la espalda o sobre la mano (los boxeadores se saludan ritualmente entrechocándose los puños enguantados alternativamente por arriba y por abajo<sup>[\*]</sup>). Como aprendí boxeando frecuentemente con Ashante, una fraternidad carnal muy especial vincula a los colegas de sparring habituales, basada en el riesgo que cada uno corre con el otro y le hace correr. Viene a continuación el placer de sentir cómo el cuerpo se ensancha, se libera, se «hace» poco a poco a la disciplina que se le impone. Además del sentimiento de embriaguez y de plenitud corporal muy viva que procura<sup>[\*]</sup>, el entrenamiento es por sí mismo su propia recompensa cuando se consigue dominar un gesto difícil con la sensación de haber duplicado la potencia o cuando permite la victoria sobre sí mismo (como superar la angustia del sparring con un compañero correoso). Finalmente, los boxeadores saborean el hecho «de pertenecer a una pequeña cofradía» aparte, famosa por su bravura física y por su rudeza; les gusta saber que «son diferentes de los otros. Son combatientes<sup>[50]</sup>». Esta satisfacción no por discreta deja de ser real, y los habituales del club la demuestran llevando medallas, chaquetas, camperas o gorras con insignias del oficio. A todo ello se suma el vínculo emocional con su *gym*, que los boxeadores suelen comparar con «su casa» o con «una segunda madre», lo que indica bien la función protectora y nodriza que tiene a sus ojos.

La aparente simplicidad de los gestos del boxeador no puede ser más engañosa: lejos de ser «naturales» y obvios, los golpes de base (jab, gancho, directo, uppercut) son difíciles de ejecutar correctamente y suponen una «reeducación física» completa, un verdadero remodelado de la coordinación gímnica e incluso una transformación psíquica. Una cosa es comprenderlos y visualizarlos con la mente y otra es realizarlos y, todavía más, encadenarlos en el momento de la acción. «Para que un golpe sea verdaderamente eficaz es inimaginable la cantidad de condiciones que deben reunirse.»<sup>[51]</sup> Por ejemplo, lanzar un jab para mantener al contrario a distancia o ajustarlo para atacar requiere, entre otras cosas, colocar simultáneamente los pies, las caderas, los hombros y los brazos; debe «lanzarse» el brazo izquierdo hacia el adversario (apuntando a la cara o al cuerpo) en el momento oportuno adelantándose un paso, con las rodillas ligeramente flexionadas, el mentón metido en el hueco del hombro; alinear la mano y el hombro adelantados, girar el puño en el sentido de las agujas del reloj un 45 por ciento en el momento del impacto —pero no hacia delante — apretando la muñeca y transferir el peso del cuerpo sobre la pierna adelantada y después sobre el apoyo trasero manteniendo siempre la mano derecha cerca de la mandíbula, de forma que se pueda bloquear o desviar la contra del adversario. El dominio teórico sirve de poco mientras el gesto no haya quedado grabado en el esquema corporal; y sólo una vez asimilado el golpe con y por el ejercicio físico repetido hasta la náusea, queda completamente claro para el intelecto. Existe de hecho una *comprehensión del cuerpo* que supera —y precede— la plena comprensión



visual y mental. Sólo la experimentación carnal permanente que supone el entrenamiento como complejo coherente de «prácticas de incorporación<sup>[52]</sup>» permite adquirir este control práctico de las reglas del pugilismo que, justamente, dispensa de constituir las como tales en la conciencia.

Para describir adecuadamente el proceso casi insensible que lleva a engancharse en el juego y a practicarlo (más de lo que a veces se querría), que conduce del horror o la indiferencia iniciales —mezcladas por la vergüenza de su cuerpo y de apuro— a la curiosidad y después al interés pugilístico, o incluso al placer carnal del boxear y las ganas de pelearse en el ring, tendría que citar *in extenso* las notas tomadas al cabo de los meses después de cada entrenamiento. Su propia redundancia permitiría comprender concretamente el lento deslizamiento que se efectúa de una semana a la otra en el control de los movimientos, la comprensión —a menudo retrospectiva y puramente gestual— de la técnica pugilística, y la modificación que se produce en la relación con el cuerpo y en la percepción de la sala y de las actividades que en ella se desarrollan. La asimilación del pugilismo es fruto de un trabajo de participación del cuerpo y de la mente que, mediante la repetición infinita de los mismos gestos, procede mediante una serie discontinua de desplazamientos ínfimos, difícilmente reconocibles individualmente, pero cuya suma en el tiempo produce avances significativos sin que se los pueda separar, ni fechar ni medir con precisión.

Lo más probable es que al observador externo se le escape la extrema sensualidad de la iniciación pugilística<sup>[\*]</sup>. Uno se convierte al mundo del boxeo y sus retos con todos los sentidos; y para conferir toda su fuerza a esta proposición habría que poder restituir todo el conjunto de olores (el linimento aspirado a pleno pulmón, el sudor que flota en el ambiente, el tufo de la mesa de abdominales, el olor del cuero de los guantes); la cadencia de los golpes, cada bolsa con la suya propia, cada ejercicio con su tonalidad, incluso cada boxeador tiene su forma de hacer «sacudir» el *speed bag*; el golpeteo o el galope de los pies que retumban sobre la tarima o que se deslizan y chirrían sobre la lona del ring; los jadeos, silbidos, sonidos sibilantes, resoplidos y gemidos, los gritos y los suspiros característicos de cada atleta; y sobre todo la disposición colectiva y la sincronización de los cuerpos cuya sola visión basta para producir efectos pedagógicos duraderos, sin olvidar la temperatura, cuya variación e intensidad no es lo menos importante de la sala. Esta mezcla produce una especie de *embriaguez sensorial* que forma parte de la educación del aprendiz de boxeador.

#### *La iniciación [15 de octubre de 1988]*

Entro en la sala por detrás. DeeDee está sentado en su oficina, con el gran Butch y tres jóvenes. Saludo a todos y chocamos las manos (siempre: es el rito cotidiano y una marca de respeto muy apreciada). DeeDee me pregunta enseguida: «Louie, ¿has traído el protector bucal? —Sí, ¿por qué?». El viejo entrenador sacude lentamente el mentón, con una mirada traviesa. Comprendo que mi bautismo de fuego ha llegado: ¡voy a subir al ring por primera vez! Siento aprehensión al mismo tiempo que la satisfacción de llegar por fin a este rito de paso. No lo había previsto y me preocupa no estar en forma; además, todavía siento un dolor tenaz en la muñeca derecha. Pero es imposible dar marcha atrás. Además tengo ganas de hacerlo,

después de todo, hace semanas que espero este momento; es raro, ¿no?, estar impaciente ante la perspectiva de que te golpeen...

Echo una ojeada para saber quién me va a dar la primera lección sobre el cuadrilátero. ¿Será Butch? En eso llega Olivier. DeeDee le dice que va a hacer de sparring y que se prepare: «Quiero ver cómo sangra tu nariz. Eres médico, así que puedes curarte tú solo. Sólo quiero que sangre un poco, ja, ja». Humor negro. Le Doc y yo intentamos consolarnos mutuamente riendo mientras nos cambiamos... Es Butch el que nos va a iniciar. Se calienta golpeando el aire con golpes rabiosos con su camiseta azul sin mangas. Sólo con pensar que lo voy a tener delante entre las cuerdas lo encuentro aún más grande que de costumbre, incluso colosal: casi me saca la cabeza; su torso y sus brazos son como bolas de ébano que relucen bajo la luz macilenta de la sala. [...] ¿Es razonable subir al ring y enfrentarse a un atleta así? Me pide que le ate sus guantes de sparring. Aprovecho para recordarle que es la primera vez que voy a boxear de verdad, para que no haya malentendidos (mi colega Butch, qué simpático Butch)... Él refunfuña porque su último combate se anuló puesto que su adversario no «daba el peso» reglamentario. No tiene problemas para bajar de peso: basta con prestar atención a la alimentación y correr como un descosido. Pero, aun así, pesa al menos 20 libras más que yo (sería menos intimidatorio si fuera un retacón de 40 kilos).

Pido a DeeDee que me vende las manos; prefiero que lo haga él hoy, ya que va en serio. Inicio una ronda de shadow delante del espejo. Hoy estamos seis con Reese, Boyd y Tony y cada uno se calienta en su esquina preparándose para el sparring. Doy unos golpes al *punching-ball* para desentumecer la muñeca derecha pero cuando inicio una nueva serie delante del espejo (jab derecho avanzando, giro y gancho de izquierda, jab y retrocedo). DeeDee me grita: «Louie, ¿qué haces? No te canses o no tendrás energía para el sparring. Te vas a caer de culo. —De todos modos me va a sacudir». El viejo entrenador me llama a la parte de atrás para que me ponga la coquilla; el armazón de cuero que protege la pelvis y el bajo vientre parece un arnés rígido en el que se meten las piernas antes de ajustarlo con cordones detrás de la cintura. Tengo dificultad para meter el culo. Después me pasa un pequeño casco que más bien parece una bolsa de las compras de cuero que el verdadero yelmo que lleva Butch (un semicilindro macizo que le tapa toda la cara con dos aberturas en cruz que sólo dejan ver los ojos, la nariz, la boca y el mentón). Meto la cabeza y lo ciño; demasiado apretado y... ¡al revés! Lo giro, lo vuelvo a ceñir. DeeDee lo ajusta. «¿Está bien apretado? ¿Dónde está tu bucal?». Ajusto el protector dental de plástico blanco en la mandíbula superior, lo que me da el aspecto de un animal que va al matadero.

DeeDee me ordena que me unte la cara con *grease*. Meto dos dedos en el tarro y empiezo a untar nervioso la vaselina sobre las sienes, los pómulos, las cejas... Me pongo demasiada y se ríe de mí: «No tanta, justo en el caballete de la nariz y por encima de los ojos». Creo que estoy alucinando cuando me veo en el espejo vestido como un perfecto boxeador. ¿Ése soy yo, disfrazado con ese calzón de cuero negro que me recoge las caderas hasta la mitad del vientre y del que salen mis piernas de saltamontes en un pantalón violeta? El casco de cuero me aprieta la cabeza y aplasta el campo visual; el bocado me hace parecer mongólico. ¡Una verdadera metamorfosis! Estoy sorprendido, impresionado e incrédulo al mismo tiempo. Me quito el exceso de vaselina y la extiendo cuidadosamente por las cejas y luego por la nariz; espero que no se me rompa en el entrenamiento. Pregunto a DeeDee si suele pasar: por supuesto...

El viejo entrenador saca del armario un par de guantes rojos en los que me hace meter los puños vendados, dos enormes manoplas rellenas, dos veces el tamaño de mis manos —los guantes de competición son mucho más finos y ligeros—, que me dan la impresión de tener extremidades artificiales. Tengo que cerrar el puño dentro y después me los ata pasando con cuidado por debajo de la muñeca antes de cerrar el guante con un trozo grande de cinta adhesiva gris plata que pega con maña sobre el cordón. Mientras me pone los guantes, DeeDee sigue con el rabillo del ojo la evolución de los dos jóvenes en el ring. El grande se llama Rico, y es un atleta increíble, robusto y longilíneo, con unos músculos magníficos y dotado de una técnica que le da aspecto de profesional. Me quedo sorprendido cuando me entero de que sólo tiene catorce años. «Sí, es joven pero tiene mucho camino por delante. Tiene que trabajar más. Pero es un buen chico». Entre dos asaltos, un chico que no levanta un palmo da vueltas al ring haciendo shadow antes de que DeeDee le ponga unos guantes en miniatura: tiene nueve años y ya pelea en competición. [...]

Ya no hay tiempo para seguir angustiándose, Olivier baja del ring, doblado por la fatiga, me toca a mí. Trepo con rapidez los escalones y paso entre las cuerdas, igual que en una película. Y, de pronto, al encontrarme sólo en el ring —que me parece al mismo tiempo inmenso y minúsculo—, me doy cuenta de que soy yo el que se va a enfrentar a Butch y que me va a partir la cara. Estoy tenso, pero al mismo tiempo ardo en deseos de saber qué va a pasar. Inundado por la sensación punzante de mi cuerpo, de su fragilidad, por la sensación carnal de mi *integridad corporal* y del peligro al que lo someto. Al mismo tiempo, el caparazón de cuero que me ciñe me da la sensación irreal de que el cuerpo se me escapa, como si se hubiera transformado en una especie de tanque humano. La coquilla me ciñe los abdominales y ralentiza

mis movimientos. El casco ocupa toda mi cabeza. En lugar de manos tengo dos grandes apéndices como martillos blandos al final de unos brazos teledirigidos que no responden bien. Miro de reojo a Butch, que da saltitos resoplando, con una mirada impenetrable. Olivier ha salido bien parado, no hay ningún motivo para que yo no lo haga. ¿Y si me da un mal golpe y me lesiona? ¿Y si me deja KO? Vamos, es sólo un mal momento, como en el dentista.

La voz ronca de DeeDee resuena: *Time!* La salida hacia lo desconocido durante tres minutos. Me bajo y voy hacia Butch, que hace lo mismo. Nos tocamos los puños en el centro del cuadrilátero. Intercambio de jabs de tanteo. Finta, aproximación, retirada, finta, nos observamos. Intento un encadenamiento jab-derecha para recibir inmediatamente el gran guante amarillo de Butch en plena jeta. Primer golpe, no hay demasiados destrozos. Pff-fiu, viene rápido. Avanzo dudando, jab, él lo esquiva; jab otra vez y esquiva; avanzo con resolución hacia Butch; se desliza y me evita con una simple torsión del busto, gira y desaparece de mi campo. Comienza una carrera-persecución que va a durar casi la mitad del asalto. Le sigo paso a paso, jab-jab-jab; él desvía con facilidad mis puños, me devuelve un directo que paro con el guante derecho, otro que bloqueo... con mi nariz. Intento acercarme y, como alumno aplicado, repetir los movimientos ensayados mil veces delante del espejo. Intento un directo de izquierda seguido de un derecho como con la bolsa para recibir tres hermosos jabs. Siento calor en la nariz. Me retiro, seguido por Butch, que tiene decididamente un aspecto gigantesco. Tiene demasiada envergadura y se mueve muy rápido: apenas lanzo un jab y su cabeza ya no está allí y de pronto me perfora la jeta con la izquierda. Auuh, no logro ver cuándo llega el puño amarillo: ¡paf!, en plena cara! Reacciono con algunos jabs. Por fin lo toco en el torso con la izquierda, ¡yupi! Pero nueve de cada diez golpes dan al aire o aterrizan en sus guantes. Butch me da una derecha que me dobla la cabeza; tiene miedo de haberme lastimado y se para: «¿Estás bien?». Le hago signo de continuar mientras reajusto mal que bien mi casco. Me empeño en avanzar hacia él intentando ejecutar bien los gestos, apuntar, golpear, pivotar, pero en vano: soy incapaz de terminar una serie teniendo en cuenta sus movimientos y su anticipación: *Time out! Uff*, tengo que recuperar el aliento, rápido.

Vuelvo a mi rincón respirando a bocanadas. Inexplicablemente estoy agotado. Desde afuera parece fácil, pero una vez sobre el ring no es lo mismo. El perímetro de visión se reduce y satura al extremo: sería incapaz de decir qué sucede en un círculo de dos metros a mi alrededor. Hay que moverse sin parar y la tensión sensorial es máxima, aunque ya esté empapado de sudor. La percepción del adversario: me parece que sus guantes son enormes hasta el punto de cubrir todo el ring; entre su cintura y sus grandes patas amarillas no distingo dónde golpear cuando me acerco a él. Mi propio cuerpo me parece distinto y no me obedece tan rápido como querría. Los golpes no hacen realmente daño (porque no nos golpeamos) pero enfurecen: cuando uno se «traga» varios jabs de un tirón, resulta humillante y se tiene la desagradable sensación de que se te hincha la cara. Los puños llegan a la velocidad del rayo mientras que desde fuera todo parece lento y previsible. Sobre todo, el tipo que está enfrente se mueve y te esquiva, lo que modifica continuamente la ecuación a resolver. Me pregunto qué pensará Butch. Es imposible adivinarlo, ya que la cara de un boxeador rodeada por el casco y deformada por el bucal no revela muchas cosas; el propio aspecto de malvado se crea artificialmente con el bocado, que da al atleta más guapo un aspecto prognático.

Apenas recobro el aliento cuando DeeDee grita de nuevo: *Time!* ¿Ya el segundo asalto? Pues vaya, ni me he dado cuenta del minuto de descanso. Representamos nuestra danza en medio del ring. Ya no siento aprehensión y me decido a presionar a Butch. Pero él ve que me envalentono y cambia a una velocidad mayor —justo lo suficiente para desconcertarme todo el tiempo—. Intento un gancho de izquierda que DeeDee me reprocha: «¿Qué haces? Déjalo ahora mismo, Louie, no sé qué estás haciendo». Justo a continuación recibo una derecha de hormigón en medio de la cara que me hace meditar sobre mi error. Esto se acelera y sin embargo los tres minutos parecen interminables. Los guantes me pesan mucho, son demasiado voluminosos y me molestan. No veo detrás de mi guardia y no puedo seguir los movimientos de mi adversario. Sigo con un movimiento o dos de retraso: cuando acabo de discernir que mi adversario me lanza un jab, ya lo tengo en medio de la jeta. ¿Cómo describir lo que siento cuando el puño de Butch me alcanza? Veo un plato amarillo que de pronto crece vertiginosamente, me tapa completamente la vista y ¡bum! El escozor, algunas estrellas y la pantalla se vuelve blanca de nuevo. El plato amarillo se ha retirado, se ha hecho otra vez de día. Pero, antes incluso de poder reaccionar, el platillo volador vuelve para estrellarse de nuevo contra mi cara. Menuda paliza. Butch me toca en cada golpe; afortunadamente sin darme fuerte, si no hace tiempo que estaría KO.

Me parece que sangro y me sueño la nariz con el puño: hay restos de sangre en mi guante, pero están secos, así que no es mi nariz (¡uf!). Intento acercarme a Butch y golpear. Pero es imposible encontrar un lugar donde dar: por todas partes sus guantes amarillos y sus brazos llenos de músculos. Por el contrario, él

me da como quiere. Me suelto y avanzo con temeridad, y me dan igual los jabs en la cara: yo también quiero darle uno por lo menos. Consigo colocar algunos jabs y de pronto, maravillosa sorpresa, doy un millar de derechos en plena cara. Instintivamente intento decirle en voz alta: *Sorry!* —pero es imposible con el bocado—. Está claro que no tengo la mentalidad de un boxeador. Me siento un poco culpable de haberle dado en medio de la cara porque no tengo la menor intención de hacerle daño. Pero, sobre todo, temo las represalias. De hecho, todo se acelera y me caen por todos lados. Butch gira a mi alrededor como un buitre y me alcanza siempre. Lanzo mis puños por todos lados mientras me golpea. Bruscamente siento unas ganas irrefrenables de escapar y giro completamente, dándole la espalda, para protegerme de los golpes que me llueven. *Time out!* ¡La voz de la liberación!

Nada más vocear el final del asalto, me deslizo entre las cuerdas sin decir nada: estoy vacío. Salto del ring y me lanzo en los brazos de Eddie, que se ríe a carcajada limpia. «¿Sigues vivo? ¿Has aguantado? ¿Cuántos asaltos? —Dos, es la primera vez que hago sparring. —¿De verdad? ¿La primera vez? Ya eres un *big boxer*». Mientras me desata los guantes y me ayuda a sacar las manos, calientes y sudorosas, gorjea de felicidad. Es mortal, no comprendo cómo pueden los profesionales hacer diez o doce asaltos y encima dándose toneladas de puñetazos. Butch baja del ring, le doy en los guantes como reconocimiento. Olivier me dice que tengo toda la cara roja. Siento que la nariz y las cejas me arden, pero me sorprende al comprobar en el espejo que no tengo la cara tan hinchada como la noto. Jadeo chorreando de sudor hasta la oficina de DeeDee, que sonrío discretamente detrás de su barbita. «Muy bien, Louie, ahora salta un poco a la cuerda.» [...]

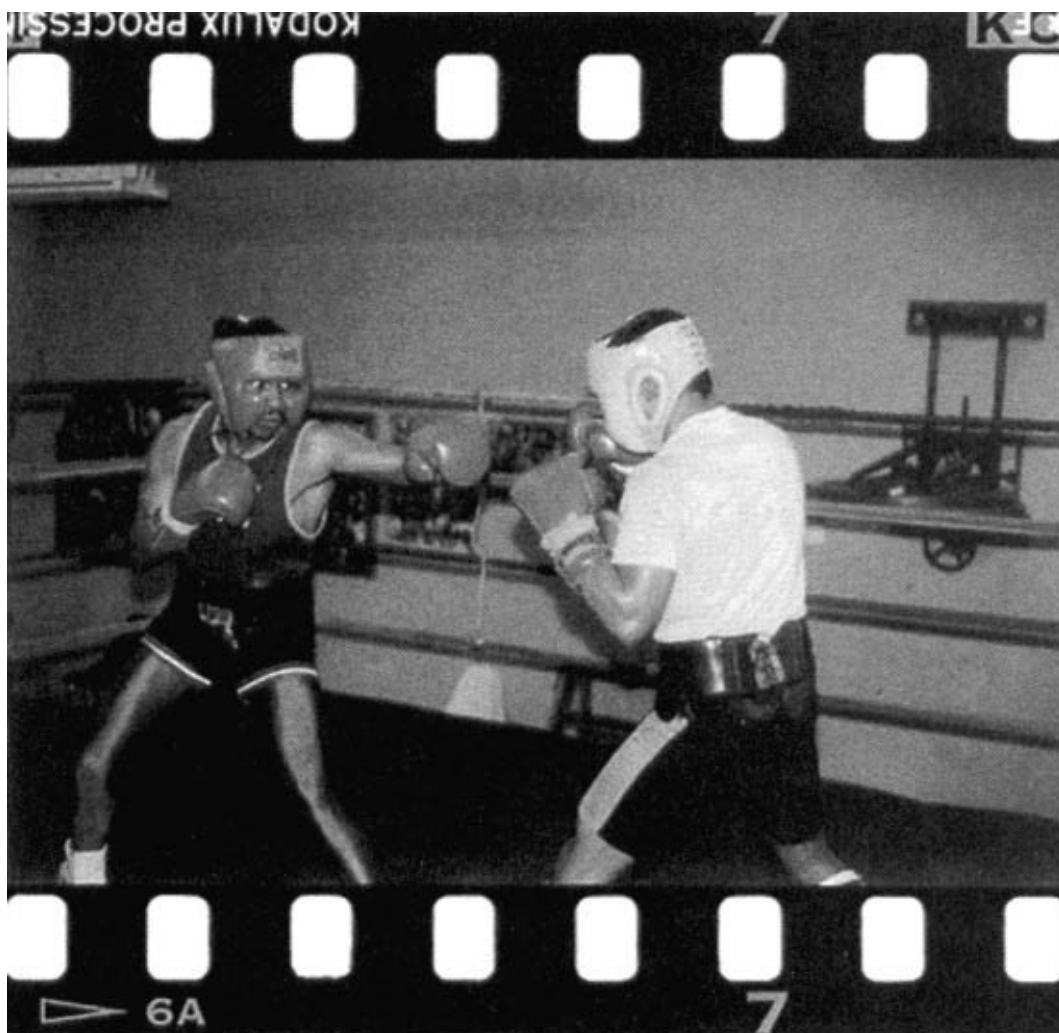
La sesión se acaba con tres series de cuerda y 200 abdominales. Olivier y yo vamos a contar a DeeDee lo contentos que estamos. «Lo han hecho bien. Se van a recuperar. —¡Eso espero!». Es mucho más divertido que trabajar sin descanso con la bolsa o delante del espejo. Saludamos a todo el mundo con gran ceremonia antes de volver a dar las gracias a Butch, que se cambia en el pequeño vestuario. Apretones de manos calurosos. «Soy yo el que les da las gracias, ha sido una buena primera vez. Van a aprender, aprender a golpear y aprender a ser malos: todo es cuestión de aprendizaje».

### ***La lógica social del sparring***

Si el boxeador típico pasa la mayor parte del tiempo fuera del ring practicando sin descanso delante del espejo y con las bolsas para perfeccionar su técnica, aumentar su potencia y mejorar la coordinación y la velocidad de ejecución, e incluso fuera de la sala tragando kilómetros de *roadwork* para aumentar su resistencia, el punto álgido y la medida de todo entrenamiento sigue siendo el sparring. El ejercicio de «asalto» — también decimos «calzarse los guantes» o «dar vueltas»— trata de reproducir las condiciones del combate con la salvedad de que hay que ponerse un casco protector y guantes rellenos y que, como vamos a ver, la brutalidad del enfrentamiento está muy atenuada. Sin práctica habitual sobre el ring, en situación, el resto de la preparación no tendría casi ningún sentido, puesto que la mezcla de cualidades que exige el combate sólo puede ponerse a punto entre las cuerdas. Muchos boxeadores que sobre el parqué, en los ejercicios en solitario, «parecen valer un millón de dólares» resultan mucho menos brillantes frente a un adversario. Como explica DeeDee, «golpear la bolsa es una cosa; correr, golpear las bolsas, el shadow es una cosa, y el sparring es cien por cien diferente. Porque los músculos se usan de otra forma, así que hay que hacer sparring para ponerte en forma para el sparring. Sí, a menos que seas un demonio de boxeador que está tranquilo. [...] Hay que estar relajado, *cool*, la respiración es diferente, todo es diferente. Todo está ahí. Viene con la experiencia. — ¿Se le puede decir a un boxeador cómo relajarse o cómo respirar en el parqué? —*Hell*

no! No, no se puede. Puedes decirle todo lo que quieras, pero no sirve de nada».

El sparring, que tiene su propio tempo (a menos que falte poco para un combate, no se «dan vueltas» sino a intervalos espaciados para reducir al mínimo el gasto corporal<sup>[\*]</sup>), es al mismo tiempo recompensa y prueba. Es en primer lugar la recompensa a una semana de trabajo duro y oscuro —los boxeadores amateurs del Woodlawn Boys Club se suelen enfrentar el sábado. Los entrenadores están atentos a la condición de sus pupilos y no dudan en prohibir los asaltos de los que han descuidado su preparación: «Little Anthony hoy no se pone los guantes, DeeDee —ruge Eddie una tarde de agosto. No ha hecho *jogging*, no tiene aire, ni energía, es una pérdida de tiempo que suba [al ring]. Es una vergüenza».



Curtis lanza un jab furioso a Ashante.

El sparring es, además, una prueba de fuerza, de valor y de astucia renovada continuamente y siempre peligrosa, aunque sólo sea porque no puede descartarse una herida grave a pesar de todas las precauciones que se toman. Dos boxeadores se rompieron la nariz en el sparring durante el año siguiente a mi ingreso en el club. En julio de 1989, dos sesiones particularmente rudas con tres días de diferencia —una con Smithie, un peso semipesado que me reventó la cara (ante el susto culpable de

DeeDee, que se había ausentado brevemente para comprar su sopa en Daley's), y la otra con Anthony «Ice» Ivory, un peso medio con un jab seco y nervioso que no conseguía evitar— me hicieron correr la misma suerte. Algunos boxeadores se vuelven *punchy* (es decir, desarrollan el «síndrome del boxeador sonado») no por el castigo sufrido en los combates oficiales, sino por el efecto acumulado de los golpes encajados durante las sesiones de sparring. Los cortes en la cara son infrecuentes, puesto que se lleva el casco protector (y no para amortiguar la fuerza de los golpes), pero ojos en compota, pómulos tumefactos y labios hinchados, la nariz que sangra con frecuencia, manos y costillas magulladas son lo habitual cuando se calzan los guantes con regularidad. Por no hablar de que, cada vez que sube al ring, aunque sea para «desengrasarse» con un novato, todo boxeador pone en juego una parte de su capital simbólico: el menor desfallecimiento, como un *knock-down* o una actuación mediocre, provoca un desasosiego inmediato, en él mismo y en sus compañeros de sala, que se apresurarán a colaborar en el *corrective face-work* necesario para restablecer la frágil jerarquía del *gym*<sup>[54]</sup>. Los boxeadores disponen para ello de una amplia gama de excusas socialmente aceptadas que van desde los problemas de salud («Arrastro una gripe que me tiene por el suelo») hasta heridas imaginarias (una falange aplastada, una luxación de hombro), pasando por la excusa más invocada, particularmente por los entrenadores, una infracción de la regla sacrosanta de la abstinencia sexual durante la fase de preparación próxima a un combate<sup>[55]</sup>.

Aunque hablando en términos cuantitativos el sparring no ocupe sino una parte pequeña del tiempo del púgil, vale la pena que nos detengamos en él porque demuestra *el carácter altamente codificado de la violencia pugilística*. Pero, además, al estar situado a medio camino entre un ejercicio «en blanco» y el combate, nos permite mostrar, como a través de una lupa, la sutil mezcla, en apariencia contradictoria, de instinto y racionalidad, de emoción y cálculo, de abandono individual y de control colectivo que es la marca del púgil y que señala el conjunto de los ejercicios de entrenamiento, incluso el más anodino.

### 1. La elección del compañero

Todo en el sparring comienza con la elección de compañero, que, siendo crucial, debe recibir obligatoriamente la aprobación de DeeDee. El emparejamiento de los adversarios debe estar ajustado de forma que los dos boxeadores se aprovechen por igual del ejercicio y se controlen los riesgos de lesiones. Las consideraciones de honor refuerzan estos motivos técnicos: idealmente, uno no se enfrenta a un adversario mucho más fuerte por miedo de recibir una «buena paliza», o demasiado débil para que pueda defenderse. Sin embargo, las fluctuaciones de efectivos y las diferencias de horarios y calendario de competición dificultan tener un compañero habitual adecuado en el triple plano técnico, de la fuerza y del estilo. Por lo tanto, hay que intentar mantener buenas relaciones con los compañeros de *gym*, controlar su

susceptibilidad respetando un cierto equilibrio entre la lucha (un boxeador que se deja golpear varias veces delante de sus compañeros se negará a boxear con el que le ha infligido tal humillación) y estar dispuesto a «dar» una sesión de sparring al que te haya dado una mano. En suma, el compañero de sparring forma parte del capital social específico del púgil. Por ello resulta delicado pedir a un boxeador que se «calce los guantes»: es entrometerse en la red de obligaciones recíprocas que lo vincula a sus compañeros presentes y pasados; más vale no hacerlo si se cree que la respuesta va a ser negativa.

En ausencia de compañeros adecuados, uno se dirige al mal menor, es decir, a los boxeadores que valen menos o a los novatos. Sin embargo, siempre debe *mantenerse un equilibrio relativo* para no perjudicar deliberadamente a uno de los protagonistas. En caso de un emparejamiento demasiado asimétrico, el púgil más aguerrido se compromete tácitamente a retener los golpes y trabajar su juego de piernas y esquives mientras que el más débil se concentra en el ataque y la pegada<sup>[\*]</sup>. Cuando uno de los dos es un novato, es fundamental seleccionar un «iniciador» que controle perfectamente tanto sus golpes como sus emociones. Si DeeDee esperó casi ocho semanas antes de dejarme subir al ring, fue porque tenía que mejorar mi condición física y mis rudimentos técnicos, pero sobre todo hasta que me encontró un compañero adecuado: «Tiene que ser alguien que se controle. No quiero que uno cualquiera te deje KO, Louie. Tiene que saber controlarse». Algunos boxeadores tienen un estilo o una mentalidad que dificulta «entrenar» con ellos porque no saben adaptarse a su compañero.

Estaba yo hablando de técnica con Curtis y DeeDee pensó que quería hacer sparring con él. Me llamó desde el parque y me advirtió: «Ni hablar de pelear con Curtis, ¿me oyes bien, Louie? ¡Ni para divertirse en el ring! [...] —¿Por qué? [Sorprendido por mi ignorancia fingida: me ha repetido más de cien veces esta prohibición.] —Porque no tiene ni un gramo de sentido común sobre el ring, ya sabes por qué. No piensa, ya lo sabes, Louie. Te deja KO en un santiamén». [Nota del 6 de marzo de 1989.]

Sentados en la sala de atrás observamos a Mark, que trabaja con la bolsa. Ha hecho enormes progresos y sus gestos son técnicamente muy buenos; sus encadenamientos funcionan, parece un verdadero profesional. Pregunto si podría «dar unas vueltas» con él. DeeDee responde con una negativa: «Pega muy seco. Tiene demasiada fuerza. Mira su cuerpo, sus piernas. Sólo pesa 57 kilos pero no tiene piernas, mira qué finas son. Por eso es tan ligero a pesar de esos cuartos delanteros tan robustos. Es más fuerte que los demás chicos del gym. Verdaderamente fuerte». [Nota del 17 de abril de 1989].

## 2. Una violencia controlada

Del mismo modo que cualquiera no sirve para el sparring, tampoco se puede hacer de cualquier forma. La violencia de los intercambios entre las cuerdas depende, por una parte, de la relación de fuerza entre compañeros (tanto más limitada cuanto más desigual sea la relación) y, por otra, de los objetivos que se persigan durante la sesión de sparring, es decir, principalmente de la posición en el registro de entrenamientos y de la competición. A medida que se acercan los combates, las sesiones se hacen más

frecuentes y más largas (hasta ocho y diez asaltos diarios durante la última semana aflojando los tres últimos días para no «perder el combate en la sala»), **la pasión más intensa y los novatos se mantienen momentáneamente lejos del cuadrilátero**. La víspera de un combate importante el sparring puede ser tan brutal como la propia pelea. Durante la preparación del combate contra Gerry Cooney, el campeón del mundo de los pesos pesados Larry Holmes ofreció una paga de 10 000 dólares al compañero de sparring que lo hiciera caer de rodillas para animarlos a golpear sin escrúpulos<sup>[56]</sup>. Sin embargo, como en todo campo de entrenamiento bien dirigido, sus compañeros fueron seleccionados adecuadamente para dar una ventaja clara a Holmes, preservar sus fuerzas y reforzar la confianza en sí mismo.

Durante la misma sesión de sparring el nivel de violencia fluctúa de forma cíclica —según una dialéctica de desafío y respuesta— entre los límites variables impuestos por el sentido de la equidad en el que se funda el beneplácito entre los dos boxeadores, que no es una norma ni un contrato, sino lo que Goffman denomina un *working consensus*<sup>[57]</sup>. Si uno de los dos acelera la cadencia y «suelta» los golpes, el otro responde «instintivamente» endureciendo inmediatamente la réplica; sigue un brusco coletazo de violencia que puede llegar hasta el punto en que los compañeros se peguen antes de soltarse y reiniciar de común acuerdo (a menudo marcado con un signo de la cabeza o un toque de puños) su diálogo pugilístico un nivel más abajo<sup>[\*]</sup>. La tarea del entrenador consiste en escuchar esta «conversación a puñetazos» para que el boxeador menos aguerrido no sea reducido brutalmente al silencio, en cuyo caso ordenaría a su oponente disminuir la presión («¡Muévete y jab, Ashante, ya te he dicho que no “cargues” los golpes! ¡Y tú mantén esa mano izquierda en el aire, Louie, por Dios!») o que los dos compañeros no dejen que la intensidad del encuentro sucumba ante la del combate, con lo que el ejercicio perdería su propio objeto («¿Pero qué están haciendo ahí arriba los dos? ¿*Hacen el amor o qué?* Vamos, a trabajar ese directo, quiero ver las derechas y las respuestas a la salida de los bloqueos»).

Me revuelvo en la coquilla y pido a DeeDee, que está terminando una sopa de fideos precocida en una taza de plástico, cómodamente sentado en su sillón: «DeeDee, si pudiese, el sábado me gustaría ponerme los guantes. ¿Podría ser con Ashante? —No lo sé, Louie, no sé porque los chicos se están preparando para la noche de la semana que viene y no tienen necesidad de divertirse ahora: necesitan golpear y duro». Y golpea el plato de la mano izquierda con el puño derecho. [Nota de 1 de diciembre de 1988].

De pie en la oficina, DeeDee, Eddie y yo miramos a Hutchinson «torre de control» (más de 2,10 metros y 150 kilos, categoría peso superpesado), que hace sparring con Butch. Éste tiene un buen tamaño, pero parece una libélula nerviosa al lado del cuerpo impávido e inexpugnable del gigante. Hutchinson se mueve lentamente y mantiene alta su guardia, con los puños adelantados. Butch no puede llegarle dado el alcance del otro. Parecería que se va a estrellar contra él. DeeDee ha advertido a Hutchinson que retenga sus golpes por la diferencia de talla y de peso con su compañero. «Le he dicho que no golpee fuerte. Si da, lo voy a sacar de ahí y lo reviento con un bate de béisbol. Es demasiado grande. ¡Cuidado con él!». Todo ello dicho con un tono enérgico y vigilante. Después de tres asaltos Butch sale bastante afectado (y el otro ni se ha enterado): labios tumefactos, la cara colorada y sin aliento, pero ni una queja. [Nota del 11 de noviembre de 1988].



**El principio de reciprocidad** que gobierna tácitamente el ajuste de la violencia en el ring dice que el más fuerte no saca ventaja de su superioridad y que el más débil no se aprovecha indebidamente de la retención voluntaria de su compañero, como descubrí después de una vigorosa sesión de sparring con Ashante. El 29 de junio de 1989 me quedé pasmado al enterarme de que este último se había quejado a DeeDee porque yo pegaba demasiado y que se vio obligado a contestar dándome unos buenos golpes: «Me ha dicho que ya no se divierte contigo porque das muy fuerte. Ya has progresado bastante, él tiene que prestar atención cuando le das porque lo puedes dejar listo. Si das en el blanco puedes enviarlo al suelo. Se ha quejado de que no retrocedes y que no dejas de pegar cuando está contra las cuerdas. Lo has clavado con la derecha, si le hubieras dado otra lo habrías tumbado. Ves, cuando empezaste podía jugar contigo sin preocuparse, pero ahora te has vuelto duro, tiene que prestar atención». Estaba tan sorprendido que le pregunté de nuevo si Ashante hablaba de mí. «Sí, quiere que te diga que tengas cuidado porque puedes hacerle daño. [...] Ahora ya sabes pegar. Por eso se siente obligado a darte una buena de vez en cuando. No es que quiera hacerte daño, pero tiene que demostrarte que no bromea y debe devolverte los golpes para que te controles mejor».

El entrenador desempeña un papel muy importante en la regulación de esta violencia consentida. Si los boxeadores de Woodlawn miden sus golpes con tanta atención es porque DeeDee prohíbe la «pelea» terminantemente por respeto al oficio. Pero además es que cada fase del sparring necesita un nivel adecuado de intensidad que es inútil (y peligroso) sobrepasar y por debajo del cual no hay que caer a riesgo de anular los beneficios del ejercicio. Este nivel óptimo no puede determinarse antes de subir al ring; varía dependiendo de los compañeros y de las circunstancias (fatiga, motivación, proximidad de un combate, etc.). Los boxeadores deben determinarlo después de una especie de búsqueda a tientas —en sentido figurado y en el propio— común con la ayuda de DeeDee. Siempre atento a lo que sucede en el ring, reprende al púgil que se permite utilizar sin moderación su pegada o exhorta a otro a que demuestre más agresividad. No duda en ordenar al compañero de un boxeador indolente que aumente la velocidad, como gritó desde su sillón a Little John, que peleaba con Curtis: «John, que tenga la izquierda en el aire con el jab, plántale una buena derecha ya que no quiere boxear y tiene los puños en la rodilla. ¡Ay!, si pudiera subir al ring...».

Así pues, lo que a los ojos del neófito podría parecer un derroche salvaje de brutalidad gratuita y desenfrenada es, de hecho, un lienzo regular y finamente codificado de intercambios que, aunque violentos, no dejan de estar constantemente controlados y cuya confección supone una colaboración práctica y constante de los dos adversarios en la construcción y mantenimiento de un equilibrio conflictivo dinámico. Los boxeadores formados adecuadamente se deleitan con el duelo siempre renovado que es el sparring, pero saben que dicho enfrentamiento está, en todo momento, regulado por «cláusulas no contractuales» y que se diferencia claramente

del combate, aunque se le parezca, en que siempre supone un elemento de «cooperación antagonista<sup>[58]</sup>» prohibido explícitamente en una pelea. Curtis explica esta diferencia de la manera siguiente:

No hay nada que no me guste [en el sparring]. Me gustan todos los aspectos, porque al mismo tiempo estás aprendiendo. En el *gym* no intentas ganar un combate, estás para *aprender*. Todo es aprendizaje. Ensayas lo que vas a hacer en el combate siguiente, sabes. [...] No puedo «matar» a mi adversario... [corrigiéndose], quiero decir, mis *compañeros* de sparring. Están ahí para *ayudarme*, como yo estoy para *ayudarlos*. No van a subir al ring para intentar hacerme daño. [...]

Bueno, pero, de vez en cuando, tienes algunos momentos de calentura muy duros, y encajas un buen golpe y vas a intentar responder y pagarle con la misma moneda...

Muchos púgiles necesitan una larga fase de ajuste antes de acatar estas normas tácitas de cooperación que parecen violar el principio y la ética pública de la competición desenfadada. Como en el caso del ciclismo<sup>[59]</sup>, este «orden cooperativo informal» es particularmente problemático para los nuevos, que, confundiendo fachada y edificio, son incapaces de «dosificar» su agresividad y están convencidos de que deben golpear a cualquier precio para demostrar su valor, como dice DeeDee en esta nota del 23 de noviembre de 1989: «Este nuevo cree que puede reventar a todo el mundo: “¡Voy a darle una paliza a ese tipo, le voy a dar una patada en el culo, déjenme que suba al ring!”, y quiere pelearse con cualquiera todo el tiempo. Vamos a tener problemas con él. No sé qué hacer porque no podemos dejarlo de sparring con esta actitud». Habrá que enseñarle en la práctica a «leer» las señales discretas con las que el compañero le indica que se retire o levante el pie del acelerador o, por el contrario, aumente la presión y lo haga trabajar más duro.

### 3. Un trabajo perceptivo, emocional y físico

Híbrido entre el entrenamiento —que prolonga y acelera— y el combate —del que es preludeo y ensayo—, el sparring culmina la reeducación completa del cuerpo y de la mente durante la que se pone progresivamente en su lugar lo que Michel Foucault denomina una «estructura plurisensorial<sup>[60]</sup>» completamente específica, que tan sólo puede articularse y observarse en la acción. La experiencia sobre el cuadrilátero amplía la capacidad de percepción y de concentración a fuerza de estrangular las emociones y modela y endurece el cuerpo para el choque de la competición. En primer lugar, el sparring es una educación de los sentidos y especialmente de las facultades visuales; el estado de urgencia permanente que lo define suscita una reorganización progresiva de los hábitos y de las capacidades perceptivas.

Para darse cuenta de ello basta con seguir la transformación que se opera en la estructura y la amplitud del campo visual a medida que se avanza en el *gradus* del sparring. Durante las primeras sesiones mi visión quedaba parcialmente obstruida por mis propios guantes, saturada por las señales que me llegaban de todas partes sin orden ni concierto. Los consejos que me gritaba DeeDee y la sensación de estar en un

caparazón que me dan la coquilla y el casco, por no hablar de la angustia, sorda pero omnipresente, de recibir golpes, contribuyen a exacerbar esta impresión de confusión. Tengo grandes problemas para fijar la vista en el adversario y ver llegar sus puños puesto que ignoro las indicaciones que me ayudarían a anticiparlos. Después de algunas sesiones, mi campo visual se aclara, se amplía y se reorganiza: consigo bloquear las tentaciones exteriores y discernir mejor las evoluciones del que está enfrente, como si mis facultades visuales crecieran a medida que mi cuerpo se acostumbra al sparring. Y, sobre todo, adquiero poco a poco la «ojeada» específica que me permite adivinar los golpes de mi adversario leyendo su intención en sus ojos, en la orientación de sus hombros o en el movimiento de sus manos y codos.

### ***Pelea con Ashante***

El 3 de junio de 1989 estoy calentando delante del espejo. Mi cuerpo se ha acostumbrado al atavío de boxeador y ya no tengo como antes la sensación de estar ridículo con un atuendo molesto. Subo el escalón y paso entre las cuerdas... Ahora es parte de la rutina. Doy pequeños saltos delante de Ashante. Lleva un pantalón elástico negro y verde, un maillot negro de boxeador y su casco personal amarillo completamente relleno. Reluce por el sudor tras cuatro asaltos con Rodney. [...] Tenemos algunos segundos para observarnos y me sorprende preguntándome qué hago sobre el ring frente a un tipo rechoncho y ruin que quizá se convierta en campeón de los pesos welter de Illinois al final del mes.

*Time!* A trabajar. Nuestros guantes se rozan. Me adelanto enseguida y le lanzo directos que él desvía. Me para y me dice: «Si vas a cazarme, mantén tus manos altas o te envío al suelo». Gracias por el consejo, que tengo en cuenta subiendo mi guardia. Reinicio la marcha hacia delante. Estoy decidido a pegar más fuerte que nunca y a que Ashante también pegue con más fuerza. Y es lo que sucede. Nos observamos. Intento encontrar mi distancia. Algunos directos y algunos derechos bloqueados por ambas partes. Lo toco de un directo en el cuerpo, antes de lanzarme sobre él con una combinación izquierda-derecha-gancho de izquierda. ¡*Bum!* En plena cara. Retrocede y contraataca enseguida. En lugar de replegarme, lo espero firme intentando parar sus golpes. Me envía un directo con la zurda en plena boca. Lo engancho y lo tomo por sorpresa gracias a mi finta favorita: finta de directo y gran cross de derecha a la cara mientras él se desplaza hacia su izquierda para esquivarme. ¡*Pam!* Mi puño le da en plena mandíbula. Él me hace *okay* con la cabeza. Está sorprendido de que yo boxee con tanto ardor y acelera la cadencia. Avanza hacia mí, la boca deformada por su bucal, los ojos desorbitados por la concentración. Retrocedo y hago directos para intentar protegerme. Él simula un directo de izquierda y me envía un derecho seco en pleno costado: acuso el golpe y me retiro. (Sonreímos un instante pensando en lo que había hecho a mis costillas la semana anterior). Lo acorralo en un rincón, jab, derecha, jab y le mando un magnífico uppercut de derecha cuando se baja para evitar mi jab. Sin embargo, consigue bloquear la mayoría de mis golpes con gran eficacia: veo el hueco, pero, cuando mi puño quiere llegar, ha vuelto a cerrar el paso o se ha desplazado con una rotación del busto. (Parece un ballet por la forma en que Ashante anticipa por dónde van a llegar mis puñetazos). De pronto pasa a la siguiente velocidad y me pega en la cabeza con cortos directos que no veo ni siquiera llegar. El lado izquierdo del mentón me arde mucho. Acuso el golpe y decido (bueno, no lo decido, es una fórmula, lo hago, eso es todo. Todo va demasiado deprisa, reaccionamos de forma instintiva) avanzar hacia él, pero me detiene en seco con varios jabs sobre el cuerpo. *Time out!*, resuena la voz de DeeDee.

Nos separamos, vuelvo a mi rincón y tomo aliento. No estoy demasiado cansado, pero es sólo el primer asalto. Big Earl me aconseja: «Mantenlo a distancia con tu jab: jab, jab, no le dejes entrar en tu guardia. Como [Sugar Ray] Leonard. ¿Quieres agua?». Sube a la mesa, dirige la botella con atomizador hacia mi boca y me envía un chorro de agua tibia que trago (lo que un verdadero boxeador no hace jamás). Vamos, vuelta a empezar.

*Time in!* Segundo asalto, los dos atacamos al principio, sin ni siquiera hacer el saludo. Ashante boxea más rápido. Sufro por seguir su cadencia pero reacciono mejor y me protejo con más eficacia que antes. Él comienza a sacudir de verdad: tres ganchos en el costado que atraviesan mi guardia como si fuera manteca y me cortan la respiración. ¡*Chof!* Duele. Contraataco con algunos jabs, pero él los evita moviendo la

cabeza justo lo necesario para que mi puño no lo alcance. Me alcanza varias veces y me encaja unos cross precisos y pesados. Llego a perder los estribos en uno de sus ataques y me desguarnea completamente. Afortunadamente se apiada de mí e interrumpe el torrente de golpes, contentándose con mostrarme que estoy expuesto al viento. Lanzo un ataque torpe puesto que ya no coordino. Ashante me recibe con una combinación de derecha-izquierda-derecha en plena cara que me quema la nariz; siento cómo se me hincha el labio inferior. Replico de forma incisiva y consigo alcanzarlo con una derecha seguida de un cross de izquierda en el blanco. Intenta sus esquives hacia abajo y le doy dos cross en pleno casco, ¡yupi!, lo que lo hace reaccionar inmediatamente. Me corta el ring, avanzando hacia mí de frente para mostrarme que me va a dar y que se ríe de mi defensa. Me amaga con los dos puños hasta que me descubro y ¡bum! Un gran cross de izquierda que me tira la cabeza hacia atrás. Acuso el golpe y le digo «okay, vale» con una señal. Nos encontramos cara a cara los dos un poco sorprendidos de tanta rabia. Bloquea mis jabs con sus puños mientras yo bloqueo los suyos con mi nariz. Ya veo mejor cuándo llegan sus golpes, pero no me muevo con bastante rapidez. Me vuelve a dar en la cara con una derecha que me desplaza el casco. DeeDee ruge: «¡Mueve la cabeza, Louie!». Empieza a quemar mucho. Ashante me ametralla el tronco antes de cortarme la respiración con un potente uppercut de derecha en el costado (del que me acordaré durante bastante tiempo). Lo vuelvo a agarrar. Me da unos golpes de cerca en los costados e incluso en la espalda como si estuviéramos en un verdadero combate (creo que es la primera vez que lo hace). *Time out!* Entrechocamos los puños brevemente para reafirmar el carácter controlado del intercambio. «Está bien, Louie, te has defendido bien, das duro hoy, sigue así. —Sí, el único problema es saber si podré mantener un segundo asalto a ese ritmo». Estoy agotado, por sus golpes y por el ritmo, demasiado rápido para mí. Recupero más mal que bien el aliento apoyándome en las cuerdas.

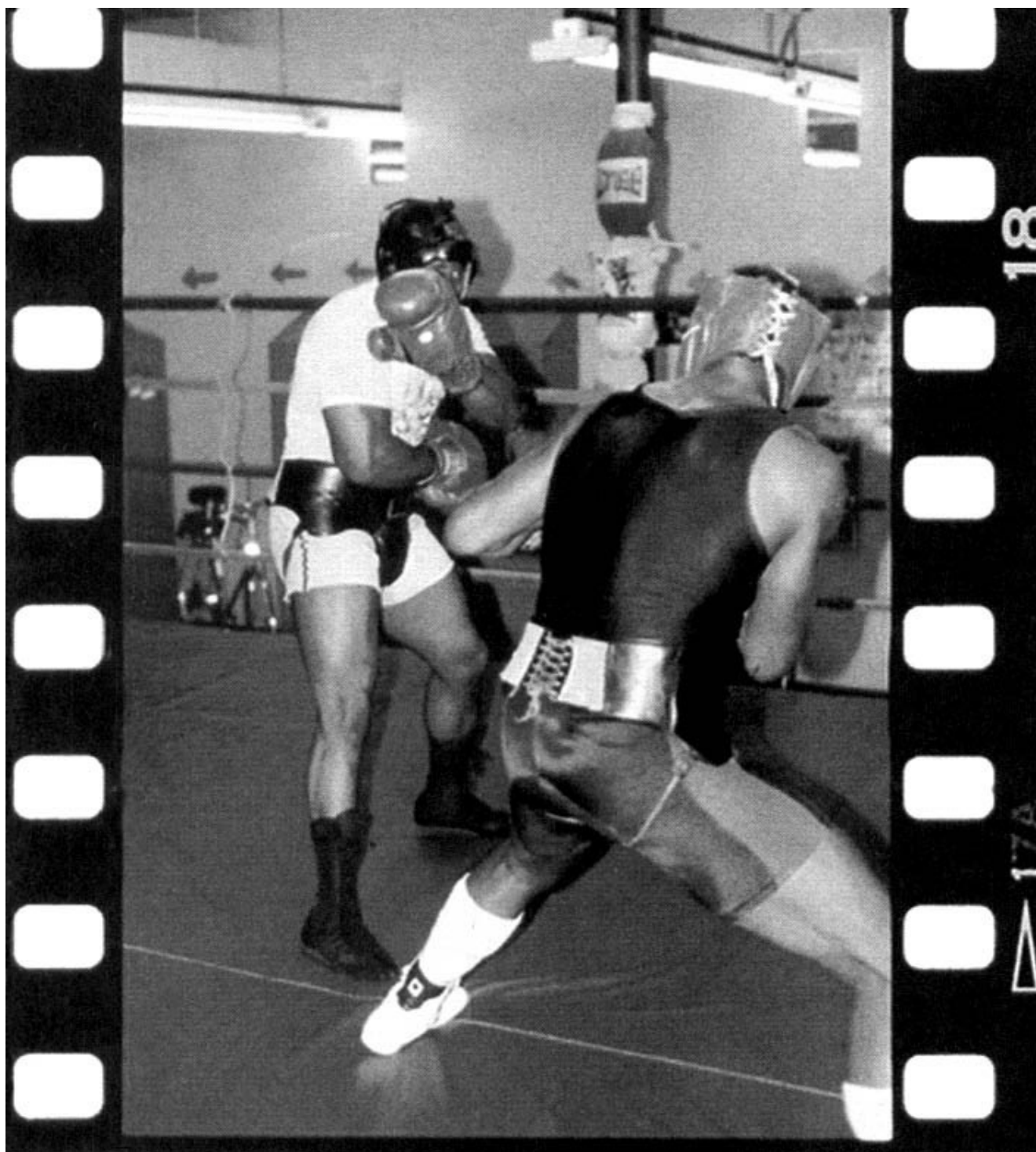
*Time in! Work!* El tercer asalto va igual de rápido y recibo muchos golpes. [...] El nivel de violencia aumenta poco a poco pero de forma recíproca y gradual; es decir, hacia el final, cuando no me quedan fuerzas para mantener mi guardia y responder a sus golpes sin vigor, hace como si fuera a boxear pero sólo me toca superficialmente, aunque si siguiera boxeando tan fuerte como al principio del asalto me enviaría al suelo. Vuelvo a agarrarlo, pero no tengo fuerza para replicarle. ¡Por Dios, ya tendría que haber terminado! ¡Cuánto dura! No dejo de repetir *Time out! Time out!* ¡Vamos, DeeDee! Pero ¿qué pasa, se ha olvidado de nosotros o qué? Debemos de llevar por lo menos cinco minutos. *Time out!* ¡Uff!

Ashante cae sobre mí y me estrecha entre sus brazos dándome golpecitos en la nuca con su guante. ¡Guauu!, qué bien darse entre colegas. Se ríe y está encantado. «¿Qué tal, cómo te encuentras?». Voy a dejar los arreos en la oficina. Por primera vez DeeDee me felicita: «Vas mejorando, estabas en tu punto hoy, Louie. Pero tienes que quitarte de su campo cuando lanza la derecha. Bloquéala o mueve más la cabeza. Aún encajas demasiado». Me prohíbe sentarme sobre la mesa. Mi respiración se va calmando. [...] Cuando vuelvo del vestuario el viejo entrenador me espeta para que Kitchen lo oiga: «Pero no hemos visto sangrar tu nariz, Louie. ¿Acaso ha sangrado?» [...]

Estoy tan agotado por la sesión de sparring que soy incapaz de pasar mis notas hasta el día siguiente. Me duele el mentón y tengo toda la cara sensible (como si estuviera tumefacta desde dentro), el labio inferior hinchado y un soberbio ojo morado. Pero sobre todo me duelen los golpes en el cuerpo. Los uppercuts en el costado me han dejado una gran marca que va a pasar del rojo al negro y al amarillo en dos semanas. Esta noche, reventado, cuando escribo estas líneas, tengo las manos dormidas, la frente y el puente de la nariz me arden (como si toda la cara latiera como un ventrículo) y las puntadas en el tórax me apuñalan con el menor movimiento. Voy aprendiendo el oficio.

Pero el sparring es algo más que un ejercicio físico; es además el soporte de una forma particularmente intensa de «trabajo emocional<sup>[61]</sup>». Porque hay «pocas fallas en el control de uno mismo [que sean] castigadas con tanta prontitud y severidad como un cambio de humor durante un combate de boxeo<sup>[62]</sup>», es vital dominar en todo instante los impulsos. Una vez entre las cuerdas, hay que ser capaz de dominar las emociones, saber en cada momento contenerlas y reprimirlas o, por el contrario, encenderlas y avivarlas; amordazar algunos sentimientos (de cólera, nerviosismo o frustración) para resistir los golpes, las provocaciones e insultos del adversario e «invocar» otros a voluntad (agresividad y coraje, por ejemplo) sin perder el control<sup>[\*]</sup>. Al ponerse los guantes en la sala los boxeadores aprenden a ser «formales» en el ring,

a canalizar sus energías mentales y afectivas para hacer «su trabajo» de la forma más eficaz y menos dolorosa posible.



Fat Joe y Smithie trabajando en el ring.

Un boxeador no sólo debe ejercer en todo instante una vigilancia interior sobre sus sentimientos, sino también un «control expresivo» constante sobre su «señalización» exterior<sup>[63]</sup>, de forma que no deje ver a su adversario qué golpes va a lanzar. El legendario entrenador-manager Cus D'Amato, mentor de Mike Tyson, resume el problema de la forma siguiente: «El boxeador ha dominado sus emociones

en la medida en que es capaz de ocultarlas y controlarlas. El miedo es un triunfo para un boxeador. Lo hace moverse más deprisa, lo vuelve más rápido y más alerta. Los héroes y los cobardes sienten exactamente el mismo miedo. Sólo que los héroes reaccionan de forma diferente<sup>[64]</sup>». Esta diferencia no es innata: se trata de una capacidad adquirida, producida colectivamente por la sumisión continuada del cuerpo a la disciplina del sparring. Explicaciones de Butch.

BUTCH: Tienes que controlarte todo el tiempo, porque tus emociones van a quemar todo tu oxígeno, así que hay que estar [resopla] tranquilo e incluso relajado aunque sepas que el tipo de enfrente va a intentar decapitarte. Debes estar tranquilo y relajado. Entonces debes enfrentarte a la situación.

LOUIE: ¿Te resultó difícil aprender a controlar las emociones y no frustrarte o enojarte si el tipo era difícil de acorralar o si no conseguías tocarlo con golpes claros?

BUTCH: Fue difícil. Tardé años y años en dominar el golpe, y *juuusto* cuando llegué a un punto en que me controlaba realmente, entonces las cosas empezaron a ir bien para mí. Funciona, supongo que cuando llegó el momento encontró su sitio.

LOUIE: ¿Es algo que te enseñó DeeDee?

BUTCH: Él me decía todo el tiempo que estuviera tranquilo, relajado. «Confórmate con respirar, vamos, con suavidad». Pero me resultaba difícil estar tranquilo y relajado cuando [en tono divertido] había un tipo en la otra esquina intentando matarme. Pero al final me entró en la cabeza y comprendí lo que quería decir.

De hecho, la imbricación mutua entre gestos, experiencia consciente y proceso fisiológico —los tres componentes de la emoción según Gerth y Mills<sup>[65]</sup>— es tal, que un cambio en una desencadena una modificación instantánea en las otras dos. No conseguir controlar la experiencia sensorial de los golpes que te caen encima amputa la capacidad de actuar y altera de rebote el estado corporal. Recíprocamente, estar al máximo de forma física permite estar preparado mentalmente y por lo tanto controlar mejor las emociones desencadenadas por el torrente de golpes.

Por último, el aspecto físico del sparring no debe ignorarse con el pretexto de que se da por supuesto: no hay que olvidar que «el boxeo consiste más en recibir golpes que en darlos. Boxear es sufrir<sup>[66]</sup>». El idiolecto pugilístico abunda además en expresiones que designan y glorifican la capacidad de encajar los golpes y de soportar el dolor. Además de su dotación física de partida, como «un mentón de acero» o la cualidad reverenciada que ellos llaman «estómago» (que ocupa un lugar muy importante también en la cultura masculina de la calle), sólo hay una manera de hacerse fuerte ante el daño, de acostumar el organismo para encajar los golpes, y es encajándolos regularmente. Porque, contrariamente a una idea muy extendida, los boxeadores no tienen ninguna afición personal por el dolor ni aprecian en absoluto la pelea. Un joven peso welter italoamericano del Windy City Gym que acaba de pasar a la categoría profesional se indigna cuando menciono el estereotipo profano del boxeador «somasoquista<sup>[\*]</sup>»: «No, ¡somos humanos! Somos humanos, ¿sabes?, somos como los demás, nuestros sentimientos son iguales, los mismos que los tuyos, somos... No nos puedes poner aparte [con vehemencia], *no somos diferentes de los demás*. Estamos en el mismo mundo, estamos hechos de la misma carne, de la misma sangre, todo igual». Sin embargo, los boxeadores tienen mucho más elevado el

umbral de tolerancia al dolor, ya que se someten a él de forma medida y rutinaria.

Este aprendizaje de la indiferencia ante el dolor es inseparable de la adquisición de la sangre fría propia del pugilismo. La socialización adecuada del boxeador supone acostumbrarse a los golpes, cuyo reverso es la capacidad de dominar el primer reflejo de autoprotección que deshace la coordinación de los movimientos y da la ventaja al adversario. Resulta muy difícil saber si esta adquisición progresiva de la «resistencia a la emoción», como dice Mauss<sup>[69]</sup>, parte de un registro de la voluntad o del orden fisiológico que, más que la fuerza de los golpes del adversario, agota al novato durante las primeras sesiones de sparring. Porque, además de la atención excepcional que exige el duelo sobre el ring, hay que combatir en todo instante el primer reflejo, que es replegarse, prohibir al cuerpo que desobedezca volviéndose delante del contrario, perdiendo el ritmo, huyendo de sus puños en un sálvese quien pueda generalizado.

El 23 de marzo de 1989 me tropiezo con Ashante, que está intentando meterse los guantes delante de la mesa de abdominales. Me espeta grosero: «Eh, Louie, ¿cómo te sientes? ¿Qué tal tus costillas? [Se refiere a las costillas que me había golpeado en la última sesión de sparring y que me impidieron entrenarme durante varios días.] —Bien, no me las has roto, sólo contusionado». Sonríe estrechándome las manos afectuosamente entre sus guantes. «Ya sabía yo que no te las había roto. Pero tienes que empezar a hacer abdominales en serio y ponerte en forma de una vez. Hay que hacer abdominales para proteger tu cuerpo. Ves, te he trabajado el cuerpo porque no te quería dar demasiado en la cara, porque *no estás aún acostumbrado a recibir demasiados golpes en la cabeza*. Por eso te di más en el cuerpo. Lo que pasa es que tu cuerpo se cansó porque tampoco estás acostumbrado a recibir golpes en el cuerpo. Ya sé que te di en serio, pero tú tampoco te quedaste manco».

Aprender a boxear es modificar sin darse cuenta el esquema corporal, la relación con el propio cuerpo y el uso que de él hacemos habitualmente para interiorizar una serie de disposiciones mentales y físicas inseparables que, a la larga, hacen del organismo una máquina de dar y recibir puñetazos, pero *una máquina inteligente, creadora y capaz de autorregularse* al mismo tiempo que renueva el interior con un registro fijo y relativamente limitado de movimientos en función del adversario y del momento. La imbricación mutua de las disposiciones corporales y mentales alcanza tal grado que incluso la voluntad, la moral, la determinación, la concentración y el control de las emociones se transforman en el mismo número de reflejos del cuerpo. En el boxeador hecho y derecho, la parte mental forma parte del físico y viceversa; el cuerpo y la cabeza funcionan en simbiosis total. Es lo que expresa este comentario altanero que DeeDee lanza a los púgiles que arguyen que no están «preparados mentalmente» para un combate. Después de la derrota de Curtis durante su primer combate televisado retransmitido a todo el país desde Atlantic City, DeeDee lo fulmina: «No ha perdido porque no estuviera “preparado mentalmente”. Eso no significa nada: Si eres un boxeador estás preparado. Se lo acabo de decir a Butch: ¡“Preparado mentalmente” es una idiotez! Eres un boxeador, subes al ring y peleas, no hay preparación que valga. No es una cuestión mental. Si no eres un boxeador no subes al cuadrilátero, no te peleas. Si eres un boxeador estás preparado y luchas, y no

hay más. El resto son estupideces».

Esta estrecha relación entre aspecto físico y mental es la que permite a los boxeadores experimentados continuar defendiéndose y recuperarse después de haber rozado el KO: en esos momentos de semiinconsciencia el cuerpo sigue boxeando solo hasta que recupera la conciencia, a veces varios minutos más tarde. «Enganché a mi compañero y éste levantó la cabeza y me dio un golpe encima del ojo izquierdo que me cortó y me dejó muerto. Después retrocedió y me dio una derecha en la mandíbula con todas sus fuerzas. Me dio de pleno y me dejó seco en el sitio. Sin caer ni siquiera titubear, perdí completamente la conciencia pero seguí boxeando instintivamente hasta dejarlo KO. Otro compañero de sparring entró al ring. Boxeamos tres asaltos. No me acuerdo de nada.»<sup>[70]</sup> Durante el famoso *Thrilla in Manilla*, uno de los combates más brutales de la historia del Noble Arte, Joe Frazier y Mohamed Alí disputaron la mayor parte del combate en un estado próximo a la inconsciencia. «Smokin' Joe» contaría años después de la «paliza» entre los grandes rivales de la década cómo, desde el sexto asalto, «no conseguía pensar. Todo lo que recuerdo es que estaba en el combate. El calor [casi 40 grados], la humedad [del verano filipino]... En ese combate no podía ni pensar, estaba ahí, tenía que hacer un trabajo. Sólo quería hacer mi trabajo<sup>[71]</sup>». Seguiría avanzando hacia Alí, borracho de golpes y cegado por los hematomas alrededor de los ojos, hasta que su entrenador, temiendo que fuera a morir sobre el ring, tiró la toalla cuando empezaba el decimoquinto y último asalto.

En una primera impresión boxeadores y entrenadores parecen tener una idea contradictoria sobre el aspecto «mental» de su actividad. Por una parte sostienen que el boxeo es un juego de estrategia, un *thinking man game* que comparan al ajedrez. Por otra, insisten en que no se trata de razonar entre las cuerdas. «¡No hay sitio para las reflexiones en el ring: es cuestión de reflejos! Cuando llega el momento de reflexionar, es el momento de colgar los guantes», sermonea DeeDee. Sin embargo, el viejo entrenador de Woodlawn está completamente de acuerdo con Ray Arcel, el decano de los entrenadores del país, aún en la brecha a sus más de noventa y seis años después de haber dado 18 campeones del mundo, cuando afirma que «en el boxeo el cerebro manda sobre el músculo. Me importa un rábano saber las cualidades que tienes como luchador. Si no sabes pensar sólo eres un tonto más<sup>[72]</sup>». La contradicción se resuelve por sí sola cuando comprendemos que la capacidad que tiene el boxeador de pensar y razonar sobre el ring se ha convertido en una facultad de su organismo indiviso, lo que John Dewey denominaría su *body-mind complex*<sup>[73]</sup>.

La excelencia pugilística puede definirse entonces por el hecho de que el cuerpo del boxeador piensa y calcula por él, instantáneamente, sin pasar por el intermediario —y el retraso costoso que supondría— del pensamiento abstracto, de la representación previa y de cálculo estratégico. El antiguo campeón Sugar Ray Robinson lo cuenta de forma concisa: «No piensas. Es puro instinto. Si te paras a reflexionar estás perdido». Opinión confirmada por el entrenador Mickey Rosario:



una vez sobre el ring, «no puedes pensar. Tienes que ser un animal<sup>[74]</sup>». Y podemos añadir: un instinto cultivado, un animal socializado. El cuerpo es el *estratega espontáneo* que conoce, comprende, juzga y reacciona al mismo tiempo. De otro modo sería imposible sobrevivir entre las cuerdas. En los combates amateur se reconoce inmediatamente a los novatos por sus gestos mecánicos y afectados, sus combinaciones «teledirigidas» y ralentadas, cuya rigidez y academicismo traicionan la intervención de la reflexión conciente en la coordinación de gestos y movimientos.

Así pues, la estrategia del boxeador —producto del encuentro entre el hábito pugilístico y la situación que la ha producido— borra la distinción escolástica entre lo intencionado y lo habitual, lo racional y lo emocional, lo corporal y lo mental. Indica el orden de una razón práctica que, anidada en el fondo del cuerpo, escapa a la lógica de la elección individual<sup>[\*]</sup>. De hecho, podríamos decir de la estrategia del boxeador sobre el ring lo que el antropólogo Hugh Brody dice de los cazadores esquimales Athabaskan del noroeste de Canadá: «Una buena elección de la caza, sagaz y sensata, consiste en aceptar la interconexión de todos los factores y evitar el error que supone intentar focalizarla racionalmente en una determinada consideración que se cree primordial. Mejor aún, la decisión se toma en el momento mismo de actuar; no hay separación entre teoría y práctica. En consecuencia, la decisión —como la acción de la que es inseparable— puede modificarse siempre (de forma que, en rigor, no podríamos denominarla decisión)<sup>[75]</sup>».

El enfrentamiento sobre el cuadrilátero reclama juicios sinópticos impregnados de solvencia y de flexibilidad, efectuados en el instante y para el instante, informados por una sensibilidad pugilística incorporada, que son la antítesis de las decisiones maduras, reflexionadas y de peso de la «razón razonante». Esto lo vio bien Joyce Carol Oates cuando escribió: «“Libre elección”, “sentido común”, “racionalidad”, nuestros modos de conciencia típicos están fuera de lugar, son incluso nefastos, en el mundo del boxeo<sup>[76]</sup>». Una vez en el ring, es el cuerpo el que comprende y aprende, el que clasifica y guarda la información, encuentra la respuesta adecuada en el repertorio de acciones y reacciones posibles y se convierte en última instancia en el verdadero «sujeto» (si es que hay uno) de la práctica pugilística.

El buen aprendizaje del boxeo supone por tanto la combinación de *disposiciones casi antinómicas*: las pulsiones e impulsos inscritos en lo más profundo del «individuo biológico» tan del gusto de George Herbert Mead<sup>[77]</sup>, que podemos calificar de «salvaje», en el límite de lo cultural, unidos a la capacidad de canalizarlos en cada momento, regularlos, transformarlos y explotarlos según un plan objetivamente racional aunque inaccesible al cálculo explícito de la conciencia individual. Esta contradicción inherente de los hábitos pugilísticos explica que la creencia en el carácter innato de las cualidades del boxeador encaje sin chirridos en una moral inflexible del trabajo y del esfuerzo. El mito del don del boxeador es una ilusión fundada en la realidad: lo que los boxeadores toman por una cualidad de la naturaleza («Tienes que tenerlo en ti») es efectivamente resultado del largo proceso

de inculcación del hábito pugilístico, proceso que a menudo comienza en la primera infancia, sea en el seno del *gym* —donde pueden verse niños llevados por socios del club, que intentan boxear— o incluso en esa antecámara de la sala de boxeo que es la calle del gueto.

Podríamos citar páginas enteras de notas de campo para apoyar la idea según la cual «se nace boxeador». Nos contentaremos con este extracto del 1 de octubre de 1988 en el que DeeDee insiste largamente en las cualidades innatas del boxeador que afloran con el entrenamiento: «Si lo tienes en ti, nada impedirá que salga. Va a salir de una u otra forma. Ahora, si no lo tienes, no vale la pena. Hay muchos chicos que pueden entrenarse toda la vida, se entrenan y boxean aquí, hacen su sparring, pero jamás llegarán a nada. Yo se lo digo. No se quedan aquí. Hay un montón de chicos en Chicago a los que he dicho que era el momento de marcharse: “No vale la pena que vengas a este gimnasio porque nunca lo conseguirás”». Y Eddie añadía: «Mi hijo boxeará si quiere. Pero no quiero empujarlo a boxear. Tiene que decidirlo él solo. Porque tienes que tenerlo dentro, no puedes hacer trampa con eso. Así que no soy yo el que lo va a empujar». La expresión «boxeador natural» que se oye con frecuencia en los gimnasios designa esta naturaleza cultivada cuya génesis social resulta invisible a aquellos que la perciben a través de las categorías mentales que produce.

### *Una pedagogía implícita y colectiva*

A una práctica esencialmente corporal y poco codificada cuya lógica no puede entenderse sino con la acción corresponde un modo de inculcación implícito, práctico y colectivo. La transmisión del pugilismo se efectúa de forma gestual, visual y mimética, sobre la base de una manipulación regulada del cuerpo que somatiza un saber que los socios del club poseen y exhiben en cada nivel de su jerarquía tácita. El Noble Arte representa la *paradoja de un deporte ultraindividual cuyo aprendizaje es fundamentalmente colectivo*. Y se puede llegar a afirmar, parafraseando a Émile Durkheim, que el *gym* es al boxeo lo que la Iglesia es a la religión: la «comunidad moral», el «sistema solidario de creencias y prácticas» que lo hacen posible y que lo constituyen como tal. Lo que quiere decir, de paso, que las formas privadas de práctica pugilística que los nuevos empresarios de la gestión del cuerpo —siempre a la búsqueda de ejercicios exóticos con los que renovar un mercado del *fitness* bastante saturado— intentaron en algún momento popularizar sólo tienen de boxeo el nombre[\*].

Se comprende fácilmente, por todos los motivos antes expuestos, que no es posible aprender a boxear «sobre el papel». No es sorprendente, pues, que el entrenador del Club Woodlawn Boys muestre una abierta hostilidad hacia los manuales, croquis, escritos y métodos de enseñanza, como lo atestigua la nota

“EL GYM ES AL BOXEO, LO QUE LA IGLESIA ES A LA RELIGIÓN”

siguiente:

Mientras me seco el cuerpo con la toalla, deajo caer: «DeeDee, ¿sabes lo que encontré en la biblioteca de la universidad el otro día? Un libro titulado *El entrenamiento completo del boxeador*, que muestra todos los movimientos y ejercicios básicos del boxeo. ¿Crees que vale la pena leerlo para aprender los rudimentos?». DeeDee hace una mueca de disgusto: «*No se aprende a boxear en los libros. Se aprende a boxear en la sala.*

—Pero puede ayudar a ver los diferentes golpes y a comprenderlos mejor, ¿no?

—No, no ayuda. No se aprende a boxear leyendo libros. Yo conozco esos libros, dentro hay fotos y dibujos que muestran cómo colocar los pies y los brazos, el ángulo de tu brazo y todo eso, pero todo parado. No hay ninguna sensación de movimiento. El boxeo es movimiento, lo que cuenta es el movimiento». Yo insisto: «Entonces, ¿no se puede aprender nada de boxeo en los libros?

—No, no se puede.

—¿Y por qué no?».

Con tono irritado por mi insistencia, como si todo fuera tan obvio que no sirviera de nada repetirlo: «No se puede, y punto. No se puede. En un libro todo es estático. No te enseñan lo que pasa en el ring. Todo eso no es boxeo, Louie. No se puede, eso es todo.

—Pero a un principiante como yo no le puede hacer ningún mal comprender algo antes de practicarlo.

—Por supuesto que hace mal, *sobre todo* si eres un principiante. Estos libros van a confundirte. Nunca serás boxeador si aprendes en un libro».

Opinión confirmada por Eddie, el «discípulo» de DeeDee. Cuando le pregunto cómo se hace uno entrenador de boxeo me explica que hay que pasar un corto examen técnico en la federación, pero que lo esencial es «patearte buenos *gyms* como éste y poco a poco ir aprendiendo. No es algo que se pueda aprender en los libros».

Lo que el entrenador denuncia es el efecto totalizador y destemporalizador del material escrito. La virulencia de su reacción demuestra prácticamente la antinomia que existe entre el tiempo abstracto de la teoría (es decir, de la contemplación) y el tiempo de la acción (que la constituye). Considerar el boxeo desde el punto de vista soberano de un observador fuera de juego, extirparlo de su propio tiempo, es someterlo a un cambio que lo destruye como tal. Porque, a semejanza de la música, el boxeo es una práctica «completamente inmanente a la duración, [...] no sólo porque se ejecuta en el tiempo, sino también porque ejecuta estratégicamente el tiempo y en particular el tempo<sup>[79]</sup>». Si los consejos de los manuales y los croquis de los métodos escolares tienen algo de irreal a los ojos de DeeDee, es porque el mejor uppercut carece de valor si se suelta en un mal momento; el gancho más perfecto desde el punto de vista técnico «en blanco» es nulo y carece de valor si no se integra en el ritmo y el estilo del boxeador.

A diferencia de otros deportes de lucha más codificados, como el judo o el aikido<sup>[80]</sup>, en los que el maestro muestra y desmonta cada llave con una preocupación por el detalle y el análisis que puede llegar hasta el estudio teórico y en los que los progresos se marcan por los signos y títulos oficiales (como los cinturones y los dans), la iniciación al boxeo es una iniciación sin normas explícitas, sin etapas claramente definidas, que se efectúa colectivamente, por imitación, emulación y estímulo difusos y recíprocos y en la que la función del entrenador consiste en coordinar y estimular una actividad rutinaria que resulta ser «una fuente de socialización mucho más importante que la pedagogía de la instrucción<sup>[\*]</sup>».

De hecho, el «método» de enseñanza de DeeDee no es una pedagogía reflexiva y organizada de acuerdo con un plan de conjunto. Nunca lo he oído explicar el porqué de los gestos básicos ni describir de forma sinóptica su disposición o descomponer los diferentes estadios de la progresión esperada. Los consejos que destila con parsimonia y a ratos son descripciones sumarias del movimiento a ejecutar que abundan en la realidad y que consisten, en su mayoría, en observaciones parciales y negativas: «No dejes caer tu mano izquierda cuando devuelves el jab»; «No columpies el puño hacia atrás»; «Mantén la pierna derecha abajo todo el tiempo». Como para él los gestos del boxeador son de una simplicidad y de una transparencia evidentes, DeeDee no da su brazo a torcer ante la idea de que no se requiere ninguna exégesis: «Es tan sencillo como contar hasta tres»; «No hay nada que explicar, ¿qué quieres que te explique?»; «Ya veremos más adelante, conténtate con boxear». Cuando no comprendemos sus indicaciones a la primera, se limita a repetir las, si es necesario acompañándolas de gestos, sin disimular su irritación, o bien se enoja y pide a uno de sus acólitos que tome el relevo. Si un boxeador no consigue ejecutar correctamente un movimiento a fuerza de repetirlo «en blanco», el sparring ofrece un último recurso como procedimiento pedagógico. Después de consejos y paciencia, DeeDee se decide de mala gana a apelar al reflejo de autodefensa para dominar un gesto rebelde.

—¿Qué te he dicho, Louie? ¿Dónde tienes que poner la mano derecha? Sí, ahí arriba, contra la mandíbula derecha, para protegerte del gancho de izquierda, y no ahí abajo. Te van a reventar la cabeza, Louie. No la pones donde hay que ponerla. Voy a decirle a Ashante que te enseñe dónde hay que poner la maldita mano derecha. La próxima vez [que hagas sparring con él] voy a decirle que te lo enseñe con su cross de izquierda si no me haces caso.

—Es la mejor forma de aprender, ¿no?

—No, no es la mejor forma. Eso es a lo bestia, a lo bruto. Prefiero que aprendas por ti mismo cuando te lo digo, no partiéndote la cara. [Nota del 17 de mayo de 1989].

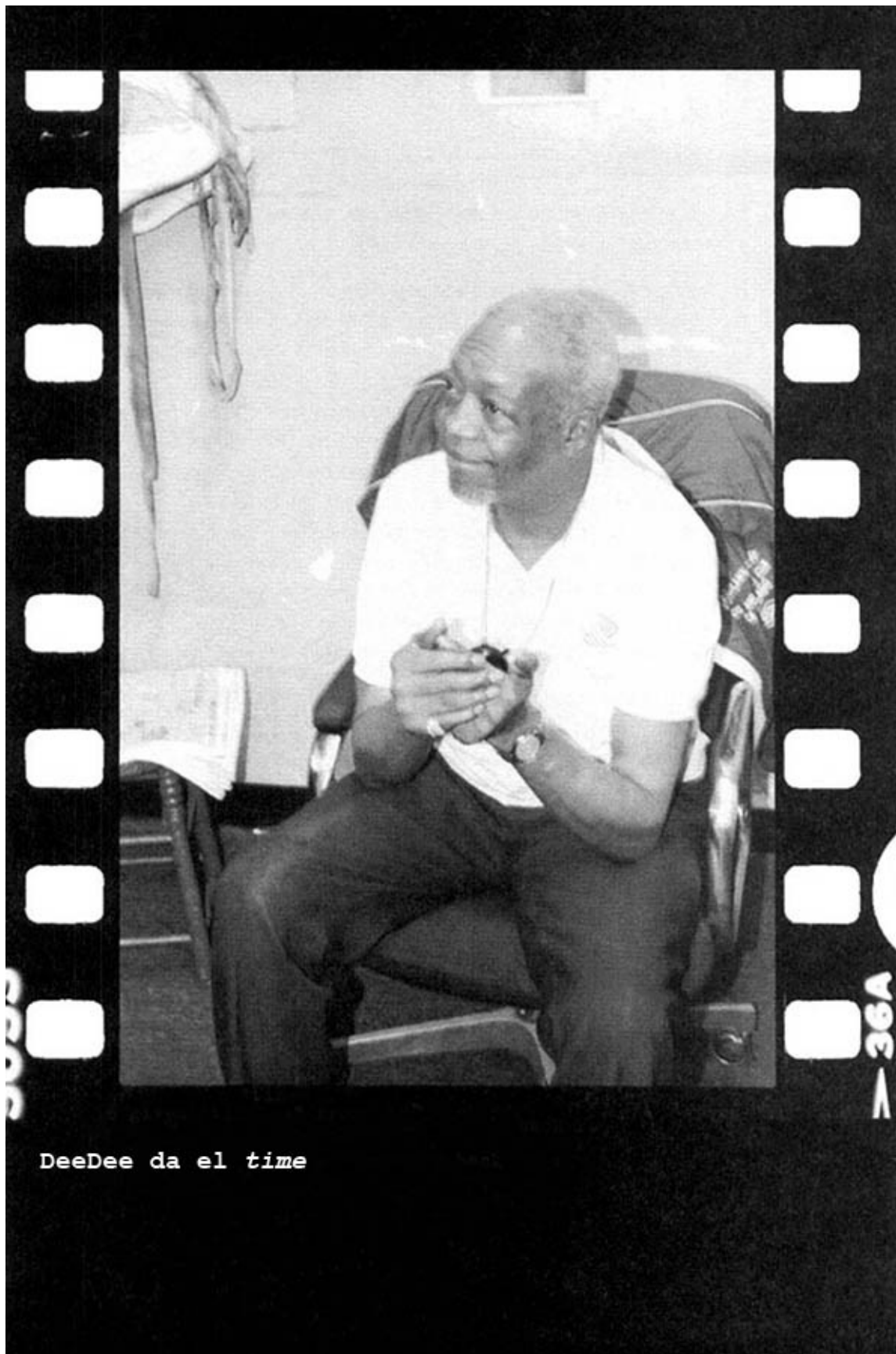
Cuando corrige a un boxeador, DeeDee lo hace delante de todo el mundo: a menudo en voz alta desde la sala de atrás para que todos lo oigan. Teniendo en cuenta la deplorable acústica del local, no se puede saber con certeza a quién se dirige. En la duda, todo el mundo lo tiene en cuenta y pone más atención y se aplica. Igualmente, cuando DeeDee está en su sillón detrás del cristal de la oficina, desde donde abarca de un vistazo toda la zona de ejercicio, es difícil decir a quién está mirando; más vale suponer que te está mirando y boxear lo mejor posible para no hacerse merecedor de sus andanadas. Por último, el hecho de que podamos estar días e incluso semanas sin recibir el mínimo comentario —positivo o negativo— por su parte genera una ansiedad por saber si se progresa o no, si lo que hacemos está bien o no. Esta incertidumbre da la sensación de avanzar a ciegas, obliga al aprendiz de boxeador a ser serio y aplicarse en cada sesión, en cada ejercicio<sup>[\*]</sup>. De este modo, cada una de sus intervenciones y la forma en que las realiza actúan como un mecanismo de corrección colectiva permanente. Se puede especular incluso que cuantas menos

intervenciones de DeeDee hay, más duraderos y amplios son sus efectos.

Lo que podría interpretarse como una falta de interés del entrenador o como carencia en su seguimiento es, de hecho, la quintaesencia de su método de enseñanza. Guiado por su sentido pugilístico, fruto de la experiencia acumulada por décadas de práctica, DeeDee se esfuerza en poner a punto, de forma empírica, por ajustes sucesivos, la combinación de reprimendas repetidas, de observación silenciosa, de indiferencia evidente y de exhortaciones capaz de inculcar el esquema práctico en el esquema corporal del aprendiz de púgil. Todo sucede como si sus instrucciones no tuvieran más función que facilitar y reforzar el efecto del modelado del cuerpo haciéndolo más vigoroso, más útil y más intenso e inculcando en el boxeador la creencia de que hay un vínculo causal entre el esfuerzo que se le exige y los resultados obtenidos, a pesar del carácter repetitivo y deshilvanado de los consejos que recibe.

### ***El director de orquesta***

DeeDee (DD o DeDe, un sobrenombre que debe a su hermano, que se reía de él porque tartamudeaba de niño) nació en 1920 en Georgia, donde sus abuelos eran aparceros en las tierras de una familia de la alta sociedad blanca de Atlanta. En 1922, como millones de negros del Sur, sus padres huyeron de «Dixieland» y llegaron a Chicago buscando un clima racial menos opresivo y unas condiciones de vida menos duras<sup>[82]</sup>. Su padre encontró un puesto como barrendero municipal, empleo remunerado regularmente y bien considerado en la comunidad negra de la época, pero fue la fabricación y la venta ilegal de alcohol a los blancos durante la Ley Seca lo que aseguró el pan a la familia. Ganó un poco de dinero antes de caer abatido por los miembros de una banda rival de traficantes. «No pasaba demasiado la escoba, ¿sabes?, pasaba más su carreta de *moonshine* [alcohol de contrabando] que la escoba». DeeDee tenía siete años. Durante la Gran Crisis y hasta la guerra, DeeDee vive en una pequeña casa lindante con un huerto y un gallinero en el corazón del gueto de South Side, con su madre y seis hermanos. «Nadie tenía trabajo en aquella época, *nadie*. Ni los blancos ni los negros. Todo el mundo buscaba desesperadamente un trabajo, dinero. Había que sobrevivir rebuscándote la vida. Sólo la guerra nos sacó de ese atolladero. La hicieron para salir de la crisis, lo sé seguro. De pronto todas las fábricas necesitaban mano de obra. ¡Había trabajo por todas partes! La gente ganaba mucho dinero. La chatarra tenía un precio absurdo: la gente que tenía una chatarrería en el jardín se hizo rica de la noche a la mañana, porque se recogía todo el metal disponible para fabricar aviones y bombas. Los desguaces se convirtieron en minas de oro.»<sup>[83]</sup>



Conocido camorrista desde la edad de seis años, DeeDee se inició en el boxeo siendo adolescente en el colegio, en una época en que «todo el mundo soñaba una cosa, ser como Joe Louis», el primer gran campeón negro de la era moderna<sup>[\*]</sup>. Después de una carrera breve y sin gloria en el ring (disputó 40 combates amateur y uno profesional contra uno de los boxeadores a los que entrenaba y que, por cortesía, le dejó arrancar un nulo), pasó definitivamente al otro lado de las cuerdas. Aunque sufre de artrosis en manos y rodillas, el joven Herman tiene sin duda el ojo y la destreza necesarios para enseñar el Noble Arte

del que descubre figuras infinitamente variadas en los gimnasios del South Side y en las películas que devora. «Había máquinas de películas en los bares donde ponías un *nickel* [5 centavos] y podías mirar en el visor un trozo de película de boxeo. Pasaba horas mirándolos, y así aprendí». Siguiendo los pasos de Jack Blackburn, entrenador de Joe Louis que lo acogió brevemente bajo su protección antes de morir, DeeDee se labró pronto fama regional y después nacional. Entre 1978 y 1985 colocó a una docena de boxeadores entre los *top ten* de las clasificaciones internacionales y dos de sus discípulos consiguieron un título mundial: Roberto Cruz en los pesos welter y Alphonso Ratliff en la categoría de semipesados. Siempre ha ejercido su magisterio en Chicago, con la excepción de los seis años pasados en Japón y en Filipinas entrenando a algunos de los mejores púgiles asiáticos y una breve estancia en Los Angeles a instancias de un gran promotor de la costa Oeste. Considerado por sus colegas como uno de los mejores entrenadores de la historia del boxeo americano, DeeDee fue elegido en 1987 al Boxing Hall of Fame, el museo del boxeo en Louisville en el estado de Kentucky. Pero no tenía medios para pagarse el viaje y faltó a la ceremonia de entronización que debía marcar la apoteosis de su carrera.

En la actualidad DeeDee va tirando con los 364 dólares mensuales que recibe como *Supplemental Security Income*, un programa de ayuda destinado a las personas de la tercera edad sin recursos e inválidos. No tiene ninguna propiedad ni jubilación, puesto que sólo trabajó como asalariado dos años y medio. «He tenido todo tipo de trabajo, en restaurantes, hoteles, cocinero, camarero, chico para todo y he vivido en la calle. Haces lo que sea para sobrevivir en la calle, Louie, sabes lo que quiero decir». Además de su actividad principal de entrenador, ha ejercido, aunque fuera brevemente, de peón, obrero metalúrgico, limpiador de vidrios, destripador, taxista, vendedor ambulante ilegal, «exterminador» de cucarachas y otros insectos y roedores que infestan los tugurios del gueto, pintor de brocha gorda y vigilante en un burdel<sup>[\*]</sup>. No se queja: «Conozco a tipos que han trabajado durante 20 y 30 años y reciben como mucho unos 500 dólares de jubilación. Yo tengo lo mismo y apenas he trabajado». Todas las semanas DeeDee reserva uno o dos dólares para comprar algunos billetes de lotería en una licorería. Mejora sus ingresos recaudando de vez en cuando un «impuesto privado» a los escasos boxeadores del club que tienen medios para pagarle «algo, cinco o diez dólares». A veces la responsable de la guardería de al lado le da los restos de las fiestas de los niños. Durante los combates en la ciudad el mánager de Curtis le lleva bolsas de fruta y verdura que cultiva en su rancho.

El ascetismo colectivo del gimnasio es reflejo de su espartana vida personal: se levanta al alba, se acuesta temprano, se alimenta a base de verdura hervida, pescado fresco y carne magra (pollo y pavo), jamás *pop* (bebidas gaseosas) ni golosinas, raramente un vaso de alcohol (con la excepción del Armagnac que le traigo cada vez que voy a Francia) y una visita al médico cada seis meses (de la beneficencia, por sus problemas de circulación y artrosis en sus muñecas que le impiden conducir). DeeDee comparte un departamento diminuto de alquiler en la calle 67 con una sobrina adoptiva, madre soltera que sigue un curso en una pequeña escuela privada para obtener el título de peluquera-manicura y que ayuda en la casa a cambio del alojamiento. Este diploma es el *súmmum* para ella y habla de él como un logro excepcional, que atribuye en gran parte al inquebrantable apoyo moral de DeeDee; cuando pensaba en dejar la escuela, él la amenazaba: «Si no acabas los estudios te voy a dar la paliza de tu vida, te acordarás hasta el día de tu entierro».

DeeDee no tiene ninguna otra actividad que el boxeo y se pasa la mayor parte del día en el club, incluso cuando no viene nadie. Pasa el tiempo entre la supervisión del entrenamiento e interminables conversaciones telefónicas y charlas con los habituales de la sala. Su horario está pautado como un pentagrama: justo antes de mediodía toma el autobús en su casa, come una sopa en Daley's (el restaurante familiar en la esquina de Cottage Grove con la calle 63) y después abre el *gym*. Poco después de las siete, terminado el entrenamiento, cierra la verja que protege la entrada del Boys Club y vuelve a casa acompañado por alguno de los boxeadores. Por la tarde cuida de su sobrino nieto Will mientras ve los combates de boxeo retransmitidos por las cadenas de televisión deportivas que recibe gracias a una toma ilegal de cable efectuada por uno de sus sobrinos a cambio de 20 dólares. Nunca va al cine, no le gusta cenar afuera, no va a las discotecas (donde en otro tiempo le gustaba mostrar su reconocido talento como bailarín) y detesta pasear. Sus únicas salidas son las veladas de sus boxeadores.

DeeDee está a cargo del club de boxeo de Woodlawn desde su inauguración en 1977, pero se niega a aceptar que «trabaja» en él. En primer lugar porque no está remunerado: «No me pagan nada, es voluntario. Todos los años me dan una placa de agradecimiento, eso es todo. Pero una placa no se come». Después, porque no imagina estar en otro lugar o hacer otra cosa: «¿Sabes?, Louie, yo no trabajo aquí. No es un trabajo. Soy un vago en el gimnasio. Antes estuve en otros gimnasios en Fuller Park, con Johnny Coulon en el West Side. Si no estuviera aquí seguramente estaría en Fuller Park. Tienes que encontrar un gimnasio donde puedas estar, pasar el tiempo... Tienes que estar en una sala, ver a los chicos boxear, estar

metido en el boxeo porque lo llevas en la sangre. No podría vivir sin él». El resto del tiempo lo ocupa siguiendo los combates de los boxeadores a los que entrena y a los que ofrece sus servicios como «hombre de rincón» a cambio de una pequeña remuneración que estos últimos insisten en que acepte (alrededor del diez por ciento de sus modestas retribuciones, es decir, algunos billetes de 20 dólares por noche). Tanto por principio como por falta de medios, DeeDee no asiste jamás a una reunión local si no puede entrar gratuitamente: encuentra completamente absurda la idea de pagar por presenciar un combate. Después de todo, su fama es tal que es increíble que no tenga invitaciones para entrar.

Como la mayoría de los entrenadores, sobre todos los de la «vieja escuela», DeeDee mantiene relaciones complejas y ambiguas con sus pupilos, para los que es al mismo tiempo entrenador, mentor, guardián, consejero y confidente y que le tienen un respeto filial que supera ampliamente su admiración profesional<sup>[85]</sup>. Fue el caso de Alphonso, para quien DeeDee llegaba a cocinar en el *gym* cada tarde para asegurarse de que se alimentaba correctamente. Sucede hoy con Curtis, a quien trata con una mezcla de desinterés fingido y de afecto rudo que vira hacia el autoritarismo y con quien ha desarrollado a lo largo de los años una relación casi paternal. Ante este último, DeeDee afecta una actitud de indiferencia hacia su comportamiento fuera del gimnasio, aunque en realidad se preocupa constantemente: la prueba es que está en contacto telefónico diario con Sherry, la mujer de Curtis, para saber si éste sigue sus instrucciones en los aspectos de su vida que puedan afectar el rendimiento entre las cuerdas: alimentación, relaciones familiares, prácticas sexuales. Media entre Curtis y su *mánager*; lo ayuda a controlar sus tumultuosas relaciones con la responsable de la guardería que ocupa la parte delantera del edificio del club Woodlawn Boys donde Curtis trabaja como limpiador; sigue atentamente el curso de sus dificultades financieras, sus problemas de vivienda o sus altercados en la oficina de asistencia social. En resumen, el viejo entrenador se implica en la vida privada de Curtis, quien, por su parte, lo considera su segundo padre y valora mucho su sabiduría: «DeeDee y yo tenemos una relación, hablamos, nos lanzamos insultos continuamente, pero también tenemos conversaciones serias; creo todo lo que me dice, porque [*bajando la voz para indicar su respeto*] por algo será que ha llegado a los setenta años. Ya sabes que no tenía setenta años cuando nació y sabe *muchas más cosas* que yo. No podría alcanzarlo. Pero es necesario que discutamos de vez en cuando, sólo para darle una satisfacción. Así, cuando me marchó, puede sonreír y sacudir la cabeza y todo...».

Por ejemplo, la mañana del combate en el que Curtis conseguiría el título de campeón del Estado de Illinois, DeeDee se queja —medio en serio medio en broma y evidentemente orgulloso— de que éste lo trata como a un niño no dejándole fumar ni beber, aunque él debería tener el derecho a esos pequeños placeres a su edad: «Si me ve fumar, viene y me grita: “Deje ese cigarrillo, DeeDee, apáguelo inmediatamente”, y me empieza a gritar como a un niño. [*Refunfuñando.*] Tengo sesenta y nueve años, si a esa edad no puedo darme un gusto, no sé cuándo... Si me ve con un vaso de vino o de alcohol se enoja y me regaña, me dice que lo deje. Igual con el cigarrillo. ¡Vamos, no soy su padre ni él es mi hijo, digo yo! Lo cuido, de acuerdo, pero no es mi hijo, no para decirme lo que debo o no debo hacer». Nos reímos y bromeamos diciéndole que después de todo tiene suerte de que Curtis se preocupe por él para que llegue a viejo.

Pero la pedagogía pugilística no intenta sólo transmitir una técnica; su función es además establecer de forma práctica las esperanzas objetivas que facilitarán el ascenso del aprendiz de boxeador en la jerarquía del *gym*. Para encontrar y conservar su sitio en el universo pugilístico hay que conocer y tener en cuenta en todo momento las limitaciones físicas y morales de cada uno, no dejar que las aspiraciones «vuelen» de manera irreal, no intentar subir más rápido y más alto de lo lógico a riesgo de dilapidar la energía, de arriesgarse a que un rival muy superior te muela y exponerte a perder prestigio. Por eso las instrucciones del entrenador incitan a menudo a la modestia, son invitaciones a repetir sin refunfuñar los mismos gestos sin intentar sobrepasar las capacidades, a respetar la marcha, en apariencia estacionaria, que imprime al aprendizaje. Por sus observaciones, sus críticas, sus estímulos, pero también sus silencios prolongados o su presencia atenta, DeeDee anima a los que, por falta de confianza o timidez, se subestiman («Sabes boxear tan bien como los otros,



Louie: si te hago pelear con Jeff le vas a dar una buena paliza») y rebaja a aquellos que, embriagados por sus progresos en el gimnasio o por sus éxitos en el ring, fanfarronean, se creen que han «llegado» e intentan boxear por encima de sus posibilidades. La pedagogía pugilística es por tanto inseparable de una pedagogía de la humildad y del honor que tiene por objeto inculcar en cada uno el *sentido del límite* (que es asimismo un sentido del grupo y de su lugar en él), como demuestran estos dos fragmentos de mi diario.

El 22 de octubre de 1988, durante la noche «de gala» organizada cada año para reflotar la caja del club, Little John (24 años, mensajero y vigilante en un barrio de pisos de protección oficial) combate por primera vez. Está nervioso y confuso, golpea muy fuerte y un poco a lo loco. [...] Veo a DeeDee que lo fulmina desde su oficina. De pronto, entra en la sala, con el ceño fruncido, y vocifera en dirección al ring: «¿Qué intentas hacer, John? Deja de hacerte el imbécil y límitate a boxear. ¡Intentas parecerte a un boxeador y no te pareces nada!». Se da media vuelta disgustado y regresa a la sala de atrás para vendar las manos de Rico.

El 22 de marzo de 1989, Curtis se fue a Carolina del Sur para entrenarse en el rancho de su mánager y preparar su primer gran combate en Atlantic City el mes siguiente, una oportunidad para hacer en poco tiempo su entrada en la clasificación internacional. Pregunto a DeeDee si se ha ido en avión o en autobús. «¡Pues en autobús, Louie! ¿Quién es él para ir en avión?». Killer Keith se asombra: «¿No es mucho para ir tanto tiempo en autobús, DeeDee, porque son cuántas, 15, 18 horas de viaje?» «Son 19 horas de viaje para ir a Carolina del Sur en Greyhound [compañía de autobuses baratos]. A mí no me importa. ¿Por quién se toma Curtis? No es nadie, no es nada. Ya se lo he dicho. En el autobús tendrá tiempo de reflexionar y sentar la cabeza».

Esta propedéutica de la modestia se aplica en particular a los novatos, que siempre tienen la tentación, por ganas de hacerlo bien mezcladas con ignorancia o por admiración hacia sus colegas más adelantados, de quemar etapas haciendo ejercicios que requieren más técnica de la que tienen. Ésta es la reacción de DeeDee cuando, el 10 de enero de 1989, sucumbí a dicha tentación intentando darle al *double-end bag* como Tony, un púgil profesional que tenía seis años de experiencia.

Mientras me visto, DeeDee sale y me reta: «Dabas pena con esa bolsa, Louie, verdaderamente pena, una vergüenza». No le entendí bien y tuve la desdicha de pedir que me lo repitiera. No se molestó lo más mínimo: «Dabas pena saltando alrededor del saco columpiando tus brazos. ¿Qué crees que haces con esa bolsa? ¡Es para trabajar el jab, y ahí lo único que consigues es balancear tu cuerpo en todos los sentidos, sin mantener las manos en el aire, vergonzoso! ¿Qué pasa? No podía ni mirarte de lo horrible que era».

Me siento muy humillado: ya sabía que no boxeaba bien con el *jab bag*, pero bueno. «La próxima vez vendré antes y podría enseñarme a utilizar la bolsa.

—No hay nada, Louie, *no hay nada que enseñarte, ¿qué quieres que te enseñe?* Confórmate con trabajar tu jab, te colocas cerca de la bolsa y trabajas el jab, a tu ritmo, eso es todo».

Después sale de la oficina y se pone en guardia delante de la bolsa, a la que golpea explicando: «Confórmate con quedarte cerca de la bolsa, jab, jab, la dejas ir, uno-dos, jab, uno-dos, jab, como con el *speed bag*. Si te vuelve a la cara, la bloqueas con la mano derecha». Da al *punching-ball* con directos cortos, al compás de su balanceo, suavemente, las piernas un poco flexionadas, el busto hacia delante; lo hace con mucha gracia. Me aplico a lanzar algunos jabs en cadencia, lentamente, como él; evidentemente es mucho más fácil de lo que intentaba hacer antes.

«Así, eso es, eso es todo lo que tienes que hacer. *Nadie te pide más*. Si la bolsa vuelve columpiándose la bloqueas así [con la palma de la mano derecha abierta cerca de la cara].

—Okay, la próxima vez intentaré hacerlo mejor, DeeDee». Ya ha desaparecido en la cocina.

Si DeeDee puede permitirse tal economía de palabras y gestos es porque lo esencial

del saber pugilístico se transmite fuera de su intervención explícita, mediante una «comunicación silenciosa, práctica, de cuerpo a cuerpo<sup>[86]</sup>», que no es un diálogo entre maestro y alumno, sino una conversación a varias voces abierta al conjunto de participantes habituales en el entrenamiento. La enseñanza del boxeo en el club Woodlawn Boys es una enseñanza colectiva bajo tres aspectos: se efectúa de manera coordinada, en el seno del grupo que crea la sincronización de los ejercicios; hace de cada participante un modelo visual potencial, positivo o negativo, de los demás; por último, los púgiles más aguerridos son también segundos que relevan, refuerzan e incluso sustituyen la aparente (in)actividad del entrenador, de forma que cada boxeador colabora, aunque no lo sepa, en la formación de los demás.

En el centro del dispositivo de aprendizaje pugilístico se encuentra el ritmo común que abarca todas las actividades de la sala y las impregna de su temporalidad específica. Como un cronómetro de carne y hueso, DeeDee mide a lo largo del día el ritmo propio de un *gym* gritando alternativamente *Time in!* para señalar el inicio de una ronda de ejercicios y *Time out!* para marcar su final. A la voz de *Time in!* todos los boxeadores se ponen manos a la obra como un solo hombre. Cada fracción de tres minutos es seguida de un período de treinta segundos de descanso (un minuto si hay una sesión de sparring al mismo tiempo) durante el cual se instala una calma precaria antes de que un nuevo *Time in!* ponga de nuevo la rueda en marcha. Los púgiles, independientemente de la hora a la que empiecen los entrenamientos y los ejercicios que estén haciendo, trabajan siempre de acuerdo, puesto que el respeto de este tempo es un imperativo sin excepción que se impone a todos por sí mismo; es impensable ejercitarse a contratiempo, y un boxeador que deja pasar por distracción el principio de la ronda o que lo confunde con la señal de descanso es llamado al orden por DeeDee o por sus compañeros («DeeDee ha dicho *Time in!*, a trabajar, colega»).

El tiempo en el *gym* es un tiempo ocupado, limitado, que marca el cuerpo y lo moldea a su ritmo. El ejercicio cadencioso habitúa progresivamente al organismo a alternar el esfuerzo intenso y la recuperación rápida según el ritmo específico del ejercicio hasta *habitarlo* con esta necesidad<sup>[\*]</sup>. A largo plazo regula el «reloj biológico» del boxeador hasta el punto de que su cuerpo pueda, por sí solo, medir la sucesión de asaltos (me di cuenta de que mi cuerpo era capaz de contar por franjas de tres minutos un día de invierno en que DeeDee se había marchado pronto y me entrené a solas con el cronómetro).



Cronómetro en mano, DeeDee supervisa el sparring desde su oficina.

Sabiendo que la temporalización de la práctica pugilística es el fundamento de su enseñanza, comprendemos que el control del ritmo colectivo del entrenamiento sea tan importante: sólo DeeDee, Charles Martin y el alumno-entrenador Eddie están capacitados para, salvo circunstancias excepcionales, dar el *Time!* y nadie está autorizado a usar el cronómetro de DeeDee sin su permiso expreso. Este cronómetro es al viejo entrenador de Woodlawn lo que el *skeptron* era al rey en las justas medievales según Émile Benveniste<sup>[87]</sup>: símbolo e instrumento de la autoridad que ejerce sobre el colectivo; retirárselo equivaldría a cuestionar su autoridad, a despojar a DeeDee del único emblema de su función en el *gym* (aparte del buzo azul marino «Staff, Chicago Boys and Girls Club» que lleva siempre). Sin duda por ello el gimnasio de Woodlawn, a diferencia de muchos otros, no tiene una campana eléctrica que mida automáticamente los asaltos<sup>[\*]</sup>. Sin contar que, después de toda una vida en las salas de boxeo, el cronómetro es en DeeDee una especie de órgano

complementario, como una extensión de su cuerpo. Incluso las conversaciones telefónicas se interrumpen por el sonido de los *Time in!* y *Time out!* y a veces ocurre que, al final de un largo día, sigue desgranando mecánicamente los asaltos aunque el último boxeador haya terminado su entrenamiento.

La simple sincronización de los movimientos en el tiempo y la proximidad física de los pugilistas en el espacio hacen que en todo momento se *vean* cuerpos en acción, incluyendo el propio cuando se boxea delante del espejo. Este refuerzo visual y auditivo permanente genera un estado de «efervescencia colectiva» que recuerda en todo a la excitación frenética de las grandes celebraciones totémicas aborígenes<sup>[88]</sup>, que tiene por objeto la asimilación de los gestos contribuyendo a olvidar las inhibiciones, a «relajar» el cuerpo y a fustigar la voluntad. El hecho de *ser visto* en todo momento por los demás obliga a esforzarse por miedo al ridículo, como se puede comprobar en esta descripción del 26 de septiembre de 1988.

Hoy hay mucha gente, nunca había visto tantos boxeadores en el *gym*: empezamos 15 y acabamos 35, ¡un zoo! Es impresionante ver tanta gente ejercitarse con tanta intensidad. DeeDee grita su *Time! Work!* con voz fuerte, haciendo hincapié en el *work!*; por el contrario, su voz retumba y muere cuando grita *Time out!* Saludo a unos y otros. Los chicos se suceden sin interrupción sobre el ring para hacer asaltos de sparring enérgicos. Una verdadera noria de boxeadores invade a oleadas la sala de atrás, unos se visten, otros se embadurnan la cara con vaselina, se ponen los guantes, los cierran con cinta adhesiva, saltan nerviosamente en su sitio o se quitan el casco y la coquilla antes de volver delante del espejo para seguir con su entrenamiento [...]

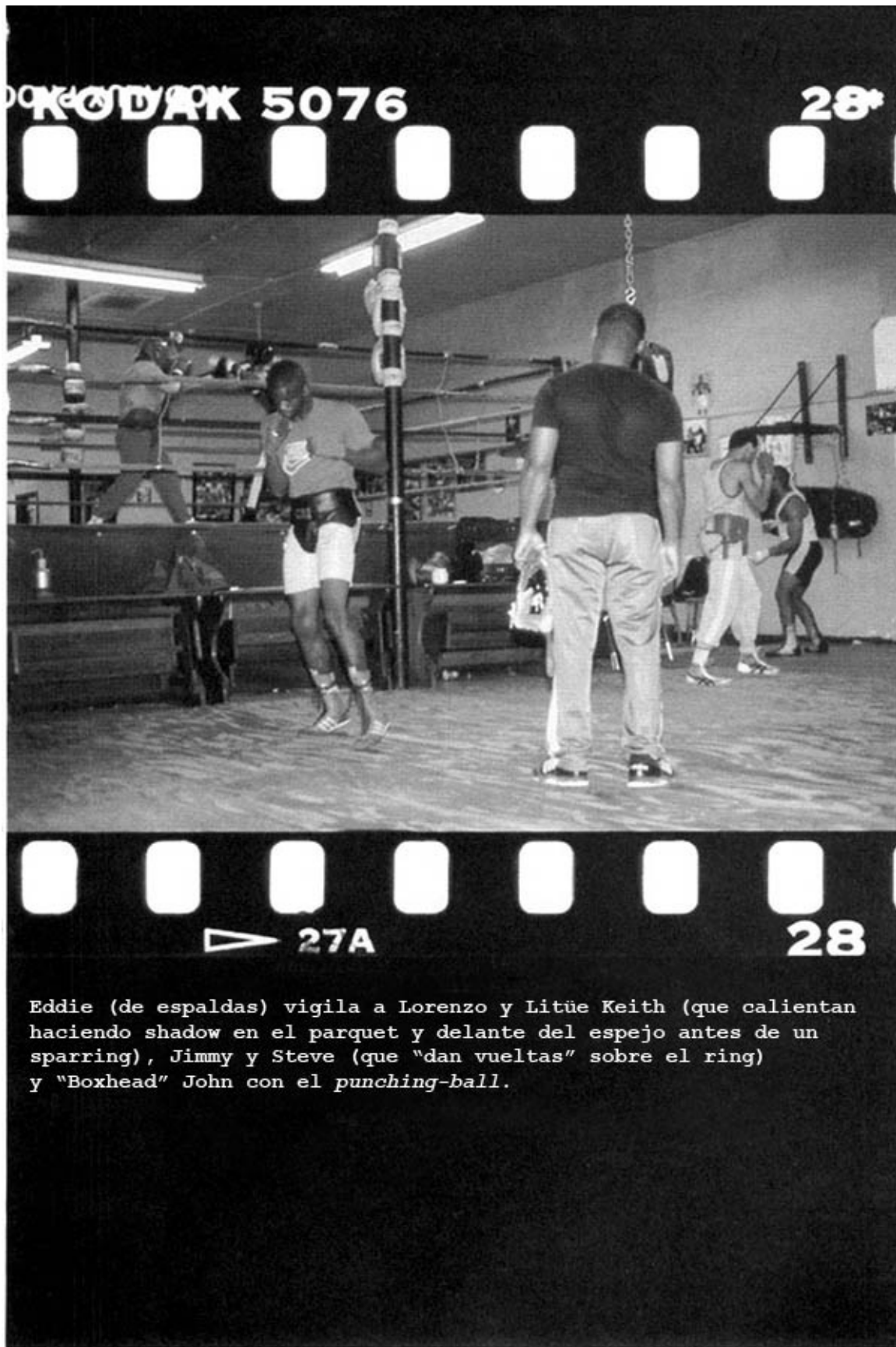
Estoy muerto pero siento muy bien trabajar al unísono en un torbellino de cuerpos, resoplidos, deslizamientos, saltos, esfuerzos de todo tipo, en este ambiente de gozosa embriaguez física. Al cabo de un momento uno se encuentra *como en un estado secundario, como transportado por la cadencia colectiva de los ejercicios y por el ruido* que se hace ensordecedor (sobre todo cuando Smithie está en el saco de arena y Ratliff en la pera de velocidad: suenan como tiros de bazoka y metralletas entremezclados). Ebrio de agitación, uno se entrena al mismo tiempo que los demás. *Time in, work!* Tres minutos a fondo. *Time out!* Todo el mundo se detiene al mismo tiempo. Los chicos aprovechan para intercambiar algunas palabras, normalmente breves porque sobre todo hay que recuperar el aliento y los 30 segundos de descanso no dan para una conversación. O beben en silencio de la botella que hay encima de la mesa cerca del ring antes de escupir el agua en el cubo. *Time, work-work-work!* ¡Y vuelta a empezar!

La coordinación temporal de los ejercicios hace que todo boxeador tenga permanentemente ante sus ojos un abanico completo de modelos en los que inspirarse. El saber pugilístico se transmite pues por mimetismo o contramimetismo, mirando lo que hacen los otros, observando sus gestos, espiando su respuesta a las instrucciones de DeeDee, copiando su estilo, imitándolos más o menos conscientemente, es decir, fuera de la intervención explícita del entrenador. Al cabo del tiempo se aprende también, según el modelo tácito documentado por Michael Polanyi<sup>[89]</sup>, a descifrar los posibles modelos situándose a su altura en la sutil jerarquía, vaga y precisa a la vez e imperceptible para el no iniciado, que estructura el espacio de un *gym*. La práctica efectiva, en situación, es paso obligado (*methodos*) hacia la comprensión de ese «arte social» que es el pugilismo porque sólo ella permite desencadenar la atracción mutua de un cuerpo y un espacio que se examinan e incitan. Tan sólo a partir del momento en que el aspirante a boxeador aprende a

«reconocer» los estímulos y llamadas del *gym* se completa el aprendizaje. Cada gesto, cada postura del cuerpo del púgil posee en efecto una infinidad de propiedades específicas, ínfimas e invisibles para el que carece de las categorías de percepción y de apreciación adecuadas y que ni siquiera los consejos de DeeDee pueden trasladar<sup>[\*]</sup>. Hay un «ojo de boxeador» que sólo puede adquirirse con un mínimo de práctica deportiva y que, a su vez, la llena de sentido.

El entrenamiento enseña los movimientos —eso es evidente—, pero además inculca de forma práctica los esquemas que permiten diferenciarlos, evaluarlos y, en última instancia, reproducirlos. Pone en marcha una *dialéctica del control corporal y visual*: para comprender lo que hay que hacer se mira cómo boxean los demás, pero sólo vemos verdaderamente lo que hacen si ya se comprende con los ojos, es decir, con el cuerpo. Cada nuevo gesto asimilado se convierte a su vez en soporte, material y herramienta que hace posible el descubrimiento y la asimilación de otro.

*Un aprendizaje visual y mimético*



Eddie (de espaldas) vigila a Lorenzo y Litue Keith (que calientan haciendo shadow en el parquet y delante del espejo antes de un sparring), Jimmy y Steve (que "dan vueltas" sobre el ring) y "Boxhead" John con el *punching-ball*.

Me pongo los guantes rojos de entrenamiento y subo al ring. Al principio estoy solo y resulta intimidatorio boxear delante de todos los veteranos y del *matchmaker* Jack Cowen, que me observan al pie del cuadrilátero. Me aplico a lanzar jabs, a repetirlos, a encadenar ganchos de izquierda conservando los apoyos y girando correctamente el busto. En el segundo asalto Smithie (camiseta y pantalón azules, vendas rojas, pañuelo blanco en la frente) sube al ring, y puedo observarlo de cerca e imitar sus movimientos. Parece una máquina de boxear: el busto ligeramente doblado hacia delante, las manos dispuestas en

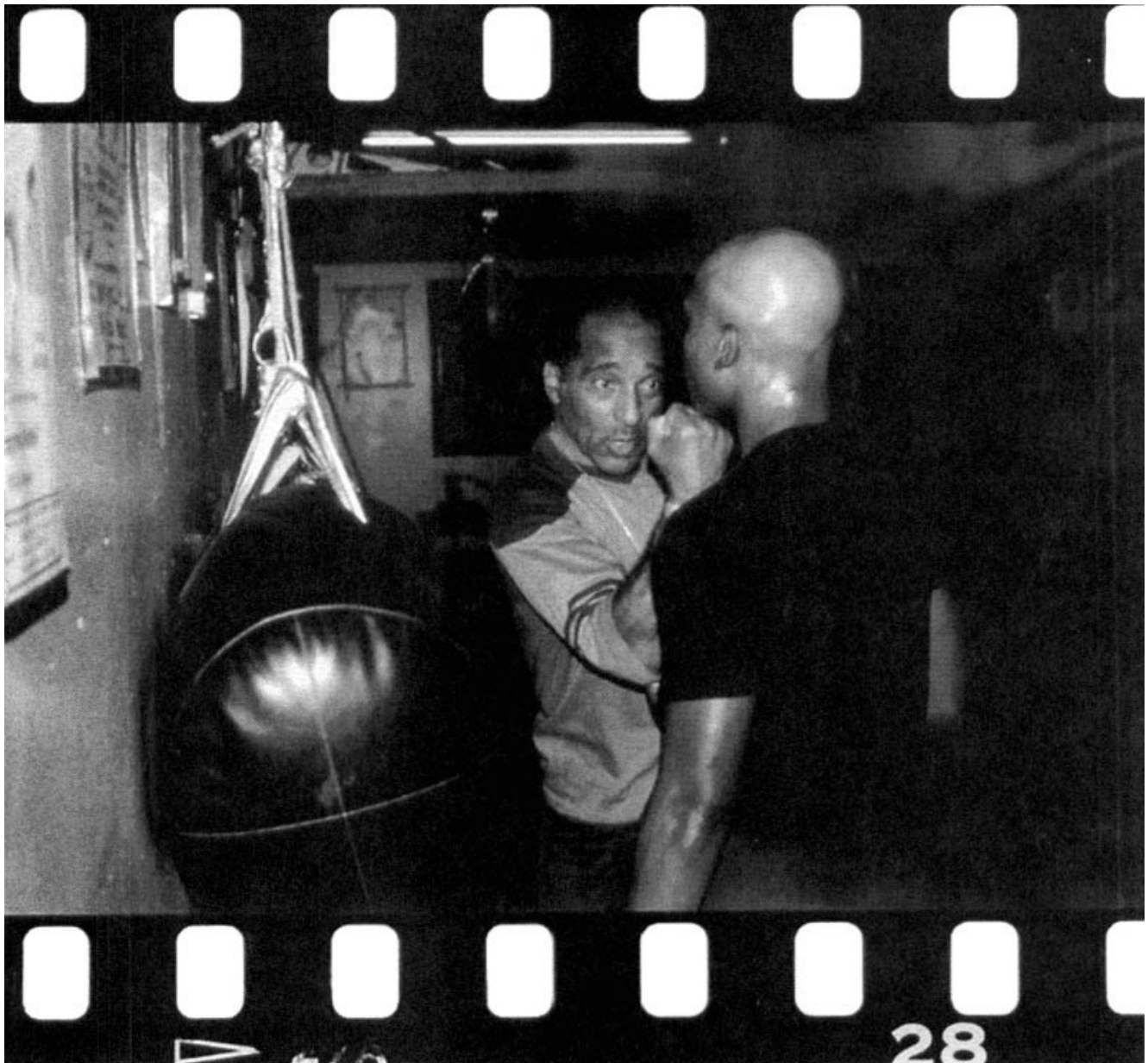
abanico delante de su cara, sus gestos son breves, precisos, contenidos, casi mecánicos en su perfecta coordinación. Está chorreando sudor y tiene un gesto serio, casi con el ceño fruncido; cada gesto va acompañado de una mueca homérica. Lo sigo como un modelo de carne y hueso: cuando repite su jab, yo repito el mío; cuando dobla las piernas para lanzar una serie de uppercuts cortos pasando bajo la guardia de un rival imaginario, yo hago lo mismo. Es estupendo, eso me obliga a aplicarme.

Y entonces Cliff pasa bajo las cuerdas para unirse a nosotros. Adoro su jab corto y bajo e intento imitarlo. Lo sigo de cerca y boxeo como él (o lo intento). *Time out!* Resoplamos. Rodney sube al ring. De pronto decido continuar enganchado. DeeDee, con una voz ronca, lanza un *Time work!* enérgico. Disfruto en el ring, animado por estar en medio de Smithie, Cliff y Rodney. Durante tres minutos los cuatro cuerpos dibujan un ruidoso ballet espontáneo: silba, sopla, suda, chirría, jadea, golpea el aire con nuestros puños: nos esforzamos sin tregua. Esto multiplica mi energía y me quedo dos asaltos más de lo previsto. Siento que mis golpes salen mejor y me aplico a acertar a mi blanco ficticio con cada uno. Rodney finge un sparring distancia con Smithie; se mueven imitando ataques, esquives y contraataques de verdad. Me supero, encadenando avances de jabs seguidos de directos y de uppercuts antes de retrasarme, siempre lanzando series de cross y de directos y bloqueando los golpes de mi «adversario mental». ¡Puf! No puedo más. Salgo del ring licuado pero como transportado por la presencia de la comparsa. [*Notas del 30 de mayo de 1989.*]

Me vendo las manos y voy a colocarme entre Mark y Curtis delante del espejo pequeño para tres series. Es impresionante «hacer sombra» junto al campeón de Illinois. No dejo de mirarlo e intento repetir todos sus gestos: cross y jabs cortos, movimientos nerviosos, rápidos, secos, con un «desencajado» de hombro, pasos cruzados suaves y precisos. Lo imito lo mejor que sé y tengo la sensación de ser un boxeador de verdad en un momento de entusiasmo. A mi izquierda, Smithie muestra a Ashante un esquite que éste aparentemente no posee en su repertorio; todos tenemos algo que aprender. [*Notas del 24 de junio de 1989.*]

Finalmente, la enseñanza del boxeo es una empresa colectiva en el sentido de que el entrenador en sus funciones recibe la ayuda de todos los miembros del club. En primer lugar de los boxeadores profesionales más experimentados, que colaboran de manera informal pero activa en la formación de los novicios, así como de los otros entrenadores o viejos que vienen de vez en cuando a pasar la tarde. (Su intervención se acepta mientras se dirijan a los amateurs; en el caso de los profesionales, sólo el entrenador con contrato tiene, además de DeeDee, la facultad de supervisar su entrenamiento). A partir del momento en que ha demostrado que va en serio por su asiduidad, su abnegación y su valor entre las cuerdas, el «nuevo» pasa a cargo del grupo; sus avances son responsabilidad de todos. Durante mi iniciación recibo los consejos de los principales habituales del club, que se turnan para corregirme, animarme, rectificar la posición de la pierna retrasada o el ángulo de mi uppercut, mientras que otro me indica cómo bloquear los golpes del adversario jugando con los codos y me inicia en los secretos del esquite. Ashante, Smithie, Big Earl, Anthony y Eddie me enseñan cada uno una faceta del oficio, sea por propia iniciativa o en equipo junto con DeeDee, alternando o complementando sus explicaciones. Después de un año de entrenamiento regular, DeeDee me pedirá a su vez que enseñe los rudimentos del juego de piernas sobre el ring y la utilización de la pera de velocidad a un recién llegado, procedente como yo de la Universidad de Chicago.

***Un aprendizaje visual y mimético***



Reggie enseña el uppercut a un atento neófito

Cada miembro del club transmite a los que están por debajo de él en la jerarquía objetiva y subjetiva del *gym* el saber que ha recibido de los que están por encima. Los boxeadores de fuerza equivalente comparten sus experiencias y se enseñan mutuamente técnicas y trucos. Incluso los malos boxeadores tienen la virtud de servir a los otros como modelos negativos: como atentados contra la «conciencia colectiva pugilística», sirven de recordatorio de la norma práctica a alcanzar y respetar. Dicha organización no es exclusiva de la sala de Woodlawn, dado que la que dirige Mickey Rosario en East Harlem funciona según el mismo modelo colectivo y graduado que Plummer describe con la siguiente analogía: «El *gym* funciona como una familia en la que los niños más mayores o con más experiencia vigilan a sus hermanos más pequeños, menos fuertes o menos capaces. El conocimiento técnico se transmite como en una familia numerosa se hereda la ropa de los mayores. Cada niño es el guardián del conocimiento que el mayor le ha confiado y que a su vez debe transmitir



a otro más pequeño<sup>[91]</sup>». Por ejemplo, un día de mayo de 1989, DeeDee y Anthony se aliaron para enseñarme cómo bloquear el jab del adversario.

Primero hago cinco rondas delante del espejo. Intento mover bien la cabeza a derecha e izquierda entre dos golpes. Desde la sala de atrás DeeDee me dice que al mismo tiempo recoja el puño derecho hacia el interior para atrapar el puño de mi adversario. «Haz una taza, haz una taza con la mano para atrapar el guante, Louie... Deja el codo contra el costado, el codo no debe moverse, sólo se mueve la mano... Deja la mano derecha en el aire y gírala en *cup*, la cabeza hacia la derecha». No comprendo lo que me dice y voy hacia la sala. DeeDee me enseña cómo girar la muñeca abriendo la palma hacia el interior y curvando los dedos para formar una cuna en la que recoger el jab del adversario. «Es tan fácil como aprender el abecé. Giras la muñeca hacia afuera, curvas los dedos y atrapas el guante, pero tu codo no se mueve. Es fácil, Louie, no es nada, mira». Sí, es fácil cuando ya sabes hacerlo.

Intento repetir el gesto que DeeDee me enseña pero sin conseguirlo en realidad. Sigo levantando el codo a mi pesar. «No muevas el codo, Louie, ¿qué te he dicho? Miras al tipo de enfrente y le dices: “¿Quieres lanzar tu jab? Bueno, vamos”. Lo bloqueas con la mano derecha y después, *wham!* Gancho al cuerpo así, [Hace toda esta demostración desde su asiento.] —No es fácil, DeeDee. —Sí que es fácil, ya te he dicho que es como el abecé».

Decididamente, cada vez que crees dominar un gesto, te das cuenta de que en realidad no dominas nada y que es mucho más complicado. Yo pensaba que sabía cómo esquivar la cabeza y bloquear los jabs, pero de eso nada. No es tanto la cabeza la que se mueve como la mano la que recibe el puño del adversario interrumpiendo su trayectoria; la cabeza sólo se desplaza en el eje del soporte protector del puño. Anthony me interrumpe durante la siguiente tanda para enseñarme cómo recoger su puño. Es humillante que te tengan que explicar otra vez un movimiento en apariencia sencillo pero que, de hecho, no es tan fácil: la muñeca gira, la mano forma una cuna, con el codo inmóvil, y el peso del cuerpo se transfiere a la izquierda para contraatacar con un jab o un cross de izquierda. Mi puño izquierdo pasa demasiado bajo y se da contra la otra mano. Me lo enseña otra vez, una vez, dos veces. DeeDee sigue dándome consejos desde su sillón. Creo que empiezo a entender la mecánica, pero es difícil pasar de la comprensión mental a la ejecución material.

Sigo mi ronda después de que Anthony se ha ido. En lugar de intentar repetir los movimientos en el aire, encadeno directos y jabs para que se me pasen los nervios. DeeDee se pasea por la sala, de un boxeador a otro, cuando no está hablando por teléfono. Cuando pasa por mi lado, corrige mi juego de piernas. «Tus rodillas tienen que estar siempre flexionadas un diez por ciento. No gires tu maldito pie derecho. Sólo hay que levantarlo». Tanta atención me honra y me intimida a la vez. Pero al mismo tiempo es estupendo, estoy disfrutando. [Notas del 17 de mayo de 1989.]

Esta peculiar forma de *learning by doing* colectivo presupone ciertas condiciones. Condiciones de número en primer lugar: de acuerdo con mi experiencia, no tiene que haber demasiada gente ni demasiado poca. Con más de veinte uno desaparece en la masa y es difícil llamar la atención de DeeDee o recibir consejos de los compañeros. A la inversa, cuando hay menos de cuatro o cinco, el efecto de «efervescencia colectiva» se anula y no hay bastantes modelos actuando o estás demasiado lejos para que te estimulen; ocurre incluso, si es al final del día cuando todos están cansados, que DeeDee se desinteresa momentáneamente del entrenamiento hasta el punto de olvidarse de dar el *Time!* La segunda condición es que el volumen de capital pugilístico colectivo de los socios del club (incluyendo su forma tangible, puesto que no hay que olvidarse de contar entre las herramientas pedagógicas del gimnasio todos los equipos, ropas, muebles, pósters y carteles, títulos, copas, fotos, etc.) supere un umbral mínimo, y que la distribución de competencias sea lo bastante continuada para que nadie se encuentre demasiado lejos de sus vecinos inmediatos en la jerarquía específica (lo que sirve igualmente para el sparring, donde un boxeador que no

dispone de compañeros adecuados puede verse obligado a traerlos de fuera, a veces incluso pagando). La tercera condición necesaria es un núcleo estable de boxeadores profesionales (que muchos *gym* tienen dificultades para mantener) que dé a la enseñanza mutua una continuidad en el tiempo conteniendo el flujo y reflujo de novatos.

Hay que cuidarse por lo tanto del error que supondría centrarse en el entrenador, ya que, como el rey en la sociedad cortesana diseccionada por Norbert Elias<sup>[92]</sup>, sólo a través y gracias a la completa red de relaciones que constituyen el espacio de intercambios (físicos, sonoros y visuales) que es la sala del Club Woodlawn Boys puede DeeDee trabajar con eficacia. Dentro de este dispositivo espacio-temporal, él ejerce a la manera de un *director de orquesta implícito*, paseándose entre sus alumnos y corrigiendo sus gestos con retoques, en voz alta con reflexiones de orden general que, al no dirigirse a nadie en particular, reciben la atención inmediata de todos o por observaciones puntuales («Mantén más alta la guardia»; «Gira bien la muñeca hacia adentro cuando golpees»; «Envía la derecha a la cara en lugar de dejar el brazo colgando») que cada boxeador se aplica aunque vayan dirigidas a otros; o bien por su presencia atenta, que basta a menudo para provocar la corrección espontánea de los movimientos del pugilista que se siente observado. Esta pedagogía negativa y silenciosa que deja poco espacio a las palabras o a los hechos tiene por objeto, en primer lugar, asegurarse que todos respetan el *tempo* común y siguen en el sitio que les corresponde en el engranaje colectivo. En todo momento se opera una *corrección mutua por parte del grupo* que propaga y multiplica el efecto de la mínima acción del entrenador.

La adhesión dóxica a este modo tradicional de transmisión expresa y perpetúa un «sentido del honor» pugilístico basado en el respeto a la herencia recibida y en la idea —aceptada por todos como condición tácita para la admisión en este universo específico— de que cada uno debe entregarse, no tomar atajos, no hacer trampas ni con el cuerpo ni con el deporte inventando métodos heterodoxos. El rechazo de la racionalización del entrenamiento y de la explicación del aprendizaje se fundamenta en *disposiciones éticas* cuya interiorización es la cara oculta del aprendizaje de la técnica gestual: una moral del trabajo individual, del respeto mutuo, de valor físico y de la humildad alimentada por la «creencia en el carácter sagrado de las reglas que existen desde siempre», como dice Max Weber<sup>[93]</sup>. Este rechazo no se debe sólo a la escasez real de medios materiales del club. Valgan como prueba los equipos sin estrenar, como la máquina de remar, las pesas o la plancha de abdominales graduable, que descansan en un rincón polvoriento de la sala de atrás. El uso que el *gym* hace del video es sintomático de este rechazo deliberado hacia los medios tecnológicos avanzados y de la relación «erudita» con el boxeo que transmiten: cuando DeeDee toma el video de la guardería para ver los combates de los miembros del club lo hace sólo por diversión, para variar la rutina del entrenamiento, *jamás con intención pedagógica*. Es verdad que se puede ver varias veces el mismo combate y nadie se

priva de comentar los momentos calientes; pero a nadie se le ocurriría rebobinar la cinta para ver el mismo pasaje varias veces seguidas o en cámara lenta, ni mucho menos cortar las escenas en segmentos visuales diferentes para analizarlos.

Otro síntoma de este rechazo de la racionalización —en el que se puede mencionar igualmente el hecho de que los ejercicios y los regímenes alimenticios que siguen los boxeadores no sean objeto de ningún cálculo ni planificación metódica<sup>[\*]</sup> — es el completo desinterés de los miembros del Boys Club respecto de su futuro adversario después de firmar el contrato de un combate. Esta indiferencia, tanto por parte de los boxeadores profesionales («Qué importa quién sea, me da igual, debo pelear mi combate») como de los entrenadores (quienes, una vez firmado el contrato, no se preocupan por saber quién es el adversario de su pupilo para conocer con antelación su estilo, su estrategia favorita o sus puntos fuertes y flacos<sup>[\*]</sup>), parece a simple vista contradecir la ética de la preparación óptima y minuciosa que, reafirmada continuamente, impregna la atmósfera del gimnasio. Sin duda este rechazo hacia las técnicas modernas de observación y entrenamiento está relacionado con la indivisibilidad relativa de las funciones de apoyo e inculcación en el ámbito pugilístico: allí donde otros deportes han dado lugar a complicadas burocracias compuestas por múltiples funciones ultraespecializadas, el boxeo sigue funcionando con la tríada artesanal de entrenador, preparador y mánager, y a veces una misma persona asume las tres funciones. En el fondo es un principio ético, otra relación con el cuerpo y el deporte los que se afirman de esta manera, y puede incluso que otra época del boxeo que aún sobrevive<sup>[\*]</sup>.

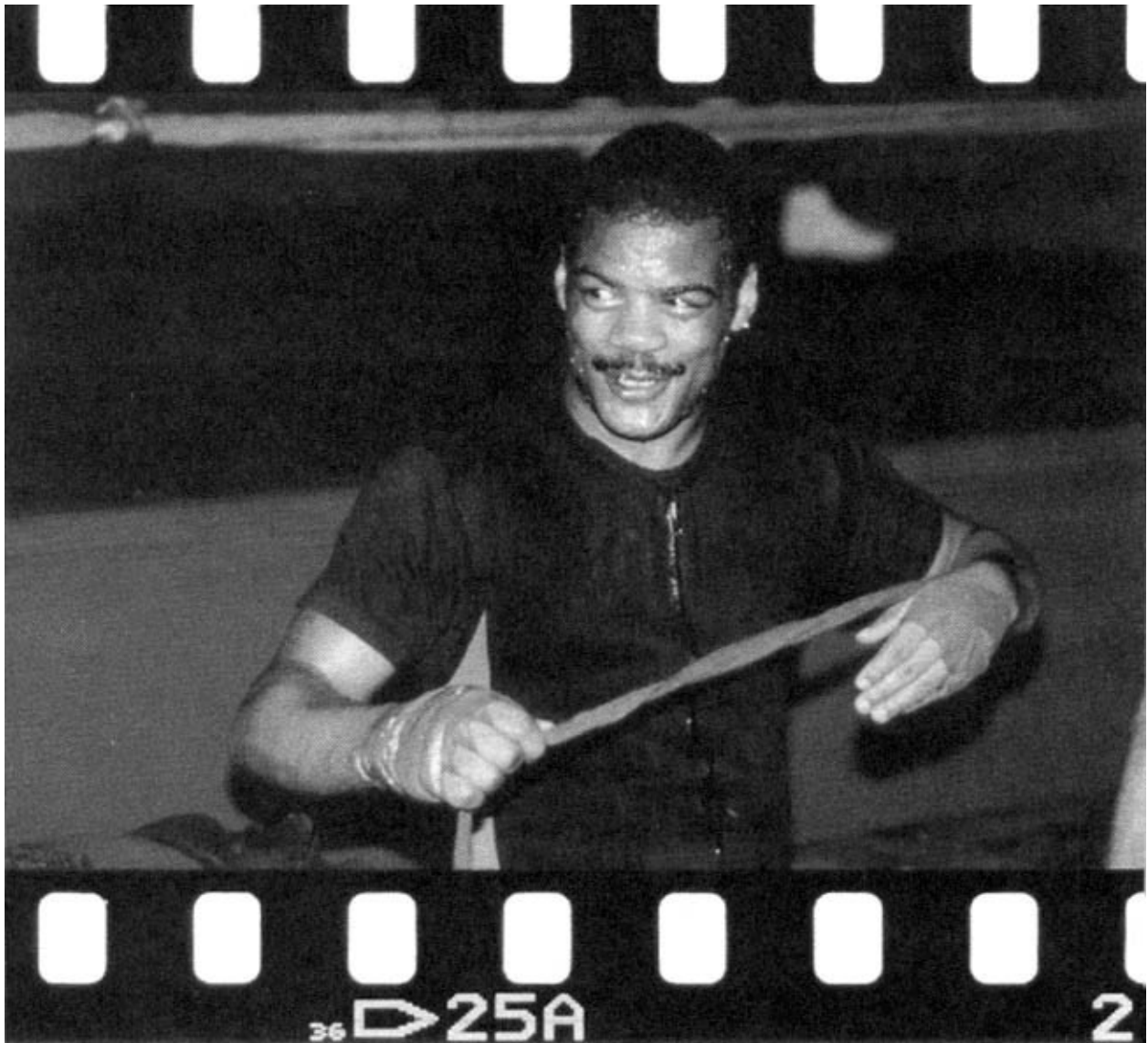
Sería perfectamente fútil intentar distinguir lo que el saber adquirido por el aprendiz de boxeador ha asimilado de las intervenciones deliberadas de DeeDee de lo que debe a la influencia de sus compañeros o a sus esfuerzos y su «talento personal<sup>[\*]</sup>». Porque el dinamismo de esta *máquina pedagógica autorregulada* que constituye el *gym* no reside ni en la imitación mecánica de un gesto ni en la suma de ejercicios incansablemente repetidos por todos, y aun menos en el «saber-poder» de un determinado agente (aquí el entrenador) situado en el punto neurálgico del edificio, sino en el sistema indivisible de relaciones materiales y simbólicas que se establecen entre los diferentes participantes, especialmente en la disposición de su cuerpo en el espacio físico de la sala y en su tiempo específico. En una palabra, es el «pequeño círculo» del *gym* en su conjunto «como haz de fuerzas físicas y morales<sup>[97]</sup>» lo que hace a un boxeador.

### ***Administrar el capital corporal***

Hay pocas prácticas en las que la expresión «dar la cara» tenga un sentido tan fuerte como en boxeo. Más que en cualquier otro deporte, el buen desarrollo de una carrera,

sobre todo profesional, supone una administración rigurosa del cuerpo, un cuidado meticuloso de cada una de sus partes (especialmente de las manos y de la cara<sup>[\*]</sup>), una vigilancia en todo instante, en el ring y fuera de él, de su funcionamiento y su protección. Dicho de otra forma, una relación extraordinariamente eficiente, en el límite de la administración racional, de los recursos físicos que constituyen su capital específico. Esto se debe a que el cuerpo del púgil es al mismo tiempo su *herramienta* de trabajo —arma de ataque y escudo de defensa— y el *blanco* de su adversario. Esta relación no es, sin embargo, producto de una actitud deliberadamente maximizadora guiada por decisiones individuales tomadas con pleno conocimiento de causa ni efecto mecánico de las limitaciones externas que actúan sin mediación en el organismo (a la manera de la «doma», según Foucault<sup>[99]</sup>), sino expresión de un *sentido práctico pugilístico*, de un sentido de la protección corporal adquirido *sin darse cuenta* por el contacto con otros atletas y con entrenadores, en los entrenamientos y combates, y que es inaccesible al control conciente y deliberado, a pesar de los esfuerzos conjuntos de los boxeadores, entrenadores y mánagers más inclinados a la racionalización del oficio<sup>[\*]</sup>. El conocimiento que los púgiles se forman del funcionamiento de su cuerpo, la percepción práctica que tienen de los límites que no deben sobrepasar, los puntos débiles y fuertes de su anatomía (un trasero bajo o una gran velocidad del brazo, un cuello demasiado fino o manos frágiles), el comportamiento y la táctica que adoptan en el ring, su programa de puesta en forma, las reglas de vida que siguen indican, efectivamente, no la observación sistemática ni el cálculo reflexivo de la línea óptima a seguir, sino un tipo de «ciencia concreta<sup>[101]</sup>» de su propio cuerpo, de sus potencialidades y carencias, obtenida por el entrenamiento cotidiano, así como de la «tremenda experiencia de recibir golpes y darlos repetidamente<sup>[102]</sup>».

Hay numerosas técnicas para mantener y multiplicar el *capital corporal*. Desde la forma de vendar los puños (y el tipo de venda protectora utilizada) hasta la manera de respirar durante el esfuerzo, pasando por todos los tipos de esquives, uso de pomadas, ungüentos y elixires preparados expresamente, ejercicios y regímenes alimentarios especiales, los boxeadores de Woodlawn recurren a una amplia gama de dispositivos para gestionar y multiplicar sus reservas de energía y proteger sus órganos estratégicos. Algunos imitan al antiguo campeón Jack Dempsey, célebre por meter las manos en salmuera para endurecer las falanges.



Ashante, en su *sweat suit*, se quita las vendas de las manos al final del entrenamiento.

Otros se untan, antes del entrenamiento, el torso y los brazos con alboleno, un aceite que «calienta el cuerpo y relaja los músculos» (según el prospecto), o, después del esfuerzo, se rocían los nudillos con una solución a base de vitamina E<sup>[\*]</sup>. Otro pone una esponja seca bajo las vendas para amortiguar el impacto de los choques repetidos contra la bolsa dura, mientras que un último, que tiene los huesos frágiles para su pegada, es vigilado regularmente por un terapeuta de la mano. Los profesionales que cuentan con medios para pagar los servicios de un *trainer* (entrenador-preparador) remunerado, como Ed «Smithie» Smith o el antiguo campeón del mundo Alphonso Ratliff, terminan cada sesión de entrenamiento con un largo masaje bajo sus manos expertas. Y podría tomar tal cual la descripción de los *gyms* de Chicago de principios de los años cincuenta que hacen Weinberg y Arond, puesto que se puede aplicar a lo que yo mismo he observado en el Club Woodlawn Boys:

El boxeador viene a considerar su cuerpo, y particularmente sus manos, como su capital profesional. Los púgiles tienen formas diversas para evitar que se les hinchen las manos, que les duelan demasiado o sufrir

fracturas. Lo que no significa que sean hipocondríacos, puesto que valoran la virilidad y aprenden a endurecerse y a despreciar a los que tragan. Pero los boxeadores no dejan de probar remedios y ejercicios para mejorar su cuerpo. Uno practica yoga, otro se hace adepto al culturismo, un tercero ayunaba periódicamente; otros buscaban lociones, vitaminas y otros medios de aumentar su resistencia, su rapidez y su pegada<sup>[103]</sup>.

Ésta es una de las principales paradojas del boxeo: **hay que usar el cuerpo sin desgastarlo**, pero la gestión adaptada a este objetivo no responde a un plan metódico y reflexivo, aunque sólo sea por las condiciones de vida precarias de los que lo practican. El pugilista navega, por tanto, «a ojo» entre dos escollos igualmente peligrosos, tanto más cuanto son invisibles, variables en el tiempo y en gran parte subjetivos: de un lado un exceso de preparación que dilapida en vano los recursos y acorta inútilmente la carrera; de otro una falta de disciplina y entrenamiento que aumenta el riesgo de lesión grave y complica las posibilidades de éxito sobre el ring dejando inéditas una parte de las capacidades del boxeador.

La pareja formada por Butch y Curtis ofrece un ejemplo ideal-típico de esta oposición. Por una parte, la frugalidad pugilística hecha hombre: Butch se entrena y boxea con sobriedad y economía; sabe prohibirse durante largos períodos cualquier desvío alimenticio, sexual, emocional o profesional. Todo en su puesta en forma minuciosa expresa un sentido agudo del equilibrio y del largo plazo. Pero su ascetismo, que, por su rigor, raya la abstinencia respecto de todo aquello que pudiera dañar su preparación, se acerca por momentos a la ansiedad y lo lleva a entrenarse en exceso, a consumir su energía hasta agotarla. Por la otra, Curtis encarna la falta de racionalidad, que se manifiesta por un entrenamiento errático y una higiene física y moral fluctuante. Primero, fuera de la sala no sabe privarse de los pequeños placeres de la existencia (bebidas gaseosas, golosinas, alimentos grasos) y su templanza sexual conoce altibajos. En la sala, puesto que a veces no se entrena durante largos períodos de tiempo (especialmente después de un combate), contrariamente a Butch, que «ficha» en el club con la regularidad de un metrónomo. En contraste con éste, Curtis usa su cuerpo de forma tumultuosa, desaforada, casi «loca» —es decir, desviada de los cánones del boxeo racional—, como cuando se acerca a su adversario, o sea, a su compañero de sparring, dejando caer su guardia de forma que le ofrece la cara descubierta provocándolo para que el otro ataque. Así pues, usa su cuerpo como si nada, exponiéndose de forma gratuita a una lesión y a la ira difícilmente contenida de DeeDee.

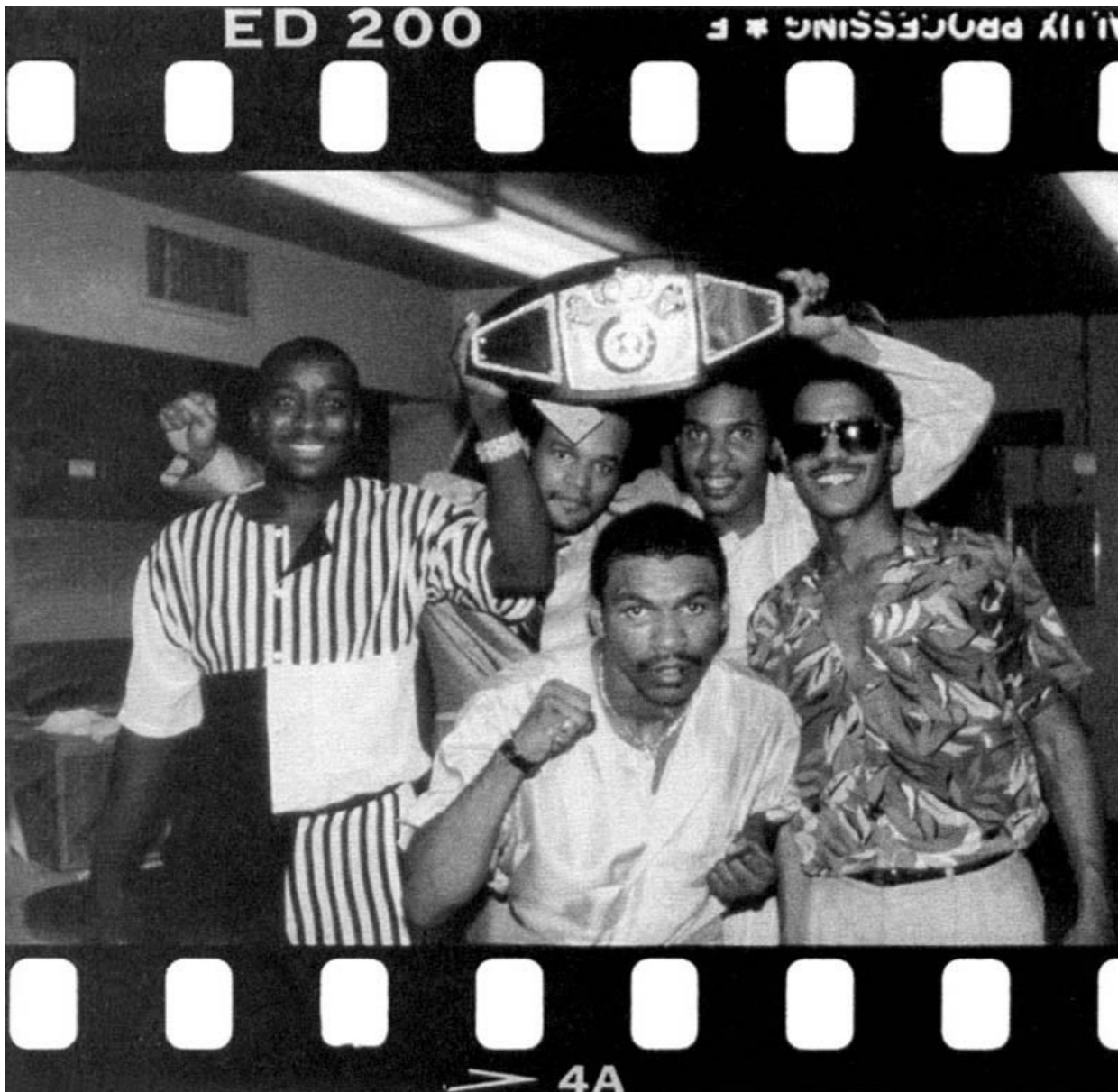
Estas diferencias de disposición entre los dos boxeadores se acentúan debido a su constitución y carácter respectivos: Butch es bonachón, plácido y tiene siempre el mismo humor; el de Curtis es cambiante, imprevisible, sus emociones son bruscas y a flor de piel, su nivel de energía tiene altibajos. Mientras que el programa de entrenamiento de Butch raramente se ve perturbado por problemas de salud, Curtis cae enfermo con frecuencia (DeeDee suele decir que «Curtis tiene un catarro un día sí y otro también»), hasta el punto de que su mánager insiste en que pase el invierno en

su rancho de Carolina del Sur para que no sacrifique preciosas semanas de preparación a una gripe tenaz. Este contraste de personalidades está estrechamente relacionado y reforzado por la diferencia de condición social entre los dos compañeros de club: uno es proletario, miembro de la aristocracia obrera, con un trabajo e ingresos fijos; el otro es del subproletariado, sin seguridad social ni económica, sometido a los ciclos de empleo en trabajos no calificados<sup>[\*]</sup>. Y se diferencian hasta en sus expectativas económicas respecto de su oficio: Butch reconoce que sus opciones de tener ganancias son mínimas; Curtis sigue soñando con un ascenso fulgurante que lo catapulte milagrosamente a la cima de la escala social.

***Curtis: «En una noche puedo ganar un millón de dólares»***

Con 56 kilos por 1,70 metros, Curtis Strong pelea en la categoría de pesos superligeros. Tiene 27 años y es profesional desde hace tres. Llegó al Noble Arte tardíamente, después de labrarse fama de «vago» en su barrio.

«Como era bajito siempre había un montón de tipos que se metían conmigo, así que tuve que aprender a pelear. Cuando era pequeño me peleaba *antes* del colegio, *en* el colegio y *después* del colegio. Tenía que defenderme». Con un récord amateur de 37 victorias contra 6 derrotas, se hizo profesional en 1986 después de conseguir el título de los Chicago Golden Gloves, el torneo para aficionados más prestigioso de la ciudad. Después confirmó todas las esperanzas puestas en él por el club ganando ocho combates consecutivos antes de conseguir en una pelea muy reñida el título de campeón de Illinois venciendo por puntos a un mexicano temido por su experiencia y su pegada, durante una noche en la que el cabeza de cartel era el legendario Roberto «Manos de Piedra» Duran, que a los treinta y siete años obtuvo su cuarto título mundial y su 97.<sup>a</sup> victoria profesional.



Curtis, victorioso, posa con sus hermanos, que enarbolan el cinturón de campeón de Illinois recién conquistado.

Su mánager, Jeb Garney, un blanco rico criador de perros que posee varias granjas y cuadras en Illinois y en Carolina del Sur y que forma parte del consejo de administración del club, tiene grandes esperanzas en él: «Curtis no sabe hasta qué punto es bueno. Si ven las películas de los grandes boxeadores como Johnny Bratton, Sugar Ray Robinson, Sandy Saddler o Henry Armstrong se darán cuenta de que tiene algunos de los golpes y gestos de los grandes. Lo lleva dentro. Es joven y no tiene experiencia, tiene mucho que aprender, pero sé que puede convertirse en un gran boxeador». Sin embargo, Curtis carece de disciplina personal y no se impone la higiene de vida que exige su carrera. Para poderse entrenar en buenas condiciones y poder vigilarlo, el club le ha dado un empleo de tiempo parcial como limpiador. Después del entrenamiento, Curtis espera el cierre para limpiar la sala, pasar el trapo en los vestuarios, aspirar la alfombra de la entrada, vaciar las papeleras y colocar las mesas de la guardería.

Boxeador felino e impulsivo, dotado de una gran velocidad de brazos y de reacción, así como de un sentido agudo de la respuesta, su comportamiento excepcionalmente agresivo entre las cuerdas, a veces cerca de la pérdida de control de sí mismo y del reglamento, le vale ser considerado con razón como un «duro» en el ring. Esta personalidad deportiva de bicho encaja a la perfección con su estilo, que es someter al adversario a una presión en todo instante adelantándose todo el tiempo y golpeando desde todos los ángulos. Sin embargo, la fe cristiana es la que marca su inspiración entre las cuerdas: lleva siempre un crucifijo que introduce en las botas durante los combates y que siempre besa ceremoniosamente antes y después de cada encuentro. Nunca sube al ring sin haberse recogido primero con sus cinco hermanos y su



primo sacerdote. Cuando le pregunto si «lo ha celebrado» después de su sorprendente victoria sobre el campeón del Estado en el International Amphitheater, el boxeador estrella de Woodlawn me responde con sobriedad: «No lo he celebrado, he dado gracias a Dios. He dedicado mi combate a Dios. No hago nada más que lo que él me dice. Sólo ejecuto sus planes para mí, en el ring, fuera del ring, y le doy las gracias, eso es todo». La ambición de Curtis es la de muchos jóvenes boxeadores en ascenso que sólo ven «el cielo como techo»: ganar el título mundial, aun mejor, unificar los tres títulos de su categoría y llevarse de paso bolsas de millones de dólares.

Curtis procede de una familia del subproletariado en el límite de la mendicidad (nueve hijos, padre ausente, madre que trabaja por temporadas como camarera y que sobreviven gracias a la asistencia social) que ya es conocida en la calle. DeeDee cuenta que «todos los hermanos son unos pependieros. Todos saben pelear. Pero ninguno viene a la sala, sólo él. Tiene un hermano mayor que es más bajo que él pero que es aún más duro, *verdaderamente* peligroso. [Con un lamento en la voz.] Es una pena que no venga. Es duro, realmente duro, un boxeador por naturaleza. Pero es un cabeza hueca, no se calienta la cabeza. Parecido a Curtis». Mujeriego empedernido y padre de un niño de dos años y de una niña de uno, Curtis se casó con la madre de sus hijos después de que ésta lo amenazara con separarse tras cuatro años de difícil vida en común. Cuando un camarada le recuerda que «DeeDee dice que sólo hay una cosa peor que la comida basura [para un boxeador]: las mujeres», Curtis asiente: «Sí, por eso me casé. Todos los combates que he perdido fueron por andar con mujeres. Cuando mi mujer me dijo que si no nos casábamos se marchaba, se acabó. Me hizo pensar, porque la quiero y todo eso, así que me dije: no quiero perderla, y además todas las citas me estropean el boxeo. Así que me casé con ella».

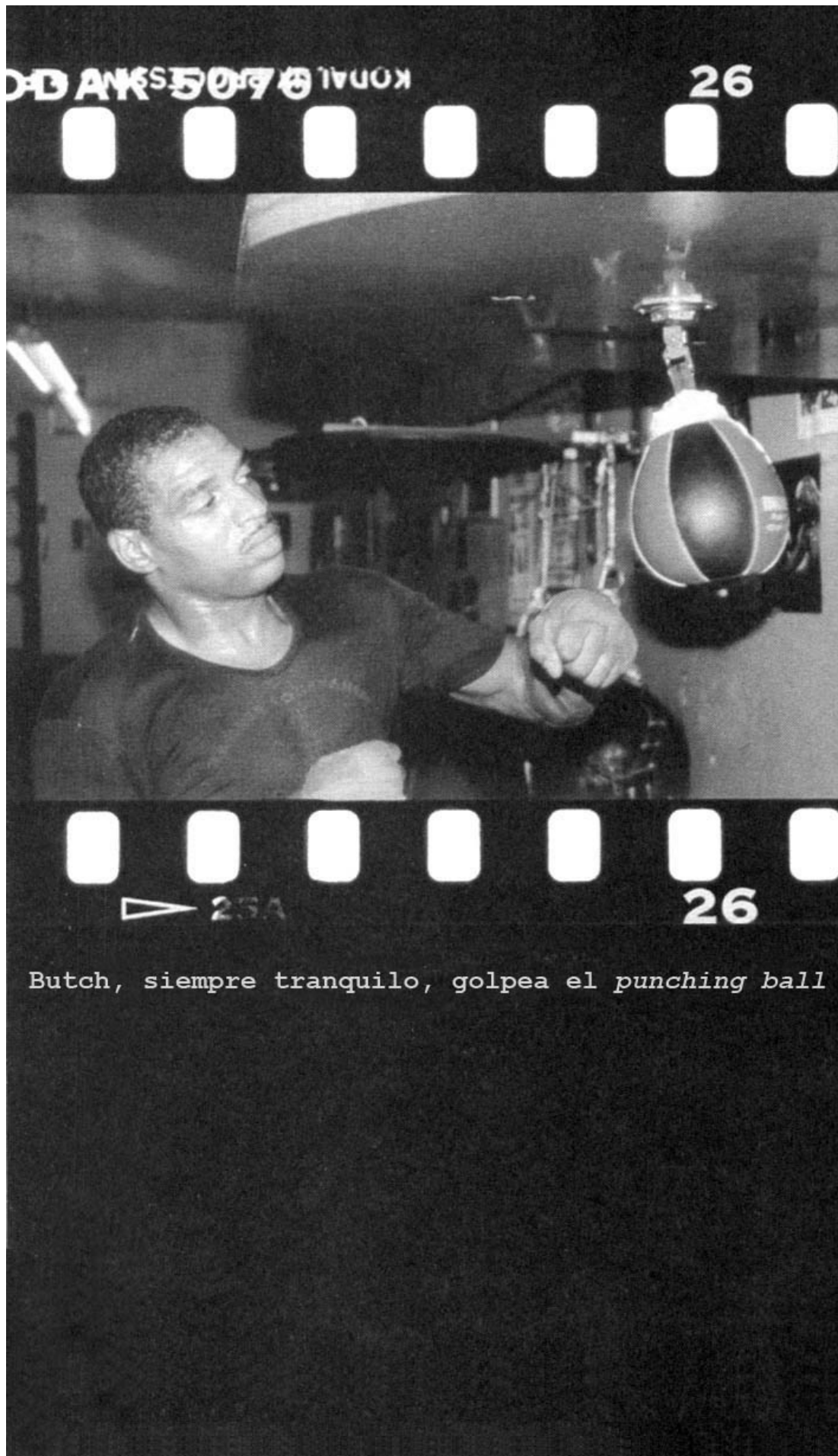
Por la escasez e irregularidad de sus ingresos (su empleo en el club le supone menos de 100 dólares a la semana después de las deducciones y no incluye seguro social ni médico), llegar a fin de mes es difícil y los vales de alimentos que la familia recibe del gobierno son fundamentales; a veces Curtis me vende alguno para disponer de dinero cuando sus fondos están completamente agotados. Su mujer, que al igual que él dejó el instituto a medias, aprende mecanografía en un curso nocturno con la esperanza algo ilusa de convertirse en secretaria de archivo en el tribunal de policía de la ciudad. Mientras tanto trabaja desde hace tres años como camarera en un puesto de comida para llevar de una familia tailandesa en una zona de mala fama del barrio negro de South Shore, al sur de Woodlawn. «Sabes lo que está bien, Louie, es que cada uno tiene su carrera, no es como si uno tuviera que mantener al otro. Mi mujer tiene su carrera, ella trabaja duro y yo tengo la mía aquí, puedo concentrarme en mi carrera, labrarme una carrera. Lo único que tengo que hacer es pelear duro, y Dios me ayudará a conseguir el gran combate que me hará ganar mucho, ganar el título mundial y un buen fajo. Voy a ser un *big man* y todo». Se ríe y hace como si me fuera a dar en el vientre. Me río con él pero la escena es más bien patética; él con la escoba y la pala, dibujando un cuadro tan atractivo como improbable y entusiasmado con unas «carreras» inexistentes, mientras que yo, licenciado por universidades de elite, vengo a perder la vergüenza en este club de boxeo por asco y hastío de la rutina académica y sus privilegios.

### ***Butch: «No puedo dejarlo ahora»***

Wayne Hankins, 1,87 metros por 78 kilos de músculos, 29 años, boxeó durante siete años en amateurs antes de hacerse profesional en 1985. Más conocido en el club con el sobrenombre de «Butch», es uno de los raros miembros del club que pueden jactarse de tener un trabajo estable y envidiado: es bombero en la ciudad de Chicago, empleo público muy bien remunerado (cerca de 3000 dólares mensuales) y debidamente protegido por el poderoso sindicato de funcionarios (lo que le proporciona un seguro de desempleo y de enfermedad, así como vacaciones pagas). Durante las veladas, «The Fighting Fireman» — su nombre de batalla — sale al ring vestido con un magnífico batín rojo brillante, con el escudo y las siglas del sindicato de bomberos del municipio, y una fiel legión de colegas de trabajo vienen a aclamarlo ruidosamente desde las gradas en cada una de sus apariciones.

Casado y padre de familia numerosa («En casa tengo cuatro hijos, mi padre, un perro, un gato, siete pájaros y un acuario gigante»), complementa su trabajo de bombero con otro —mucho menos prestigioso y sobre todo menos remunerado— de *bagger* (colocando la compra en bolsas) en una tienda de la cadena de supermercados Jewel para mejorar la vida de su familia. A veces, en los fines de semana, corta el pelo y afeita en el sillón de barbero que ha instalado en su garaje. Butch tiene fama y es admirado por la disciplina implacable que se impone tanto en los entrenamientos como fuera del *gym*, pero también por su sangre fría y un control perfectamente adaptado a su estrategia de *boxer-puncher*. Entre las cuatro cuerdas es el arquetipo del ahorrador: cada golpe se cuenta, cada esquivar se planifica, cada desplazamiento está ajustado al milímetro de forma que el gasto de energía sea mínimo y el de su adversario máximo. ¿Es la

racionalización objetiva de la existencia que le impone su trabajo de bombero (que no sufre los retrasos ni los «casi» en materia de horarios y preparación) la que sostiene este estilo pugilístico o, a la inversa, una predisposición general a la economía y a la eficacia frugal la que lo ha empujado al mismo tiempo a este trabajo manual estable y al ring? Es difícil precisarlo. En todo caso, hay una afinidad sorprendente que trae a la mente su inserción profesional —que recuerda a la de su padre, que fue albañil— y la forma que tiene Butch de usar su cuerpo en el *gym* y en el ring.



Butch, siempre tranquilo, golpea el *punching ball*

En 1983 Butch también consiguió los Golden Gloves de Chicago y alimentaba la esperanza de obtener el

título nacional amateur de los pesos medios, lo que lo habría supuesto participar en los Juegos Olímpicos con el equipo norteamericano. Pero, gravemente debilitado por una lesión sufrida en un entrenamiento (los labios partidos y la lengua desgarrada por un uppercut lanzado después del gong que le hizo recibir quince puntos de sutura en la boca), fue derrotado por un pelo en la final después de franquear heroicamente cuatro rondas eliminatorias. DeeDee recuerda con un temblor de admiración en la voz cómo Butch se había negado a abandonar cuando ni siquiera podía comer y adelgazaba a ojos vistas cuando se acercaba el día del torneo nacional. «Yo le dije: “No puedes pelear así, no sirve de nada, está perdido, tienes que retirarte”. Él me respondió: “Ni hablar, DeeDee, las he pasado duras para llegar aquí, no puedo dejarlo ahora”. Y fue». Después de este desengaño, Butch dejó el boxeo durante tres años. Prefirió la seguridad del empleo de bombero que le ofrecieron a las perspectivas bastante aleatorias de una carrera de boxeador profesional. Fue entonces cuando se casó y fundó un hogar. Pero el diablo del ring volvió a llamarlo y Butch regresó a la sala con una voluntad renovada de ganar. Su pasión por el boxeo no le ha impedido ser lúcido y realista: tiene dudas sobre su futuro deportivo y no tiene intención de dejar su trabajo para jugárselo todo sobre el ring; el éxito entre las cuerdas decidirá hasta dónde llegar. De momento, se fija como objetivo convertirse en «el mejor de Chicago» y cifra sus esperanzas en ganar como mucho unas decenas de miles de dólares. Toda su familia lo apoya en esta «segunda carrera» pugilística que arranca a toda velocidad (cinco victorias seguidas, cuatro de ellas por KO contra un combate nulo): su mujer y su padre, que al principio se mostraban reticentes, asisten a todos sus combates y lo animan a cada instante, tanto en casa como fuera de las veladas, donde son sus seguidores más entusiastas.

Una de las preocupaciones de los practicantes del *Manly art* es mantenerse, si no en su peso óptimo, al menos cerca de su peso reglamentario<sup>[\*]</sup>. La vieja balanza con astil metálico que preside la sala de atrás recuerda a todos esta obligación. El folclore pugilístico rebosa de cuentos de boxeadores obligados a realizar proezas atléticas increíbles en el último minuto —a menudo peligrosas desde el punto de vista médico— para perder los kilos de más antes del pesaje fatídico<sup>[\*]</sup>. Los miembros del Club Woodlawn Boys recurren a dietas draconianas o a carreras interminables para eliminar los kilos de más antes de un combate; otros se entrenan vestidos con varias capas de ropa o bolsas de plástico o se comprimen el busto con una faja de látex que supuestamente ayuda a adelgazar. Un verano, Cliff perdió así más de cuatro kilos corriendo toda una tarde antes de un combate, forrado con suéteres, con una gorra de lana y dos pantalones bajo un sol rajante. Una tarde de junio encontré los vestuarios cerrados y tan saturados de vapor de agua que parecían un baño turco; Tony boxeaba al aire trotando cerca de la ducha hirviendo que corría a mares, envuelto en una bata, la cabeza y el torso forrados con un chaleco con capucha de plástico translúcido: «Tengo que perder nueve libras, Louie, puf, puf, por eso estoy aquí, puf, puf. El pesaje es mañana por la mañana, puf, puf. Lo conseguiré, más de dos».

DeeDee vigila minuciosamente en todo momento el estado físico de sus pupilos para comprobar que no se desvíen demasiado de su peso de combate, sea a la baja, lo que indicaría un peligroso exceso de entrenamiento (o eventualmente una afección maligna<sup>[\*]</sup>), o al alza, el caso más frecuente. Para conducirlos de nuevo al recto camino de la frugalidad, recurre a veces al humor, al afecto, a la autoridad cruel o al sarcasmo, como podemos constatar en esta nota de campo fechada el 25 de agosto de 1990.

Ashante se calzó los guantes con Mark y después con Reese, tres asaltos con cada uno. Tiene algo más de «aire» esta vez, pero sigue pareciendo pesado y se arrastra por el ring. DeeDee se preocupa: «Este Ashante

no está bien. No consigue quitarse los kilos de más y no tiene velocidad. Reese ha esquivado todo lo que le ha enviado, ahí se queda plantado». Es cierto que a Ashante le falta velocidad y movilidad lateral, él, que normalmente gana a todos los jóvenes amateurs que hacen sparring con él. Cuando llega, DeeDee se apresura a hacerle una pregunta sumamente humillante: «¿Qué es esa panza?» (cuando Ashante está en vaqueros y camiseta se nota que ha ganado peso). Ashante responde con una sonrisa molesta haciéndose el distraído: «¿Qué panza?». —Ahí, justo delante de ti, *bajo tus ojos*». Ashante no dice palabra y se va con cara de fastidio.

Un buen entrenador no necesita pesar a sus boxeadores para saber si han engordado: sabe «leer» su peso por su aspecto físico, su prestancia e incluso el rebote de sus pasos. Un día de agosto de 1990 Lorenzo aparece por la sala después de varios días de ausencia imprevista y una explicación tumultuosa con Eddie, su preparador. Éste le lanza, con un tono negativo y falsamente interrogador, mirándolo de arriba abajo: «¿Cuánto pesas, 150?». Lorenzo no se deja corregir; se mira en el espejo y se pesa a ojo: «Estoy un poco por encima de mi peso [es decir, 139 libras], unas 145, creo. — Cuando caminas parece que pesas por lo menos 150. —No, estoy seguro de estar en las 145». Fin de la discusión pero no del problema.

Una de las principales funciones de la pareja formada por el entrenador y el mánager es modular y ajustar la trayectoria de su pupilo en el tiempo para optimizar la «rentabilidad de la inversión» pugilística del trío, es decir, la relación entre el capital corporal depositado y los dividendos obtenidos por los combates en forma de dinero, de experiencia pugilística, de fama y de contactos útiles con agentes influyentes, como los promotores. Esta gestión se efectúa en tres órdenes relativamente independientes que hay que esforzarse por hacer coincidir: la temporalidad de la carrera individual del boxeador, la trayectoria de los adversarios potenciales y el «tiempo económico» de los promotores. Lo ideal es llevar al boxeador a su grado óptimo (aunque sea local) en el momento en que se ofrece la ocasión de enfrentarse, por una suma considerable, a un boxeador de renombre que está iniciando su declive, por lo que todavía goza de un capital simbólico acumulado (récord, títulos y fama) claramente superior a sus capacidades pugilísticas<sup>[\*]</sup>. Pero cuanto más se sube en la jerarquía pugilística, más escapa el control del tiempo a los combatientes para implicar a los agentes económicos especializados, sobre todo a los promotores y responsables de los programas deportivos de las televisiones que emiten los grandes combates mediáticos. Como señala con acierto Thomas Hauser, «el tiempo es el enemigo» de los boxeadores, y no sólo porque envejecen y se deterioran<sup>[106]</sup>.

Esta gestión de la duración comienza en los amateurs, que —desorientados o mal aconsejados— se agotan persiguiendo una gloria regional o nacional efímera con repercusión económica incierta, de forma que cuando entran en la categoría profesional ya han gastado parte de su capital corporal y no pueden aspirar a una carrera larga y fructífera. Según DeeDee, esto fue lo que le sucedió a Kenneth «The Candy Man» Gould, reciente medallista olímpico americano en los Juegos de Seúl, de quien cree que se prodigó demasiado en los amateurs disputando más de 300

combates: «Ya ha peleado demasiados combates. No tiene bastante empuje. No sé, habrá que ver. Le dije que se hiciera profesional hace años». ¿Por qué no lo hizo? Con un mánager con poca experiencia o mal situado en las redes de influencias, Gould quería a cualquier precio disputar los Juegos Olímpicos de Seúl (donde el francés Laurent Boudouani lo venció en semifinales). El futuro de Kelcie Banks, veintidós años, otra joven promesa de Chicago (antiguo miembro del Woodlawn Boys y campeón del mundo amateur), igualmente derrotado en las preliminares de las últimas Olimpiadas, parece todavía más difícil: más de 600 combates amateur, hasta tres encuentros por semana en pequeños torneos sin valor: «Eso significa muchos golpes y mucho desgaste para un cuerpo joven... demasiado desgaste», murmura DeeDee cuando recordamos su caso. Algunos meses más tarde su profecía parece en vías de cumplirse: «Kelcie no hace nada, no va a hacer nada: está hecho polvo, acabado. Piensa que nadie va a querer firmar por alguien que está acabado. Fue a un campo de entrenamiento en Texas [donde los nuevos profesionales son seleccionados por los grandes promotores nacionales] y no funcionó. Nadie lo contrató. Si hubiera ganado los Juegos Olímpicos le habrían dado una paga de treinta o cuarenta mil dólares enseguida. Pero perdió y no se llevó nada. Está demasiado magullado, nadie va a invertir dinero en un chico que está hecho polvo».

De un boxeador al final de su carrera se dice que «tuvo su época» y «pasó su hora», que está «hecho polvo» o «quemado» o, peor todavía, que ha descendido a la categoría de «carne muerta»: su capital corporal está demasiado devaluado para que pueda esperar ganar a boxeadores más jóvenes, más vigorosos y menos tocados. Como mucho, puede aspirar a que los organizadores de combates lo contraten como probador de jóvenes promesas, puesto que la sobreexplotación de su capital corporal permite a estos últimos llenar su historial con un menor gasto, como indican estas notas de campo.

Mientras DeeDee me pone los guantes le pregunto sobre Hightower —con el protector en la boca, mastico las palabras de forma que parece que hablara negro-americano, lo que no impide que DeeDee me entienda. Es un antiguo profesional del club que ha decidido volver a calzarse los guantes a los treinta y ocho años cumplidos; quiere hacer sparring con Butch. DeeDee no le tiene mucho aprecio porque boxea brutalmente sin controlarse, sin duda para restaurar su cotización en la bolsa de valores pugilísticas: «Se cree que puede pelear otra vez, pero está acabado. Está acabado pero el tipo sigue soñando, todavía tiene sueños [de gloria]. Cree que puede mantener el estilo y volver a pelear, pero está muy gastado. *Es demasiado tarde*. Antes, era un buen boxeador, pero ahora está hecho polvo». [Nota de 17 de diciembre de 1988].

La obligación de atesorar la energía corporal se afirma igualmente en el corto plazo de una sesión. Como prueba la insistencia con la que DeeDee nos prohíbe trabajar con la bolsa antes de subir a «dar vueltas» sobre el ring. «Espacio, vamos, afloja, Louie, guarda tus fuerzas para el sparring. ¡Te he dicho que dejes la bolsa en paz, carajo!». Es esta misma necesidad de dejar reposar el cuerpo que justifica los descansos periódicos, especialmente después de un combate duro. DeeDee concede por lo general toda una semana libre a sus boxeadores después de un combate; dos si el combate ha sido muy duro físicamente. Después de interrumpir sin ganas mi entrenamiento dos semanas durante las vacaciones de Navidad, el viejo entrenador me consuela: «Tienes que salir de la sala de vez en cuando, te aireas, sienta bien. Cuando regresas tienes más energía. Pero tampoco hay que dejarlo demasiado tiempo. Si no, pierdes la forma, la velocidad, tu *timing* se desajusta». [Nota del 5 de enero de 1989].

La regulación de la violencia sobre el ring forma parte integral del dispositivo general de preservación del cuerpo del púgil. En el siguiente extracto de mi cuaderno, DeeDee recuerda esta norma a Eddie después de un incidente en el sparring.

En el segundo asalto, Ashante le hizo ver las estrellas a Rodney: «Enseguida me he dado cuenta de que le había hecho daño, estaba preparado para sujetarlo por si se caía, DeeDee. Sabía que teníamos que parar». Pero los dos siguieron boxeando aunque Rodney apenas se tenía en pie. DeeDee lanza a Eddie una mirada severa y con tono de reproche: «Cuando tu chico está tocado durante el sparring lo tienes que sacar del ring. No dejas que le den una paliza o que se busque la vida. *Lo sacas del ring. Es tu trabajo, ¿entiendes?*». Eddie, avergonzado, dice en voz baja: «*Okay, DeeDee, okay. No lo sabía. Ya lo sé para la próxima, lo saco enseguida*».

*El control práctico del tiempo es una dimensión fundamental del aprendizaje correcto del oficio de boxeador.* «Lleva tiempo», «Tómate tu tiempo», «Persevera, lo conseguirás con el tiempo», «No te precipites» son expresiones que se oyen continuamente en la sala, independientemente del nivel del boxeador, y que contribuyen a hacer que todos aprendan a dosificar su inversión física y espiritual en la duración específica de la lucha. Esta inversión corporal en el tiempo, el lento proceso de incorporación de la técnica pugilística y de somatización de sus principios básicos es la que marca la frontera entre los practicantes ocasionales y los boxeadores habituales y la que impide el paso inmediato de una categoría a otra. A un visitante que intentaba infructuosamente golpear la pera de velocidad, el segundo entrenador de Eddie le recuerda esta diferencia con un sarcasmo deliberadamente exagerado: «Vamos, mejor que lo dejes: hacen falta *años de trabajo* para saber golpear esa bolsa». Se necesita un mínimo de tres meses de puesta en forma intensiva para que un boxeador veterano bien conservado recupere la forma para pelear; deben contarse al menos dos o tres años de práctica regular en amateur antes de dominar razonablemente la panoplia básica del púgil y otros tres años antes de ser un completo profesional. El boxeo es «una escuela de paciencia, disciplina y perseverancia» en las antípodas de la «*gratificación inmediata*<sup>[107]</sup>». Como demuestran estas tres notas de campo, entre cientos de otras que podría citar.

El 19 de noviembre de 1988 Eddie viene a animarme mientras salto a la sogu: «Te he visto mientras trabajabas con la bolsa de arena, Louie, has mejorado mucho, tu coordinación ha mejorado. —Gracias, pero tengo que hacer más sparring. —No fuerces las cosas, eso lleva su tiempo, sigue trabajando y lo conseguirás. Es cuestión de tiempo». El 17 de diciembre del mismo año es Butch quien, mientras recupera el aliento tumbado sobre la mesa entre dos series de abdominales, me dice que estoy progresando pero que aún encajo demasiados golpes: «Tienes que protegerte mejor. Ya aprenderás. No se consigue en un día. Lleva su tiempo». El 4 de marzo de 1989, otra vez Butch: «Cuando empieces a sentir tu jab, cuando notes que puedes mantener al adversario a raya con tu jab, el resto viene solo. Hay que trabajarlo, se consigue poco a poco. ¿Cuánto hace que te entrenas? —Unos seis meses. —Buah, eso no es nada. Hace falta tiempo, hay que seguir».

Perseverar con paciencia, esperar que llegue la hora sin relajarse, dosificar los esfuerzos en el tiempo, escalonar las expectativas y pulir las emociones: todas cualidades decisivas en el aprendizaje del boxeo. Si el boxeador no las posee, su

entrenador puede compensarlas imponiéndolas desde fuera, por ejemplo privándolo del sparring durante un período determinado si se muestra impaciente o acercando sus combates de forma que acelere el ritmo de la rutina. Además de los consejos de sus colegas y de las indicaciones del entrenador, es el cuerpo el que regula por sí mismo en última instancia el ritmo y la dirección de los progresos. Un exceso de entrenamiento repentino o repetido provoca lesiones que, aunque sean superficiales, se vuelven lo bastante molestas para obligar a frenar la cadencia: las pequeñas heridas tenaces de los nudillos o demasiados vasos reventados entre los dedos limitan el trabajo con el saco de arena; una rodilla sensible impide saltar a la sogá; una costilla que duele después de una violenta sesión de sparring impide hacer abdominales. Más que las heridas graves, **la acumulación de dolores y malestares físicos sirve de regulador natural de la carga de trabajo**, como demuestra este pasaje de mi diario fechado el 6 de octubre de 1988.

Ayer miércoles me desperté con la muñeca derecha hinchada y muy dolorida: la he forzado demasiado con la bolsa el martes, golpeando como un bruto, y lo estoy pagando. Todavía hoy está frágil y no consigo girarla ni tomar ningún objeto pesado con esta mano. No podría trabajar con la bolsa, a mi pesar. De todos modos voy al *gym*. [...] DeeDee, que me lo había advertido, en vano, me aconseja que haga sólo shadow para no abusar de la muñeca. El entrenamiento es atroz: me duele mucho la mano derecha, no puedo saltar a la sogá en el *speed bag* con una sola mano. Mi brazo izquierdo me lanza muy deprisa; está dormido, como muerto, así que después de sólo dos series delante del espejo ya tengo ganas de dejarlo.

El agotamiento físico resultante del exceso de ejercicio disminuye la energía y el vigor en el ring, aumenta las posibilidades de lesión y de interrupción prolongada y, por tanto, de falta de entrenamiento. Una parada forzosa puede llevar a su vez a regresar demasiado deprisa, y de ahí otro nuevo exceso. Y vuelta a empezar. **Para boxear a largo plazo hay que aprender, mediante dosis progresivas, a ajustar los esfuerzos de forma que se entre en un círculo virtuoso donde el entrenamiento en la sala y el enfrentamiento en el ring se alimenten y refuercen mutuamente y donde sus tiempos propios entren en sinergia.** Los cuatro extractos de notas de campo que siguen ilustran las formas en que se presenta a los boxeadores el problema de la gestión del cuerpo, cómo conservar su integridad y su energía, tanto en la sala como en el ring o en la vida cotidiana.

***Después del combate nulo de Butch en Park West  
[8 de mayo de 1989]***

Primera mancha en el historial profesional de Butch: después de cinco victorias, cuatro de ellas por KO antes del tercer asalto por un solo combate hasta el final, sufrió una derrota ayer en la velada de Park West. ¿Era demasiado fuerte su adversario? DeeDee ironiza: «¿Qué va! Butch ha tenido suerte de salir con un combate nulo. No le quedaban fuerzas desde el segundo asalto. No tenía combustible. El otro tipo no sabía boxear, pero Butch no ha podido enviarlo al suelo. Lo ha intentado pero no tenía fuerzas. Demasiado sparring. Ya le dije que no hiciera tanto sparring y se “pasa” ocho asaltos el sábado anterior. Resultado: no le queda energía para el combate y tiene que ir detrás todo el tiempo para nada. [...] No es el desgaste de los combates: es demasiado entrenamiento. Butch es un ansioso, un nervioso y se entrena demasiado. Siempre tiene miedo de no estar preparado. Ya he discutido muchas veces con él por eso. [Vehemente.] Ya le dije que no hiciera tanto sparring. Lo único que tiene que hacer es relajarse,



trabajar el jab, eso es todo. Pero no quiere escuchar mis consejos. De acuerdo. Aprenderá a los golpes quién tiene razón. Y ha tenido suerte de salir con un combate nulo, podía haber perdido perfectamente, ya que estaba reventado desde el segundo asalto. Después de todo, no es mi problema. Los chicos que no quieren escuchar, de acuerdo, ¡peor para ellos! Quiso hacer sparring, muy bien. Ya sabía que estaría muerto, quemado. Hay tipos que se creen más listos, se creen que saben todo». El viejo entrenador lanza una mirada contrariada al techo.

### ***Después de un combate difícil de Curtis en Harvey [7 de diciembre de 1988]***

DeeDee sale de los vestuarios portátiles de madera seguido de cerca por Curtis, vestido con vaqueros y campera de lana. Se sientan lejos al fondo de la sala para sacar conclusiones del combate. DeeDee, con la mirada endurecida, se inclina hacia Curtis para sermonearlo. Está furioso porque se haya dejado tocar tanto por su adversario, sin esquivarlo ni protegerse mejor. Que este último tuviera un obvio sobrepeso (137 libras frente a las 130 reglamentarias, contra 132 de Curtis, que no deja de repetir que «este tipo era un pitbull, hombre, siempre me echan un pitbull») no disculpa que Curtis se haya dejado pegar de esa forma. Ha encajado demasiados golpes y sale muy mal parado, la cara tumefacta, un corte con mal aspecto en el pómulo derecho que seguramente va a necesitar puntos de sutura. Todos creen que Curtis debía haber «acabado» con su rival en el segundo asalto, cuando lo envió al suelo con una combinación contundente. En todo caso debía haber boxeado con más inteligencia, manteniendo la distancia en lugar de ceder a sus provocaciones y encerrarse en un cuerpo a cuerpo brutal. O'Bannon me confiaría más tarde: «No va a ir muy lejos Curtis si se deja maltratar por tipos como ése, si no sabe *economizar* mejor. El camino es largo y a los tipos como ése hay que largarlos rápidamente».

Los propios boxeadores suelen atribuir la caída repentina de uno de los suyos a la falta de disciplina e higiene corporal que todo púgil debe imponerse fuera del ring. Toda infracción del ascetismo mundano que define el régimen espartano del boxeador ideal se interpreta rápidamente como la causa directa de sus fallas en el ring.

### ***El declive físico y pugilístico de Alphonso [19 de noviembre de 1988]***

Curtis imita los golpes, blandiendo el aire con los puños lanzando *wham! wham!* sonoros. Butch lo sigue con atención. Tardo algunos minutos en comprender que hablan del combate del jueves anterior en el que Alphonso Radiff perdió su título nacional y, según ellos, le pegaron de verdad (mordió el polvo dos veces en el cuarto asalto antes de quedar fuera de combate en el quinto). Curtis: «El tipo lo tocaba en cada golpe, cada golpe le daba en el cuerpo y la cara, no en los guantes. Alphonso se contentaba con mantener los brazos así [se pone en guardia, la cabeza entre los antebrazos] y no hacía nada». Curtis y Butch no esconden su reprobación ante el hecho de que Alphonso presumiera tanto antes del combate. «Vociferaba: “Voy a reventarlo, no va a llegar ni a cinco asaltos conmigo”, y cosas así antes del combate, ¡no se dice eso! Y al final ha sido él el que se ha quedado muerto». El combate se retransmitió por la cadena de cable de Chicago, lo que era aún peor para la reputación de Alphonso. Curtis y Butch están de acuerdo en que éste ha llegado al final de su carrera. «Va cuesta abajo, eso es seguro. Sería mejor que colgara los guantes. Está acabado, acabado. Ya no podrá combatir por el título».

Pregunto por qué Alphonso cayó tan fácilmente: ¿Era tan superior su adversario o es que Phonzo se había preparado mal? Butch: «Sabes, el tipo tiene treinta y tres años, Louie. Cuando tienes esa edad hay que estar en forma. No se anda con el alcohol ni con las drogas, ni con las mujeres». Sentado en un taburete, imita el acto sexual con un movimiento de caderas claro. «Eso te desgasta. Si no te mantienes al margen, con treinta y tres años, estás acabado, por los suelos. Mira, yo no juego con nada de eso y estoy en forma. Pero Alphonso juega con los tres, sobre todo con las mujeres». Nuevo movimiento de caderas sugestivo. «Es demasiado mayor para esas cosas. Ya ha pasado su tiempo. Debería abandonar, dejarlo de una vez».

### ***El escándalo del boxeador que fuma [28 de julio de 1989]***

Ashante charla con Luke, que acaba de terminar su sesión de entrenamiento; de fondo el ruido

ensordecedor que hace Smithie con el *speed bag*. Cuenta la historia de un tal Ray, que era «el mejor peso pesado de la ciudad. Ese tipo era un monstruo, con una pegada formidable. Pero después no se cuidaba, no se lo tomaba en serio. Se permitía todo y no entrenaba duro, eso se sabía. Pero cuando lo vi, con mis propios ojos, fumar después del combate, comprendí que nunca más sería bueno».

Luke no dice esta boca es mía, no reacciona durante diez segundos. Después, bruscamente, como si se diera cuenta con retraso de la barbaridad, lanza a Ashante una mirada incrédula. Y con el tono de un cura que acaba de oír una blasfemia en su sacristía dice abriendo los ojos como platos: «¿Fumaba después de un combate? ¿Fumaba en los vestuarios después del combate? [Como si fuera una monstruosidad inconcebible.] —No, en el vestuario no, entre el público. Lo vi sentado entre el público después del combate, fumando con un colega. *Enseguida supe que todo había terminado para él.*

La sabiduría específica del preparador consiste en saber estimular y dosificar los esfuerzos de sus pupilos, respecto de su cuerpo y de las múltiples contingencias del oficio y garantizar el funcionamiento armonioso de la complicada maquinaria colectiva que transmite el saber y suscita la inversión de los boxeadores (en el doble sentido de la economía y del psicoanálisis). Orquestando las diferentes acciones que, entremezclándose, definen el *gym* como configuración móvil de agentes interdependientes, DeeDee contribuye a producir y a consolidar la doctrina pugilística. Contrariamente a lo que sugieren Weinberg y Arond<sup>[108]</sup>, esta función moral no actúa sólo en los momentos de crisis, cuando el desencanto amenaza súbitamente, sino de forma constante en la rutina cotidiana de la sala. Las situaciones críticas suelen provocar un juicio práctico de *illusio* pugilística —como los días que siguen a una derrota, cuando el entrenador cumple abiertamente la función de confidente, apoyando y haciendo proselitismo— que disimula el trabajo anodino de adoctrinamiento que se hace cotidianamente, de forma invisible e inconsciente, mediante la propia organización de la sala y sus actividades.

Al final de este camino iniciático —temporalmente interrumpido por el trabajo necesario de objetivación—, el boxeo demuestra ser una especie de «ciencia primitiva», una práctica eminentemente social y casi erudita, incluso cuando parece poner en juego tan sólo a individuos que se arriesgan en el ring en un enfrentamiento singular en apariencia tosco y desenfrenado. Y el púgil emerge como producto de una organización colectiva que, aunque nadie la haya concebido ni deseado como tal, no por ello deja de estar objetivamente coordinada por el ajuste recíproco de las expectativas y demandas de los ocupantes de las distintas posiciones del *gym*. Estos elementos de una antropología del boxeo como «fenómeno biológico-sociológico<sup>[109]</sup>» ponen de manifiesto el lugar fundamental de la razón práctica en este caso límite de la práctica que es el pugilismo y nos invitan a superar las distinciones tradicionales entre cuerpo y alma, instinto e idea, individuo e institución<sup>[110]</sup>, demostrando cómo ambos términos de estas antinomias eternas forman un conjunto y se apoyan mutuamente, se singularizan y refuerzan, pero también se debilitan en un mismo movimiento.

# SACRIFICIO

Son profanos, deben cambiar de estado. Para ello son necesarios los ritos que los introduzcan en el mundo sagrado y los vinculen a él más o menos profundamente, de acuerdo con la importancia del papel que han de representar seguidamente. Esto es lo que constituye la entrada en el sacrificio.

Henri Hubert y Marcel Mauss, *Ensayo sobre la naturaleza y función del sacrificio*, 1899

Cada oficio tiene su código ético, un conjunto de reglas que definen su carácter, la conducta y las relaciones adecuadas hacia y entre sus miembros. En algunas ocupaciones este código se formaliza, se recita e incluso se jura. En otras, es un conjunto de normas imprecisas, aprendidas y desplegadas en el propio ejercicio. Los médicos hacen el juramento hipocrático y los funcionarios juran fidelidad a la autoridad pública en cuyo nombre actúan mientras que los trabajadores de las fábricas reciben instrucciones informales pero exactas de los compañeros sobre cuándo trabajar con ahínco y cuándo renegar de los supervisores en el taller.

El boxeo profesional no es diferente. Los boxeadores lo aprenden pronto; si quieren conseguir algo en el arte masculino de los golpes deben obedecer una ética ocupacional que no es menos perdurable por transmitirse de manera informal, no menos rigurosa por aceptarse de forma voluntaria. Oportunamente, la moral propia de los boxeadores profesionales está encapsulada en una sola palabra: *sacrificio*. «Sacrificio» —la idea y las prácticas reguladas que prescribe— se filtra e inunda las vidas de los boxeadores dentro y fuera del gimnasio, del dormitorio al ring y en todos los demás lugares. Es al mismo tiempo *leitmotiv*, *motto*, *mantra* y fórmula mágica para abrir la puerta del éxito y descubrir la escalera dorada que conduce al «gran momento».

Los entrenadores atentos, mánagers preocupados, promotores puntillosos y otras personas de su entorno recuerdan a los boxeadores la necesidad de sacrificarse. Sacrificio significa al mismo tiempo medio y fin, obligación vital y misión orgullosa, exigencia práctica y obsesión etológica. Sacrificio es, por una parte, dispositivo de discriminación —separa inexorablemente el trigo pugilístico de la paja— y, por otra, instrumento de conjunción: reúne en una gran hermandad de caballeros a todos aquellos que se someten a él, desde el oscuro «luchador de club» de hoy hasta el celebrado «campeón» del ayer. Y otorga a todos aquellos que se adhieren a sus dictados el honor específico del oficio.

Cualquier luchador profesional digno de tal nombre sabe que debe entregarse a su

oficio en cuerpo y alma, *religiosamente*<sup>[\*]</sup>. Su compromiso no puede ser sino total y avasallador. Debe colocar su oficio por encima de cualquier otra cosa, llámese familia o amigos, su mujer o amante(s), su trabajo (si tiene) y todas las preocupaciones mundanas. Sus energías físicas, mentales y emocionales deben cultivarse a conciencia, valorarse y estar encaminadas metódicamente hacia un único y exclusivo objetivo: maximizar la destreza de los puños y conseguir el mayor rendimiento en el cuadrilátero. Para ello, la sabiduría de la tradición pugilística ha establecido una estricta observancia en tres aspectos cruciales de la existencia carnal: nutrición, vida social y familiar y comercio sexual. Juntas, estas convenciones del culto componen la santísima trinidad de la fe pugilística.

## I

Hora de cerrar en el gimnasio de la policía de Gary en una húmeda tarde de septiembre, una sala triste, abovedada, recargada con pósters en el límite de la 1-94, donde media docena de profesionales se esfuerzan bajo la tutela de Sargeant Baylor, una figura local del boxeo famoso por su locuacidad y por la facilidad con la que alquila los servicios de sus protegidos siempre que reciba su «parte». Dave «Too Sweet» Bulman, un hosco negro peso medio que ha pasado a profesional hace poco, termina su rutina diaria bajo la mirada atenta de Zeke, su entrenador (que hace dos turnos de doce horas en la fábrica de polímeros), y su mánager (un médico de mirada soñolienta que tiene su gabinete de medicina deportiva en el centro). Después de una docena de rondas alternando «bolsa» y boxeo al aire, Zeke ordena a Dave que corra tres veces alrededor del parque a máxima velocidad. Cuando el boxeador regresa, reluciente de sudor, Zeke le seca cuidadosamente con la toalla la parte superior y le aconseja sobre su régimen culinario, que últimamente no ha sido el debido.

ZEKE: Muy bien, nada de bebidas gaseosas, un poco de Kool-Aid, sólo agua, mucha agua, ¿okay? Fruta fresca, come repollo y verduras crudas. Si puedes, ensaladas, cosas así. Cocina toda la comida, dos churrascos a la semana, ya sabes, elige los días.

DAVID: (con respeto) De acuerdo.

ZEKE: Eso en cuanto a los churrascos (con insistencia), nada de hamburguesas, nada de papas fritas, nada frito, ¿okay? Así, cuando estés cansado, puedes, sabes, nada de grasas en la forma en que respiras, ¿entiendes? Necesitas (toma aire de forma exagerada) estar pleno, ¿ves lo que te digo?, para poder lanzar puñetazos fuertes y volver. ¿Okay?

DAVID: (un poco reticente) De acuerdo.

ZEKE: Y no tienes que perder peso, sabes, son 58. Te dejarán pasar con una libra. Pero tienes que estar preparado. Ahora lo que quiero es que mantengas la dieta correcta, nada de dulces, ¿okay?

DAVID: (menos dispuesto con cada recomendación) Okay.

ZEKE: Nada de mujeres, mantente alejado, lejos de ellas. Eso es lo que tienes que hacer si quieres ganar, ahora, si no quieres...

DAVID: (interrumpiendo a su entrenador con una voz firme) Sí, quiero ganar.

ZEKE: ... si no quieres ganar estoy perdiendo el tiempo contigo.

El primer mandamiento del catecismo pugilístico es sencillo: no consumirás alimentos prohibidos, alimentos que te hacen ganar peso, excitan los órganos y bloquean los precisos circuitos de su funcionamiento interior y su energía exterior. Pero este mandamiento es difícil de obedecer, porque no se trata sólo de la naturaleza y cantidad de los alimentos que uno debe limitar y controlar. Más bien el luchador tiene que remodelar la totalidad de su relación con el acto de comer como actividad físico-simbólica para incorporarla como nexo entre él y el mundo adaptado a su oficio.

Hay un motivo práctico obvio por el que la nutrición es una preocupación obsesiva y omnipresente en el mundo pugilístico. Los boxeadores pelean en categorías predefinidas y deben alcanzar un «peso de lucha» que suele estar varias libras por debajo de su «peso normal». La dieta es indispensable para eliminar todo exceso de grasa e, idealmente, subir al cuadrilátero sin un gramo de tejido innecesario en el cuerpo, un organismo tenso y marcial formado por carne, nervios y músculos dirigidos a otra máquina de agresión humana configurada de forma similar. Mira para quién cocina un entrenador y sabrás quiénes son sus pupilos favoritos.

Cuando se «entrena» para una pelea, «dar el peso» se convierte en el motivo compulsivo de la existencia cotidiana del luchador, el encuentro antes del combate sobre el que él y su entorno se preocupan y discuten continuamente. Pero los púgiles son raramente disciplinados en la mesa y la dieta no siempre funciona. Por eso no es raro tener que perder entre cinco y diez libras en un par de días de ayuno fanático y ejercicio compulsivo en vísperas del combate para «estar dentro» de la marca. Correr y saltar a la soga con sacos de vinilo, boxear con la sombra dejando correr el agua caliente de la ducha, abstenerse de beber y chupar limones para escupir, tomar baños turcos e incluso productos químicos que aceleran el metabolismo: un boxeador bajará de peso con cualquier método<sup>[\*]</sup>.

Pero, más allá de su objeto instrumental, las normas culinarias —al igual que las sociales y sexuales— funcionan como un ritual de separación de, y elevación sobre, el mundanal ruido. Separan al boxeador profesional de las tentaciones terrenales que hacen presa de otros miembros de la sociedad. Indican a uno mismo y a otros la profundidad de su compromiso con el oficio. E inscriben dentro y fuera de su organismo las señales visibles de su compromiso ético.

Mi compañero de gimnasio y de sparring Ashante había descubierto recientemente lo malo que McDonald's era para el cuerpo; rico en azúcares y lípidos, así como horriblemente grasiento. Como medida de precaución y para consternación de sus hijos, desterró toda la comida basura de su casa hasta nueva orden. El queso es otro enemigo silencioso al que hay que mantener a raya: «Es malo para ti, te pone el estómago blando. Por eso no como nada de eso cuando estoy entrenando. Pero es difícil». Ashante es famoso por hincharse entre peleas, engordando hasta 40 libras [18 kilos] en su cuerpo de 1,70 metros. Pero gracias a la mezcla cruel de dieta, carrera y entrenamiento, consigue siempre eliminarlos a tiempo para el combate. Una

cuestión de voluntad, una prueba de fidelidad y orgullo. ¿Pesará 139 [63 kilos] el mes próximo? Se burla: «Diez libras, eso no es nada».

Darlene, su novia, cuenta que Ashante se hinchó como un globo hasta 180 libras [82 kilos] antes de su última pelea en Cleveland: «Tenía la cara enorme [ahuecando las manos alrededor de las mejillas hinchadas] y un cuello de toro». Ashante no replica; estaba tan abotargado que los amigos creían que se había contagiado alguna enfermedad. Esta noche se come su último helado (se comería cuatro litros el día después del combate): «Sabes, voy a comer todo lo que pueda porque el lunes voy a volver a entrenar. Cuando empiezo no pruebo el helado hasta la pelea. No como nada malo para mí».

Ashante había tomado la costumbre de engullir huevos crudos todas las mañanas antes de correr. Un veterano del gimnasio le había asegurado que lo ayudaría a perder peso y tener energía. Lo hacía de mala gana: «No me gusta el sabor, me dan ganas de vomitar. Puse un poco de miel para disimular el sabor, pero no sirve de nada». Finalmente dejó de hacerlo «porque ya sabes los efectos secundarios que tiene para los hombres, Louie. Darlene no quería que siguiera haciéndolo. Además, no me gustaba nada el sabor, nada». Su novia añade, riéndose: «Ya sabes que los huevos crudos hacen a los hombres lo que la vitamina E a las mujeres. Comes muchos y se te pone dura como una piedra. Te pone duro de verdad y luego tienes problemas». Y para asegurarse de que todos entienden lo que quiere decir, coloca el codo en la mesa de la cocina y levanta el antebrazo hacia el techo, con el puño cerrado oscilando como bajo tensión. Ashante la interrumpe: «Claro que te la pone dura como una piedra, te pones a cien». Darlene salta: «Como dice Big Daddy Kane (cantando): *Get to work! Get down to bu-si-ness!*». Estallamos en risas. Para compensar, Ashante devora un surtido de vitaminas, pastillas y tisanas de gingseng.

## II

El segundo mandamiento del catecismo del boxeador extiende el principio de abstención a la sociabilidad: no llevarás una existencia disipada en la que tu atención se disperse y las energías se malgasten. Reducirás al mínimo el círculo de personas con las que tratas, limitarás las transacciones con ellas, acortarás o eliminarás las peticiones de los íntimos y darás absoluta prioridad a los requisitos del oficio sobre cualquier otra relación. Y, sobre todo, rechazarás efusivamente y repudiarás cualquier actividad que pueda castigar, ablandar o deteriorar tu cuerpo.

Para Marty, que empezó a boxear a los nueve años y ha conseguido 24 victorias seguidas como profesional con sólo veintidós años, ésta es sin duda la demanda más exigente que el oficio hace a sus devotos. Criado en la barriada obrera de Hammond, donde tiene un trabajo a media jornada en el departamento de compras de una empresa de reciclado de metal, era y es cada vez más difícil decir no a los vecinos

porque debes descansar, dormir, correr o entrenar continuamente: «Lo más difícil, creo yo, es no poder estar con los amigos o haraganear en general. Porque tres semanas antes de la pelea vigilo lo que como, vuelvo a casa a una hora decente, me levanto pronto por las mañanas y (con firmeza) no tengo relaciones sexuales dos semanas antes de una pelea. Voy de casa de mi madre al gimnasio y del gimnasio directo a casa».

El gurú del boxeo en Detroit Emanuel Steward ha visto cientos de chicos con talento marchitarse y desaparecer porque no podían renunciar a la diversión o terminaron «cegados por las luces brillantes» de la ciudad. Tenían fuerzas, energía, talento, estilo, pero no la obstinación necesaria para convertirse en ermitaños del ring. «Cuando entrenas a un niño de doce, trece o catorce años, no importa el talento que tenga, no puedes saber si se va a convertir en una figura porque tiene que pasar tantas pruebas ahí afuera. Es como un campo de minas. ¿Cuántos chicos van a sortear todas las minas? Uno va a una fiesta, prueba el alcohol, no puede dejarlo. A otro lo engancha un vendedor de drogas. Algunos chicos, tan pronto como tienen éxito, hay un tipo que les dice “Vamos, hombre, hay una fiesta esta noche”, no pueden decir que no, tienen que ir a todas las fiestas. Otros no saben decir no a las chicas... Ésa es otra mina que puede explotar».

Levantarse al alba para correr, fichar en el gimnasio cada tarde para hacer 15 o 20 rondas de boxeo con la sombra, las bolsas, sparring, saltar a la soga y gimnasia, volver derecho a casa para bañarse y descansar, retirarse temprano para dormir las ocho horas obligatorias para que el cuerpo aguante el esfuerzo y el castigo del entrenamiento: la vida reglamentada del boxeador es austera y aburrida. Deja muy poco tiempo para novias, amigos y familia. La diversión y las emociones quedan afuera; negación y vida espartana, adentro. En un régimen eremita la red social cotidiana es frágil y los lazos personales tienden a gravitar y crecer dentro del entorno ocupacional. No es sorprendente que los boxeadores comparen el gimnasio con «una segunda madre» y piensen que sus compañeros son su «otra familia».

La tradición oral del oficio se enorgullece de aquellos boxeadores, famosos o desconocidos, que sacrifican su vida personal por el ring y, según se cuenta, obtienen la merecida recompensa por su dedicación. Innumerables anécdotas refieren su abnegación y el vigor con el que aplican los principios de la ética del sacrificio. A la manera de los «grandes ascetas» religiosos, «el desprecio que manifiestan por las pasiones mundanas» podría parecer excesivo. Pero «dichos extremos son necesarios para mantener entre los fieles un nivel suficiente de aversión hacia la vida fácil y los placeres mundanos. La elite debe establecer un objetivo difícil para que la masa no lo establezca demasiado bajo».

«No era tanto el trabajo de gimnasio de Rocky», aduce el entrenador de Marciano para explicar el éxito del único campeón del mundo de los pesos pesados de la historia que se retiró invicto: «Era la forma en que vivía. Todos los boxeadores entrenan más o menos igual, pero todos los boxeadores no viven igual. Si hubieras

visto cómo se entrenaba y cómo vivía, resultaba difícil creer que un hombre pudiera sacrificarse tanto y sacrificar su vida familiar y seguir luchando». Verdaderamente Marciano se aislaba y entrenaba durante nueve meses seguidos para un combate. Su reclusión voluntaria era absoluta, y el único momento en que veía a su mujer era durante platónicas caminatas, de la mano, en el asfalto del aeropuerto entre dos aviones y bajo la mirada de su mánager. Cuenta la leyenda que la única debilidad conocida de Marciano era picar entre comidas en el campo de entrenamiento: a veces su entrenador encontraba un par de plátanos escondidos bajo la almohada después de la cena y lo retaba. Nadie es perfecto, cierto, pero todos tienen la obligación de intentarlo.

El reverso de la drástica limitación de la vida social impuesta por la moral pugilística es la expansión y refuerzo en la relación con uno mismo. Porque el sacrificio produce una hermenéutica reiterada e interminable de necesidades, deseos y capacidades propios para regularlos y remodelarlos, en pocas palabras, el trabajo constante del boxeador sobre sí mismo (como indica la etimología de ascetismo, *askein*, «trabajar»). En su análisis del «cuidado del yo» en la antigua Grecia, Michel Foucault observa que hay «grupos en los que la relación con el yo se intensifica y desarrolla sin por ello reforzar necesariamente los valores de individualismo y vida privada». Ésta es una descripción válida del «cuidado pugilístico de sí mismo»: puesto que la expansión de la relación del boxeador consigo mismo no se traduce en una elevación sino en una disminución de las actitudes personales; no en el aumento sino en la reducción de la independencia del individuo respecto de su universo ocupacional; no en una mayor valoración de la esfera privada sino, por el contrario, en la laxitud de las obligaciones familiares y una menor implicación en las actividades domésticas, puesto que éstas quedan subordinadas a los intereses pugilísticos.

### III

De nuevo en Gary, mientras Dave se ducha, pregunto a Zeke qué piensa del «asunto de las mujeres» y cómo interfiere en la preparación y carrera de un boxeador profesional. El entrenador opina con seriedad y lanza una arenga enérgica:

Te hará sufrir, sí. Sabes, si una mujer te dice: «Quiero ir al cine», y bueno, imagínate, tienes que entrenar y además salir. El descanso es importante. Y durante todo el tiempo ella se revuelve en el asiento porque está [moviendo el trasero] *buena y caliente* y te mira el cuerpo, que estás *modelando en el gimnasio*, ya sabes, y entonces [chillando] ella va a querer *hacerlo* y *¡ya está!*, ella empieza todo, ya sabes.

Y después, después de haber hecho el *amor*, ¿qué haces? ¿Te levantas y te vas a correr o te quedas tumbado y te duermes? [triumfante]. ¿Qué *haces? De acuerdo*. Te vuelves vago, te quita algo de ti. Tienes que descansar, necesitas recuperar tu naturaleza.

Así que ya sabes, puedes hacerlo para trabajar. Pero ¿puedes hacerlo para ir al gimnasio después de trabajar? Y cuando vuelves a casa está allí esperándote [suspirando como sorprendido] *con nada debajo*,



sólo el vestido, se sube el vestido [con un *falsetto* femenino tentador], *hey baby*, ¿de acuerdo?  
... Mantener el estado de ánimo correcto, dar la vuelta a la psicología, ¿sabes lo que te quiero decir? [terminantemente]. *Dar la vuelta a todo*. Ya sabes, la mujer está allí [de nuevo imitando una voz seductora y dulce]. «Cariño, vamos a hacer esto o lo otro». [Con voz de barítono amable y tranquila pero firme.] «No, te llevo al cine, pero después volvemos a casa y tú duermes en *esa* habitación y yo duermo en *ésta*. Tienes que ayudarme, tienes que ayudarme a conseguirlo. [Casi quejumbroso.] Tienes que ayudarme, *cariño, por favor*, sabes quizá así lo entienda mejor, si le hablas así. Dile [jovial]: “*Después del combate te voy a dejar rota*”. Y ella responderá: «¿*De verdad?* ¡Demuéstramelo ahora!» [con firmeza]. «No, pero ya sabes lo que quiero decir»...

El tercer mandamiento de la ética del sacrificio es el que más claramente separa a los boxeadores de los demás deportistas, incluso de aquellos que compiten en «deportes violentos» similares: no cometerás intercambio sexual o amoroso durante semanas y semanas antes del combate. Durante la fase de entrenamiento intensivo que finalmente culmina con el enfrentamiento en el ring, todo afrodisíaco está estrictamente prohibido. Un boxeador debe abstenerse de cualquier acción o situación que pueda provocar emociones sexuales, distraer su concentración y por tanto interferir con el *crescendo* metódico de su propia *libido pugilística*.

Entrenadores, mánagers y boxeadores comparten la creencia, transmitida por sus predecesores, de que practicar el sexo agota las piernas, debilita los músculos, anula la agresividad, rompe el equilibrio y la coordinación y embota la motivación. Todas las semanas de entrenamiento pueden verse arruinadas por un solo, breve, encuentro sexual, como me explicaba una tarde Scottie, un asiduo del Stoneland Boys Club cuando mirábamos los preliminares del Chicago Golden Gloves: «Puedes entrenarte durante meses, pero *si tienes sexo una vez pierdes la forma*, es así». ¿Por qué, pregunto ingenuamente? «*Pierdes sangre, cuando tienes sexo pierdes sangre*. No puedes hacerlo, te lo digo. Estás loco si lo haces». Y se inclina hacia mí para susurrarme esta propina ominosa: «No puedes permitirte, hombre, no tengas sexo cuando peleas. No puedes permitirte: el boxeo es peligroso, *pueden matarte en el ring*». Ashante asintió sombríamente y manifestó su acuerdo con Scottie en este asunto importantísimo: «Incluso para el sparring. No puedes hacer el amor para el sparring, Louie: te quita toda la agresividad. Tengo que ser agresivo, fiero, tener el nervio, tengo que estar en forma».

En los gimnasios se dan debates teológicos sobre el preciso mecanismo que hace del sexo una actividad deletérea para los boxeadores. Una escuela sostiene que el flujo de esperma y otros fluidos corporales —incluida la «sangre de la médula» que se escapa en la eyaculación en el calor del orgasmo— debilita al boxeador minando el delicado funcionamiento interno de su organismo. Otros argumentan que no es el acto sexual en sí lo que dispara la dinámica patógena, sino lo que se tiene que pasar hasta el acto sexual. Mi buen amigo Curtis, que hace poco peleó diez asaltos y espera estar en el ranking mundial a finales de año, está convencido de que las relaciones sexuales provocan tal hemorragia de energía que no hay forma de recuperarse a tiempo para un combate. «Te debilita. No importa lo que hayas corrido ese día, te vas a sentir débil después, vas a estar *agotado*. (Con voz taciturna). No podrás mantener

las manos arriba. No podrás moverte en la forma habitual. Es como si fuera el día del combate y perdieras nueve o diez libras antes: *te quita la vida*, ¿sabes lo que quiero decir? Habla por propia experiencia: «Cuando tengo relaciones íntimas con una chica, sólo pienso en ello. Me *entrego totalmente*. Estoy, mierda. Estoy sólo pensando en ello: me paso el día soñando con ello, ¿entiendes? Es como abrir una canilla (se ríe y se recuesta en la silla). Es como *descorchar una botella*».

De acuerdo con esta interpretación, el precepto de abstinencia sexual intenta controlar lo que *sale del* cuerpo, al igual que el primer mandamiento de la ética pugilística pretende controlar lo que *entra en* él. No tanto, objetan aquellos que mantienen que es el desgaste social y emocional previo al sexo lo que debilita la frágil arquitectura del entrenamiento. Angelo Dundee, hombre de rincón de dos de las principales figuras del boxeo, Mohamed Alí y Sugar Ray Leonard, no comparte la teoría del derramamiento de esperma: «He tenido boxeadores que tenían que encerrarse por las noches para mantenerse alejados de las fulanas. O tenían que tener un centinela en la puerta. A veces ni con eso. Una noche dejé a mi colega Lou Grass a cargo de un boxeador. Lou se alejó para beber algo y fumarse un cigarro y cuando volvió miró en la habitación y vio al boxeador encima de una chica. Lou gritó “¡No acabes, no acabes!”. Yo siempre intenté bautizar a mis chicos antes: no es el acto sexual. Es la caza. Eso es lo que te agota».

Las dos teorías no son incompatibles y muchos las mezclan. Un árbitro veterano que ejerció durante ocho años en la categoría de pesos medios a ambos lados del Atlántico relata los efectos acumulados de la conquista sexual: «Creo que la forma en que afecta a un boxeador es que *te ablanda*, te quita nervio, ¿sabes?, te hace blando, no eres un boxeador tan canalla —un boxeador *tiene que subir al ring así*. Si no tienes sexo, te vuelves un poco malvado. (Baja la voz para conseguir un efecto dramático). El sexo te *suaviza*, umm. También un boxeador, cuando un joven tiene relaciones sexuales, si no tiene una novia estable, va a salir a *buscar*, perdiendo horas de sueño. Y puede entrar en un bar y tomarse una cerveza o algo y cansarse». Lo más importante, sin embargo, es que ambas escuelas coinciden en que el sexo en sentido amplio tiende a ablandar, debilitar, tranquilizar, en dos palabras, «feminizar» el cuerpo del boxeador. Y por este motivo debe evitarse como una plaga. «Lo intenté», confiesa Craig, un blanco peso semipesado que regresó muy contento al ring después de meses de rehabilitación para recuperarse de un accidente de moto casi mortal. «No estaba a la altura. No era el *hombre* que creía».

De nuevo, se recuerda a los boxeadores los sacrificios sexuales de los boxeadores legendarios. Esta elocuente diatriba de mi venerable entrenador sobre Sugar Ray Robinson es típica del género: «Le gustaban las mujeres, ya lo creo, pero no andaba con ellas, no tanto. No como otros chicos. Le gustaba tener muchas mujeres a su alrededor, se divertía con su compañía, claro, pero las dejaba tranquilas cuando se trataba del negocio. ¿Cómo crees que luchó así durante 25 años? Sugar Ray sabía cómo cuidarse. Todos los antiguos, Sugar Ray, Archie Moore y Sonny Listón, *no*

*duraron veinticinco años por nada: no andaban con mujeres.* (Con voz suave y susurrando). Sabían lo que querían». El mensaje para la generación actual es diáfano: si quieres la gloria, tienes que soportar la *agonía*. Prepárate para sufrir. Forma parte del sacrificio.

#### IV

El que desea ardientemente ingresar y ascender en el universo pugilístico debe esforzarse para expatriarse del mundo, desentenderse de sus juegos y volverse indiferente a sus tentaciones. Debe prepararse para sacrificar todos los intereses profanos en el altar del ring. Porque sólo a través de una ascesis rigurosa y el secuestro ocupacional prescrito por la ética del «sacrificio» forjará esas cualidades de dureza, abnegación, perseverancia y rabia controlada necesarias para dominar la dulce ciencia y resistir en el oficio de los golpes.

Si lo consigue, el boxeador alcanza un plano superior de la existencia. Porque el sacrificio lo eleva y lo coloca en un universo moral y sensual especial. Un boxeador se hace un hombre más grande cuando renuncia a las cosas que el resto de los mortales no pueden dejar. Porque, como escribió Émile Durkheim en su celebrado análisis *Las formas elementales de la vida religiosa*: «Después de someterse a las prohibiciones prescritas, el hombre no es el mismo que era. Antes, era un ser ordinario... Después, se ha acercado a lo sagrado por el mero hecho de distanciarse de lo profano. Se ha purificado y santificado precisamente por separarse de las cosas bajas y triviales que antes gravaban su naturaleza». Sacrificándose ha engendrado un nuevo ser a partir del anterior.

**RISING STAR Production**

Present

**O** **Live Professional Boxing**  
**U** **Outdoors**

At

**N** **STUDIO**  
**D** **104**

Rest.  
&  
Lounge

2814 E. 104th St.  
2 Blk. E. of Torrence

**T** **MONDAY JULY 30, 1990**

• All Tickets \$20.00 • Doors Open At 7:00

**W**  
**O**

\* CURTIS STRONG  
\* DANNY NIEVES  
\* PAT COLEMAN

\* PAT DOLJANIN  
\* JAMES FLOWERS  
\* KEITH RUSH

\* WILLIE McDONALD



## UNA NOCHE EN EL STUDIO 104

Lunes 30 de julio de 1990. Despierto ansioso a las ocho y media, está nublado. Espero que no llueva. ¡Un mes de preparación intensiva echado a perder, sería el colmo! El pesaje está previsto para las 11 en el Illinois State Building, en pleno centro de la ciudad, a dos pasos del río Chicago. Paso a buscar a DeeDee con el coche a las nueve y veinte, como habíamos quedado, para acercarnos al *gym* juntos. Está de buen humor: su guiso de siluro estaba delicioso y el pronóstico meteorológico dice que va a aclarar.

Al entrar al Boys Club nos tropezamos con Curtis, sentado en la sala de atrás, inclinado sobre la mesa, el torso desnudo bajo su jardinero azul; parece pensativo. Delante de él, una pila de cheques, un fajo de 50 dólares, un puñado de 20 y de 10, después un montón de un dólar colocado cuidadosamente al lado de una pequeña pila de entradas de colores. Es el dinero de las entradas vendidas para la velada de hoy, 61 en total; le quedan nueve de la parte que le había asignado el promotor Jack Cowen<sup>[\*]</sup>. (En las pequeñas veladas locales no es raro que los boxeadores reciban, además de un «fijo» muy modesto —150 dólares por un combate de cuatro asaltos, entre 400 y 1000 dólares por uno de ocho a diez asaltos—, un porcentaje de la venta de entradas a familiares, amigos y colegas del gimnasio; el precio de una entrada oscila entre 15 y 20 dólares).

DeeDee le pregunta de buenas a primeras: «¿Ya están las cuentas? —Sí —resopla Curtis antes de añadir con un tono lleno de pena—: Ya me gustaría quedarme este dinero». La mirada del viejo entrenador se fija en la antigua balanza de hierro que preside junto a la mesa: «¿Es lo que marca? —Sí, 132 libras y media». Es un buen peso porque Curtis debe pelear en 133 libras. Por una vez no tendrá sobrepeso la mañana de su combate... Desaparece en el vestuario. Ruidos de cisterna. DeeDee refunfuña: «Siempre igual. El día del combate su intestino no va bien».

Curtis vuelve a contar su botín y ordena pacientemente la pila de cheques. «Normalmente —observa DeeDee— se colocan en el orden contrario, los de menos valor encima y no debajo». Por toda respuesta Curtis le entrega ceremoniosamente el fajo, así como las entradas sobrantes. El entrenador los mete rápidamente en su bolsillo delantero (lleva la camisa blanca de algodón de los días de fiesta y una visera blanca haciendo juego). Curtis le aconseja que lo ponga en el bolsillo de atrás del pantalón, será menos visible y menos arriesgado: nunca se sabe a quién se va a encontrar en la calle. «No, me lo pongo delante: nadie va a venir a molestarme». Después gruñe: «Podría quedarme con este dinero y utilizarlo, eso sí». Con una gran sonrisa Curtis lo desafía: «Yo te pego, DeeDee, y me llevo la plata y después decimos a Jack que alguien te agredió por la calle y te desvalijó, ¿de acuerdo? —Sí, y después Jack te dirá que vayas a arreglar las cuentas directamente con el gángster».

### «Tiene miedo de que fracase porque usted fracasó»

DeeDee fulmina con la mirada al viejo Page, un veterano del *gym*, monitor de boxeo empleado por el ayuntamiento al que le queda poco para jubilarse. Lo ha llamado por teléfono de madrugada para tener uno de sus largos monólogos habituales sobre el manoseado tema de «¿Qué habría pasado?» [si las cosas hubieran sido distintas]. En su opinión, DeeDee perdió su oportunidad: debería ser rico con el éxito de sus boxeadores después de tantos años. Como poco, la Boxing Commission del Estado debería darle un trabajo tranquilo. «Me dice todo el tiempo [imitando el tono quejumbroso de Page]: “No deberías estar así, en esta situación, hay forma de arreglar las cosas, DeeDee. La Commission podría darte un trabajo de nueve mil dólares al año”». Curtis, sorprendido: «Nueve mil al año, pero si eso no es nada. — Sí, pero al menos tendría algo [la cobertura médica]... No me importa nada lo que tenía que haber ganado, y después: “Estamos acabados, DeeDee, no saldremos adelante”. Y yo le respondo: “Tú eres el que está acabado, no yo. Yo estoy enfermo, no puedo trabajar, eso es todo. Tengo un problema de salud, por eso”. Bueno, si me hubiera atrevido ya me habría largado hace tiempo. No me habría quedado en Chicago. Me habría ido a Philly y estaría en Philly ahora<sup>[\*]</sup>». Ni rastro de nostalgia en la voz de DeeDee.

Curtis se preocupa por las siete entradas confiadas a Lorenzo, que debería darle esta mañana el importe de la venta. Intenta localizarlo por teléfono tres veces, y otras dos desde el *downtown*. DeeDee señala con un tono contrariado que Anthony se ha ido a entrenar a Fuller Park —la otra sala situada en pleno corazón del gueto negro del South Side—, lo que desapruueba porque la forma en que trabaja allí no le conviene: «Anthony ya no es lo que era». «¿Por qué?». «Porque le hace caso a ese maldito Ford [su mánager, un afroamericano dueño de una empresa familiar de limpieza completamente ignorante en materia de boxeo]. Ford quiere que se quede quieto y que se bata cuerpo a cuerpo. Pero ése no es el estilo de Anthony: no es un pegador, no tiene la envergadura para eso. Antes bailaba y esquivaba los golpes, no podías tocarlo, un esquive y un contra, esquive y contra, y bam, te daba uno bueno. Ahora se queda esperando, estático, los pies en el suelo, y le pegan tipos más grandes que él». (Si Ford presiona a Anthony para que cambie su estilo y sea más agresivo y «lleve el combate» a su adversario a pesar de su físico filiforme y de su predilección a la contra, es porque los organizadores prefieren colocar a un boxeador ofensivo aunque sea mediocre antes que a un boxeador defensivo con talento, sobre todo para los combates televisados, dirigidos a un público inculto en el plano pugilístico e incapaz de juzgar el virtuosismo técnico y táctico de los boxeadores).

El otro inconveniente de entrenarse en salas rivales de la ciudad es que se agota rápidamente el vivero de adversarios potenciales para los combates locales: «Si vas a otros *gyms* y les das una paliza a los tipos de tu tamaño, cuando llega el momento de enfrentarte a ellos en una velada no van a querer pelear contigo. Así que puede ser

que el señor Ford aprenda una lección... Eso no se hace con los “paquetes<sup>[\*]</sup>”. ¿Para qué van a ir a un combate si ya les has dado una paliza en el gimnasio, eh? Eso es lo que le pasó a Butch [con tono irónico]: el señor Hankins pidió a Bama —ya conoces a “Alabama”, Louie— que hiciera sparring con él aquí en el *gym*, porque sabía que antes o después tendría que pelear con él. Tendría que haberle dicho a Butch que disimulara, que hiciera como si Bama le daba una paliza. En vez de eso, Butch se juró que lo iba a reventar y vaya si le dio. Resultado, ya puedes esperar sentado: Bama no va a aceptar nunca un combate contra Butch: ¿para qué?».

Son las diez y veinte, es hora de marcharse. Subimos al Jeep Comanche de Curtis, cuya apertura electrónica siempre falla (siempre se queja, pero no tiene dinero para arreglarla). Curtis se acomoda en el asiento y anuncia con orgullo que «no ha cogido» en semanas. Incluso si le ofrecieran cinco chicas ahora mismo para él solo en su cama, las rechazaría porque el combate es lo principal. Apenas arranca pone una empalagosa música de *soul* en la radio —a DeeDee lo horroriza el *rap*— y vamos hacia Lake Shore Drive. La conversación vuelve a la bronca del viejo Page y lo que considera desengaños en la carrera de DeeDee.

DEEDEE: Siempre me dice: «*Man*, te haces viejo, tendrías que haber amasado una pequeña fortuna»; yo le digo: «*Man*, no te metas en mi vida». Siempre diciendo «deberías» esto, «deberías» lo de más allá. Y «con toda la gente que conocías, *man*, que estaban encaprichados contigo, DeeDee...».

CURTIS: Es verdad, debería ser rico, DeeDee, y lo sabe. Lo sabe de sobra pero no *quiere ni pensarlo*, ¿verdad?

DEEDEE [con desdén]: Qué va, no sería rico. Si tuviera que haber sido rico, sería rico.

CURTIS [muy rápido, como diciendo «Ya sé lo que cree en el fondo»]: Debería ser rico pero sabe que fracasó y por eso siempre está detrás de mí, vigilándome para que no me la cargue. [Con fuerza.] *Tiene miedo de que fracase porque sabe que usted fracasó.*

DEEDEE [a la defensiva]: Bah, si hubiera tenido familia, entonces habría sido distinto.

CURTIS [sonriendo hacia mi grabador, que está en marcha]: Está grabando, DeeDee...

DEEDEE: Vaya lo que me importa.

CURTIS [risueño, yo me río también]: Quiere oír nuestra conversación de camino al pesaje...

DEEDEE: Lo sé, lo sé. Cuando lo agarren y le den una buena paliza a ése voy a disfrutar con el espectáculo. [Los tres nos reímos.] Ya te lo advertí, Louie, si no prestas atención, eres un cabezota. [...]

Sí, el viejo Page me dice todo el tiempo lo que tendría que haber hecho o lo que tendría que ser; yo le digo: «Estoy donde tengo que estar, exactamente ahí [*inaudible*]». Y vuelve: «No te han tratado como deberías, y sacar a Radiff de la coca, como hiciste, pero no supiste tratarlo como debías».

CURTIS: ¿Y si Radiff lo ha hecho él solo? ¿Cómo tratas a un tipo hecho y derecho? DeeDee: *Man*, ¿sabes lo que le diría? [Con un tono nervioso.] «¿A qué no sabes una cosa?: eres un *estúpido*». [...]

Un Alfa Romeo rojo nos adelanta con un zumbido. Erguido en su asiento, Curtis se pica y suspira con admiración delante de la máquina rutilante.

DEEDEE [volviéndose hacia mí]: ¿Quién fabrica eso, Louie?

LOUIE: ES italiano.

DEEDEE: Italiano, hum. Debe costar bastante plata, ¿eh?

LOUIE: Sí, sobre todo en Estados Unidos.

DEEDEE: [subiendo el tono]: Me pregunto qué costará en comparación un Mercedes Benz; ¿sabes?, un colega mío tenía cinco Mercedes Benz [cuando trabajaba para un importante promotor japonés en Filipinas]...

Y se trenza con Curtis en una de sus interminables discusiones habituales sobre las ventajas respectivas de los distintos modelos de coche... En el semáforo Curtis se acerca al Alfa Romeo y toca la bocina frenéticamente. DeeDee baja la ventanilla para llamar a su conductor.

DeeDee [gritando por encima del ruido de los motores]: ¿Cuánto cuesta? ¿Cuánto vale? [El conductor responde.] Guau, está bien...



Arrancamos y pasamos delante del estadio municipal de Soldier's Field frente al lago.  
CURTIS: ¿35? Yo creía que costaba más. Éste [su Jeep Comanche] cuesta 32, ja ja.  
Y es un Cadillac.  
LOUIE: El mío, 300 dólares, ¿alguien da más?

Nos compadecemos de la carrera de Alphonzo Radiff, que no ha resultado como prometía. El antiguo semipesado de Woodlawn consiguió el título mundial de la WBC en 1983 pero nunca ganó grandes bolsas y, después de ese breve momento de gloria, sólo sufrió derrotas y vino el naufragio. En 1985, abatido por la droga, fue derrotado en dos asaltos en Las Vegas por un joven peso pesado que subía rápidamente llamado Mike Tyson. DeeDee tiene un punto de nostalgia en la voz y en los ojos: «Cuando estaba en la cúspide de forma era alguien, Phonzo». Alphonzo había cumplido seis años de cárcel por un asalto a mano armada en un campo de trabajo del Sur donde había desarrollado su musculatura —que era colosal— y había templado su carácter. De vuelta a Chicago, a la salida de prisión, se inscribió en el Boys Club. Pero cinco meses más tarde DeeDee lo había echado del *gym* porque había destrozado los vestuarios en un acceso de rabia porque siempre lo vapuleaban entre las cuerdas. El gigante de Woodlawn pidió perdón y el viejo entrenador lo acogió de nuevo. Desde ese momento Alphonzo fue indestructible en el ring. Luchaba como un poseso: «Apenas saltaba de su rincón, ya estaba lanzando golpes, incluso antes de llegar al adversario».

¿Qué piensa DeeDee de Riddick Bowe, la nueva estrella de Nueva York, del que muchos dicen que será pronto el campeón del mundo absoluto? «Hace tiempo que no lo he visto. Ha dejado las drogas. Es un chico de suburbio. Duro. Puede que se haya decidido, que vaya a tomárselo en serio esta vez. Es grande, como muchos chicos de suburbio. Pero todos son unos salvajes [*heathens*], todos ellos<sup>[\*]</sup>. Hay tipos que encuentran el modo de escapar del suburbio, pero otros no pueden dejarlo: demasiados salvajes concentrados en el mismo sitio, de forma que sólo hay salvajes. Y no salen jamás, porque no conocen otra cosa, no saben comportarse de otra manera». La conversación deriva hacia el combate entre Michael Carbajal y el campeón IBF tailandés Kittikasen televisado el día anterior. Curtis siente curiosidad por saber a cuánto ascendía el caché de Carbajal, ¿15 o 20 000 dólares? DeeDee: «¿Bromeas?» ¿30 000? «*Shit*, estás en una cadena nacional, en *prime time*, un domingo por la tarde, ¿qué te crees? Ha debido de cobrar al menos seis cifras, 100 o 150.000.» Otro mundo, pero que parece tan cercano, al alcance de los puños...

A lo largo de los 12 kilómetros que nos separan del centro de la ciudad Curtis no ha dejado de escupir en una bolsa de papel que sujeta con la mano izquierda para perder más agua y bajar un poco el peso, tanto por costumbre como por precaución. Eterno dilema del control del cuerpo. Durante todo el trayecto, DeeDee y él escrutan a las mujeres que pasan, sin dejar de hacer comentarios verdes. Como si la mañana del combate fuera obligatorio dar rienda suelta —e inofensiva— a sus apetencias sexuales, hasta entonces amordazadas. Se van turnando en las apreciaciones casuales

sobre las formas y el supuesto talento amatorio de las mujeres que pasan. Igual ocurre después del pesaje, cuando salimos del Illinois State Building. Curtis ve a dos chicas que se despiden besándose en la boca y alerta inmediatamente al entrenador. «Pero eso no es nada, hombre. Conozco a muchas mujeres que se besan así». Curtis responde con un mohín excitado: «Debería pedirles que me picotearan a mí así, para ver». A una matrona negra al volante de una camioneta que lleva un cartel de *Fish*, DeeDee le grita desde el coche: «¡Yo también soy un pez [piscis]!». Insiste en que otra, igual de rolliza, le había echado el ojo desde la acera. Los dos cómplices se mueren de risa dirigiéndose miradas de desafío cuando vamos detrás de una gran negra con trasero de elefante. «No podrías hacer nada con ella, DeeDee, te aplastaría antes. —Claro que podría: yo siempre puedo...».

### ***El pesaje en el Illinois State Building***

Hemos llegado muy pronto y dejamos el coche en el estacionamiento pago de Randolph Street para llegar andando al Illinois State Building. Subimos al piso noveno en el ascensor de cristal que domina el centro comercial. Curtis está increíblemente relajado, al contrario que en los combates anteriores (normalmente la espera lo vuelve desconfiado, incluso agresivo, y es mejor dejarlo en paz). Nos tropezamos con el *cutman* Laury Myers, sentado en compañía del viejo Herman Mill en la sala de espera del Office of Professional Regulation (organismo encargado de supervisar las profesiones independientes, como el boxeo, por cuenta del Estado<sup>[\*]</sup>).

Mill es un *old timer* flaco y débil con el pelo canoso que tiene más de 200 combates como amateur y 150 combates profesionales a sus espaldas (contra 14 derrotas solamente); según se cuenta, lo sacudió a Willy Peps, legendario campeón de pesos pluma de los años cuarenta. En esa época compartía su vida entre el boxeo y el claqué: una noche hacía un espectáculo de claqué y la siguiente subía al ring. Peleaba varias veces por semana hasta tres o cuatro noches seguidas en cabarets, cines y gimnasios, yendo de ciudad en ciudad en tren. No tenía tiempo de entrenarse: el baile lo mantenía en forma para el boxeo y viceversa. Había aprendido a bailar a la edad de tres años y a boxear a los seis, con su padre, que era músico y formaba con su hermano un dúo de violín y banjo. «Nunca paré, me fui apagando poco a poco...».

Chochea y me cuenta varias veces la misma historia: cómo se enfrentó a un boxeador que pesaba veinte kilos más que él en un bar de Minnesota, a diez grados bajo cero, porque la caldera del tugurio se estropeó; antes de terminar su relato esboza unos alegres pasos de danza. DeeDee y los otros ni siquiera disimulan: han oído estos cuentos cientos de veces.

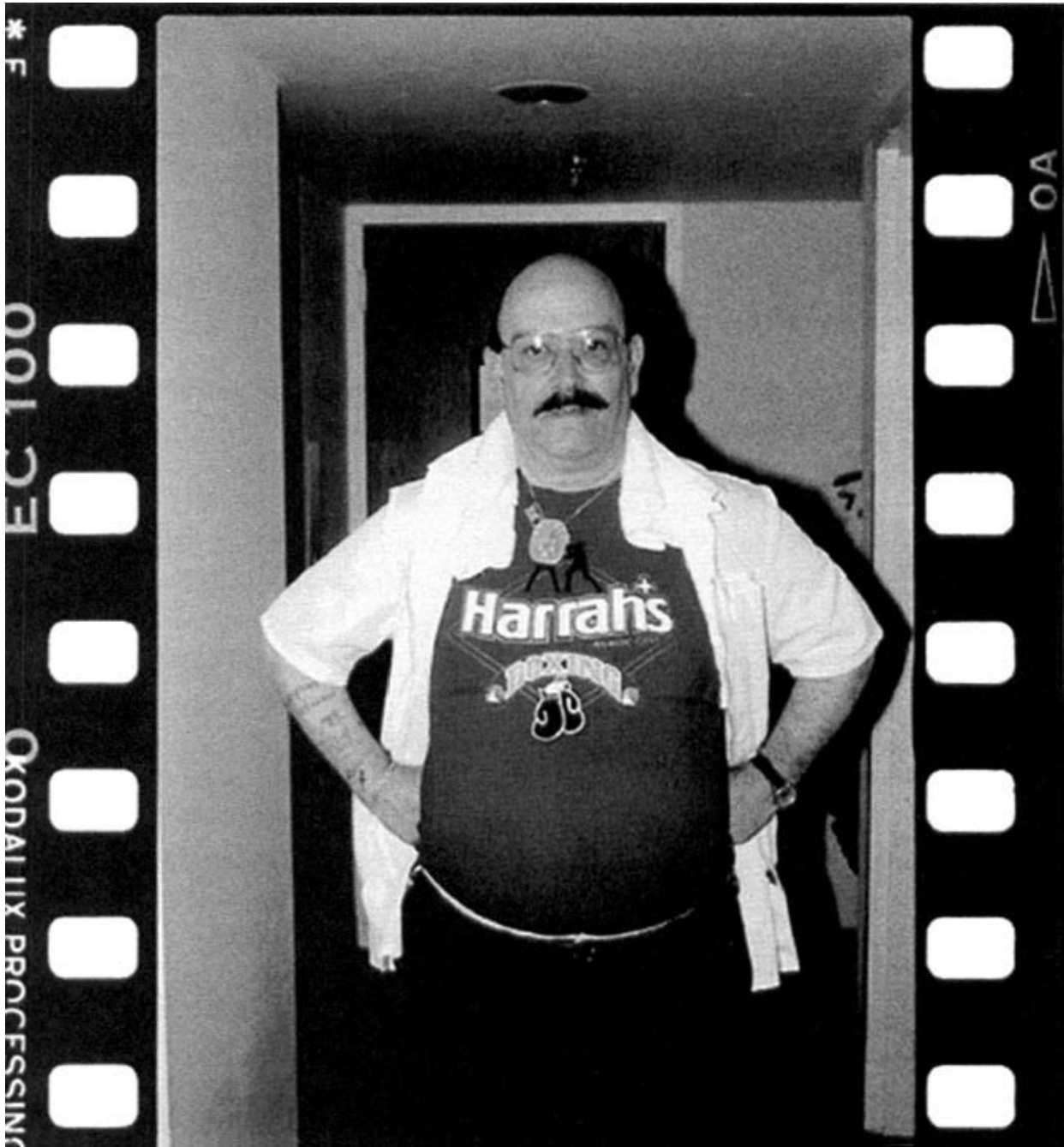
Laury está apoltronado en su sillón, con aire taciturno. Ha venido, como en todos los pesajes, a ofrecer sus servicios de cúter a quien los necesite. Siempre dispuesto a

trabajar con ganas. Le doy la foto que le hice durante un combate de Smithie en Atlantic City el mes anterior y se pone muy contento. Llama a Curtis a hurtadillas y le enseña con orgullo su espantoso collar de escudero engarzado de diamantes falsos con un pesado colgante de oro que proclama «CUTMAN» en grandes letras y otro de la misma factura que dice «MACHO». Y ofrece al boxeador de Woodlawn el rutilante «MACHO» a un precio de amigo: «Ya sé que te gusta el oro, Curtis, y quiero venderlo, así que te lo enseñe a ti primero. [Con tono confidencial.] Vamos, te lo dejo por sólo 75 dólares, que quede entre nosotros». Curtis examina el recargado objeto con interés, lo vuelve una y otra vez en la palma de la mano antes de devolvérselo a su propietario con un mohín de pena: «Es muy bonito, de verdad, pero no tengo esa plata ahora».

**«El boxeo es mi vida, mi mujer, mi amor»**

Desde hace tres largas décadas, Laury trajina 50 horas a la semana como vendedor en la misma tienda de muebles de un barrio popular por un salario que le permite a duras penas pagarse sus modestas necesidades. Con cincuenta y seis años, divorciado, vive solo, sin contacto con las tres hijas y los 13 hijos habidos con cinco mujeres. De una familia italiana de origen judío, su abuelo era sastre y su padre fue boxeador profesional y después obrero en los mataderos de Chicago (inmortalizados por Upton Sinclair en *La jungla*) hasta su clausura en 1951.

De pequeño su padre lo llevaba a las veladas que se celebraban entonces por todas partes. Por devoción filial Laury siguió los pasos de su padre en el ring y peleaba desde los diecisiete años en profesionales con una determinación sólo comparable a su ineptitud: torpe y mal coordinado, sufrió 35 derrotas en 37 combates, 17 de ellas antes del final: «Mi madre tenía por costumbre preguntarme, cuando volvía a casa con la bata y el *short* que me había hecho, “¿Has peleado esta noche?”; yo le decía, “Sí, mamá, por qué?”; ella me respondía: “Porque tu ropa está tan limpia...” [con una vocecita triste]. Y es interesante porque nunca hablábamos de la *vergüenza que yo sentía*. Mi padre estaba muy mal, de ver que yo no conseguía nada en absoluto... Me gustaría que pudiera verme ahora y el éxito que tengo como *cutman* profesional. Eso lo animaría mucho».



Laury Myers, *cutman*, en la habitación del hotel de Atlantic City.

De esta dolorosa experiencia entre las cuerdas Laury conservó una fascinación por los púgiles con los que trata, aunque sean simples boxeadores de preliminares: «La mayoría de la gente no sabe nada sobre los boxeadores. Pero también son seres humanos. Creo que un hombre que sube al ring para pelear es una *persona especial*. Así que debe tratárselo como tal. Y si consigue cosas, si tiene éxito, hay que remunerarlo en consecuencia». A finales de los años setenta probó suerte brevemente como mánager («Lo dejé al cabo de cinco o seis meses, perdía dinero, los dos boxeadores que tenía me volvían loco»). Después, a fuerza de asistir a los pesajes e ir de aquí para allá en compañía de cuidadores, acabó aprendiendo los rudimentos del oficio y pudo emplearse como *cutman*. Este nuevo papel le permitió entrar finalmente en el círculo mágico: «No hay nada que me guste más que el boxeo. *Es mi vida. Mi mujer. Mi amor. Es todo para mí*. Siento una admiración enorme y además conoces gente formidable. Y mi orgullo es ser un verdadero profesional: jamás oirás a nadie decir de mí que no soy un profesional».

El trabajo de un cúter consiste en vigilar que su boxeador no quede inválido por una herida en la cara durante el combate. Para ello dispone de unos 40 segundos durante el minuto de descanso entre los asaltos para taponar una herida, curar una nariz que sangra o incluso controlar un hematoma que amenaza con obstruir la visión del boxeador si se inflama. Su instrumental es rudimentario: bastoncitos de algodón, una

bolsa de hielo, un dedal de hierro, frascos de productos coagulantes (avotina, adrenalina diluida a la milésima), vaselina y la aplicación precisa de presión en las heridas.

Para encontrar trabajo, Laury acude a todos los pesajes de la región, pregunta por las próximas veladas, ofrece sus servicios en los *gyms*. «Con mi amor por el boxeo y mis conocimientos, trabajo para cualquiera: trabajaría con King Kong si necesitara un cúter». A menudo ejerce por una gratificación simbólica, diez dólares, para darse a conocer y tener reconocimiento («Que la gente vea tu profesionalismo»). Lo esencial es estar activo. Desde que la gran revista mensual *Ringside* publicara un elogioso retrato suyo (de la que compró 40 ejemplares en el quiosco de su barrio), Laury alimenta esperanzas de que pronto lo llamen para un gran combate mediático, en los que los cúters ganan hasta un 2% de la bolsa del boxeador.

El cúter bigotudo lee religiosamente las revistas de boxeo todos los meses («Tengo todas las revistas que salen»). Ve ávidamente todos los combates que puede, en televisión y en video, y asiste a todas las veladas del Gran Chicago. «En la tele soy muy crítico con muchos “esquinas”. Hay que tener calma, tener sangre fría. Tienes que saber lo que estás haciendo. Si te pones nervioso o te excitas, lo proyectas en el boxeador y de repente tu boxeador está nervioso y excitado. Mientras que si le hablas despacio y le das buenos consejos, ejecutará la estrategia que tú le fijes. ¡Por Dios! Hay que ser *pro-fe-sio-nal*». Según su experiencia, más de un tercio de los combates provoca un corte en la cara que necesita la intervención del *cutman* y alrededor de uno de cada veinte una herida más grave. Su orgullo: en 13 años de ejercicio ninguno de los boxeadores a su cargo ha perdido un combate por las heridas.

«¿Lo que más me gusta? Te va a parecer idiota: hacer mi trabajo. Todos los combates me interesan, ya sea uno pequeño, uno grande o un combate de novatos. Cada ocasión que tengo de estar en la esquina, o sobre el cuadrilátero, es mi trabajo, es un placer. Tanto si estoy con alguien conocido o desconocido, todos los combates me resultan apasionantes. Puedo trabajar todos los días de la semana. Es lo que más me gusta. Es mi vida. No pienso en otra cosa aparte del boxeo y las guapas *cardgirls*».

A unos metros de distancia, discretamente sentado en el otro extremo del banco, hay un blanco bajito y fornido, rubio, con la cabeza rapada y la cara esculpida con trazos torvos, vestido con una camiseta gris y una bata verde descolorida. Me imagino que es Hannah, el adversario de Curtis. Ha venido solo al pesaje, el único hombre de esquina que aparece en el programa de la velada es su propio padre, lo que me deja helado interiormente. DeeDee se impacienta y decide matar el tiempo yendo a tomar un café. «¿Dónde va? —se queja Curtis—. Espere a que me pesen, *man*, después iremos todos a tomar un café y desayunar juntos». Pero el viejo entrenador tiene mucha hambre. De pronto Curtis se va otra vez al baño.

A las once en punto los oficiales entran en la sala de pesaje, el gran rectángulo con aire acondicionado y moquette gris se llena poco a poco: el *matchmaker* Jack Cowen, que ha armado el cartel de esta noche; Doc Bynum, el médico habilitado por la Comisión para certificar el estado de salud de los boxeadores; las tres secretarias, dos rubias deslavadas y una pelirroja emperifollada, que distribuyen el papeleo (licencias de los boxeadores y de los hombres de esquina, certificados médicos, exenciones de responsabilidad, fianzas de los premios, etc.); el árbitro Sean Curtin; el *Commissioner* con su bigote canoso; los viejos entrenadores de la zona que parlotean entre sí; y los otros habituales de las mañanas de combate. Hablo un momento con Sean Curtin, que me conoce porque arbitró la velada de mi combate en los Golden Gloves. Cuando me sorprendo de que James «Jazzy» Flowers sea campeón semipesado del Estado con un historial ruinoso de cuatro victorias contra dos derrotas, suspira: «Qué quieres, cada vez hay menos boxeadores... No tenía oposición, por eso». ¡La escasez de boxeadores es tan grave que muy pronto bastará con hacerse profesional para ser propulsado automáticamente a campeón del Estado!

Curtin hace una mueca que tuerce su cara de irlandés: «Muy pocos tipos vienen a boxear ahora, muy pocos. [Resoplando con aire contrariado.] Es increíble cómo ha bajado. Los padres no quieren que sus hijos lo hagan. Humm, fiuu... [Resopla de nuevo para subrayar su consternación.] Y hay menos actividades, menos combates, tampoco hay publicidad. Cuando yo era boxeador, cada vez que peleaba había un anuncio en el *Chicago Tribune* [el principal periódico de la ciudad] para cualquiera. El *Tribune* era el patrocinador de los Golden Gloves. Todos los que participaban en los Golden Gloves veían su nombre en el periódico. Ponían tu foto. Yo boxeé por el título de campeón de los Golden Gloves y mi foto salió en la *primera página* de la edición dominical. Tenías mucha publicidad, y cuando eres joven te estimula ver tu nombre en el periódico, te gusta. Ya no lo hacen; hoy la gente no sabe quién es el campeón de los Golden Gloves».

Durante este tiempo Jack se apresura junto a la secretaria de la Comisión para asegurarse de que envía todos los resultados oficiales de los combates a todos los interesados, organizadores, entrenadores y comisiones de los Estados vecinos. «En la última velada en Park West León Sushay, por un motivo que desconozco, no recibí su copia. ¿Puede enviarle otra?». Después dice a DeeDee que Jim Strickland, farmacéutico y entrenador-mánager en su tiempo libre, está de acuerdo en ser cúter en el rincón de Curtis esta noche puesto que Ed Woods, su *cutman* habitual, no podrá estar, no ha podido dejar su trabajo para venir en coche desde Indianápolis, adonde se ha mudado recientemente. Jack añade a Strickland en la lista de personas autorizadas a entrar sin pagar esta noche en el Studio 104.

Curtis se acerca avergonzado a Cowen y le anuncia que Lorenzo tiene siete entradas que debía vender por su cuenta; así que no tiene todo el dinero que debía darle esta mañana. Jack responde burlándose: *Call the police*. Algo aliviado, Curtis vuelve a sentarse al fondo de la sala mientras que DeeDee da a Cowen la suma correspondiente a la venta de las entradas asignadas a su pupilo. El *matchmaker* cuenta meticulosamente los billetes ordenándolos en la mesa, lejos del pesaje propiamente dicho, que se desarrolla sin ceremonia. Hace rápidamente sus cuentas en un papel multiplicando el número de billetes por su valor nominal. ¿Total? ¡Sorpresa! Faltan 300 dólares, el equivalente a 15 entradas. Oleada de pánico. DeeDee hace una mueca. Jack vuelve a contar rápidamente: siguen faltando 300 dólares. Sin embargo, Curtis está seguro de que ha traído todo el dinero. La mirada de DeeDee se ilumina de pronto. El enigma está aclarado: son las entradas confiadas a Jeb Garney, el mánager de Curtis. Jack respira aliviado: «Ah, bueno, *okay*, estamos en paz». Entrega 500 dólares a DeeDee: «Aquí van 500 para Curtis, así lo dejamos liquidado. Ya veremos más tarde la comisión, cuando hayamos recibido todo<sup>[\*]</sup>». ¿Qué hacer con las nueve entradas que le quedaban a Curtis? Jack dice a DeeDee que se las quede, nunca se sabe, quizá se puedan vender esta noche... Nos informan que Jeb Garney no estará durante el pesaje; ha quedado con DeeDee y Curtis a las dos en punto en Daley's, un restaurante que hay junto al gimnasio, para la tradicional comida

antes del combate. Todo indica que es una tarjeta sin gran interés, un combate rutinario para la estrella del Woodlawn Boys.

DeeDee y Curtis han vendido 1220 dólares en entradas, lo que representa una bonita suma. Jack anota en un papel el número de entradas asignadas a cada boxeador por las ventas «a comisión»: Curtis Strong 70, Keith Rush 20, Windy City 150 (gimnasio rival del West Side que tiene a dos boxeadores en cartel esta noche) y otros dos nombres que no reconozco con 50 y 20 entradas respectivamente. Por un total de 310 entradas para los boxeadores y su entorno, es decir, 6200 dólares garantizados, lo que debería cubrir la mitad del costo de la organización de la velada. Si suponemos que todos los boxeadores consiguen vender su parte, lo que sería sorprendente[\*].

Vienen a advertir a Cowen que los chicos que debían ir a buscar a los boxeadores de Milwaukee a la estación Greyhound en diez minutos no pueden llegar: su coche se ha averiado[\*]. Jack decide de mala gana enviar a Kitchen, un borracho crónico, habitual de los *gyms* y de las veladas, donde ofrece sus servicios como fotógrafo aficionado. Con un tono falsamente formal y abiertamente paternalista, se dirige a él, que espera como siempre la oportunidad de ganarse unos dólares.

JACK: Voy a enviar a Kitchen, no veo otra solución. Voy a darle algo de dinero y a meterlo en un taxi, ¡sobrio!... [Se dirige a Kitchen, que deambula con aire pasmado y lo agarra con autoridad por el hombro.]

Seeeñor Kitchen, venga, por favor. Tiene la oportunidad de *ganarse el pan*, ja, ja.

KITCHEN [humildemente]: ¿Alguien me llama?

JACK [condescendiente]: Yo. ¿Ha bebido hoy?

KITCHEN [sacude vigorosamente la cabeza]: Pues no.

JACK: ¿Está en forma?

KITCHEN [deferente]: Sí señor.

JACK: De acuerdo. Ahí van diez dólares. Va a ir a buscar un taxi enseguida para ir a la estación de autobuses Greyhound, donde tiene que esperar a un tal Sherman Dixon. Debería llegar en unos cinco minutos.

KITCHEN: De acuerdo. ¿Cómo era el nombre?

JACK: Sherman Dixon, un tipo bajito y fuerte. Un tipo bajito, negro y fornido, con la cabeza redonda. El otro chico se llama Zeb no sé qué, es... Los dos son pesos ligeros, deberían llegar juntos.

Kitchen no sabe dónde está la nueva estación de autobuses Greyhound desde que la han trasladado del centro de la ciudad, y Cowen debe escribirle la dirección con su mala letra de zurdo en un trozo de papel; no te puedes fiar de los taxistas porque muchas veces son inmigrantes recién llegados que no conocen la ciudad. A continuación le describe detalladamente el aspecto de los dos boxeadores de Milwaukee. (Intenta convencerme de que vaya yo en lugar de Kitchen pero ni hablar: no quiero perderme el pesaje).

Un joven puertorriqueño bigotudo (más tarde sabría que era Ishmael, un peso medio de Aurora que debuta en profesionales) viene a llorar a Cowen para que lo meta en el cartel. Ha venido desde su lejano barrio con la esperanza de que Anthony esté allí y que Jack los coloque en el programa de la noche. Pero Anthony sólo estaba previsto como sustituto en el último minuto. Ishmael pone cara de derrota: «¡Man, me he entrenado mucho, tenía ganas de este combate. Conozco a Anthony, nos

ponemos juntos los guantes; es un desafío, *man!* Quiero un desafío, para mí es el desafío supremo. (¡Ay, cómo me habría gustado pelear!)». Más que el desafío es el dinero lo que necesita... es una necesidad apremiante para que haya hecho 60 kilómetros con la esperanza improbable de combatir de improviso. Jack no pierde la ocasión: le propone un combate en Cleveland a finales del mes siguiente. Asegura a Avendano, el entrenador de Ishmael, que es todo oídos, que ese combate es el mejor para él: su adversario será un novato que ha sufrido tres derrotas y un nulo por sólo dos victorias («El tipo es particularmente fácil»). Avendano transmite la información a Ishmael asintiendo con la cabeza. El joven puertorriqueño parece muy contrariado pero acaba, a falta de otra cosa, por aceptar el combate «en el exterior»; así Cowen desplaza su mercancía de un mercado a otro para rellenar los carteles que le encargan a través del Medio Oeste.

Un joven endeble con la piel color crema, cabellos lisos y ensortijados alrededor de un rostro anguloso viene a pedir a Jack que le dé un combate. El *matchmaker* lo echa sin contemplaciones con un sarcasmo: «Ni siquiera sabes dónde está la sala de entrenamiento donde vas, déjalo». Ante la insistencia del suplicante: «Se lo pido, deme una pequeña oportunidad, una sola y le demostraré que sé pelear», Jack acepta emplearlo en utillería, repartiendo los guantes y otras labores subalternas. Me pregunto por qué salario de miseria... Tan miserable como el de los asistentes al pesaje: dos docenas de personas contando los empleados de la Comisión. DeeDee cuenta cómo en las décadas de posguerra, la sala rebosaba de boxeadores atraídos por la perspectiva de que los contrataran en el último minuto: «Siempre había 50 o 60 tipos que esperaban, diciéndose quizá uno no venga, o se torcerá un tobillo, o el médico no lo autorizará a pelear porque tiene una herida mal cerrada, y entonces necesitarán un sustituto. Sí, la sala estaba llena, hasta en los años sesenta». Además de que los boxeadores de antaño eran más duros: «*Shit*, todo el mundo sabía pelear entonces. Quiero decir, sabían pelear de verdad. Los tipos de ahora no tendrían ni la mínima oportunidad con ellos».

Durante este tiempo el pesaje sigue su curso. Little Keith, James Flowers y Danny Nieves han pasado por la balanza y se han vuelto a sentar, silenciosos, inescrutables. La secretaria de la Comisión pregunta con una voz aguda: «¿Queda algún boxeador que esté en el cartel y no se haya acercado?». Respondemos: «¡Curtis Strong!». Este último se abre paso entre el grupo, se quita la bata y sin aspavientos se sube a la balanza en calzoncillos blancos. Espiración. 133 libras justas. Inspiración. Ni poses espectaculares ni declaraciones intempestivas dirigidas al adversario, que está callado en su rincón después de haber marcado 129,7 libras. Está dentro de la horquilla acordada previamente por las dos partes. Todo marcha. Los boxeadores vienen de uno en uno a firmar su contrato a medida que Cowen los va llamando; los contratos se rubrican la mañana del combate, lo que permite cambiar el programa del combate en el último momento o modificar el margen de peso de los dos boxeadores si uno de ellos no ha respetado el límite<sup>[\*]</sup>.



Curtis cobrará 500 dólares, mientras que Little Keith firma un contrato por sólo 200; es la paga que le parecía «justa» según me decía: 50 dólares por asalto, es decir, la tarifa en vigor desde hace años. Veo por encima del hombro de Jeff Hannah que va a recibir un caché de 600 dólares. Ha habido que remunerarlo más que a su adversario para convencerlo de que viniera a Chicago a que le dieran una paliza. Resulta difícil encontrar adversarios para Curtis desde que pasó a los combates de diez asaltos (que son cabeza de cartel): hay pocos boxeadores de ese nivel y todos, por añadidura, se limitan a combatir a domicilio y a evitar a los «clientes serios» para no arriesgarse a empañar su récord.

Curtis y DeeDee se sientan al fondo de la sala con Eddie, que se adormece en la fila de atrás. Después Curtis se levanta para presentarse a Jeff Hannah, que espera, solo, apoyándose en la pared, en la esquina de enfrente. Estrecha la mano de su adversario y charla con él un momento con un tono amistoso; de lejos parecen dos colegas que se encuentran, están relajados. Curtis palpa el pecho de Hannah riendo. (Mencionemos de paso el mito mediático según el cual los boxeadores deben sentir «el odio» hacia su rival para pelear bien, mito que tiene la virtud de exasperar a DeeDee, puesto que da prueba de la ignorancia del público respecto de la *Sweet Science*).

Curtis y DeeDee esperan  
que termine el pesaje  
sentados con Cligg y Eddie.



24

EL 400 KODAK SAFETY FILM



Jack Cowen y su ayudante clasifican los guantes  
para los combates de la noche.

Aprovecho el interludio para dar a Jack la carta que el dentista ha enviado a Ashante para reclamarle el pago inmediato de los cuidados recibidos por la mandíbula rota en el combate de Cleveland en febrero y que el promotor de Cleveland no ha pagado todavía. Jack finge estar asombrado de que su buen amigo Larry no haya satisfecho la deuda.

Cuando DeeDee se entera, se muestra irritado: «*Man*, pero pasa de eso, eso no es nada. Las facturas así las olvidas, no se pagan, es todo». Eddie tiene un aspecto tranquilo, pero sé que está tenso como una ballesta porque Keith combate esa noche.

**«Nunca puedes subestimar a un boxeador»**

**Eddie, después de una velada en el International Amphitheater**

LOUIE: ¿Te pones nervioso cuando tus boxeadores suben al ring, por ejemplo, cuando Lorenzo o Keith suben al cuadrilátero?

EDDIE: Con todos. Todos y cada uno de ellos. Y no hago diferencias con ninguno. Con todos. Es una sensación que tengo en las tripas con todos ellos. ¿Sabes?, siempre tienes un punto de miedo, no importa quién sea. Incluso con el más fuerte del mundo.

LOUIE: ¿Te pones nervioso en los días anteriores, cuando estás entrenando para el combate, o sólo el día del combate?

EDDIE: Cuando llega el combate. Antes estoy relajado. Sólo quiero que todo vaya bien, nada más.

LOUIE: ¿Y cuándo te pones nervioso?

EDDIE: A veces en el pesaje. Depende. A veces la noche del combate. Porque un combate fácil no existe. Al menos para mí. Porque he visto a tipos a los que les traían «paquetes» y perdían. He visto «perros viejos» dejar KO a los aspirantes al título. Mira, cuando Larry Holmes [el campeón del mundo de los pesos pesados] peleó contra Mike Weaver, Mike Weaver tenía nueve derrotas, pero envió a Larry Holmes a la lona, y cuando Larry Holmes le hizo besar la lona, se levantó inmediatamente. Y Holmes apenas conseguía lanzar sus combinaciones [imita las combinaciones en cámara lenta, simulando el agotamiento] y el árbitro paró el combate. Porque tenía miedo de que Weaver tocara de nuevo a Holmes y le causara lesiones. Así que eso te demuestra *que nunca puedes subestimar a un boxeador en ningún momento ni en ningún sitio*. Y es lo que yo digo a los chicos, les digo: «aunque tu adversario te parezca fácil, hay que andar listo y vigilante», porque eso forma parte del boxeo.

LOUIE: Porque cuando subes al ring no sabes lo que puede pasar...

EDDIE: Exacto, exacto, por eso se lo digo e insisto todo el tiempo: preparación, pre-pa-ra-ción.

LOUIE: Durante el combate, cuando el adversario se lo hace difícil a Lorenzo o a Keith, ¿sigues estando tenso?

EDDIE: No, bueno, porque una vez que están en el ring sé que están preparados para ello. Según hayan hecho el sparring han aprendido a salir de esa situación en la sala. Porque cuando Curtis pelea con Lorenzo o Keith, sabes que van a recibir una buena porque es así como trabajan. Por eso hay tantos tipos de otros gimnasios que vienen al nuestro para practicar. Porque saben que si te preparas en Woodlawn va a ser un sparring *realmente duro, a fondo*. Porque así trabajamos nosotros.

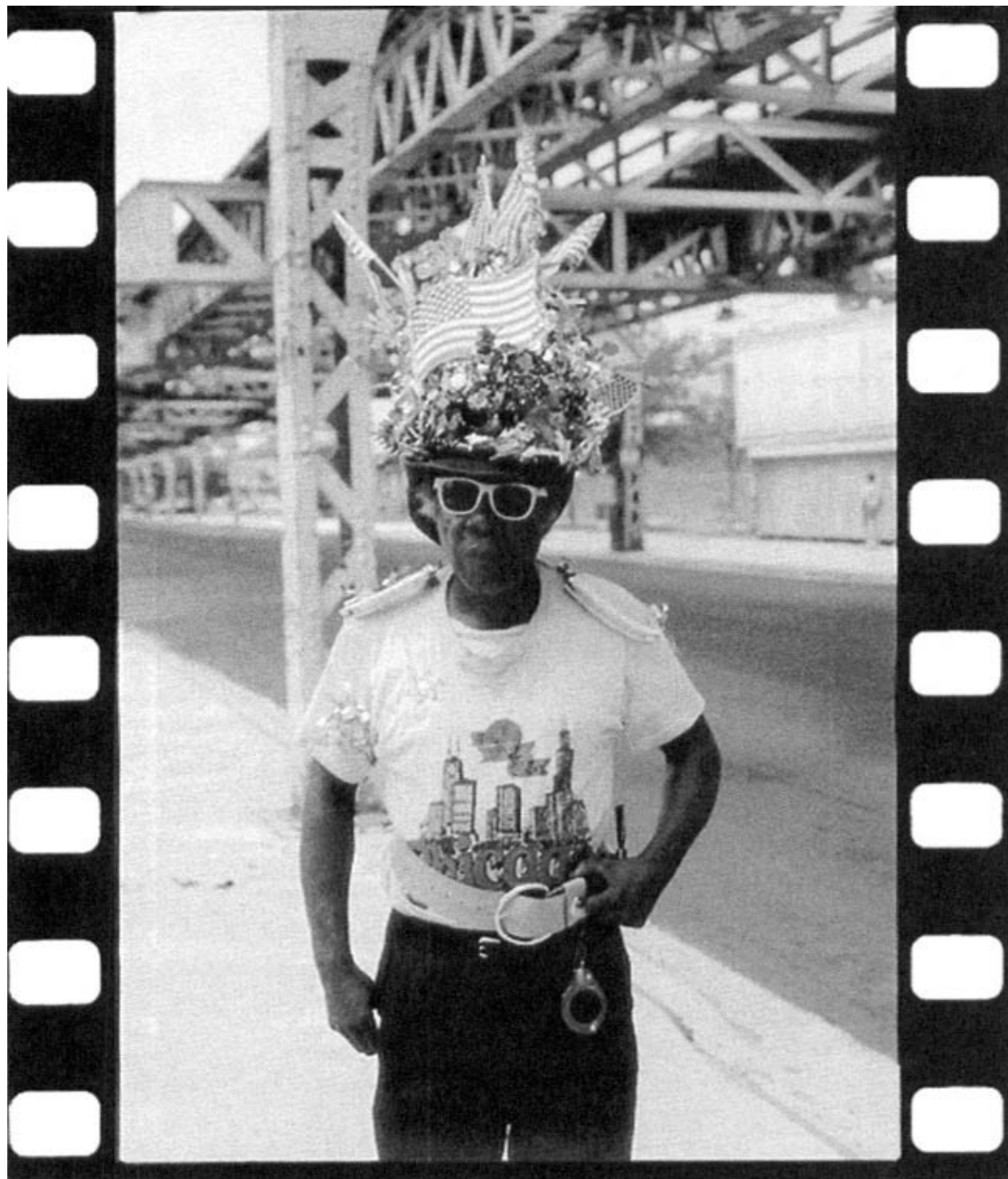
DeeDee, Curtis, Eddie, Little Keith y yo volvemos a Woodlawn. El año anterior Curtis peleó contra el «duro» de Milwaukee con el que se va a enfrentar Keith esta noche. En el ascensor Curtis tranquiliza a su colega: «No es un duro. Si lo presionas se desmorona, no tendrás problemas. Lo dejé KO en el tercer asalto, así que no puedo decirte si es capaz de mantener la distancia». De todos modos la pelea sólo es a cuatro asaltos.

Al salir del Illinois Center, llamo la atención de DeeDee sobre la exposición de

arte del vestíbulo. ¿Le gustaría ver en su salón una especie de cuadro abstracto azulado en relieve grumoso que preside la entrada? «*Man*, no sabría decirte qué es eso, Louie». Sin embargo, de mujeres sí sabe, y Curtis también. Las bromas insinuantes y las miradas pícaras continúan en cuanto salimos a la calle. Mientras que el empleado del estacionamiento nos trae el coche, Curtis mastica una barra de chocolate con maní y hace unos pasos de boxeo en el cuartucho de hormigón donde esperamos. Un chico se acerca y dice que lo reconoce: «Lo he visto en la tele, ¿es boxeador, no?». Da la mano a Curtis y saluda a DeeDee con énfasis, visiblemente impresionado por estar en presencia de practicantes del Noble Arte. En el coche, conversación de boxeo sobre los combates de la víspera en la televisión y sobre los adversarios de Keith esa noche.

### *Una tarde de nervios*

De vuelta a la calle 63 nos tropezamos con un viejo andrajoso ataviado con un traje de carnaval increíble: polainas blancas, arreteras y chaqueta rojos, tocado con un sombrero extravagante con hélices rematadas en una docena de pequeñas banderas norteamericanas. ¡Una verdadera feria ambulante! DeeDee y Eddie se extrañan de que no lo conozca —es un personaje en el barrio— y me sugieren que le haga una foto porque le encanta. Le pregunto al viejo entrenador si ese hombre está loco: «Si yo llevara un sombrero así por la calle, Louie, ¿qué pensarías?». Curtis vuelve a telefonar a Lorenzo para intentar averiguar dónde están sus entradas. «Si quieres un consejo —dice Eddie—, ya te dije que no puedes contar con Lorenzo. No es de fiar. Ahora ya lo sabes».



«Si yo llevara un sombrero así, Louie, ¿qué pensarías?»

Curtis y DeeDee deben esperar dos horas antes de ir a comer a Daley's con Jeb Garney, que los ha citado en el restaurante. El momento del almuerzo se calcula en función de la hora del combate, es decir, cinco horas antes, de forma que el boxeador digiera pero conserve las calorías de su última comida. DeeDee no tiene ganas de esperar todo ese tiempo; siempre está de mal humor cuando se acerca un combate. Quedamos en encontrarnos para ir al *gym* juntos a las cinco y media. Sherry, la mujer de Curtis, no vendrá a la velada porque está embarazada, y Curtis no ha invitado a nadie de su familia por orden expresa de DeeDee. Iremos sólo los tres en su jeep.

Llevo a Eddie a su casa en la calle 55. Mientras vamos por Cottage Grove Avenue, me dice: «Los jóvenes de este barrio no tienen mucho donde elegir: o caes en la droga o en la cárcel. [...] ¿Has visto el “apagón” del West Side?». Desde hace tres días un sector del gueto occidental de la ciudad carece de electricidad a causa de una avería en una subestación.

LOUIE: Sí, lo he oído.

EDDIE: Bueno, han asaltado la mayoría de las tiendas. La mayoría eran tenderos árabes<sup>[\*]</sup>. Y tenían relaciones tan malas con la gente del barrio que los han desvalijado. Louie: ¿Por qué tienen tan mala relación?

EDDIE: ¿Sabes?, los árabes no respetan a los negros, porque la mayoría de ellos... ya sabes lo que te he dicho, estás en un barrio donde la mayoría de los tipos son alcohólicos y se comportan como idiotas, así que por eso no los respetan. La gente no se lleva muy bien.

LOUIE: Ah, crees que es más por culpa de los negros del barrio que de...

EDDIE: Es, es *culpa de los dos*...

LOUIE: ¿Los árabes o los coreanos?

EDDIE: De los dos igual. Para empezar, tienes una tienda de bebidas en cada esquina, así que ya sabes, eso también cuenta. Es culpa de muchas cosas.

LOUIE: ¿Por qué hay tantas tiendas que venden alcohol en estos barrios?

EDDIE: Porque saben bien [con tono taciturno] que cuando la gente está *oprimida*, sin trabajo, va a vagabundear y a matar el tiempo borracha. La sola diferencia entre la tienda de alcohol y una *crackhouse*<sup>[\*]</sup> es que la tienda de alcohol es legal. Está *autorizada por el Estado*, por eso exactamente, pues no hay tanta diferencia. Porque el mismo tipo de gente que ves en la *crackhouse*, delante de la *crackhouse*, está delante de cualquier tienda de alcohol; no hay tanta diferencia. [...]

LOUIE: Ya habrás visto un montón de pesajes a estas alturas.

EDDIE: Sí, te acostumbras, es la rutina...

LOUIE: ¿No te aburre tener que ir y...?

EDDIE: No, de verdad. Es la única vez que voy al centro de la ciudad. No soy del tipo de gente que va a la ciudad. Porque todo el mundo tiene prisa, siempre van corriendo.

De vuelta a casa intento aprovechar el descanso para tomar notas, pero estoy tan cansado de la jornada de ayer y nervioso por el combate inminente que no adelanto nada. Ashante llega hacia las cinco. Ha venido a entrenarse antes hoy porque sabía que el *gym* cerraba pronto por el combate. Ha hecho una buena sesión que le ha devuelto un poco la forma; desde la interrupción de tres meses por la fractura de mandíbula ha tenido dificultades para recuperar su marca. Ayer fue a ver los partidos de básquet del torneo «3 contra 3» patrocinado por la cerveza Budweiser en Grant Park, a la orilla del lago Michigan. Me acompaña al club Yancee Boys en la avenida Wabash para llevar la carta a la Soft Sheen Foundation (una solicitud de subvención para el viaje de intercambio que quiero organizar con el club de boxeo de Vitry-sur-Seine<sup>[5]</sup>). Al llegar al barrio, aún más ruinoso que Woodlawn, Ashante exclama: «¡Oh, boy! ¡Mi colegio, mi instituto!». Estamos delante de la institución donde realizó sus estudios antes de abandonarlos en el bachillerato, y se emociona recordando esos momentos porque es la primera vez que vuelve a esta zona de South Side desde la adolescencia. El instituto es un edificio macizo de ladrillo con aspecto de cuartel rodeado por terrenos abandonados y a la sombra de dos grandes edificios de viviendas sociales con las paredes cubiertas de *graffiti* y las ventanas de los bajos

tapiadas.

ASHANTE: No ha cambiado, sólo que está más deteriorado, claro... Las personas han cambiado, no son las mismas. Las bandas han cambiado también. Hace diez años no había asesinatos como ahora, pero ¿sabes?, antes, cuando dos tipos de una banda querían pelearse los dejabas pelearse *uno contra uno*. Ahora no es así: si quieres pelearte conmigo, saco mi arma y te mato, ¿comprendes? Y cuando tienes una pistola es lo primero en lo que piensas; no en firmar la paz y dejar que los dos tipos se peleen y resuelvan su problema como hombres de verdad. *Ahora da miedo* porque los tipos no tienen [elevando bruscamente la voz], quiero decir, *no dan ningún valor a la vida*, no vale nada para ellos. Da igual que sea de mujeres, bebés o niños...

LOUIE: ¿No era así en los tiempos en los que estabas en una banda?

ASHANTE: No, sobre todo había peleas con los puños. Ahora los tipos te meten un tiro por nada, hay algunos que se cargan a tres o cuatro niños en un *drive-by-shooting* [tiroteo desde los coches]; antes no era así.

LOUIE: ¿Antes no había *drive-by-shootings*?

ASHANTE [pausa para pensar]: No, bueno, había, pero no como ahora. No tantos como ahora.

LOUIE: Y el comercio de droga, ¿es verdad que está descontrolado?

ASHANTE: La droga, la droga... es un desbarajuste. Peor. Mierda, la droga no era nada antes, si se compara. ¿Sabes?, antes sólo algunos tipos estaban enganchados, mientras que ahora, bueno. Mi niño [su hijo de 5 años] podría conseguir toda la droga que quisiera si quisiera. Es peor, peor, más grave que nunca, gracias al gobierno y a la CIA<sup>[\*]</sup>.

¿Qué ha sido de los jóvenes del barrio con los que ibas en esa época? «La mayoría están *enganchados, muertos o en la cárcel...*» Decididamente no salimos de este tríptico macabro, puesto que es más o menos la respuesta que me han dado todos los boxeadores negros a los que he preguntado sobre este asunto (pero no así sus colegas blancos, para los que tener un trabajo estable de obreros es el destino típico). Antes de volver a casa pasamos por la Coop, donde compro fruta y rollos para hacer fotos de los boxeadores.

### ***El macabro destino de los amigos de infancia***

LORENZO: La mayoría están presos o *muertos y enterrados*, ¿sabes?, algunos están todavía en la calle, rebuscándose la vida, pero la mayoría de los que estaban conmigo están en la cárcel; hay algunos que han salido adelante, otros que no y otros que están entre los dos.

LOUIE: ¿Tú podrías ser uno de esos que están en la cárcel?

LORENZO: *Habría* podido, sí, podría ser así.

LOUIE: ¿Y qué lo ha evitado?

LORENZO: No lo sé, tomé otro camino, eso es todo.

TONY: Bien, hay algunos que trabajan, hay otros que son *yonkis*, otros que *venden droga*, y hay otros que se casaron y es el infierno pero intentan sobrevivir, igual que yo: naufragas e intentas sobrevivir.

ANTHONY: No hacen nada; algunos son prófugos, con la policía en sus talones; la mayoría hacen buenos negocios pero *es con la droga*. Y algunos no se las arreglan mal, tienen un trabajo pero también hacen changas.

LOUIE: ¿Por qué hay tantos tipos que trafican con droga ahora?

ANTHONY: Todos quieren... no, no el dinero fácil, no es eso, quieren, quieren *un sueño*. [En un tono muy reposado.] *Se arman una película*, es lo que quieren: vivir una película.

CURTIS: Mi madre me dijo cuando me hice mayor y todo eso, creo que cuando tenía catorce o quince años me dijo: un día algunos amigos tuyos morirán y otros acabarán en prisión. Y *como me lo dijo* sucedió: muchos, casi la mitad; bueno, puede que no la mitad, eso sería demasiado, pero a muchos de mis amigos los han asesinado a fuerza de *andar con las bandas* o están vendiendo droga, tengo muchos amigos que sólo hacen eso, vender droga [eleva el tono indignado], *enganchados a la droga, revenden cocaína*

para comprarse otro tipo de droga, lo llaman Karachi, creo, es un *downer* [un depresor]. [Su voz retumba con un tono sombrío.] Y muchos de mis amigos están en la cárcel. Quiero decir algunos de mis mejores amigos, amigos que terminaron el instituto puedo contarlos con los dedos de una mano, los que han seguido una carrera, que tienen un trabajo, que intentan ser alguien. Puedo contarlos con los dedos de una mano. Pero eso no impide que los vea y hable con ellos.

A Ashante le gustaría a todas luces venir a la velada puesto que Calhoun, un hombre de negocios y gángster del South Side con el que quiere ponerse en contacto desde hace varias semanas con la esperanza de que quiera ser su *mánager*, estará allí. Me lo sugiere con torpeza: «¿Qué haces esta noche, Louie? ¿Quién va a la velada? DeeDee te habrá puesto en la lista, ¿verdad?» (las personas autorizadas por el organizador para entrar gratis). Le pregunto si le gustaría ir al Studio 104 con nosotros. «Claro, pero no tengo plata en este momento». Le propongo invitarlo puesto que voy a ir gratis y contaba con pagarme la entrada. «Es un detalle, Louie, de verdad». Antes de que una crisis cardíaca acabara prematuramente con su vida, Charles, su antiguo *mánager-entrenador*, siempre tenía entradas gratis para las veladas y se las arreglaba para que Ashante no tuviera que pagar para asistir a una velada. Si hacía falta montaba en cólera y vociferaba en la boletería hasta que el organizador cedía.

Pero Ashante no quiere ir al Studio 104 por la tarde con Curtis, DeeDee y conmigo; es demasiado pronto para él. Prefiere esperar a las siete para ir con Liz, mi compañera, su amiga Fanette y Olivier (apodado Le Doc). Quedamos en que este último le dará su entrada. Liz tiene la suya y Fanette también. Cuando Le Doc llegue al Studio 104, sólo tendrá que decir que me busquen para comprar una entrada de las de Curtis en lugar de en la taquilla, lo que aumentará las ventas de Curtis y su comisión. «¿Qué? ¿Bromeas, Louie? —se burla Ashante—. No tendrá ninguna comisión por las entradas. Una vez Butch vendió 200 entradas para su combate a sus colegas bomberos, 200, lo has oído bien. Y no le dieron nada».

Sugiero a Ashante que se quede en el departamento a esperar a Liz, pero, después de pensarlo, declina la oferta: le da miedo quedarse solo con Titus, mi husky de 50 kilos, aunque lo deje atado en la cocina. (Otro día me confesaría: «No soporto estar en la misma habitación con un animal peor que yo»). Sólo tengo que abrirle el coche que está estacionado delante de mi edificio y esperará dentro. Si se va a quedar fuera, ¿por qué no se sienta en la sombra, en el césped delante del edificio, en lugar de encerrarse en el viejo Plymouth Valiant sin radio ni aire acondicionado a pleno sol? «Déjate de bromas, Louie. Ni hablar de quedarme delante de la puerta. Ya sabes que la policía me detendría enseguida. —¿Por qué? —¿Por qué? [Nervioso.] *Por nada, vamos*. No van a dejarme así tranquilamente. *Man*, no quieren ver negros en el barrio, Louie, ya lo sabes. Ya te lo he dicho, antes iba a Hyde Park y siempre, sin falta, me detenía la policía sólo por cruzar la calle <sup>[\*]</sup>.» Insisto pero no hay nada que hacer: «Van a detenerme por *trespassing*, ya sabes como es esto, Louie», se exaspera. Finalmente me voy dejándolo dentro del coche, en plena canícula, esperando el regreso de las chicas.



Bajo Ingleside Street a pie hasta el Boys Club, donde he quedado con DeeDee y los otros. La puerta de entrada está sujeta con un trozo de madera. Eddie está en medio y charla con Anthony y Maurice, su tímido primo, que hace *kick-boxing*. Keith está tumbado en la mesa de abdominales al pie del ring, con la cabeza girada y los ojos cerrados: intenta dormir, como se recomienda a los boxeadores antes de un combate (para que se relajen y conserven la energía), pero puede verse la ansiedad en su cara. DeeDee vuelve de la tienda de al lado y espera pacientemente a que llegue Curtis, sentado en la otra mesa delante del espejo mural. ¿Acaso ha llamado a Curtis para saber si ya viene? «¿Por qué no haces nada más que preguntar todo el tiempo, Louie? No hay ningún problema, no me quemó la sangre».

Volvemos a hablar del apagón del gueto que afecta al West Side, así como a una parte del barrio acomodado de Oak Park desde el sábado por la noche. Seis tiendas de alimentación han sido saqueadas, pero nada espectacular: «Eso no es nada. No ha habido demasiado pillaje. No como la última vez. Si fuera así, tendrías a gente por todas partes vendiendo televisores a color por 50 dólares y todo lo demás. Tendrías a tipos en el *gym*, ahora, intentando colocar su mercancía». (Más adelante Eddie y Ashante se mostraban de acuerdo en que, de vivir en el West Side, se habrían ido a las tiendas en cuanto hubiera anochecido: «Si viviera en las condiciones en que viven los del West Side, como animales, en la pura miseria, quiero decir, estaría por ahí todas las noches llenando los carritos de mercancía»).

Me ofrezco para conducir por si DeeDee prefiere que Curtis esté descansado hasta el último minuto: «No hace falta. Esta vez Curtis puede conducir. Sólo es un trayecto de 15 minutos». Otra señal de que es un combate sin importancia para Curtis, porque durante la defensa de su título de campeón de Illinois en Aurora (a una hora de Chicago, es cierto) DeeDee insistió en que condujera yo. Pero para él es crucial ganar este combate y de forma convincente. Hablamos tranquilamente en la penumbra tibia de la sala de atrás, de boxeo y de historias de crímenes y de la calle.

DeeDee se prepara siempre para llegar mucho antes del inicio de las veladas: «Me gusta llegar antes de la hora. Si voy a un sitio, me gusta llegar pronto, sentarme, sacar mis cosas, relajarme tranquilamente y después hacer lo que tenga que hacer. No me gusta llegar en el último minuto y precipitarme, eso no. Ya sé que debo llegar pronto para vendar las manos de Keith, de todas formas. Strickland no estará al principio de la velada y Eddie no sabe vendar las manos a Keith. Así que me toca a mí». No soporta a la gente charlatana: «Eso es algo que me gustaba mucho de los filipinos [vivió cinco años en Filipinas a principios de los setenta]: si un tipo hablaba demasiado y no sabía cerrar el pico, se llevaba una paliza y lo dejaban KO, ¡bam! Allí he visto cosas raras y costumbres extrañas, sí, yo me decía “*Damn!*»”.

Curtis llega por fin, con la camiseta «Salem» que le regaló un representante de la marca de cigarrillos para que la lleve esta noche. También lleva, colgadas del brazo, las nuevas batas recién confeccionadas por el sastre filipino de sus amigos. Son azul marino con letras doradas bordadas en la espalda: «Curtis Strong». DeeDee hace una

mueca: «Podrían haber puesto bocamangas doradas». Son las seis pasadas cuando levamos el ancla en el jeep de Curtis, DeeDee, Anthony, Maurice y yo.

Curtis toma las calles transversales fingiendo que se equivoca de dirección varias veces, como si quisiera alargar el camino, con lo que tardamos más de media hora para un trayecto que normalmente dura la mitad. Pasa deprisa delante de dos iglesias y frena para santiguarse en silencio. Al sur de South Shore señala el gran bloque en medio de un barrio verde y residencial en el que vivía antes de trasladarse a Bennett Avenue y la calle 72. Era claramente mejor que su barrio actual, lleno de *dealers*, junto a la línea de ferrocarril, pero, a 600 dólares al mes, no podía pagar el alquiler.

### ***Bienvenidos al Studio 104***

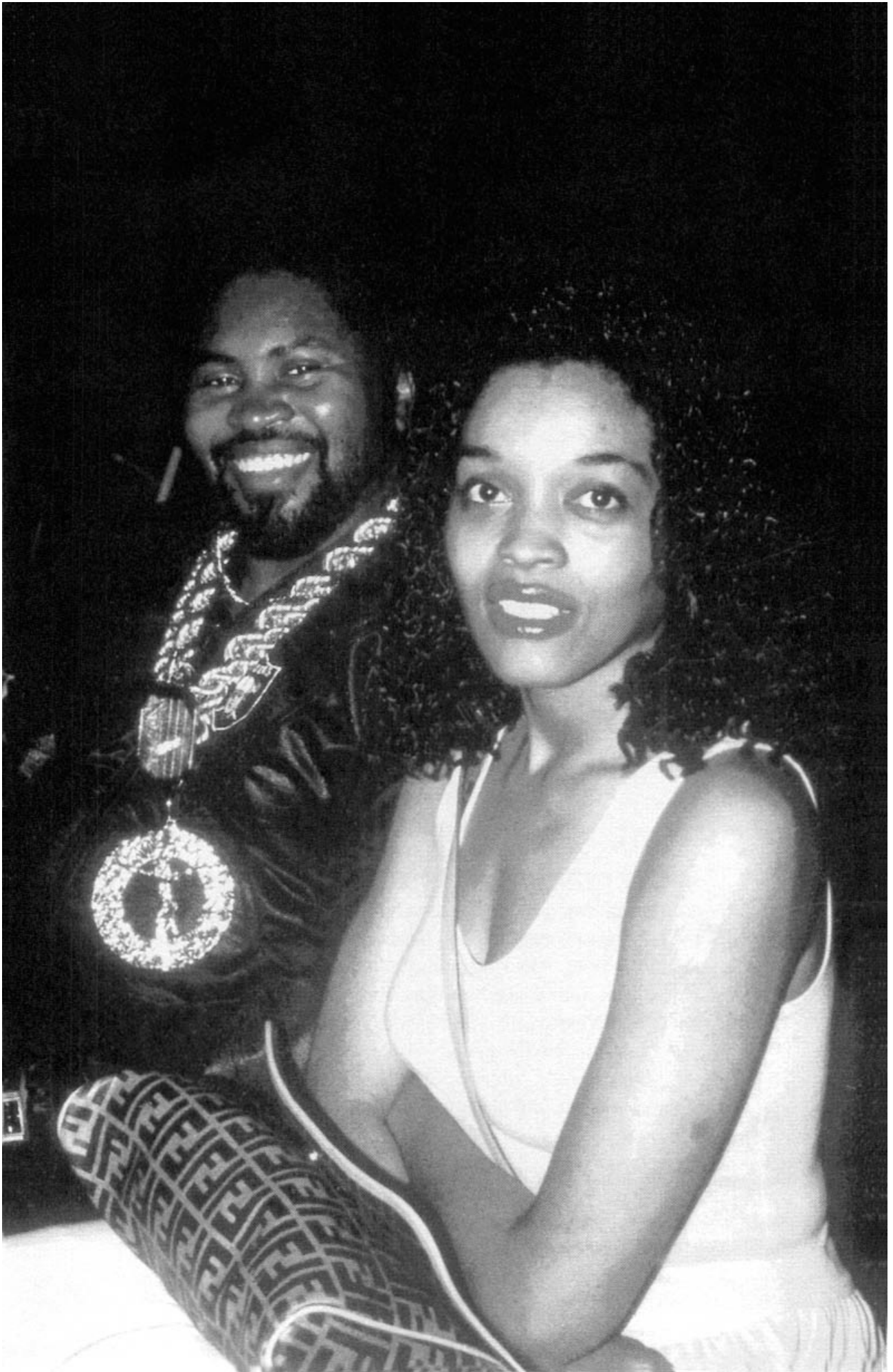
Enfilamos hacia el sur la Dan Ryan Expressway hasta la calle 104, después rumbo este por Torrence Avenue para estacionar dos manzanas más allá, al borde de la calle, delante de un gran caserón rojo situado entre un desguace «Bills Used Auto Parts», una fábrica de cerveza y un baldío atravesado por una vía del tren abandonada. Es el Studio 104 (pronúnciese *one-o-four*), un restaurante-pub-discoteca situado desde hace treinta años en este barrio obrero en declive, aislado del resto de la ciudad, en la punta de South Side.

Yo lo descubrí hace un mes, durante una velada al aire libre montada por su propietario, el famoso Lowhouse, truhán famoso que utiliza a todas luces las veladas pugilísticas celebradas en el estacionamiento de su establecimiento para blanquear los ingresos de diversas actividades ilegales que controla [\*]. DeeDee me había advertido que fuera discreto con el grabador porque el hampa del lugar podría creer que soy un policía secreto o un agente del FBI. Comprendí que el entrenador de Woodlawn no bromeaba cuando, algunos días después de esa velada, Jack Cowen volvió a la carga durante una conversación en el *gym*: «Louie tiene que tener mucho cuidado con su grabador con todos los traficantes que hay allí. Si se pasea con el grabador así, uno de estos días puede suceder que encontremos un cadáver al otro lado de la vía del tren». Ésta es la descripción del lugar consignada en mi cuaderno de campo después de mi primera visita:

El Studio 104 es un lugar de comercio, de distracción y de sociabilidad típico de la clase popular afroamericana. El ambiente es característico: alegre, casi familiar y furiosamente *black*. A esta taberna no se viene sólo para beber, para divertirse o bailar, sino sobre todo para ver a los amigos y conversar durante horas entre los parroquianos<sup>[7]</sup>. Se siguen los campeonatos deportivos, se festejan los cumpleaños, se hacen despedidas de soltero, se olvidan las penas y se exteriorizan las alegrías al ritmo de la música, de las actuaciones y espectáculos con intención erótica, concursos de «camisetas mojadas» o de «piernas sexys» y otros de *strip-tease*. El

establecimiento vive en ósmosis con el barrio y sus habitantes, como demuestra el ir y venir de camionetas que zumban alrededor del local al final del día. A la salida, unos niños apocados distribuyen panfletos de color anunciando las meriendas que los políticos locales organizan con motivo de la fiesta nacional y tarjetas impresas por el parlamentario negro de la circunscripción (recientemente denunciado por acoso sexual por una de sus ayudantes).

HEAR YOUR CONGRESS MAN: GUS SAVAGE  
10<sup>TM</sup> ANNUAL REPORT, STATUS OF DEMOCRACY  
ON INDEPENDENCE DAY!  
(PENDING LEGISLATION) JULY 4<sup>TM</sup> I P. M.,  
KICKAPOO WOODS, 146<sup>TM</sup> AND HALSTED<sup>[\*]</sup>.



Un grupo de muchachos de fiesta y unos tipos forzudos conversan al fondo del estacionamiento donde está montado el ring, tiesos como escobas, tan orgullosos que resultan amenazadores con sus camperas recargadas, sus gorras con visera de piel de serpiente y el torso recargado con múltiples collares y medallones dorados. Las chicas que los acompañan —son raras las espectadoras que van solas— son muy sexys, maquilladas y vestidas con provocación, a menudo seductoras y siempre enseñando la carne; vestidos cortos, escotes de vértigo y peinados glamorosos son obligatorios —a Jeb Garney le encanta y lamenta en voz alta no tener veinte años menos. Están contentos de estar ahí, de exhibirse y de que los vean, de hablarse y reírse a carcajadas. Entre el público, los habituales de las veladas, entrenadores, veteranos y apasionados del Noble Arte, y muchos boxeadores profesionales de la ciudad que han venido a tomar la medida de los posibles rivales o simplemente a que los admiren, como «Jazzy» James Flowers, que se pasea entre la gente luciendo su cinturón del campeón semipesado de Illinois (y los puntos de sutura que le costó).

La gente va y viene entre el estacionamiento y el bar para beber sin medida. La cerveza corre a pesar del precio de las consumiciones: 1,50 dólares por una caña de Old Style o un *hot dog*, un dólar la lata de cola, 50 centavos la bolsa de papas y 25 centavos el vaso de agua. El bar merece por sí solo la visita, con su galería de 15 metros forrada con un espejo magnífico enmarcado en oro, un televisor en color gigante en un extremo, los baños a ambos lados y ocho mesas rodeadas de sillones de skay rojo en medio de la sala, flanqueada, en una esquina, por una canasta de básquet donde se juega a encestar por 25 centavos. Afuera, se siguen los combates con distracción a menos que se conozca personalmente al boxeador, y entonces hay un desenfreno fanático: aplausos frenéticos, voces intempestivas, silbidos y risas estridentes. Se apoya ruidosamente a los púgiles locales, sean novatos o veteranos profesionales, patriotismo local (y racial) obliga. Los KO son muy apreciados siempre, igual que el valor ante la adversidad; cualidad que los practicantes del Noble Arte denominan «estómago». Pero nada más: no es un patio de butacas de expertos, ni mucho menos. La inmensa mayoría de los espectadores de las veladas no tiene conocimientos en materia de boxeo y es por lo tanto incapaz de apreciar los combates en el plano técnico o táctico. Los practicantes del Noble Arte, y particularmente los entrenadores, los consideran «palurdos» que se tragan cualquier cosa, igual que los músicos de jazz y el público de los clubes en los que tocan<sup>[8]</sup>.

### «Son unos palurdos»

GENE [69 años, entrenador de la sala de Fuller Park]: La gente que viene a las veladas son unos tipos, vienen aquí [con un tono burlón] y se quedan tan contentos con ver a un tipo que le parte la cara a otro, ¿entiendes? No vienen para... no tienen ni idea, no saben lo que están viendo.

LOUIE: ¿No es un poco triste pasar tanto tiempo en el gimnasio perfeccionando un arte para gente que no es capaz de apreciarlo?

GENE: Desde el momento que pasan por la boletería... No distinguen, todo lo que ven es un tipo al que

dan una paliza, pagan su entrada [su voz cambia en un silbido agudo por efecto de la incredulidad], hay gente a la que le gusta, de verdad, hay gente que es así. [...] La mayoría no entiende nada porque nunca han entendido nada [de un combate], hablan de boxeo pero es lo único que hacen, hablar, nada más que blablablá.

El hecho de que los combates se celebren al aire libre añade atractivo a la escena. Las *cardgirls* que se pavonean sobre el cuadrilátero para regocijo de la gente son dos negras altas con unas bikinis diminutas que no dejan lugar a la imaginación; van tan provocativas que parecen putas. Un servicio de seguridad privado formado por tres enormes policías negros vigila para prevenir los incidentes e impedir los robos. Pero no pueden decir nada a la veintena de mexicanos que miran los combates apoyados en la pared de su casa de madera amarilla que da directamente al estacionamiento.

Dejamos a DeeDee a la entrada del club, donde se impacienta Jeb Garney, que empezaba a preguntarse si nos habíamos perdido. (Como de costumbre, va vestido como un mendigo aunque sea millonario gracias a su criadero de perros de carreras y sus ranchos). Curtis, que se dirige a su mánager con una deferencia que da pena —«*Mister Garney*, ¿podría cerrar la puerta, si hace el favor? Muchas gracias, señor»—, le confía las tres casacas azules «Curtis Strong». Garney cree que falta algo: «Habría que haber puesto un galón de oro por cada victoria».

Los empleados del restaurante están colocando un gran toldo azul para separar el estacionamiento de la calle de forma que la gente que pase no pueda ver el ring. Tienen muchas dificultades para colocarlo en el poste por el fuerte viento, que lo hincha como una vela cuando lo levantan. Nos cruzamos con Kitchen, que lleva su sempiterna máquina de fotos en bandolera. Acucia a Curtis para que lo deje tomar fotos de su combate. Curtis le recomienda que hable con Jeb Garney, que es quien maneja el dinero. Kitchen preferiría tener el permiso de Curtis para después presionar moralmente a su mánager para que le compre muchas fotografías, pero el boxeador de Woodlawn se escabulle. Delante de la puerta del club hay una enorme limusina negra resplandeciente, con sus tres filas de asientos en sus diez metros de longitud detrás de los cristales ahumados. Curtis me sopla, con una gran sonrisa en los labios: «Pronto seré yo quien se pasee en uno de esos trastos, Louie, ya lo verás». Espero que me levante si hago dedo...

Echo una ojeada al programa oficial de la velada y descubro que el adversario de Little Keith —que ha conseguido cuatro victorias en cinco combates— no es ninguna fiera, puesto que tiene un récord de cero victorias en 13 combates. Jeff Hannah ha conseguido 18 victorias por 21 derrotas y un nulo. Dicho de otra forma, es un avezado «parásito» que va cuesta abajo desde hace tiempo, que sirve como «trampolín» a los boxeadores en ascenso como Curtis. (Este tipo de disparidad, a primera vista chocante, no tiene nada de anómalo: emparejándolos con adversarios sensiblemente más débiles un organizador ofrece a los púgiles locales, y especialmente a los que están vinculados con un contrato exclusivo de promoción, como en el caso de Jack Cowen con Curtis, una ventaja decisiva, ya que no puede

garantizarles la victoria, una sorpresa no queda descartada entre las cuerdas, como descubriremos más adelante<sup>[\*]</sup>).

En lugar de cambiarse en un minibús ubicado en el estacionamiento donde está el ring, como ocurrió en la velada del mes anterior, los boxeadores disponen esta vez de un vestuario en el interior del club. Si se puede llamar un vestuario: como Curtis es la cabeza del cartel, los boxeadores de Woodlawn tienen un cuarto de almacén detrás de la boletería, a la entrada de la discoteca. Una habitación de tres metros por cuatro, separada de la boletería por un trapo azul y atestado de mesas y sillas metálicas plegadas, cajas de Bacardí, paños amontonados, cajas llenas de los más diversos objetos (ceniceros, figuritas, filtros de café, delantales, utensilios de cocina), un enrollador para la manguera de regar, dos minibares de madera roja desmontados, dos máquinas de pochoclo en desuso y cuatro grandes montones de carteles de las actuaciones semanales del Studio 104: *Sexy Leg Contests*, *Happy Hours* y otros de *Ladies Night*. Como apenas cabemos, DeeDee pide a los chicos que no se calzan los guantes esta noche que se vayan y no molesten. Abrimos a duras penas tres sillas metálicas para Keith, Curtis y Jeb Garney. DeeDee se sienta en un taburete de bar (ideal para sus rodillas, que protestan cuando las dobla) y se pone enseguida a vendar las manos de Keith, que boxea en primer lugar. Rollos de gasa, tira adhesiva, tijeras. La mirada de Keith se nubla de aprensión. Mientras tanto los otros boxeadores se cambian en la sala de baile junto al bar principal, a la vista de los clientes, que charlan y beben acodados en uno de los tres mostradores.

Curtis me dice con un tono misterioso: «Ven, Louie, ven conmigo». Es sólo para que lo acompañe al final del pasillo, al baño, que no brilla precisamente con sus retretes malolientes rodeados de charcos de orina. Desaparece en una de las cabinas, desde donde sigue hablando conmigo mientras defeca entre grandes ruidos. «Tenía ganas de cagar. ¡Uuuu! [ráfagas de pedos], ¡todo este aire!... Bueno, *Louie*, ¿no te pone nervioso todo esto? ¿No te dan ganas de pelear con los profesionales?». Sí, es apasionante, pero para combatir con los profesionales, tendría que estar preparado. Es cierto que con Curtis en el programa se masca la tensión. Él parece tranquilo, nada nervioso ni huidizo, como en los últimos días en el *gym* con sus supuestas heridas en el brazo<sup>[\*]</sup>. Los peores días son los anteriores a la pelea; después, cuando se aproxima el momento del combate, Curtis recupera la confianza en sí mismo. Sabe que va a subir al ring, donde puede demostrar su talento de «artista de la escena»: una vez entre las cuerdas, estará en su elemento, «en la oficina» o «en casa», como les gusta decir a los púgiles<sup>[\*]</sup>.

#### «Siempre quise ser un artista del escenario»

CURTIS: Es muy importante ser un *performer*. Antes, creo que cuando tenía unos trece años, quería ser *chanteur*. Yo, porque mis hermanos y amigos no querían cantar. Entonces los llamaba a la cocina, estaban junto a la heladera y los llamaba [con un tono exaltado]: «¡Vamos! Vengan a ver una cosa». Íbamos a la habitación y ensayábamos los pasos juntos, hacíamos de Jackson Five, pero ellos siempre estaban

cansados, se cansaban rápidamente, no era... creo que no querían hacer un espectáculo como yo: yo siempre quise ser un artista del escenario, eso siempre ha sido muy importante en mi vida.

Miras la televisión, Michael Jackson: ¿sabes?, [murmurando con admiración], mirarlo, cómo lo hace, cómo se agranda ante la gente, entre el público. Yo también quiero ser un *entertainer* cuando estoy en el ring, siento que tengo que estar al mejor nivel y ofrecer el mejor espectáculo. Sé que estoy a tope y que él [mi adversario] está a tope, alguien tiene que ganar, ¿no es verdad? Y la gente va a mirar al tipo que gana, ¿no? Así que, si estoy a tope, puedo ganarme la atención de la gente en lugar de decirles [con voz ahogada]: «¡Siéntese y escuchen! ¡Míreme!». Sólo tengo que subir al ring y hacer lo que debo y todo el mundo va a convertirse en fan... [bajando la voz para dramatizar aún más] de *Curtis Strong*.

Vuelta al cuchitril que hace las veces de vestuario. Conversación de trabajo. Eddie da la consigna táctica a Little Keith: «Vamos a ver lo que tiene en la panza en el primer round, dale bajo para ver lo que tiene. Entonces, de entrada lo presionas y le trabajas el cuerpo». Los dos boxeadores de Woodlawn intercambian consejos cuando DeeDee y Eddie se ausentan brevemente.

KEITH: Lo único que me preocupa es si ese tipo me da fuerte, porque parecía muy fuerte esta mañana durante el pesaje.

CURTIS: No sé qué decirte porque nunca me ha dado de verdad cuando he peleado con él.

Y explica que los adversarios que más le preocupan son los «parásitos» marrulleros y duros en el combate por su trayectoria de perdedores.

CURTIS: ¿Te acuerdas del combate que perdiste?; sólo has perdido uno, ¿verdad? [Keith asiente.] Sacaste una lección de esa pelea. Ahora, piensa en todos los combates que ese tipo ha perdido, y todas las lecciones que ha aprendido con esas derrotas, ¿sabes dónde quiero llegar? Todo eso es la experiencia, esos tipos tienen toda esa experiencia. Ahora ya no me preocupan, para serte sincero. Si tuviera un récord, imagínate que el tipo no hubiera perdido nunca, es que no ha peleado con nadie, sólo con perdedores, ya sabes lo que te quiero decir, por eso nunca ha perdido: su mánager lo «coloca» así, nunca ha peleado con un tipo de clase mundial. Los que pierden todos los combates, éstos son los que me preocupan... Por eso me tomo a Hannah en serio.

En el programa de la reunión de esta noche figura un profesional debutante de Tinley Park, igual que Craig «Gator» Bodznianowski (un boxeador local muy popular que pelea a pesar de tener un pie amputado porque sufrió un accidente de moto y que compró una sala de musculación en ese barrio obrero blanco con sus ganancias como boxeador). Un autobús entero de chicos de su sala ha venido para animarlo. Curtis está perplejo: «Pero ¿cómo han conseguido *traer a todos esos blancos hasta el South Side*, DeeDee?». Éste admite que la comunidad negra no apoya a sus propios boxeadores, sin duda por falta de medios. A lo que OB [sobrenombre de O'Bannon, pronúnciese «o-bi»] argumenta que es Curtis el que atrae a la mayoría de la gente esta noche: «Tú eres la atracción, tienes un *nombre en Chicago*». Y, sin gritar, los tres se enfrascan en una discusión sobre lo que distingue a negros y blancos. El cartero empieza soltando: «Pero yo, yo no soy negro, nunca he recogido algodón, nunca he tenido una mula», y los otros continúan<sup>[11]</sup>. Todos los estereotipos sobre los negros se mencionan, desde la esclavitud hasta el gueto. «Esto es lo que deberías grabar, Louie», ríe OB. Para mi desgracia no he recogido este trozo de fanfarronada retórica en la cinta y no me atrevería a transcribirlo de memoria.

Los hermanos de Curtis vienen a saludarlo en fila, Derrick en plan macho,



Lamont, el que no ha roto un plato, Bernard con su cráneo afeitado y aspecto de estar en la luna, seguidos por media docena de amigos que le desean suerte en el combate. Curtis pregunta a OB si no tiene miedo de perder a Steve Cokeley (una joven esperanza del club patrocinado por el cartero) como perdió antes a Cliff, su boxeador estrella.

OB: No me enloquezco. Desde que está en la sala hay gente que le ha echado el ojo [con una mirada dirigida a DeeDee].

CURTIS: Por eso te lo pregunto, porque ahora no va mucho por el gimnasio... Se ocupaban muy bien de Cliff, además, siempre le preguntaban si necesitaba dinero y eso.

OB: Ah, Cliff era como un hijo. Todo lo que he hecho por él, *Dios mío* [moviendo los ojos]. Iba a buscarlo para llevarlo al gimnasio y lo volvía a llevar a su casa todas las noches. Le busqué un trabajo para él, un trabajo para su mujer...

El cartero bigotudo insiste en el hecho de que, si Curtis tiene éxito en el ring, «es porque tienes una *mujer fuerte detrás de ti*, eso es lo que marca la diferencia». Eddie los interrumpe para señalar a Curtis: «Tu padre está ahí, en la puerta, ¿quieres verlo?». Silencio glacial; el padre los abandonó cuando eran pequeños y no demostró el mínimo interés por él hasta que su carrera en el ring empezó a tomar forma. Curtis se entristece de pronto: «No, dile que no, *no quiero ver a nadie hasta después del combate*». OB opina que Curtis debería hablar con él, porque no se aparta así a un padre. «¿Por qué? Vaya a verlo *usted* si quiere.» DeeDee intercede en favor de su pupilo: «¿Y por qué iba a verlo? ¿Qué iban a hacer, mirarse sin saber qué hacer? Lo que nos faltaba». Curtis se refugia rápidamente en la autoridad de su entrenador: «Dile que DeeDee no quiere que nadie entre ahora». Además, DeeDee pide que los recién llegados salgan porque no cabe ni un alfiler entre Garney, Curtis, Keith, Eddie, Strickland (que se ha puesto la casaca «Curtis Strong» y será el tercer hombre de esquina esta noche), Anthony y Maurice. Este último se mete en el vestuario por miedo a que el servicio de seguridad lo encuentre: ha entrado colado y no tiene dinero para pagar la entrada; si lo agarran en la puerta no podrá ver la pelea y tendrá que esperar afuera hasta el final de la velada.

Ashante y Liz acaban de llegar. Pido a DeeDee una entrada de las de Curtis; es la última. Voy a dársela a Doc, que charla en la puerta con Fanette. No se han perdido nada porque los combates, previstos para las siete, van a empezar a las ocho. Vuelta al vestuario, donde Ashante exhorta a Curtis y a Keith a la batalla. Curtis me sorprende garabateando en mi cuaderno; esta vez he decidido tomar notas manuscritas detalladas en lugar de orales (para no despertar sospechas del personal del bar con mi grabador). «¿Qué estás escribiendo?». Nos miramos intensamente, me quedo callado. Unos segundos de sorpresa silenciosa y soltamos una carcajada. Curtis asesta: «¿Sabes qué? Un día *te vas a suicidar*, Louie, porque escribes demasiado. ¿No es verdad, DeeDee? La gente se preguntará [con una vocecita inquieta]: “¿Qué le pasó a Louie?”. Pero no sabremos por qué, sí, no se sabrá el porqué».

¡Qué extraña profecía! Después de dos años entre ellos, mis amigos del *gym* se

siguen sorprendiendo de verme actuar como sociólogo. Es algo que no resulta natural, aunque ya se hayan acostumbrado a verme pasear con el grabador y ya no se sorprenden por las preguntas ni por la forma. Eddie se inclina hacia mí para murmurarme discretamente: «Cuando escribas tu libro, Louie, dentro de diez años, seré tu consejero técnico, ¿de acuerdo?».

El joven paliducho que Jack no quería contratar para pelear esta mañana viene a darnos los guantes: pares usados, lo que es contrario al reglamento del Estado, que estipula que deben utilizarse guantes nuevos en cada combate oficial. Buscamos a ciegas en el gran saco militar un par de la talla de Curtis. La tensión sube imperceptiblemente en el vestuario. Hablamos cada vez más bajo. Medimos los gestos. Tenemos cuidado de no exigir nada de los dos boxeadores que se están preparando.

O'Bannon siente curiosidad por la llegada de los boxeadores franceses a Woodlawn anunciada en el *Chicago Sun Times* del domingo. Explico el plan, la organización del intercambio con el ayuntamiento de Vitry, el viaje, los encuentros deportivos y los debates públicos previstos: «¿Y quién va a ir?». Curtis lo interrumpe: «DeeDee lo va a decidir». De hecho, va a depender sobre todo del dinero que consigamos reunir para los pasajes de avión. ¿Y dónde van a vivir los seis boxeadores de Vitry que deberían llegar el mes que viene? Está previsto que duerman en el Boys Club de Yancee, en la calle 63 y Wabash Avenue. Anthony muestra su incredulidad: «¿Queeeeé? ¿En Yancee, justo al lado de la ciudad? Es un barrio duro, tienen que tener mucho cuidado». Curtis asiente: «Sí, da miedo, justo al lado de la ciudad. Y además no son *brothers* [es decir, negros]: no van a poder salir a la calle como tú y como yo, *porque nunca se ve un blanco en ese barrio*». Los boxeadores franceses no tienen ni idea del sitio donde van a estar. En todo caso, ni hablar de que salgan a ningún sitio en el South Side sin escolta, si no, vamos a enterrar a uno o dos aquí<sup>[\*]</sup>...

Durante esta hora de espera Curtis engaña los nervios haciéndome bromas. Cuando me ve sacar el grabador dice, en plan confidencial: «¡Chisss! Que todo el mundo diga palabrotas, Louie ha sacado su grabador, ¡ja-ja-ja!». DeeDee aprovecha para ironizar de nuevo sobre el hecho de que los parroquianos van a despellejarme si me ven grabando en el bar. A lo que yo respondo: «Pero antes les haré probar mi gancho de izquierda devastador». DeeDee, con un tono muy serio: «Y ellos te darán una paliza hasta que te maten». Le replico con una de sus frases favoritas: «Entonces les diré: “Atención, soy el *main man* de DeeDee Armour, no les interesa tocarme: *él controla a los matones*»”. El viejo entrenador mueve la cabeza sin decir palabra. Todas estas bromas y conversaciones sirven para engañar el miedo y vencer la tensión que crece a pasos agigantados.

«*Están muertos de miedo*»

Comentario de Le Roy Murphy, boxeador de Fuller Parle, antiguo poseedor del título mundial de los semipesados: «Yo sé lo que supone subir al ring, y cada vez que pasaba entre las cuerdas tenía miedo, cada

vez que subía al ring tenía miedo. Sólo lo sabía yo, es algo que guardas en secreto en lo más profundo de ti, y así es como me sentía. [...] Después de correr por la mañana, vuelvo a casa, miro la televisión por cable, no me muevo de la habitación. Como poco porque estoy nervioso, tengo un nudo en el estómago e intento... Generalmente, después del pesaje me siento mejor. [...] La tarde del combate nunca dormía, no, no, no. Los tipos, antes del combate, no duermen, se tumban, reposan, pero están muertos de miedo, todos los boxeadores, incluso [Mohamed] Alí lo reconoció, tenía miedo cuando peleaba y a mí me gusta eso: si no tienes miedo, es porque hay algo que no funciona. Yo, cada vez que subía al ring, tenía miedo.

### ***Unos preliminares lamentables***

Los adversarios de los boxeadores de Chicago acaban de prepararse en el salón donde está la pista de baile. Se cambian en silencio, con gestos lentos y precavidos, su ropa y equipo (fajas, guantes, coquilla, pantalón y bata) tirados sobre el respaldo de la silla. Jeff Hannah está sentado sobre una mesa, las piernas colgando, la mirada ausente; se ata las botas hablando en voz baja con su padre, la cabeza gacha, como para aislarse mejor de un entorno que adivina hostil. Sabe que es la víctima del sacrificio ofrecido a la esperanza local, delante de un público incondicional de su adversario y unos jueces que no le van a regalar nada, por lo que tiene todas las chances de perder el combate. Es el destino de todos los «paquetes» que hacen el circuito: la única oportunidad que tienen de ganar «en el patio trasero» de su rival es dejarlo KO. ¡Qué estará pensando y sintiendo! (no me gustaría estar en su pellejo esta noche ni mañana).

Al salir del bar me encuentro con Liz, que me besa con deseo. Eddie me toma por el hombro riéndose, como un policía que detiene a un malhechor: «Vamos, ya es suficiente, Louie, para, va a ablandarte a fuerza de besarte así, ¡ya te lo he advertido! Nunca estarás listo para tu próximo combate<sup>[\*]</sup>». Los reflectores improvisados que cuelgan de postes metálicos en las cuatro esquinas del cuadrilátero se encienden. El espectáculo va a comenzar. Cada uno se sienta donde puede; no hay asientos reservados ni *VIP section* alrededor del ring para una velada de esta índole. Sin que sirva de precedente, se salta el himno nacional para pasar directamente a la presentación usual de los oficiales, jueces, árbitros y cronometrador hecha por un locutor gordo y barbudo vestido con levita negra:

*Ladies and Gentlemen, welcome to Studio one-o-four, here on Chicago's beautiful South East Side!* Los combates que figuran en el programa están aprobados y se celebran bajo la supervisión del Professional Boxing and Wrestling Board of Illinois, del Department of Professional Regulation, bajo la presidencia del señor Gordon Bookman, el secretario ejecutivo señor Nick Kerasiotis y el responsable de deportes señor Frank Lira. La velada está producida por Rising Star Promotions<sup>[\*]</sup>. Los oficiales son los jueces Bill Lerch, Gino Rodríguez y Stanley Berg, cronometrador Joe Mauriello y los árbitros Tim Adams y Pete Podgorski.

O'Bannon se ha sentado en la primera fila con Michonne, detrás del rincón rojo. Liz, Fanette y Le Doc están en la fila siguiente con la familia de Curtis, Anthony y Ashante. Jack está de pie en el pasillo, está sobre aviso. Laury no está a la vista, señal

de que no ha conseguido trabajo esta noche. Little Keith va a boxear en primer lugar cuando la luz rasante anuncia el final del día. Su mánager, el elegante Elijah (propietario de una cadena de lavanderías en el gueto), forma equipo junto con DeeDee y Eddie en el rincón. Su adversario, un negro bajito y barrigón de Milwaukee con una técnica rudimentaria, parece tener prisa para una sola cosa: «tirarse» y volver a su casa con su cheque. En cuanto Keith le lanza unos directos al cuerpo se tira a la lona una primera vez, luego otra, bajo la mirada frustrada de Keith y del árbitro, que le ordena que pelee. Pero no hay nada que hacer: cuando el boxeador de Woodlawn conecta una serie bastante floja, el barril de Milwaukee se desploma y simula un KO. El árbitro se arrodilla a su lado, lo reprende y, viendo que sus amonestaciones no tienen ningún efecto, le retira el bocado y lo envía al rincón. Este tipo no es un simple «perdedor», sino un auténtico «parásito», y me pregunto si va a cobrar su paga; los jueces están autorizados a retener la bolsa de un boxeador que se niega a pelear y la cofradía de boxeadores reprueba severamente a los que faltan públicamente a la moral guerrera. Elijah y Eddie rodean a Keith y le alzan los brazos en señal de victoria bajo los silbidos y aplausos de la gente. No ha sido nada convincente, pero nos alegramos por él.

**«Parásitos, paquetes y perdedores»**

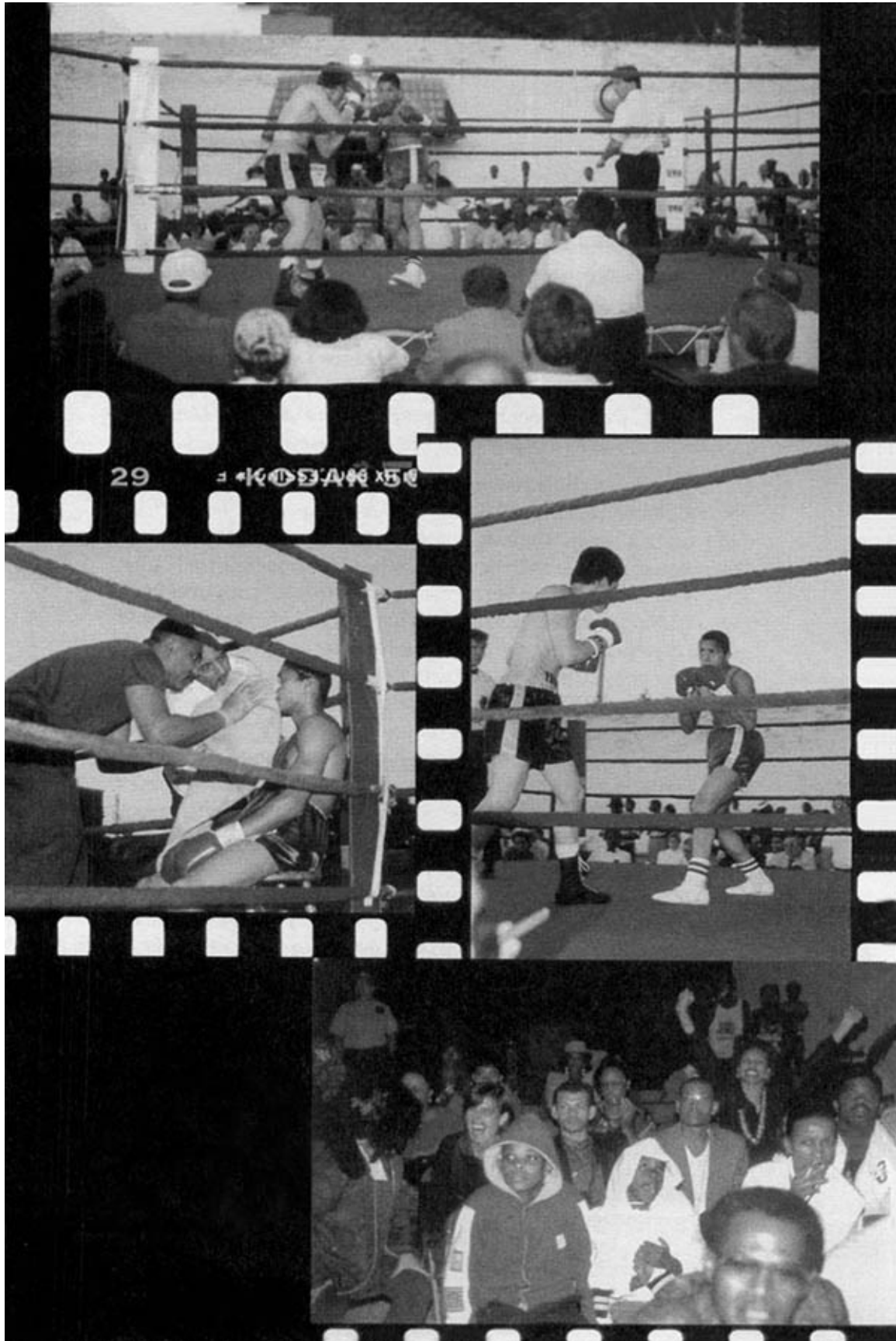
**Jack Cowen sobre los diferentes tipos de boxeadores:**

Un parásito (*journeyman*) es un tipo que, con toda probabilidad, nunca será campeón pero que es capaz de pelear contra cualquiera y que perderá casi siempre, aunque puede ganar algunas veces. Consiguen una victoria de vez en cuando y ganan dinero. Y se defienden bien cuando pueden.

No hablo de alguien que es un perdedor (*diver*) y que va a subir al ring y dejarse vencer por KO en el primer asalto y después lo vemos en un cartel tres días más tarde y de nuevo vuelve a perder por KO desde el primer asalto. No hablo de éstos, éstos son paquetes (*bums*), es algo que no cabe en el boxeo, aunque parezca que triunfan.

LOUIE: Haberlos, los hay...

JACK: Bueno, no debería decir que no tienen cabida porque está claro que siempre hay alguno. Hay tipos novatos, que empiezan, que necesitan adversarios mediocres para avanzar y ver de lo que son capaces, para tener confianza y probarse: y una vez entre las cuerdas, a veces se demuestra que no son mucho mejores que los paquetes, nunca se sabe.



Cuento rápidamente el número de espectadores, un 80% masculino y étnicamente mixto, con un ligero dominio blanco y latino: 300 personas a lo sumo al principio de la velada y unas 450 al final, sin contar los 40 mexicanos apoyados en la tapia de la casa de al lado del estacionamiento (después de un intento infructuoso, el mánager

del Studio 104 ha renunciado a poner una lona para taparles la vista, para disgusto de Ashante, que sigue insistiendo en que paguen aunque estén sentados en su jardín). Es decir, la mitad del número necesario para que los organizadores cubran gastos<sup>[\*]</sup>. Hay menos color que la última vez: no han venido muchos de los matones que controlan el tráfico en este sector del South Side, una velada entre semana, y el viento que sopla refresca algo el ambiente.

La primera pelea no ha sido muy bonita. La segunda es lamentable, por no decir cómica. Se pelean dos paquetes de primera categoría: un blanco gordo y barrigón de Tinley Park, cubierto de grasa (parece que está embarazado por la forma de la panza bajo su pantalón), contra un viejo negro de Milwaukee con un mechón pelirrojo que le da un aspecto afeminado. Evidentemente este último no ha probado un guante antes de esta noche: empeñado en mantener su guardia correctamente, lanza los puños con el revés de la mano hacia delante (como ofreciendo un ramo de flores) antes de huir de puntillas ¡dando la espalda a su adversario! Por toda defensa se afana en parar los golpes de su adversario extendiendo los brazos y moviéndolos de izquierda a derecha como un péndulo que recuerda a un limpiaparabrisas humano. Parecen dos niños grandes retrasados jugando a boxear. Salvo que los dos están aterrorizados de encontrarse sobre un ring. A cada *break* del árbitro levantan al unísono los puños al cielo como para lanzar un sortilegio y suspenden las hostilidades con un alivio tan flagrante que da vergüenza... Los espectadores se parten de risa y, burlándose, animan a los dos boxeadores con exclamaciones exageradas: «¡Destruyelo!», «¡Ánimo, campeón!». Nos imaginamos que el blanco de Tinley Park, que es más corpulento y a veces consigue lanzar algún golpe casi correcto, va a ganar; además, ya ha ganado sus dos primeros combates, mientras que su adversario debuta en profesionales. Pero el viejo del mechón se envalentona y sus golpes se hacen más precisos mientras que el otro se cansa. En el tercer asalto la gente toma partido claramente por el «paquete» negro, que ha servido claramente de «cebo» a su adversario. La simpatía del público no es sólo racial: el tipo de Milwaukee no pinta nada en un ring, pero alcanza sin querer a su adversario con un derechazo seco en pleno mentón y se produce lo inesperado: el blanco gordo y fofo rueda sobre su espalda, intenta levantarse, titubea, hace una serie de muecas de sorpresa y sufrimiento mezclados antes de volver a caer de rodillas, impotente para controlar sus piernas. ¡Es el KO por sorpresa! Consternación en el rincón de los blancos de Tinley Park, que han venido a apoyar a su colega, entusiasmo festivo entre los espectadores. Ashante y Eddie casi se tiran al suelo de la risa. Y Kitchen está feliz porque ha conseguido entrar en escena como hombre de rincón del vencedor, lo que le valdrá algunos billetes.

Digo a Jack Cowen, que está en lo alto del pasillo muriéndose de risa: «¡Espero que haya grabado este combate en video: ha sido antológico, el “Combate de los superpaquetes”!». ¡Ay! ¿Qué habré dicho? Con afectación, sacudiendo la cabeza con un gesto de incredulidad, Jack está en pleno conciliábulo con los tipos de Tinley Park,

que lo rodean amenazadores, e intenta explicarles cómo el «paquete» de Milwaukee ha podido derrotar a su héroe cuando lo habían atraído con una victoria en bandeja<sup>[\*]</sup>. (Más adelante, cuando me disculpo por haber metido la pata así, Jack me regaña: «A mí no me molesta, Louie, es por ti: más vale que no vayas a explicarte con ese tipo, puedes tener problemas»). En ese momento aparece Wylie, la periodista del *Chicago Sun Times* a quien había sugerido que viniera a ver a Curtis. Me pide que le presente a Jack Cowen porque quiere que su novio entre gratis y los guardianes de la boletería lo han dejado en la puerta. (Es típico de la arrogancia de los periodistas: ¿ni siquiera puede pagar *una* entrada en su primer combate?). Cowen no quiere perder la ocasión de un posible artículo en la prensa y va directo hacia la entrada.

### «Soy como el que compra y vende acciones en la Bolsa»

Hijo único de una familia judía que llegó de Rusia en los años veinte, Jack lleva en el mundo pugilístico casi medio siglo. De pequeño, su padre, que tenía una cadena de lavanderías, lo llevaba a las veladas de boxeo del Chicago de la mejor época, cuando los legendarios boxeadores judíos quemaban los últimos cartuchos en el ring y el Chicago Stadium disputaba al Madison Square Garden de Nueva York el título de Meca del Noble Arte. Así conoció a DeeDee y a las principales figuras locales del boxeo, cuando era todavía un niño. «Mi padre me llevó a una velada cuando tenía unos once años y enseguida quedé *fascinado*, le rogué que me llevara otra vez y se transformó en una costumbre. Después, cuando fui bastante mayor para ir solo, acudía a todas las veladas que podía, y había muchísimas entonces». Jack se calzó los guantes brevemente en el YMCA del barrio y disputó algunos combates amateur, pero sin éxito ni continuidad. Poco importa: su exposición precoz e intensiva al Noble Arte le sirvió para desarrollar un juicio pugilístico garantizado.

Después de licenciarse, Jack tomó la dirección de la empresa familiar de lavandería y se lanzó a la fabricación de cosméticos. Para ocupar su tiempo libre montó con un amigo de infancia una empresa de producción de espectáculos de *music-hall*: «Era un hobby. Es el tipo de empresa en que organizábamos ocho o diez espectáculos al año. No nos salía mal del todo. Pero era difícil y las modas en la música cambiaron, *cada vez resultaba más difícil*. [Hace muecas.] Ya no teníamos dinero. Así que lo dejamos, pero queríamos hacer otra cosa juntos. Mi amigo era un fanático del boxeo, así que le dije: “Bueno, ¿y si tomáramos a un boxeador?”. Y eso fue lo que hicimos. Y desde entonces soy *mánager* de boxeadores, desde 1957». Durante dos décadas combinó sus negocios de tintorería y la dirección de una pequeña «escudería» de boxeadores. Y cuando los cambios en el mundo del boxeo —falta de vocaciones y desaparición de los clubes de barrio, descalificación de los *mánagers*, reducción del mercado local y nacionalización de los circuitos de comercialización— suscitaron la necesidad acuciante de un intermediario capaz de suplir el declive de las redes tradicionales, Jack estaba bien colocado para lanzarse al *matchmaking*: «Muchos *mánagers* se limitan con hacer acto de presencia, esperan con el culo pegado al asiento que alguien venga a ofrecerles un combate para su boxeador. Yo era más agresivo y reuní los números de teléfono y los contactos, viajando sin parar con mis boxeadores». Al cabo de dos años de prueba Jack decidió en 1977 liquidar su parte del negocio de tintorería y hacerse *matchmaker* de tiempo completo. Su éxito le ha valido poseer prácticamente el monopolio del mercado de boxeadores en el Gran Chicago.

La actividad principal de Jack Cowen consiste en «completar el cartel» de las veladas de la región reclutando rivales para el boxeador estrella y organizando los combates preliminares (que se llaman *undercard*). A veces se encarga de la organización material de las veladas: ring, administración, puestos de bebidas y *hot-dogs*, boleterías, publicidad. Jack produce unos 300 combates al año en el Medio Oeste, a los que hay que añadir las veladas que firma como agente de boxeadores cuyos servicios contrata en el mercado nacional e internacional (con su colega de Florida Johnny Boz exporta cada año varias decenas de boxeadores mediocres a Francia e Italia, donde sirven de entrenamiento a las estrellas del Viejo Continente). Oficia asimismo como representante de Cedric Kushner Promotions, una de las principales empresas de la economía pugilística mundial, para la que contrata a las esperanzas de Illinois. Por último, es copropietario de la «franquicia» de los Chicago Golden Gloves, y su mujer —que es afroamericana—

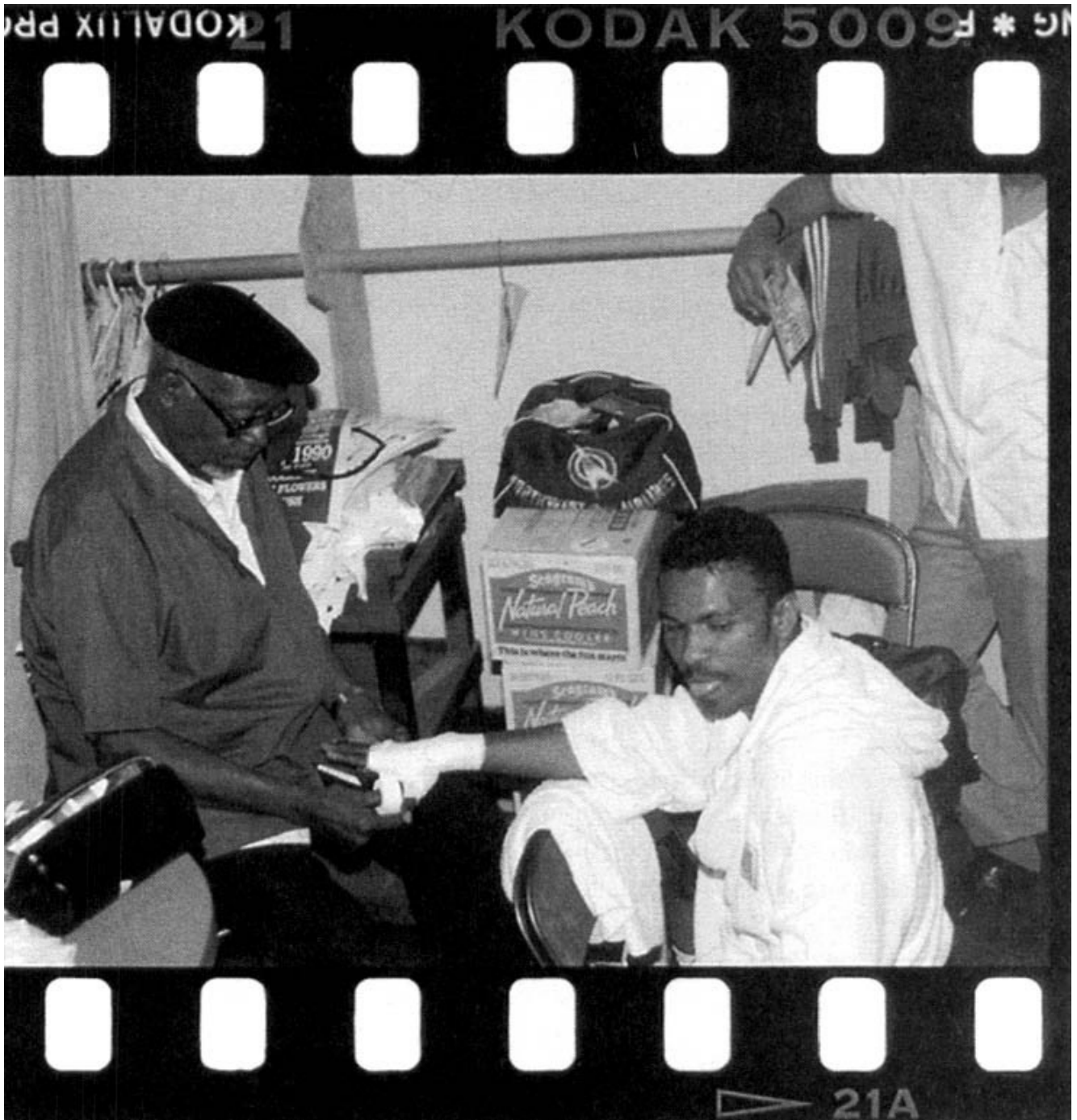
lleva a dos boxeadores con sus consejos.

Concretamente, la jornada de trabajo de Jack se reparte entre las interminables conversaciones telefónicas con máangers, promotores y otros agentes (varias decenas de llamadas desde las seis hasta las once cada mañana), la visita de los gimnasios de la ciudad por la tarde para estar al tanto de la forma y disponibilidad de los púgiles locales y una nueva tanda de negociaciones por fax y teléfono por la noche. Pasa seis semanas al año «en la carretera» para presenciar las veladas que abastece en los Estados vecinos y en el extranjero: es fundamental desplazarse en persona para juzgar por sí mismo la calidad de los boxeadores, del lugar, del público y la fiabilidad de los organizadores y otras partes interesadas.

La búsqueda y el emparejamiento de boxeadores se efectúan según un proceso iterativo en cascada, la mercancía se coloca una detrás de otra en función de los respectivos deseos: «*Es como hacer la lista de las compras*: busco aquí y otro busca allá; y de pronto me llaman y puede que yo busque otra cosa o que tengamos necesidades que coincidan y entonces [frunce ligeramente el ceño] el combate marcha en el aspecto económico. Bueno, porque no vamos a traer a un boxeador de Tonga para cuatro asaltos en Gary, Indiana. [...] Llamo a la gente, la gente me llama. Es una red. Hay algunos que son agentes de boxeadores además de *matchmakers* o promotores como yo. Esto no se detiene, siempre estás negociando algo con alguien. A veces pasas la mañana y no se consigue nada, nada. Y después, dos o tres llamadas y has acordado tres combates en algún sitio y conseguido mil dólares. [...] Eso es lo que yo hago: estoy sentado en casa, soy como el que compra y vende acciones en la Bolsa o como un *bookie* que toma las apuestas hípicas. Tengo gente que tiene necesidades, tú tienes gente que tiene necesidades e intentamos arreglarlo de forma que coincidan».

Un *matchmaker* debe tener en cuenta tres series de limitaciones en el conjunto de una «tarjeta»: en primer lugar debe cumplir las normas burocráticas estipuladas por la Comisión del Estado (lo que no es difícil vista su laxitud). A continuación debe asegurarse de que los combates sean económicamente viables, es decir, rentables respetando el presupuesto que le da el promotor que lo contrata. Por último, en la medida de lo posible, debe «emparejar» a los boxeadores de forma que se produzcan combates que valga la pena ver y estén relativamente equilibrados, por supuesto dando ventaja a los boxeadores a los que está vinculado. Las cualidades necesarias para hacer esto son un sólido sentido de la organización y buenas nociones de contabilidad, capacidad para saltar con facilidad las fronteras sociales y raciales y un buen «ojo pugilístico» para determinar con precisión el valor, estilo y profesionalidad de los boxeadores contratados, calidad que Jack tiene gracias a su experiencia como empresario de lavanderías, por su origen étnico y por su contacto precoz y prolongado con el Noble Arte. «Entré en el boxeo de rebote y después fue más fuerte que yo: *puedes entrar fácilmente en el boxeo pero después no puedes dejarlo*. Una vez que estás dentro es para siempre. [Sonríe tranquilamente.] No es un problema, soy feliz. Me gusta lo que hago. Me sigo divirtiendo, después de todos estos años: lo haría toda mi vida».





DeeDee venda las manos a Curtis en el vestuario.

Después de los dos primeros combates vuelvo al vestuario. Con un lapidario «calcetines y botas», DeeDee ordena a Curtis que se vista. Mientras se pone los calcetines éste indica a su mánager que necesita otros calcetines de entrenamiento: «No botas de boxeo, calcetines de *gym*, sabe, para correr y todo eso. Porque éstos [indica unos destrozados] me hacen daño en los pies, me hacen ampollas». Jeb Garney le sugiere que se vende la planta de los pies con cinta adhesiva. Curtis mete el crucifijo de su colgante en la bota (es su amuleto) sin decir nada.

DeeDee se aplica a vendar los puños de su pupilo. Por primera vez en los dos años que lo sigo, Curtis me autoriza a fotografiarlo en su «cuarto» justo antes del combate —otra prueba más de que está relativamente relajado esta noche—. Eddie se

acerca al viejo entrenador y señala discretamente con la cabeza hacia Keith metiéndole un billete de 20 dólares en la mano, como pago a sus servicios en la velada. «Tenga, DeeDee. —*Awright*». Mientras venda los puños a Curtis, habla de boxeo con Strickland (que podría pasar perfectamente por blanco por lo claro de su piel). En el capítulo gastronómico, Curtis había tomado la mala costumbre de comerse un *Mars* y beberse un jugo de naranja justo antes del combate, para doparse con azúcares rápidos, a pesar de la prohibición expresa de su entrenador. Hasta el día en que vomitó al pie del ring en el momento de pelear, para gran satisfacción de DeeDee. Éste no deja de recordar a sus boxeadores las reglas a seguir en materia de alimentación y de sexo, pero sin explicar nunca sus motivos: allá cada uno con los «sacrificios» necesarios si confían en él o sufrir las consecuencias de su falta de ética profesional. «La gente debe aprender por sí misma, a los golpes, Louie». Cuando un oficial de la Comisión viene a comprobar el vendaje de Curtis y rubricarlo antes de que se ponga los guantes, DeeDee anuncia que «Anthony va a empezar a vendar las manos en el *gym*. Le he dado vendas de gasa y ha hecho un buen trabajo, el otro día. Sí, no lo hace mal, *brother* Anthony. Y *brother* Louie, con lo inteligente que es, debería aprender a vendar las manos también. —De acuerdo, si me enseña». Eddie replica: «Tú has estado en los combates de Curtis y en tres combates de Ashante, en los vestuarios y en la esquina, ya has visto cómo se hace». DeeDee y Strickland recuerdan un combate de Young Joe Louis, hace algunos años, en el que su hombre de rincón le había vendado mal las manos y el boxeador de Chicago tuvo que abandonar en el quinto asalto por el dolor insoportable de los puños.

Voy y vengo del vestuario al estacionamiento para seguir los combates preliminares quedándome cerca de Curtis. Ashante ha visto a Calhoun, pero le ha dicho que estaba muy ocupado para hablar con él; han quedado al día siguiente en el *gym*, pero me extraña mucho que Calhoun venga. Curtis quiere chicle y me envía a buscarlo. (En las horas anteriores al combate el entorno del boxeador se esfuerza por darle todos los caprichos para no contrariarlo y poner en peligro su concentración). Pero en el bar no venden y no veo a nadie que esté mascando. Cuando vuelvo al cuarto con un trozo que he pedido a un tipo de Tinley Park es demasiado tarde; Eddie se lo ha traído antes que yo. Para defenderme le digo que conozco a menos gente que Eddie. «¡Pero si conoces a todo el mundo aquí, Louie, y todo el mundo te conoce!», trina DeeDee antes de añadir lamentándose: «Es una pena que esos tipos de Tinley Park no sean capaces de mantenerse en el ring, porque vendrían dos o tres autobuses llenos de gente para apoyarlos, eso es un montón de entradas». Y un organizador siempre tiene un sitio en sus carteles para un boxeador que trae a su público. Pero no vemos la forma de que el gordo blanco de Tinley Park que ha iniciado la velada pueda pasar del nivel de vulgar perdedor o, en el mejor de los casos, parásito de los rings. Jack no tiene motivos para «protegerlo» buscándole adversarios de su nivel.

«*Ellos se categorizan*»

Jack Cowen: «Piensa en un boxeador que pasa a profesional. Tienes una ligera idea de cómo se va a portar según su récord de amateur. Es lo primero, su historial de aficionado. A continuación, siempre lo intento con cada tipo que pasa a profesional, intento que empiecen con dos o tres victorias —para darles confianza, si se puede decir así—. A partir de ese momento, hay que evaluar al boxeador. En privado, en mi cabeza, tengo que evaluarlo: ¿Puede convertirse en un boxeador valioso o es uno del montón? Y creo que los propios boxeadores se clasifican en categorías. Se categorizan. Uno como, por ejemplo Rodney Wilson, como Lorenzo Smith, como Curtis Strong: ahí tienes tipos que quieren *triunfar en su oficio*, quieren llegar a ser algo. No están interesados en “toma, puedo darte 300 dólares por pelear en Chicago contra un tipo al que creo que puedes vencer. Pero, espera: te doy 1500 dólares si puedes ir a pelear a Seattle, en el Estado de Washington, y creo que allí también tienes opciones de ganar”. Ellos dirían: “Me quedo con el combate de Chicago”, porque se están labrando una carrera.

«Tienes otros boxeadores que tienen cualidades, con diferentes niveles, y algunos son buenos boxeadores, pero se vuelven parásitos. Su idea es: “Bueno, tengo que pagar el alquiler: tomo los 1500 dólares en vez del combate de 300”. También he visto a tipos que se van a Europa *porque quieren ir a Europa*. Nunca han viajado. Irían a *pelear contra King Kong* por viajar y ver París».

El tercer combate es un *mismatch* burdo, puesto que enfrenta a Loren Ross, un joven coloso negro de Tennessee en pleno ascenso, invicto en 13 combates, contra el viejo zorro Danny Blake, un negro cuarentón rechoncho con 15 derrotas consecutivas, lo que indica que sabe encajar pero no representa ningún peligro para su adversario. (Smithie le ganó por puntos en enero en Park West, es decir...). La táctica de Blake, impuesta por su fisonomía y su falta de resistencia, siempre es la misma: durante los dos o tres primeros asaltos esconde la cara entre los guantes y avanza en *crouch* (rodillas flexionadas e inclinado hacia delante) muy cerca de su adversario, para compensar su poca altura y su poco alcance, y ataca al cuerpo. Después, el resto del combate se planta en el sitio, refugiado en su guardia, y se deja moler a palos pero sin sufrir graves daños; su oficio le permite bloquear y amortiguar la mayoría de los golpes con los guantes, los hombros y los codos. La gente apoya a un pasivo Blake, que encaja una lluvia de golpes que de vez en cuando interrumpe, saliendo de su caparazón para lanzar un directo al cuerpo antes de replegarse rápidamente. Un moreno con un buzo negro que está a mi lado le grita: «¡Pégale, abuelo!». Ross muestra una técnica clásica impecable: aprovechando su ventaja de altura y envergadura, no tiene ninguna dificultad para ganar todos los asaltos boxeando tranquilamente a distancia. Pero el combate es feo y triste. Blake «se come» una serie de directos con las dos manos; su cara se pone morada y se deforma con un rictus que le da un aire lloroso. El ejercicio parece más un entrenamiento con un saco humano que un combate.

Cuando resumo el combate a DeeDee, el viejo entrenador comenta: «Blake hace siglos que pelea. Fue un buen boxeador en su tiempo, sabía pelear. Le pasa a los mejores, Louie, cuando se quedan demasiado tiempo en el ring...». E insiste en que jamás debemos reírnos de un boxeador, por muy mediocre que sea, porque siempre hace falta una dosis mínima de valor para calzarse los guantes. Por eso DeeDee no pronuncia nunca las palabras *bum* y *stiff*, *trial horse* o *tomato can*, con las que se designa comúnmente a los púgiles ineptos. «Cada tipo que sube al ring es un *boxeador*, Louie, no lo olvides nunca... Hay que ser un gran tipo para ser boxeador.

Me quito el sombrero ante cualquiera que se suba, sea un amateur que hace tres asaltos, pierda o gane, si lo aguanta, si hace lo que puede y se ha preparado para eso, o un profesional que pelea diez o doce asaltos: si está preparado, *me inclino ante él*».

El cuarto combate preliminar enfrenta de nuevo a dos nulidades: Danny Nieves, un puertorriqueño de piel clara y regordete, y Tony Lins, un blanco enorme que carece de técnica alguna. Se empujan, se agarran, se entrechocan y se pegan de cualquier modo. Lo peor es que Nieves presume en el ring. Se pavonea con su pantalón azul, esboza pasos de bailarina, una especie de *break* andando despreocupadamente dando la espalda al adversario como desafiándolo, finge estar al borde del KO para después enojarse. En pocas palabras, intenta divertir a la platea con sus payasadas en lugar de boxear. Pero a la gente no le gusta nada su *showboating* y toma partido por Lins, que es claramente más débil, si eso es posible. De vez en cuando Nieves le pega un golpe en plena cara y a la luz de los focos pueden verse volar las gotas de sudor. Después de cuatro asaltos que se parecen más al catch que al boxeo, los dos adversarios se abrazan y dan la vuelta al ring enlazados mientras los abuchean.

Algunos meses más tarde entrevisté a Danny Nieves. Trabaja como coordinador de deportes municipal a tiempo parcial, portero de una discoteca y hace changas como electricista; explica su atracción por el ring en estos términos:

Me siento bien, sobre todo cuando estás en el ring y la gente grita tu nombre y todo eso, *es casi como inyectarse droga*. Y, bueno, estar en el ring para mí es como ser *actor*, como estar *sobre el escenario de un teatro*: ofreces un espectáculo al público y siempre he peleado así. Siempre muestro algo a mi público, ¿sabes?, para probar que soy un buen boxeador, y por eso estar en el ring es como mi segunda naturaleza: me siento feliz entre las cuerdas; conozco a mucha gente y para ellos no es lo mismo, pero para mí es divertido. [...]

[La reacción de la gente] es lo que te llena, quiero decir que es lo único que hace que valga la pena. Hay muchos que te hablarán del dinero, pero ¿sabes?, hasta esos tipos que ganan cientos de millones echan de menos las luces. Mira Sugar Ray [Leonard], Larry Holmes y los demás: todos esos tipos tienen la vida resuelta, pero lo extrañan, es como colocarse, y por eso hay tantos boxeadores que regresan. [...]

[Después de un combate], si has ganado, es como un gran alivio, una gran satisfacción. Si pierdes, es la caída, porque tus colegas están disgustados contigo, lo notas en la voz, lo que quiere decir que los has decepcionado. Y yo me siento realmente mal cuando pierdo, me siento mal *toda la semana*. Es como..., creo que prefiero perder por KO que perder un combate [por puntos], detesto perder, detesto cuando te sitúas en medio del ring y el árbitro levanta el brazo del otro tipo [murmurando con rabia para su colete], *lo odio con todas mis fuerzas*. [...] *Divertirse es apasionante*: no sabes lo que va a pasar en el ring, y eso *lo adoro*. Odio aburrirme con la misma cosa todo el tiempo. Y con el boxeo cada vez..., podría pelear contigo diez veces y las diez veces serían diferentes. Y eso es lo que me gusta del boxeo: siempre es imprevisible. Es como Buster Douglas y Tyson: nadie creía que Buster Douglas iba a ganarle a Tyson. Y le daban 50 contra uno. Pero ganó. [...] Sobre todo en los pesos pesados nunca sabes quién va a dar en el blanco con un golpe devastador. El tipo puede dártelo o tú puedes dárselo, y todo se acaba, en un segundo, y la excitación que sube, esto te da un *rush*, es como: “¡*Guau!*, eso es lo que yo quiero”. Un poco de peligro...

Anoto en mi cuaderno: esta velada es verdaderamente mala. Lo que Cowen nos ha traído no es que sean productos sin etiqueta, sino mercancía en mal estado. No creo que sea la manera de conseguir público en el South Side. Y esta vez no tiene la excusa de que lo ha engañado un «proveedor de carne<sup>[\*]</sup>» que no conocía, como

sucedió en la última velada, puesto que la mitad de los boxeadores del programa son chicos del Windy City Gym. Es humillante para Curtis tener que pelear con tal cartel, él que aspira legítimamente a pelear en veladas televisadas de nivel mundial. Incluso Wanda, su alocada hermana, que no tiene ni idea, exclama: «No puedo ver esta mierda». La gente se ríe más de lo que aplaude los combates, que más parecen circo que un deporte; pero ¿es que el boxeo es un deporte? Incluso el locutor, que tiene el bonito nombre de Angelo Buscaglio (imposible inventarlo), es mediocre: tiene que leer el texto, se tropieza a cada palabra, no tiene la menor soltura. Y, para colmo, no hay *card girls*. Al principio del cuarto combate, una de las «bailarinas exóticas» del Studio 104 probó suerte: subió al ring con una bikini mínima, pero, como no había panel para anunciar el siguiente asalto, sólo pudo lucirse haciendo el «dos» con los dedos en V...

Regreso al cuchitril. Cuando estamos esperando con nervios el momento en que Curtis suba al ring, Jeb Garney llama mi atención sobre el enorme reloj brillante que lleva en la muñeca, con su esfera violeta luminosa engarzada con piedras preciosas.

JEB GARNEY: ¿Lo ves, sabes qué son? [A los otros.] ¿Saben qué son? Son diamantes de verdad y el resto es oro.

CURTIS [con un tono mezcla de admiración y broma, porque nunca se atrevería a preguntarlo en serio]: ¡Wow! Es una maravilla, ¿no querrá regalármelo, señor Garney?

JEB GARNEY: No sabes qué es [con una voz ceremoniosa] es un Rolex Presidential, cuesta 5000 dólares nada menos.

CURTIS [estirando el cuello para admirar mejor el artefacto]: De verdad, señor Garney, ¿por qué no me lo regala?

JEB GARNEY: ¿Bromeas? No, bueno, voy a decirles cómo lo he conseguido [riéndose él solo por habernos embaucado]: lo compré en Singapur por 29,95 dólares. Hacen falsificaciones, son mejores que los de verdad. Hasta ponen el logotipo por detrás del reloj, miren...

(Creo que es una broma asquerosa delante de Curtis, que deja la vida subiendo al ring por 500 dólares. ¿Este tipo es un inconsciente o qué?).

Poco a poco las conversaciones de antes del combate se apagan y el silencio se adueña del cuchitril. La tensión sube hasta que casi se puede mascar. Curtis lanza: «¿Todo el mundo está *conmigo*? ¿Están todos conmigo? ¡Muy bien, todos de rodillas para rezar, ja-ja-ja!». Risas de conejo.

### ***KO técnico en el cuarto asalto***

En el entreacto el locutor anuncia: «Después del espectáculo de boxeo, los que tengan entrada podrán asistir a un gran espectáculo de nuestras *bailarinas exóticas* en el interior. ¡Esta noche tenemos un espectáculo asombroso! ¡No se lo pierdan! Y si no tienen entrada, están a tiempo de comprarla, dos por el precio de una...». Y recuerda que la entrada a los combates da derecho a dos bebidas por el precio de una en el bar.

Vuelvo al garito donde Curtis, Garney, DeeDee y Eddie disertan sobre las dichas y desdichas de William «The Refrigerator» Perry, un gigante bonachón, jugador del equipo de fútbol de los Chicago Bears, que, después de haber sido adulado, se ve deshonorado por su incapacidad para dominar su apetito pantagruélico; sería destituido

al año siguiente por pertinaz exceso de peso antes de reconvertirse, lamentablemente, al catch. El dinero, la gloria empañada, las heridas, el divorcio y los problemas inmobiliarios son la comidilla de la prensa local: The Refrigerator tuvo que parar la construcción de su casa de 2,5 millones de dólares porque su agente le puso un «salario» mensual para que ahorrara. DeeDee apunta que hay que ser estúpido para construirse una casa tan cara, teniendo en cuenta todos los impuestos que supone. Curtis filosofa: «De lo cual se deduce que todo el dinero y la gloria que tienes pueden hacerte caer aún más bajo». Pero no puede dejar de mencionar con admiración salpicada de envidia que «El Frigorífico» regaló un BMW a su suegro...

Es el momento de calentarse. Curtis sale al pasillo y empieza a dar saltitos y después se relaja en *shadow*. Eddie se pone los *pads* y se los ofrece como blanco. Jab-jab-derecha, ganchos, uppercuts. Los golpes nerviosos restallan bajo la mirada inquisitiva de los clientes del bar. El sudor reluce en las sienes del boxeador de Woodlawn y resbala por su torso. Vienen a advertirnos que faltan cinco minutos. Choco el puño de Curtis con el mío y él me hace el saludo ritual antes de un combate. Tensión. Aprensión. Nervios. DeeDee nos invita a salir para que dejemos a Curtis rezar tranquilamente con sus hermanos. Aguardamos en la puerta. El viejo entrenador insinúa a Jeb Garney: «Echa una ojeada a ver si ha terminado». Sí, ya han dicho la plegaria, la hora del *main event* ha sonado. *Eight rounds of boxing!* Atravesamos el bar en fila india, Curtis dando saltitos, cabeza gacha bajo la capucha, bata blanca, a remolque de Jeb Garney, con su casaca azul, DeeDee y yo detrás y Strickland cerrando la marcha. Llegamos al estacionamiento bajo los aplausos del gentío. *Let's Get Busy!*, canción fetiche de Curtis, zumba en los altavoces.

El boxeador de Woodlawn trepa de cuatro en cuatro los escalones y surge entre las cuerdas. Delirio de sus seguidores, sobre todo de sus hermanas y amigos amontonados en el rincón opuesto, que arman un tremendo alboroto. Da vueltas con pasos cruzados por el cuadrilátero, la expresión endurecida por la concentración, todo el tiempo que dura el anuncio del combate. Hannah se calienta boxeando contra la sombra en la otra esquina sin dirigirse una mirada. Después los dos boxeadores se sitúan en el centro del ring para recibir las últimas advertencias del árbitro.



Curtis sube al ring.

Curtis vuelve a su rincón, DeeDee le da instrucciones, Strickland le masajea el cuello y le coloca el protector bucal. «¡Ting!» Comienza el combate. Hannah echa la cabeza hacia delante, empuja a Curtis contra las cuerdas y, antes de que los espectadores hayan terminado de sentarse, ¡estupefacción! Curtis recibe un derechazo

seco en la mandíbula que lo envía a la lona, la rodilla en el suelo. Un murmullo de consternación teñido de incredulidad recorre el público. DeeDee se levanta para observar cómo reacciona su boxeador. Curtis se levanta y empieza a bailar, después se coloca en su sitio, guarnecido tras sus guantes. Hannah empieza a martillar.

DEEDEE: ¡Arranca, *get off, man!*

LOUIE [haciendo eco]: ¡¡Arranca, Curtis!!!

EDDIE: ¡Sal de las cuerdas!

LOUIE [con voz de loco]: ¡Sal de las cuerdas! *Get off the ropes!!! Get off the ropes!!!!*

EDDIE: ¡Vamos, vamos, Curtis, dale!

LOUIE: ¡Dale, Curt'! ¡Pégale!

[¡Horror! ¿Pero qué hace? Se queda pegado a las cuerdas y se deja golpear por Hannah cuando ya ha besado una vez la lona.]

EDDIE [aullando con una voz cascada]: ¡A trabajar! *Go to work!*

LOUIE [gritando a la vez]: *Go to work! Go to work, Curtis!!!*

¡¡Con las dos manos!!

DEEDEE [tranquila pero firmemente]: Vamos, ya está bien...

LOUIE [aullando a todo trapo]: ¡Sal de las cuerdas! ¡Ya vamos, sal de las cuerdas ahora!

[Mierda, está todavía en su *macho bag*, inmóvil, con la guardia cruzada delante de él, dejando que su adversario le pegue, para mostrarle que es capaz de absorber sus mejores golpes sin rechistar. No quiere oír lo que le decimos.]

Sintiendo que ha llegado su oportunidad, Hannah fuerza y multiplica las series al cuerpo y a la cara. No sabemos si Curtis está tocado o no porque deja que su adversario lo cañonee de cerca, contentándose con bloquear sus golpes sin replicar. Por fin sale de su caparazón y rechaza a Hannah hacia el centro del ring con una serie de directos y cross con las dos manos. El otro lo engancha y lo lleva de nuevo contra las cuerdas. DeeDee vocifera: *Get off the ropes*. Repito sus instrucciones a Curtis, que, inexplicablemente, sigue pasivo y parece acusar el golpe. Tengo el corazón en la boca: ¿No se sentirá bien? (Estoy dispuesto a lanzarme al ring para salvarlo de la derrota, aunque provoque un incidente grave). La respuesta llega, fulgurante: Curtis contraataca a la velocidad del rayo y acorrjala a Hannah en el rincón opuesto, donde una lluvia de golpes en el tórax y en la cara lo envía contra la lona justo cuando suena el final del asalto.

Strickland pasa entre las cuerdas, coloca el taburete para que Curtis se siente. «¿Cómo te encuentras?», pregunta DeeDee con una calma que desentona en la atmósfera electrizada. Curtis nos tranquiliza: «Estoy bien». Strickland comete el error de intentar pasarle la esponja húmeda por el cuello y Curtis lo aparta sin contemplaciones: nunca hay que echarle agua, de lo contrario puede resfriarse. Durante el minuto de descanso DeeDee le aconseja con tono reposado: librarse del



cuerpo a cuerpo, boxear a distancia, pegar él primero<sup>[\*]</sup>.

Segundo asalto. Hannah sale desde su rincón como un toro del toril y arremete contra Curtis con la cabeza gacha. Éste se acurruca de nuevo entre los guantes y se deja arrinconar (el foco colgado del poste se bambolea y amenaza con caer sobre el ring). Intercambios incisivos de cuerpo a cuerpo, en los que cada uno intenta «entrar». Le gritamos: «¡Apártate de las cuerdas, trabaja con las dos manos, ese directo, vamos!». Pero Curtis sólo hace lo que le parece. Cowen se coloca a mi derecha y chilla de frustración: «¡No sé qué le pasa a este maldito Curtis, pero siempre hace difícil un combate fácil!». A trompicones, el boxeador de Woodlawn pasa a la ofensiva poniendo en aprieto a su adversario pero sin continuidad. Hannah tiene oficio y sabe cómo romper el ritmo de su rival. Incluso baja la guardia y le hace una mueca horrible para invitarlo a que lo golpee. Pero Curtis no se deja desconcertar.

Tercer asalto: DeeDee ha suplicado a Curtis que se tome su tiempo e imponga su boxeo desplazándose lateralmente y encadenando series tras el directo. El combate se anima. Bonitas combinaciones por ambas partes. Curtis combina golpes cruzados, bloqueos y contras para atenuar o anular las series de Hannah. Resulta evidente que es demasiado rápido y poderoso para el otro. El boxeador de Woodlawn gira alrededor de Hannah, lo atrae simulando que baja su guardia para esquivarlo mejor y pararle los pies con directos secos que le llegan. Se libra fácilmente del cuerpo a cuerpo balanceándose hacia un lado y luego hacia el otro y coloca unos buenos uppercuts con las dos manos. Comienza a afirmarse como «dueño» del ring.

DEEDEE: Avanza detrás del jab.

LOUIE: ¡Utiliza tu jab, Curtis, detrás de tu jab!

[Ruidos de combate, rechinar de las botas que se deslizan por la lona, sonidos mates de los golpes, gritos y suspiros de la gente.]

EDDIE: ¡Con la izquierda, dale con el jab!

LOUIE [gritando]: ¡Sal del rincón!

EDDIE: ¡En el centro no, en el centro no!

DEEDEE: ASÍ, por debajo ahora.

LOUIE: ¡Por debajo!

DEEDEE [con insistencia]: Un paso al lado. [Más fuerte, con su voz ronca.] ¡Un paso al lado!

EDDIE: ¡Sí, eso es, más cerca, en serie!

KITCHEN: *Work! Work!*

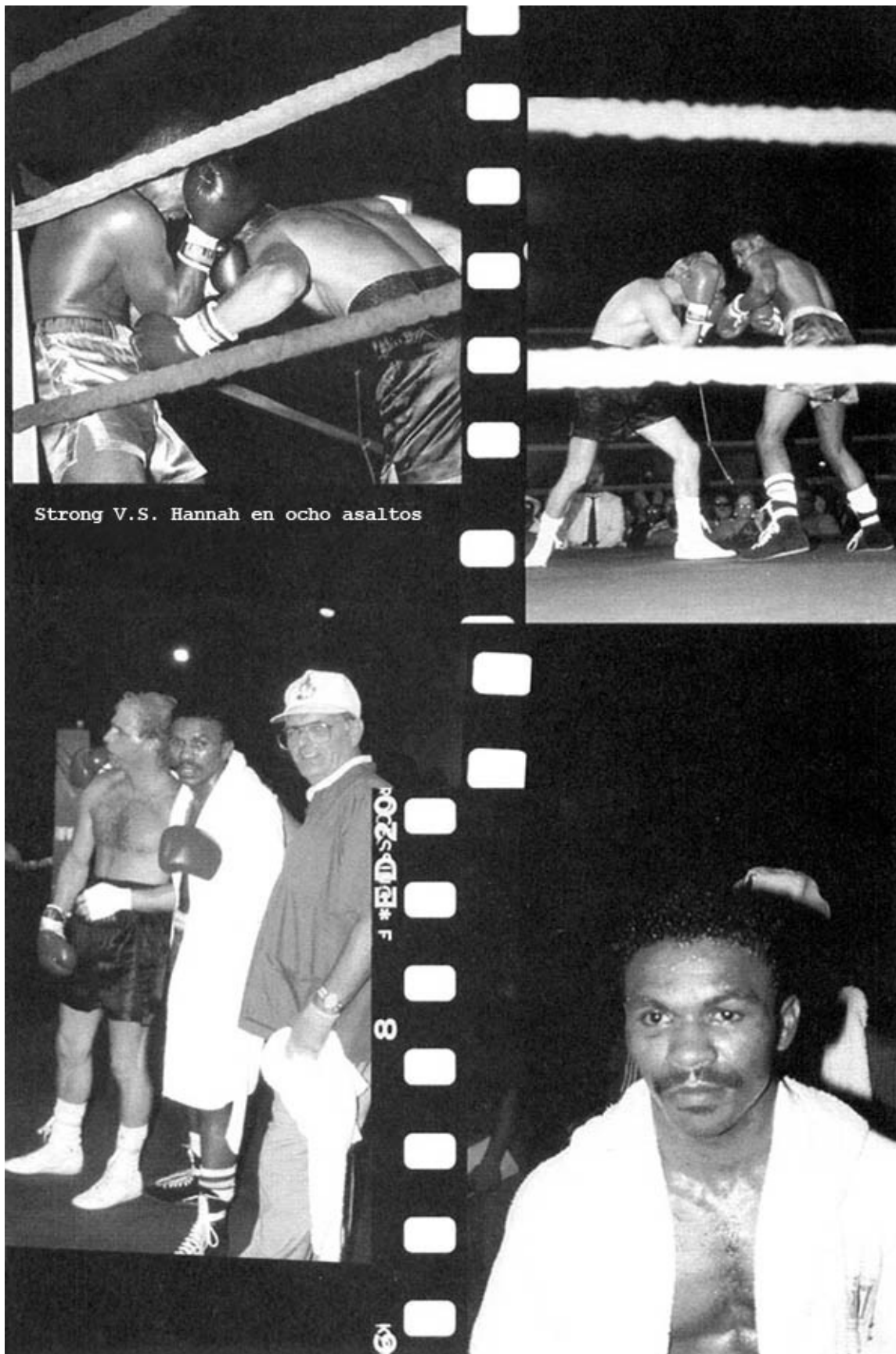
DEEDEE [nervioso]: ¡Vamos, hombre! ¡Acércate! Con las dos manos.

LOUIE [chillando]: ¡Más cerca, más cerca, con las dos manos, vamos!

Un encadenamiento cruzado de izquierda-uppercut de derecha envía al boxeador de Indiana a la lona de nuevo. Pero sabe encajar y se levanta sin vacilar. Hacia el final del asalto Curtis pone a Hannah contra las cuerdas con una avalancha de golpes rematada con un rechazazo corto a la sien. En el momento en que el boxeador de Indiana cae hacia delante, Curtis le encaja un gancho de izquierda en plena garganta. Pero suena el gong y tiene que retirarse a su esquina. Se derrumba sobre el taburete, la cara tumefacta, respirando con dificultad.

Confusión. Creemos que Hannah se va a negar a «salir de su rincón» cuando se anuncia el cuarto asalto. Pero no: se santigua y vuelve valientemente al matadero. Sabe que está perdido, pero va a jugarse el todo por el todo<sup>[\*]</sup>. Curtis responde a esta última ofensiva desordenada con una lluvia de golpes de una violencia inusitada. Baila alrededor de su adversario, quien, agotado, sólo puede ocultarse tras sus guantes e intentar agarrarse a él. Esto se parece al tiro de pichón. Curtis presiona a Hannah contra las cuerdas y lo tira al suelo. El otro rueda casi fuera del ring. Ya no es nada más que una formalidad: está en tan mal estado que Curtis lo va a «rematar» en el próximo intercambio. Pero Hannah, arrodillado, llama al árbitro y le enseña la mano izquierda como para indicarle que está herido. (Jack Cowen me confirmaría después que efectivamente tenía serios problemas de ligamentos en el hombro antes de subir al ring).

El árbitro se inclina hacia Hannah y se vuelve hacia la mesa de oficiales para indicar con un gesto que el combate ha terminado. Curtis rebota contra las cuerdas y levanta los brazos al aire mientras el público lo aclama. Da la vuelta al ring brincando de alegría, agitando los puños en señal de victoria. Entusiasmo en las primeras filas: Le Doc, Liz, Ashante, los hermanos de Curtis. Qué alivio después del pánico del primer asalto... Hannah viene a darle palmadas en el hombro como felicitación: «Buen trabajo, das duro». Curtis lo abraza. (No puedo evitar la emoción y pensar en la tristeza de su trayecto de regreso, con otra derrota más en su activo, lo que confirma su condición de perfecto paquete). Mientras que el médico de la Comisión examina al boxeador de Indiana y esperamos el anuncio de la decisión oficial, Curtis posa para los fotógrafos aficionados; piernas flexionadas, puño izquierdo adelantado, mueca feroz en los labios. «Señoras y señores, el árbitro detiene el combate a los dos minutos diez segundos del cuarto asalto y el vencedor, en el rincón azul, por KO técnico es ¡Cuurtiiis Stroooong! Curtis Strong...»<sup>[\*]</sup>



Strong V.S. Hannah en ocho asaltos

Después de este desenlace decepcionante, los amigos, parientes y fans asaltan a Curtis para felicitarlo. Jeb Garney le enjuga el rostro y DeeDee lo apremia para que vuelva rápidamente dentro y no tome frío. Pero todos lo paran y quieren abrazarlo y tocarle los guantes y el gentío tapa la única puerta que da a la discoteca. Le sugiero

que se pegue a mis hombros y le abro el paso a la fuerza entre la marea de espectadores. (Me siento orgulloso de llevar al *champ* a remolque). La muchedumbre retrocede hacia el bar, que se llena de juerguistas. Zigzagueamos hasta llegar al cuchitril que hace las veces de vestuario, seguidos por una fotógrafa que toma primeros planos de Curtis y por la periodista Wylie, que se apresta a demostrar con sus preguntas toda su ignorancia sobre el Noble Arte.

Curtis está radiante y locuaz como una cotorra. Da gracias a Dios a cada paso y se defiende con vehemencia por haber besado la lona en el primer asalto, argumentando que fue sólo un «resbalón». Jeb Garney se ríe de buena gana: «Bueno, de acuerdo, pero entonces, ¿qué hacía su guante en tu mentón? Vaya miedo que nos ha dado». Uno de los miembros de la Boxing Commission que se las da de articulista deportivo para un periodicucho local viene a entrevistar al boxeador de Woodlawn con su pequeño grabador; aprovecho para grabar su conversación al vuelo. Curtis explica que está preparado para pelear contra cualquiera, donde sea, seis asaltos en Atlantic City o diez asaltos en Aurora contra Torres para la revancha de la defensa de su título, si su mánager quiere: «Me da lo mismo, lo único que pido es estar activo. Si no estoy activo, entonces el *placer* y la *determinación* de boxear desaparecen».

Le ayudo a quitarse la coquilla y le seco el torso y los brazos con una toalla. Parece una lagartija y salta sin parar. No es para menos: ha vendido más de mil dólares en entradas, ha inscrito otra victoria más en su récord y ha demostrado sangre fría y dominio táctico frente a un adversario experimentado. Su mánager no deja de repetir que Jeff Hannah se ha enfrentado a tres antiguos campeones del mundo; es verdad, pero hace mucho tiempo de eso, y acabó derrotado.

GARNEY: Te tocó con la izquierda, no fue un golpe terrible pero estabas desequilibrado. Bueno, lo hizo más emocionante un rato, ja-ja-ja [risa de alivio]. No es lo más bonito que he visto este año...

LOUIE: Quizá habría preferido otro tipo de emoción, ¿no?

GARNEY [riendo con ganas]: ¡No me hace ninguna falta! A ti puede que te haya gustado, Curtis, pero yo no me he divertido nada en los primeros 15 o 20 segundos. Ese tipo era como un toro furioso en la plaza.

CURTIS: Por eso me lo he tomado con calma, ya sabía que lo iba a golpear antes o después.

GARNEY: Estaba claro, seguro.

CURTIS [con firmeza]: No tenía prisa por descubrirme y arriesgarme a que lanzara un golpe y me diera por sorpresa, no...

GARNEY: No, si tienes razón.

CURTIS [satisfecho porque su mánager le da la razón]: *Awright*.

GARNEY: Si te dejas meter en un intercambio golpe por golpe con un tipo con tanta experiencia que da todo lo que tiene...

STRICKLAND: Era su estrategia.

LOUIE: Y en el cuarto asalto estaba vacío, ya no podía más.

GARNEY: Oh, sólo he dicho que no me han gustado los primeros 20 segundos, eso no *le* ha molestado [a Curtis], pero me ha molestado a *mí*. [Todo el mundo ríe con ganas.]

LE DOC [asoma la cabeza por la puerta y exclama]: ¡Súper, Curtis, bravo!

CURTIS: Está bien, muchas gracias.

KITCHEN: Eh, Curtis, cuando estés vestido dime cuándo quieres que te haga una foto junto a esa chica... [Señalando hacia una monada que se contonea junto a la puerta.]

CURTIS: De acuerdo. [Me río —y Curtis también— de la insistencia con la que Kitchen se esfuerza para sacarse unos dólares.]

De pronto me doy cuenta de que hay tres mujeres en el vestuario, la primera vez que pasa después de un combate; vemos que DeeDee no está. Curtis está muy contento con su presencia y tiene mucho gusto en responder detalladamente a sus preguntas, de una ingenuidad apabullante. Después se desviste y se pone la ropa de civil (sin ducharse, puesto que no hay medios para ello). Cuando termina de ponerse el pantalón, la cajera de la entrada retira la cortina y atraviesa el cuchitril sin decir nada. Curtis, enfadado, dice: «¡Jojo! ¡Es la noche de todos los males... y de todos los placeres!». Risas. Llega Eddie acompañado de Ashante y se retoman los comentarios técnicos y tácticos. Los dos ofrecen su interpretación del «resbalón-derribo» de Curtis en el primer asalto y colaboran para redefinir entre todos un incidente incómodo como simple accidente.

**STUDIO 104 PRESENTS**

**EVERY  
SATURDAY  
NITE**



*Sexy Leg  
Contest*

**WIN \$200  
CASH PRIZE**

**Admission \$5.00-Free w/plugger  
8:00 until**

**2814 E. 104th St.**

**2 Blocks East of Torrence**

**312-768-7109**

***Free Birthday Party, Birthday Cake  
& Champagne.***

EDDIE: Estaba frío, eso es todo. Curtis no había calentado cuando... Después, cuando se levantó, ya estaba bien. No había calentado, eso es. Estaba frío.

CURTIS: Cuando me tiró a la lona [sic] sabía que estaba acorralado, porque no ha sido un verdadero *knock-down*. Pero como el árbitro me ha contado hasta ocho, se considera como un *knock-down*.

LOUIE: Y tú casi lo dejas KO en ese asalto, al final del primero.

CURTIS: Sí, gracias a Dios, *todo es por Dios*.

EDDIE: Después ese payaso se colocó a tu derecha y tu gancho de izquierda...

CURTIS: Ha parado el combate él solo.

KITCHEN: Sí, ha tirado la toalla, ya había recibido bastante.

VOZ SIN IDENTIFICAR: Ya tenía bastante.

CURTIS: Se ha hecho una herida en la mano.

LOUIE: Y en el hombro.

KITCHEN: ¿De verdad, está herido?

EDDIE: Pero sobre todo es que empezaba a notar los directos de Curtis, también ha recibido unos cuantos ganchos de izquierda, ¿eh?

LOUIE: ¿Sabes qué? El gancho de izquierda en la garganta es lo que ha puesto fin al combate, porque después se fue al rincón y hacía señas: «No, no, ya está».

CURTIS: Sí, ya había recibido una paliza.

LOUIE: ¡*Man*, le has tirado bombas!

CURTIS: Podía oírte que me gritabas para que saliera de las cuerdas, pero DeeDee lo sabía y no me decía que saliera de las cuerdas: sabe que el tipo envía golpes largos, sólo me ha dicho que cerrara mi guardia y retrocediera así, balanceándome.

El padre de Curtis está silencioso, apartado. Curtis no le presta atención. Confieso a DeeDee que he estado a punto de saltar al ring y derribar a Hannah para que no dejara KO a Curtis en el primer asalto: «¿Qué? Pero *¿qué estás diciendo?* Más te vale quedarte tranquilo en tu sitio, Louie, si no, no vienes más a las veladas».

### ***Paso a las «bailarinas exóticas»***

Salimos al bar, que ahora está hasta el tope. Todos vienen a felicitar a Curtis por su victoria. Repite a quien quiere oírlo que su *knock-down* del primer asalto sólo fue un resbalón y que a pesar de las apariencias ha controlado el combate de principio a fin. Dice que está frustrado por el abandono de Hannah: habría preferido «acabar el trabajo» cuando este último estaba al borde del KO en el cuarto asalto, pero, bueno, no dependía sólo de él... Jeb Garney degusta una cerveza fría en compañía de su mujer y de la esposa de Jack Cowen en una mesa en el centro de la sala. DeeDee está sentado un poco más lejos, charlando con los ancianos. Curtis va de un grupo a otro, locuaz, afable, todo sonrisa.

En la sala de baile contigua un *disc-jockey* pone un *rap* a todo volumen y, desde su cabina de cristal a la izquierda de la pista, invita a los clientes a bailar, pero sin mucho éxito. Sólo dos parejas se agitan frenéticamente bajo el sonido agresivo de la música. En la otra sala pequeños grupos beben en el bar. DeeDee se mete un whisky entre pecho y espalda —lleva la boina vasca auténtica que le regalé en Navidad, comprada en Montpellier a un fabricante de San Juan de Luz—. En la televisión dan un partido de béisbol. El fotógrafo de la casa, «George Henderson Production, Video and Photography», que hace fotos en color con fondo de jardín tropical (una tela colocada cuidadosamente delante de la cual posan los clientes) con una Polaroid sofisticada, no tiene ningún éxito: ¡a 15 dólares la foto prendida con chinches en una cartulina no es extraño! Hace una foto de una gorda con un vestido azul, tumbada en medio de un mar de almohadones, después del trío formado por Ashante, DeeDee y un tipo corpulento al que no conozco, viejo amigo de Charles. Es él el que ha insistido en fotografiarse con DeeDee, que se digna incluso a sonreír al objetivo, lo que es raro. El viejo entrenador preside en el sillón de caña, mientras que Ashante y el gordo lo rodean como guardaespaldas. Durante este rato el equipo de desmontaje

del ring ha terminado su trabajo y el personal del Studio 104 ha recogido las sillas y ha enrollado los toldos y las cuerdas.

El bar está medio vacío porque el espectáculo de las bailarinas exóticas ha comenzado en la sala de al lado. Después de la exhibición del capital corporal masculino, manifestado en la fuerza y la violencia, su equivalente femenino, en tono sexual. Las mencionadas bailarinas resultan ser las mismas chicas de la taquilla que hacen las veces de *card girls* en los combates. Sumergida en una penumbra anaranjada con una iluminación miserable (ni siquiera un estroboscopio o una bola giratoria), una negra recauchutada como las modelos en declive baila lánguidamente sobre el escenario delante de unas 60 personas, principalmente hombres (muchos boxeadores, veteranos o actuales) acodados en las dos barras que ocupan la pared contraria. Lleva un *string* plateado y un corpiño haciendo juego del que se libra pronto antes de venir a provocar a los espectadores de la primera fila con sus pechos al aire y su trasero fofo.

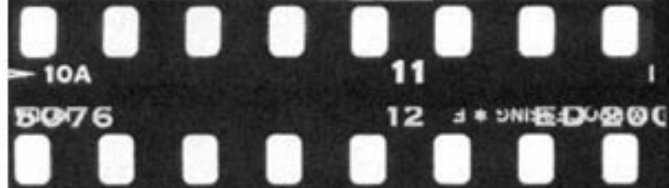
Más que «bailarinas exóticas» se trata de «bailarinas pornográficas»: la chica no duda en sentarse en las rodillas de los clientes para frotarse con todo su cuerpo, arrodillarse entre sus piernas simulando una *fellatio* y subirse en sus hombros (entre los que ha colocado cuidadosamente una toalla de limpieza más que dudosa, que después utiliza para abanicarlo) sujetando con ostentación su cara entre los muslos. Sus maniobras son tan agresivas que muchos espectadores del fondo se sienten molestos y se retiran como de común acuerdo cuando la seductora se aproxima. En cuanto parece que viene hacia nosotros, Eddie se va horrorizado (*I don't want none of that*), y yo también. Muchos tipos salen porque no quieren que los provoquen de forma tan brutal o por miedo a ser obligados a salir a escena para hacer un *strip-tease* mutuo.



Uno ríe, otro bebe:  
Eddie y DeeDee.



Eddie, Liz y DeeDee  
posan para la  
tradicional foto después  
del combate.



Liz, DeeDee y Louie.



Anthony se queda prudentemente en la puerta y, más tarde, manifestará en voz alta su indignación porque un espectáculo de ese tenor haya tenido lugar delante de nosotros. (Es musulmán. Hace poco me decía que había que «resistir la tentación, resistir al pecado. ¿Por qué tengo que mirar a otras mujeres cuando tengo una en casa?»).

Pasamos a la fase de remuneración: la bailarina invita a los hombres contra los que viene a frotarse a deslizar billetes en su corpiño (que se ha vuelto a poner a toda velocidad) o en su *string*, lo que hacen con entusiasmo. Ashante parece muy molesto por el espectáculo, pero cuando la chica avanza hacia él por sorpresa, se queda plantado, estoico. Ella se frota lánguidamente contra su tórax y después se enrosca a su alrededor hasta rodearlo literalmente con su cuerpo semidesnudo (ella tiene el doble de cintura que él). Ashante queda rodeado por los tentáculos de la bailarina durante 20 segundos y, cuando ella lo libera al fin, él le coloca con autoridad un billete de un dólar en la tanga. Está rojo como una amapola y no pierdo la ocasión de hacerle bromas: «Ya hemos visto que te fallaban las rodillas y cómo tenías la cara hinchada» (como se dice de un boxeador al que han vapuleado).

Salgo de la sala de baile y me pongo de acuerdo con Eddie para hacerle una broma a DeeDee diciéndole que Curtis está en el escenario haciendo un *strip-tease* con la bailarina: «¡Wow!, espera un poco, no es verdad. *Man*, Curtis desnudo con la tipa». DeeDee se endereza en su taburete, con el vaso de whisky en la mano. «¡Qué, eso tengo que verlo! ¿Dónde?» Cuando se da cuenta de que es una broma se parte de risa con nosotros. «Maldita sea, lo dejaría KO, *lo dejaría como un batido*». Pregunto al viejo entrenador por qué *brother* Woods (el otro mánager de Curtis y antiguo responsable del Boys Club de Woodlawn) no ha venido: «No lo sé, tenía que haber venido. No importa de todos modos, sólo era un combate de calentamiento».

La segunda chica que hace un número de danza es todavía más «exótica» que la primera. Se sienta a horcajadas sobre los clientes simulando realmente el acto sexual con muecas y expresiones de éxtasis; hasta deja a uno de los felices elegidos que la sobe y le bese vorazmente los pechos. En el Studio 104 no caben florituras artísticas ni simulacros *baudrillardianos*.

Mientras dura el espectáculo, asisto a un reto sexual entre la gorda bailarina exótica (que se pasea con una bata de flecos que deja ver sus muslos desnudos) y Tim Adams, el árbitro negro que oficiaba durante el combate de Curtis por el título celebrado en Aurora. Ella grita que él le tiene miedo y que no es lo bastante hombre para una chica como ella. Él responde con vehemencia, pero sonriendo, que conoce a muchas así y que es ella la que retrocede. Como está tan segura de su feminidad, sólo tiene que seguirlo a los baños, donde le mostrará con mucho gusto lo que sabe hacer. (Todo resulta bastante disparatado, puesto que Tim Adams está acompañado de su amiga). La bailarina le devuelve el disparo desafiándolo a que se baje la bragueta ahí, delante de ella y de todo el mundo, «para enseñar lo que tienes». Tim no se hace

rogar y se baja la bragueta, dispuesto a exhibir sus atributos masculinos. Ella lo excita verbalmente: «Sácala, sácala, y déjame verla».

—Ah, ¿quieres verla, estás segura? No te va a decepcionar, guapa, te lo aseguro. ¿Quieres verla?

—Sácala, sácala, te he dicho, déjame ver cómo la tienes. Te apuesto a que no la sacas, porque de verdad no tienes nada que enseñar.

—Okay!

Tim hace como si fuera a sacar de su pantalón entreabierto su miembro viril con un gesto teatral que hace pensar que es de un tamaño excepcional.

—Sácala, que te voy a hacer [inaudible].

Ella se acerca y le da bruscamente en el bajo vientre.

—¡Wooo, te advierto que no la toques! *La última mujer que le puso la mano encima tuvo que ir a buscar un doggy bag para llevar las sobras a su mamá*<sup>[\*]</sup>.

Risas unánimes de los amigos y curiosos. Tim desafía otra vez a la bailarina para que lo toque cuando él la toma vigorosamente del brazo.

—Venga, ven a la habitación de al lado, vamos a ver quién sale primero.

—No me da miedo lo que me vas a enseñar. No tienes *nada* que enseñar.

—De acuerdo, vamos, entra ahí, vamos a ver quién sale *corriendo*.

Desaparecen en el cuartucho que hace apenas dos horas sirvió de vestuario, ante la hilaridad irreprimible del compañero de Tim. Su amiga, por el contrario, está pálida. Dos largos minutos después la bailarina semidesnuda sale con andares fieros y felinos, seguida de cerca por un satisfecho Tim. Este último grita a todos: «¿Han visto quién ha salido primero?». Ella replica, grosera: «¿Acaso estoy corriendo? ¿*Estoy corriendo?* Dijiste que iba a salir corriendo. Me parece que no corro».

DeeDee charla un momento con un antiguo campeón de pesos medios, miembro del equipo olímpico americano de 1960 con Ernie Terrell y Mohamed Alí. Me lo presenta, y también a Liz. Saco fotos en el bar y ensayo algunos pasos de baile, para alborozo de Ashante y de Lamar, que quieren a cualquier precio que haga en la pista *The Running Man*, mi conocida imitación del rapero M. C. Hammer<sup>[\*]</sup>. DeeDee también empieza a contonearse y después interrumpe a Lamar para robarle a Wanda. Dan vueltas ellos dos solos por la pista; la encuentro adorable con su gran sonrisa de lechuga y su largo vestido rojo, pero, eterno admirador de las mujeres guapas, DeeDee me dirá: «Es realmente fea esta pobre Wanda». Es más de medianoche. No queda casi nadie aparte del grupo de Woodlawn y la familia de Curtis. Es hora de marcharse.

### **«Si reduces a otros dos tipos dejo de beber»**

Nos repartimos en tres coches: Ashante va hacia el North Side con Ernie Terrell y dos veteranos; Olivier, Fanette, Liz, Eddie y la señora gorda de la calle 63 con sus caderas de plástico se meten en mi Plymouth Valiant; yo voy con DeeDee y Curtis. Pero, cuando entro en el jeep, descubro que tenemos compañía: una monada negra con trenzas y vestida con un overol granate brillante está sentada en la parte de atrás,

agazapada en la oscuridad. DeeDee se da cuenta de la presencia imprevista de la jovencita y pide a Curtis que se lo explique, y éste se da prisa por arrancar. Y así empieza una larga discusión para saber si es Curtis el que ha dicho a la chica que la lleva y si se ha entrado en el coche antes o después que el entrenador. La pobre adolescente está callada, asustada por ser la causa de una discusión virulenta que va a durar una buena parte del trayecto. DeeDee la acosa a preguntas (¿Quién eres? ¿De quién eres novia? ¿Cuántos años tienes? ¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha dicho que te subas al coche?) con un tono agresivo que va dirigido en realidad a Curtis, que disimula cantando a grito pelado el disco de música *soul* que ponen en la radio. Es la forma de indicar que no aprueba esta galante invitación de última hora. Todo el trayecto DeeDee y Curtis se pelean para decidir dónde y cuándo este último debe acompañar a la chica. DeeDee insiste en que Curtis la deje en su casa primero: nada de tretas cuando me hayas dejado en casa.

Los dos compadres se trenzan a ráfagas. El viejo entrenador amenaza con bajar del coche y volver por sus propios medios cuando cruzamos South Chicago Avenue. En voz baja tranquilizo a la pobre chica: «No te preocupes, siempre se están peleando, son como un matrimonio». Está muy intimidada por el enojo manifiesto de DeeDee. Curtis y él hablan brevemente del combate. El boxeador de Woodlawn se defiende de las críticas de su entrenador. (Me parece que suele mostrarse muy satisfecho consigo mismo después de un combate: no ve sus fallas). Los dos se ríen al unísono cuando se acuerdan de la Sra. Garney. «Qué callo, eh, DeeDee, si hasta tiene bigote. —Sí que es fea, de verdad, pero está atiborrada. —¿Qué quiere decir con eso? —Que está forrada. Es rica por su casa. Heredó el dinero». A pesar del ruido de la música, consigo grabar la conversación. Fragmentos escogidos:

DEEDEE: Me gustaría saber cómo se ha subido al coche.

CURTIS [aparentando sorpresa]: Ah, ¿así que no sabe cómo ha subido?

DEEDEE [dominando con dificultad su exasperación]: ¡No, no he visto a la señorita subir!

CURTIS: Bueno, ¿es que ya estaba ahí cuando ha subido?

DEEDEE: ¡Sí!

CURTIS [subiendo el tono e intentando invertir los papeles]: ¿Cómo se ha subido entonces?

DEEDEE: Ya estaba dentro cuando me he subido, ya te lo he dicho.

CURTIS: *Man*, pero si estaba solo en el coche, nadie se mete así en el coche, se habrá subido con Louie...

DEEDEE [tranquilamente]: Que no.

CURTIS [volviéndose a la chica]: ¿Con quién has entrado en el coche?

CHICA [tímidamente]: Yo sola.

DEEDEE [incrédulo]: ¿Sola?

CURTIS [haciendo como si el asunto estuviera cerrado]: Eso responde a su pregunta, DeeDee, ¿verdad? Así que no me eche la culpa: soy como usted, eso es todo [sobrentendido: «Atraigo a las chicas y no lo puedo evitar»].

DEEDEE: No, tú no eres como yo.

CURTIS: No, no soy así, es verdad, usted es un bárbaro, usted... [Se ríe con ganas de su adjetivo y yo también.] Más vale que lo vigile toda la noche. Intentando sustituir a Derrick y todo eso [cuando bailaba con Wanda. Curtis se parte de risa.]

DEEDEE [indignado]: ¿Sustituir a Derrick?

CURTIS: ¡Sí!

DEEDEE: ¿Él y Wanda?

CURTIS [jovial]: ¡Sí!

DEEDEE: Me estaba divirtiendo un poco, eso es todo. No intentaba [inaudible]. Ha sido por esa copa [inaudible].

CURTIS [con tono de reproche]: ¿Por qué siempre está bebiendo?

DEEDEE [nervioso]: Porque no tengo nada más que hacer.

Sigue una larga discusión a propósito del derecho que tiene DeeDee a dejarse llevar de vez en cuando por los placeres de la vida (de los que Curtis debe privarse) por sus años y después una disputa para saber si Curtis va a dejar a la chica antes o después de acompañarnos a DeeDee y a mí.

CURTIS [interrumpiendo a DeeDee y gritando para que su voz se oiga por encima de la música, que atruena en los altavoces]: ¿Divertirme? ¿Divertirme? Pero eso no es divertido.

DEEDEE: Y después acompañarás a Louie a su casa. Primero llevas a la señorita, después me llevas a mí y luego dejas a Louie en su casa: no estoy tonto. [Como Curtis hace que no lo escucha, vocifera.] Bueno, para aquí, ponte a la izquierda y estaciona ahí, al lado de [inaudible].

LOUIE: No podemos ahí, DeeDee, es South Chicago Avenue, no podemos tomarla en ese sentido.

CURTIS: ¿Ve?, DeeDee, ya le dije que dejara sus borracheras, hombre. ¡Debería echarlo de mi coche!

DEEDEE [enfadado de veras]: ¡Mierda, puedo salir! Puedo volver a casa solo.

CURTIS: ¿Está seguro? Ya volvió aquella vez...

DEEDEE [interrumpiéndole]: ... A la derecha, vamos.

CURTIS: Alguien le tendría que dar un par de bofetadas...

DEEDEE [interrumpiéndolo de nuevo]: ... Nadie me va a dar un par de bofetadas.

LOUIE [a la chica, petrificada de miedo en la parte de atrás]: Discuten así todo el rato, no te preocupes. [...]

La conversación termina volviendo al combate.

CURTIS: De pronto lanzó una ráfaga de golpes en todas las direcciones, estaba tan desordenado que no podía cuadrar su guardia y atravesarla. Pero el golpe me alcanzó justo cuando iba a darle. Y yo quería..., intentaba alinear los pies. [Irritado por la actitud indiferente de DeeDee, que, evidentemente, no quiere oír sus explicaciones.] Al mismo tiempo..., no era un derribo. Se lo juro, el árbitro lo ha contado como un *knock-down* cuando estaba claro que yo hacía como si fuese un *knock-down*. [Sube el tono para impedir que DeeDee lo corte, pero en vano.]

DEEDEE: Te fuiste a la lona y cada vez que vas a la lona aunque sea un *flash knock-down* [cuando el boxeador se levanta inmediatamente] o un *knock-down* de verdad, no importa, no es un resbalón... [Breve pausa.] Y tú siempre, siempre te levantas y dejas al tipo KO en el mismo asalto. ¡Y eso no viene al caso!

CURTIS: ¿Qué es lo que no viene al caso? [Subiendo la voz como para defenderse, pero con un tono neutro.] ¡A los fans les encanta!

DEEDEE: Sí, ya lo sé, es como el tipo aquel que tenía sobrepeso... [Referencia a un combate del año anterior en el que Curtis fue enviado brevemente a la lona por un adversario que pesaba cinco kilos más que él.]

CURTIS: Sí.

DEEDEE: Te envió al suelo, pum, pum. Te levantaste y lo tiraste al suelo, ¿entiendes lo que te quiero decir? [Pausa.] Sí, porque necesitas demasiado tiempo para enchufar tu cerebro.

CURTIS: Pero cuando caí el árbitro se puso a contar como un *knock-down*, entonces supe que tenía que ponerme a trabajar.

DEEDEE: Y necesitas demasiado tiempo para arrancar en el cuerpo a cuerpo. Y tú eres más fuerte de cerca, pero para eso tienes que doblar las rodillas. ¿Cuántas veces lo has enviado a la lona?

CURTIS [volviéndose hacia mí con un orgullo recuperado]: Louie, ¿cuántas veces lo he enviado a la lona?

LOUIE: Uh, tres veces, y una vez el árbitro ha creído que era un resbalón. [Pausa.] Y otra vez le has dado, en fin, lo has tirado contra las cuerdas.

CURTIS [interrumpiéndome]: Me había dado un cabezazo en el ojo.

DEEDEE: Sí, ya lo sé.

LOUIE: Casi se cae entre las cuerdas y se estrella al pie del ring.

DEEDEE [riéndose suavemente y moviendo la cabeza]: Je-je-je, y también daba codazos. No hay nada malo en eso... Es un veterano. Lleva más de 40 combates en sus espaldas. [...]

DeeDee anuncia que va a pasar a tomarse la última y terminar la velada en un bar cerca de su casa. Curtis no pierde la ocasión de sermonearlo.

CURTIS: *Man*, pare ya, no necesita beber más. [Subiendo el tono con una cólera fingida.] De verdad es usted, es demasiado, es demasiado, demasiado, demasiado.

DEEDEE [riéndose, cómo si hubiera encontrado el desquite]: *Si ganas otros dos combates, si reduces a otros dos tipos, dejo de beber.*

CURTIS: Sí, claro. Louie, tú lo has oído, ¿has oído lo que acaba de decir?

LOUIE: Sí, lo he oído.

DEEDEE: Otros dos, paras a otros dos y dejo de beber.

LOUIE: Soy testigo.

DEEDEE [triumfante]: ¡Y de filmar!

CURTIS [ufano porque DeeDee confía en que triunfe en su carrera]: ¿Tuvo miedo cuando me envió a la lona?

DEEDEE [con tono indiferente]: Por supuesto que no.

CURTIS: ¿Por qué no?

DEEDEE [sacudiendo la cabeza]: Uh. Uh.

CURTIS [incrédulo]: ¿Por qué no? ¿Por qué no?

DEEDEE: ¿Por qué? Porque vi cómo te levantabas. [Tranquilamente.] No te levantaste tambaleándote como James Brown ni acabado.

CURTIS: Me levanté de un salto así, ¡ooollyhaaa!

DEEDEE [suelta un gran eructo]: Si te hubieras levantado debilitado, como James Brown [murmurando entre dientes], entonces habría sabido inmediatamente que estábamos acabados. Pero sabía que no estabas tocado.



Cuando llegamos a Cottage Grove Avenue, Curtis anuncia que me va a dejar primero, después acompañará a la chica y por último a DeeDee. «Y no se piense que me va a decir dónde tengo que ir: ¡el único sitio donde me dice lo que tengo que hacer es sobre el ring!» El Jeep Comanche hace escala delante de mi casa, salto a la acera y nos despedimos hasta mañana en el gym.

Al día siguiente suena el teléfono un poco después de mediodía, cuando estoy transcribiendo las notas. Es DeeDee, que busca noticias. Todavía está borracho por el

whisky de dudosa calidad que bebió la noche anterior; terminó la noche en compañía de Curtis y de la chica en el bar de la esquina de la calle 69 con Indiana Avenue. «No me quedé mucho tiempo, sólo estábamos el camarero y yo. Le presenté a la bestia de Curtis». Después lo dejaron en su casa antes de ir a acompañar a la chica. Eso dice...

DEEDEE: Voy a darle una buena a propósito de la chica. No pintaba nada en el coche de todos modos. Y es más joven de lo que decía, seguro. Es la novia de Milkman y él todavía no ha cumplido los 16, así que... Dijo que había discutido con él y que por eso se había ido.

LOUIE: En todo caso le ha dado una buena reprimenda, DeeDee, de verdad.

DEEDEE: Ah, bueno, he echado del *gym* a más de una... Había niñas que venían a la sala y yo les preguntaba [con una voz fría y dura]: «¿Qué se les ha perdido aquí?». Una que venía a ver a Curtis se sentaba al pie del ring y yo le gritaba bien fuerte: «¡Curtis, te llama tu mujer por teléfono!». [Risas.] Echaba chispas... No voy a ir hoy al gimnasio, puede que me tome un día de descanso...

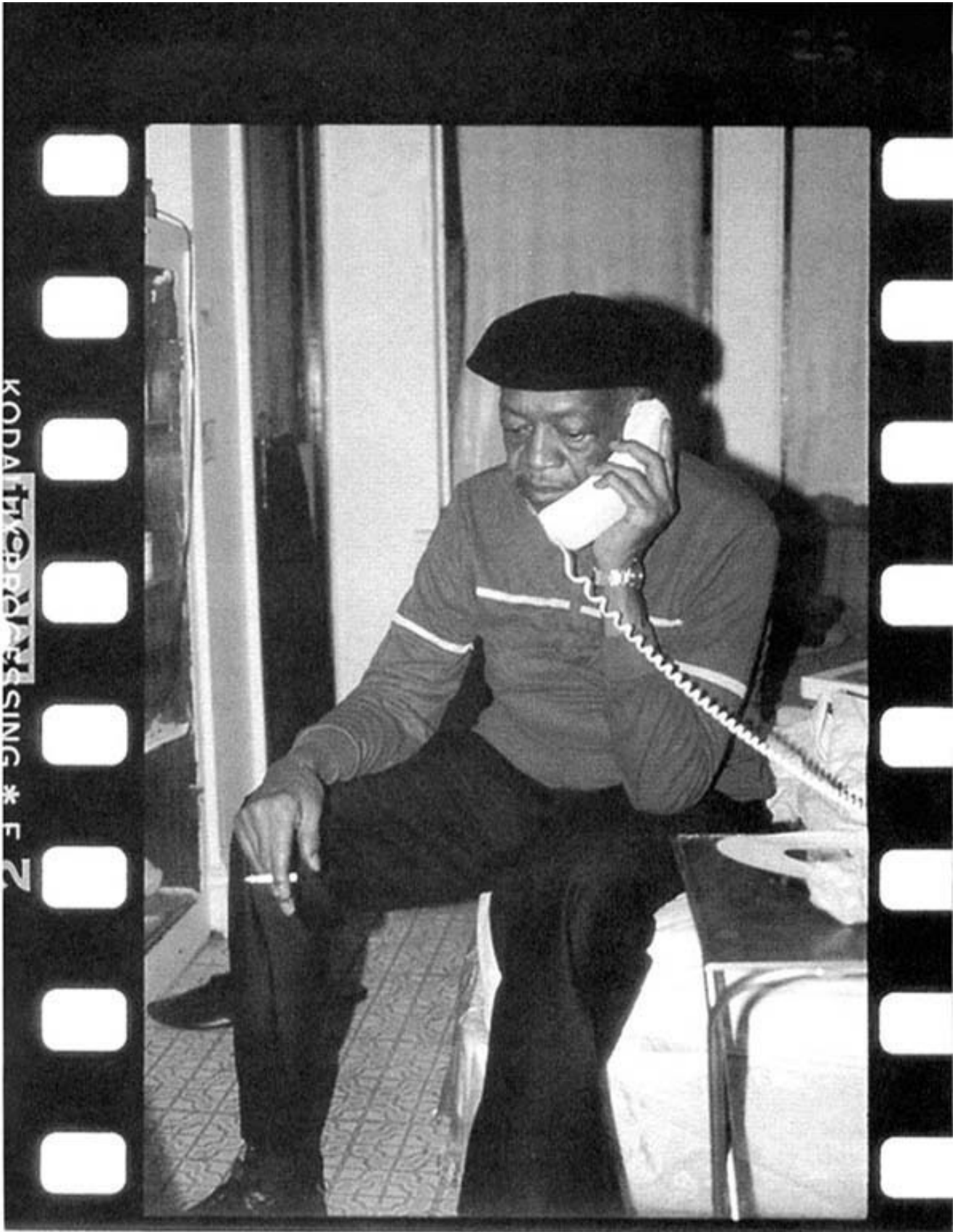
Todos necesitábamos descansar: fue un día muy largo, desde el pesaje hasta la vuelta del Studio 104, y, aunque DeeDee diga que no se preocupó, la tensión nerviosa que rodea un combate siempre afecta. «Oh, no estoy nervioso. Nada me pone nervioso, Louie. Nada importa. No es nada importante. Este combate no era nada. No dejo que nada me afecte. De todas formas lo que tiene que pasar pasará. Después de 50 años de este tejemaneje no me afecta lo más mínimo. Hasta cuando Curtis ha besado la lona he observado la forma en que se levantaba y sabía que no estaba tocado. Ha tirado a Hannah en el mismo asalto y casi lo ha sacado del ring. Igual que en Harvey, cuando peleó contra ese tipo grandulón: se cayó, se levantó y lo tiró de culo a la lona, y lo habría dejado KO si hubiera mantenido la presión. Yo sé lo que hace sobre el ring. Hace las tonterías de siempre del gimnasio [*pull that shit* es decir, quedarse parado en las cuerdas para que el adversario se canse de darle en los guantes]. Si lo haces demasiado, después estás muy relajado. Es algo habitual cuando te pones los guantes, y eso lo hacía en el gimnasio con Keith, recostarse contra las cuerdas, y después lo hace en el combate. Yo sé que él sabe lo que hace. La gente no lo sabe, pero él sabe lo que hace, y yo sé que él lo sabe. Pero eso procede del *gym*: no puede pegar en la sala cuando lucha con Keith, no puede trabajar duro con él. *No hay bastantes tipos contra los que pueda pelear* y trabajar en serio; ya no están Rodney ni Tony, y Ashante todavía no está preparado». DeeDee opina que Curtis no tiene a nadie en el *gym* para entrenarse a fondo a su mismo nivel: pega demasiado seco, demasiado rápido, y no tiene paciencia con sus compañeros de sparring.

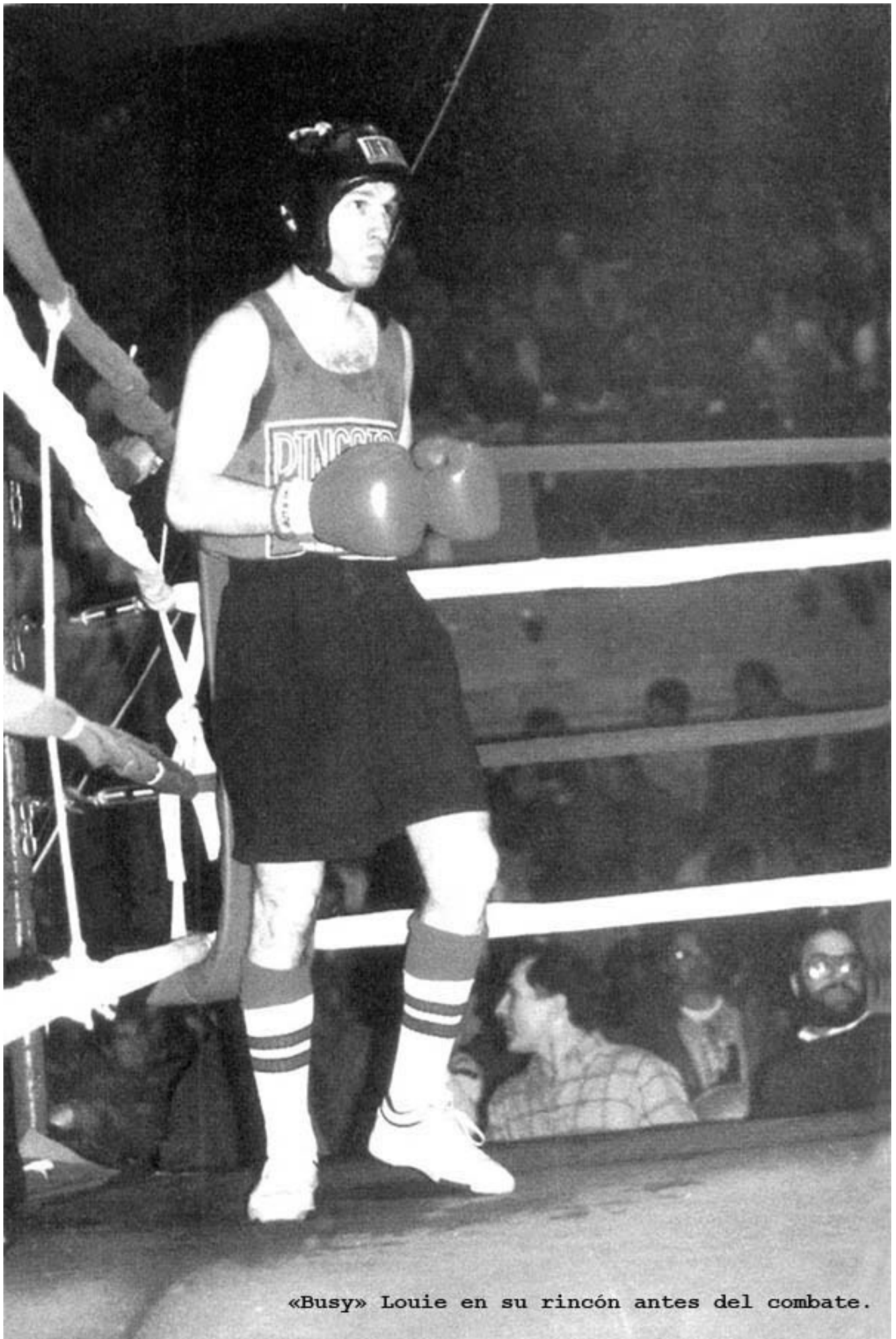
El entrenador refunfuña otra vez porque el viejo Page lo ha llamado de madrugada: «Quería decirme que Al Evans está en la ciudad [con una voz falsamente nerviosa]: “¡Al Evans está en la ciudad, DeeDee!”. ¿Pero quién es Al Evans? Nadie, nada, no es capaz de nada. Le he dicho: “*Man*, ¿para qué me lo cuentas? Me da igual, no quiero saberlo. Y tú ahí todo nervioso, como si Jesucristo hubiera bajado”». Evans es un boxeador local de segunda cuyo único título de gloria es haber dejado KO a Mike Tyson hace diez años en un pequeño torneo de aficionados donde no tendría que haber participado siquiera (tenía 24 años y Tyson apenas 14). Después se hizo

profesional y coleccionó cinco derrotas en seis combates; ahora se «vende» como sparring en los campos de entrenamiento de los grandes promotores nacionales — éstos siempre necesitan un peso pesado para servir de punching-ball a sus pupilos. Estaba en la velada de ayer y el locutor del Studio 104 lo presentó a la gente. «Es un tipo simpático, es bueno. ¿Pero crees que te iba a llamar de madrugada para decirte que Al Evans estaba en la ciudad? Jamás se me habría ocurrido».

DeeDee piensa quedarse en casa para descansar y no abrir hoy el *gym*: sería la primera vez en los tres años que llevo frecuentándolo. Pero con mucha reticencia: «No sé si Eddie va a ir, y además, cuando haya terminado con Lorenzo y Keith, él no se ocupa mucho de los otros chicos. Siempre hay tipos que van a tantear. Y no me gusta que entre gente y nos robe el material. No he vuelto a ver un par de guantes. Le pregunté a Anthony si los tenía él y me dijo que no. Quizá haya sido alguien que ha entrado y se los ha llevado». Lo lleva en el alma, DeeDee, su *gym*.







«Busy» Louie en su rincón antes del combate.

## «BUSY» LOUIE EN LOS GOLDEN GLOVES

Siete semanas de preparación. Cincuenta días de trabajo y sudor, de malas caras, de duda y entusiasmo entremezclados, de «devoción monástica», como bien dice Joyce Carol Oates<sup>[1]</sup>. Diez kilómetros soportados cada mañana en el frío polar del invierno de Chicago, millones de gestos, a veces ínfimos, sencillos o complicados pero siempre aplicados, incansablemente repetidos o pulidos, y tantos golpes dados, recibidos, encajados y devueltos. Esta noche subo al ring. La hora de la verdad ha llegado. El Chicago Golden Gloves, el torneo amateur más prestigioso de la ciudad. Orgulloso de sus más de setenta años, arrastrando en su estela la leyenda de las horas fastuosas del Noble Arte, cuando el Chicago Stadium y el Madison Square Garden de Nueva York se disputaban las luces pugilísticas. Tony Zale, Ernie Terrell, Sonny Liston, Cassius Clay bruñeron aquí sus primeras armas y aquí causaron los primeros estragos. Ansiedad, impaciencia. ¡Deprisa, que ya llega!

Hacerse boxeador —prepararse para un combate— es como profesar los votos religiosos. ¡Sacrificio! La palabra vuelve sin cesar a la boca del viejo entrenador DeeDee, que conoce el oficio: medio siglo consumido recorriendo los bastidores de los rings de Chicago, Los Angeles, Osaka y Manila en el transcurso de una vida con un perfil de montaña rusa. Aprendió el oficio bajo el báculo de Jack Blackburn, el entrenador de Joe Louis que corría todos los días en el parque Washington, precisamente donde yo voy a entrenarme todas las mañanas. Recorrió todos los *gyms* del South Side antes de exiliarse algunos años en Asia para olvidar un desengaño amoroso. De vuelta a Chicago, en la miseria del gueto negro o de lo que queda de él, después de conocer su hora de gloria, breve e intensa: dos campeones del mundo, el filipino Roberto Cruz y el americano Alphonso Ratliff. Olvidados incluso antes de ser conocidos por el gran público. La sala del club Woodlawn Boys será su última escala. Hoy, DeeDee sobrevive como puede, rebuscándose la vida. Abre el *gym* todos los días a la una en punto y cierra las verjas siniestras exactamente a las siete. «Este asqueroso *gym*, hay veces que no puedo soportarlo». Sin embargo, nada podría separarlo de él. Ahí él es, sencillamente. Hasta los domingos víspera de combate, cuando sus pupilos van a presentarse en Park West, en el International Amphitheater en el cruce de Halsted con la calle 43, o en un cine de barrio. Su vida ha sido un largo sacrificio a esta ciencia de la pelea a la que ha entregado todo y que le ha devuelto tanto y tan poco al mismo tiempo. «Mi vida ha sido un estropicio gigantesco, de verdad un estropicio», me confía sonriendo. No se arrepiente de nada. Eso dice.

¡Sacrificio! La palabra retumba entre las paredes amarillentas de la sala, pasa por el techo descascarado, atraviesa las bolsas que oscilan en el extremo de las cadenas, resuena en los armarios metálicos donde los socios guardan sus herramientas de trabajo al final de la jornada: guantes curtidos, fajas empapadas de sudor, botas, casco de sparring, batas descoloridas que en otro tiempo lucían tonos atrevidos. Prepararse

para un combate es someterse, día tras día, a un verdadero ritual de mortificación. Ahora comprendo mejor por qué DeeDee refunfuña siempre que «ser boxeador es un oficio que ocupa las 24 horas del día. Tienes que llevarlo siempre en la cabeza. No puedes hacer otra cosa si lo haces bien». De hecho, no es tanto la brutalidad de los combates lo que decide a los profesionales a colgar los guantes, sino los rigores insoportables e inevitables del entrenamiento, el desgaste de la voluntad y del cuerpo que va produciendo poco a poco. Nadie escapa al tiempo, sobre todo los boxeadores, esos hombres que sueñan despiertos con la inmortalidad.

La vida de un boxeador en el ring es esa existencia «malvada, brutal y corta» de la que hablaba Thomas Hobbes cuando evocaba el estado natural. En comparación, la que lleva en el *gym* parece hecha de languidez y suavidad<sup>[\*]</sup>. Tiene su propio tiempo, estirado hasta el infinito, sus ritos llenos de minuciosidad, sus ritmos dirigidos, paradójicamente, tanto a olvidar el combate como a prepararlo. No se alimenta de una violencia súbita, imprevisible y temida, sino de una violencia deseada, planificada, autoinfligida, consentida puesto que está controlada. Domesticada. Olvídense del ring: es en la penumbra anónima y banal de la sala de entrenamiento, refugio y altar, donde se forja el boxeador. El *gym* es ante todo sonidos o, mejor, una sinfonía de ruidos específicos, reconocibles inmediatamente entre mil —resoplidos y silbidos, chasquidos de los guantes contra la bolsa, choques de las cadenas, galope regular del salto a la cuerda, «ra-ta-ta-ta-ta» inimitable de la pera de velocidad— a un ritmo entrecortado y obstinado. A continuación vienen los olores, tenaces, acres. Es un microclima, una atmósfera espesa, casi asfixiante, embriagadora por su propia monotonía, que impregna el cuerpo por todos sus poros, lo penetra y modela, lo cerca y lo estimula por todos sus nervios, lo acostumbra al combate.

«El combate se gana en el *gym*», repiten obstinadamente los veteranos. Porque el *gym es una fábrica*. Gris, oscura, rudimentaria, donde se manufacturan esos mecánicos de alta precisión que son los boxeadores, con métodos en apariencia arcaicos pero científicos y demostrados. Trabajar con la bolsa es fabricar una pieza con unas herramientas groseras que son los puños enguantados. Y herramienta y pieza se funden en un mismo cuerpo que sirve de arma, de escudo y de blanco al púgil<sup>[3]</sup>. Encontrar la distancia, resoplar, amagar (ojos, hombros, manos, pies), echarse a un lado para que pase la bolsa, recogerla al vuelo con un gancho de izquierda a media altura. Ni demasiado alto ni demasiado grande, para no dejar adivinar el gesto. Darle en la cara con un movimiento corto y seco, después seguir con un directo de derecha girando bien la muñeca a la manera de un destornillador para alinear el puño en la horizontal en el momento preciso del impacto. «El gancho de izquierda y el directo de derecha van juntos como marido y mujer», me explica Eddie, el segundo entrenador de la sala. El pie trasero gira ligeramente, transfiere el peso del cuerpo sobre la otra pierna. Rotación de la pelvis, justo para dar al cuerpo un ángulo que minimice la superficie que se ofrece al adversario. Un paso hacia la izquierda y se encadena un jab, ese directo de izquierda alrededor de lo que todo

evoluciona, puesto que sirve a la vez de culata (defensa) y de mirilla (ataque). «¡Lanza ese jab! ¡Métele el puño! ¡Dale duro con tu izquierda! Repite el jab y pégale con la derecha después».

No hay que confundirse: el trabajo con la bolsa es tanto mental como físico. La propia distinción se desvanece con el sudor acre que me corre por los ojos. «¡Mueve la cabeza, por Dios! ¡No es una bolsa lo que tienes delante. Louie, es un hombre!», ruge la voz de DeeDee. «¿Cuántas veces tengo que decirte que tienes que pensar? ¡Pensar! *Se boxea con la cabeza*». Sin embargo, cada uno sabe en su fuero interno, porque lo ha sufrido en carne propia, que no hay tiempo para reflexionar sobre el ring, donde todo se juega a los reflejos, en una fracción de segundo. La cabeza está en el cuerpo y el cuerpo en la cabeza. Boxear es un poco como jugar al ajedrez con el estómago.

El *gym* es también *guarida*. Donde uno viene a refugiarse, descansar de la luz y de la mirada cruda y cruel que el exterior —blancos, los policías, los negros «burgueses», como dice mi colega Ashante, los empresarios y jefecillos y toda la gente seria que se aparta con un escalofrío cuando subes al autobús— lanza sobre ti. Nos protegemos. Del exterior, de uno mismo. Se pone entre paréntesis una vida que ni siquiera parece injusta a fuerza de costumbre, de hastío. Sólo dura, como puños. Pocas palabras, pocos gestos inútiles en la sala. «¡Esto no es un salón, aquí no se viene a charlar, a trabajar, *work!*». Todos se esfuerzan por encogerse, por concretarse al máximo en un cuerpo, encerrado, acorazado, tenso. Nunca se baja verdaderamente la guardia, hasta detrás de la puerta de los vestuarios, el último santuario<sup>[4]</sup>. En el estrecho reducto con las paredes de yeso aceitosas repintadas de un azul chillón, sentados en la misma mesa de madera que sirve de banco, intercambiamos con parsimonia púdica palabras, golpecitos, risas, sobre todo miradas. Se habla furtivamente: boxeo, mujeres, peleas, boxeo, cárcel, fútbol americano, rap, boxeo. Y siempre el boxeo, la materia es inagotable. Comentamos el sparring: «Me has tocado con la derecha, Cliff, todavía noto la mandíbula... Keith, pon la mano izquierda más arriba cuando salgas del cuerpo a cuerpo. Todavía encajas demasiados golpes». Desde que una herida en la mano interrumpiera su prometedor carrera, Butch oficia de consejero técnico espontáneo: «A un pegador como Torres tienes que dejarlo venir hacia ti y contraatacar con jabs secos. ¡Secos! Apunta bien al cuello y pega como si quisieras atravesarlo». Damos a Holyfield tres contra uno: el jamaiquino «Razor» Ruddock tiene pegada, cierto, pero no defensa. Y además Holyfield ha subido de categoría por un pelo, tiene «muchas ganas».

El *gym* es el antídoto contra la calle. Cada hora pasada entre las paredes de la sala es una hora arrancada al asfalto de la avenida 63. Tras 10 años de ring, 16 victorias y un nulo en profesionales, Lorenzo desea aspirar pronto al título mundial WBO de los pesos welter. «Si no fuera por el boxeo —me dice indeciso—, no sé dónde estaría... Probablemente en la cárcel o muerto seguramente, nunca se sabe. He crecido en un sitio duro, así que para mí está bien, por lo menos, cuando pienso lo que hacía antes.

Alejarme de las calles. El *gym* es un buen sitio para mí, donde puedo ir todos los días. Porque cuando estás en el *gym* sabes dónde estás, no tienes que preocuparte por las peleas ni que te disparen». ¿Y si cerrara? El rumor se extiende y provoca escalofríos. El ayuntamiento ha prometido demoler el cine Maryland, que ocupa el edificio de al lado, una carcasa de ladrillo y tablones condenada desde mediados de los años setenta, cuando el barrio blanco y próspero de Woodlawn concluyó su brutal transformación en gueto negro. Sí, ¿y si cerrara el *gym*? Curtis no quiere ni pensarlo. «Es como quitarles a los niños su hogar. Hay muchos jóvenes en el barrio que están tirados por las calles y vienen al *gym* sólo para escaparse de las calles. Hay otros tipos más viejos que intentan dejar de beber y dejar las drogas y todo eso, que vienen a la sala para intentar limpiarse el organismo. Es como, es como robar algo a la gente de aquí, al público. No es posible. Significa mucho. Para mí también... Hablas de quitarme la razón de vivir, me quitas la Navidad de mis hijos, el pan de su boca».

El *gym* es también y sobre todo una máquina de sueños. De gloria, de éxito, de dinero, por supuesto. Ganar un millón de dólares en una noche... Poco importa si las bolsas de los boxeadores «de club» apenas superan los 200 billetes por cuatro asaltos, 1000 dólares por ser cabecera de cartel de diez asaltos y poco más si *Telemundo*, la cadena hispana de la ciudad, se digna desplazar sus cámaras. Quién sabe si, a fuerza de voluntad, de perseverancia, sacrificio, y con los *contactos* adecuados, un día, quizá... Se cuenta que Alphonso Ratliff ganó el famoso millón antes de que Tyson le partiera la cara en Las Vegas. La verdad no es tan dorada: su caché más alto no superó los 30 000 dólares, antes de restar la parte correspondiente de *mánagers*, entrenador, *cutman*, promotor, ese areópago que zumba y se multiplica en cuanto empiezas a ascender. Estamos muy equivocados. Curtis habla de reconstruir ese corredor de la desesperación que es la avenida 63: «Ves todos esos edificios quemados, todos esos baldíos, la gente sin trabajo que se droga. Si fuera campeón del mundo cambiaría todo eso. Abriría tiendas con luces de neón, un centro de desintoxicación, una tintorería y después un club para los jóvenes». Cuando sea campeón del mundo...

¡Qué más da! Mientras tanto, el *gym* es una máquina para salir de la *indiferencia*, de la *in-existencia*, y que marcha a todo vapor. Evocamos el soliloquio de un Marlon Brando exboxeador que decía a su hermano en una escena famosa de «La ley del silencio» (*On the Waterfront*): «¿No lo entiendes? Podría haber tenido clase. Podría haber sido un aspirante. Podría haber sido alguien». *Ser alguien*, en eso radica todo. Salir del anonimato, de la mediocridad, aunque sólo sea durante un puñado de asaltos<sup>[\*]</sup>. Un boxeador sobre el ring es un ser que grita con todo su corazón, con todo su cuerpo: «Quiero ser alguien. Yo existo». Un ser que se muere de ganas de que lo vean, de que lo conozcan, lo reconozcan, aunque sea sólo la gente del vecindario, los amigos o los niños del barrio, como los que se pelean para llevarle la bolsa de deporte a Curtis y que siguen sus idas y venidas con admiración. Ser un «modelo», antítesis y antídoto del *dealer* de droga que todo el mundo conoce y envidia pero al que

desprecian ya es mucho. Pero los Golden Gloves es mucho más, es una galaxia en sí misma. «¿Sabes?, ese torneo es un título que todos los hombres sueñan con tener, *okay?* ¡Es el sueño de una vida! ¡Golden Gloves! ¿No sabes que lo dan por televisión y todo? *Man!*» Curtis golpea frenéticamente el pecho de Cheers. «La campera Golden Gloves como la que yo tengo ¿sabes lo que tiene de especial? Te lo voy a decir: que no puedes comprarla en una tienda, tienes que ganarla en el ring». Y de los Golden Gloves al Caesar's Palace no hay más que un paso, por supuesto.

Pero el sacrificio no empieza ni acaba en el umbral del gimnasio. «El trabajo en el *gym* es la mitad del trabajo. La otra mitad es la disciplina: comer como es debido, acostarse temprano, levantarte por la mañana para correr, olvidarte de las mujeres y todo lo demás, cuidar tu cuerpo». Alimento, descanso, sexo: la santísima trinidad del culto pugilístico. DeeDee me ha preparado un régimen de pescado, pechuga de pollo y escalopes de pavo aderezado con verduras hervidas y frutas, regado con té y agua sin gas. Evitar el pan, el azúcar y la soda como la peste. ¿Y si sigo teniendo hambre? Él vocifera: «Tener hambre, eso no quiere decir nada. Todo está en la cabeza, no existe; punto y final». Sobre todo que privarse en la mesa no es nada en comparación con privarse en la cama. La mujer es objeto de todos los deseos y de todos los miedos. Se afirma, y lo creemos a pies juntillas, que hay que ayunar durante las semanas anteriores al combate porque hacer el amor ablanda, entenece, debilita. Y con razón: «Cuando acabas pierdes la sangre que llega desde la columna vertebral». Ashante me llama al orden: «Deja a tu mujer en paz ahora, Louie, sólo quedan tres semanas para el combate». El pequeño Reese no es menos categórico: «El sexo es un monstruo, *man*. Te mata, te lo digo porque me ha pasado». Fat Joe, que el año pasado presumía de tener sexo todas las noches y como todos esperaban recibió una paliza en su primer combate, se ha preparado en serio esta vez: «Le he dicho a mi novia: ¡Ni hablar! Espera a después del torneo. He dejado un trabajo de 300 dólares a la semana para entrenarme a fondo y ganar el título, así que no voy a echar todo a perder por acostarme con una mujer, ¿no?». De Fred, una bolsa de nervios y de rabia que se deshincha indefectiblemente desde el segundo asalto, criticamos su falta de continencia. «Es una verdadera lástima. Fred sería un buen boxeador. Es fuerte, pega y sabe encajar. Pero le gustan demasiado las mujeres...».

Es, de todos, el sacrificio más duro. Anthony se sienta detrás de la mesa de DeeDee, con el torso desnudo, la mirada triste. «¿Quieres saber una cosa, Louie? Estoy cansado. Harto. ¡Todos los días, boxear-sudar, boxear-sudar, boxear, todos los días! Estoy harto de verdad. Todos los días la misma historia. Esto no es vida». Su mirada huidiza se fija en el techo. No sé qué decir, jamás lo había visto en este estado, él que normalmente desborda energía y se entrena con un ardor que raya la histeria. Es que va a hacer cinco semanas que no toca a su novia y pelea otra vez en dos semanas. «No lo aguantaré, Louie, no lo aguantaré». Lo que es peor, tiene miedo de que Bonnie, la dulce Bonnie, vaya a buscar un consuelo natural en brazos de otro. Resumiendo: «No me hables de las mujeres. La lista de boxeadores enterrados para

siempre por culpa de las mujeres es tan larga que te partiría el corazón<sup>[\*]</sup>».

Es 29 de enero, y cumpla mi primer mes de entrenamiento intensivo con tres asaltos de sparring frustrantes contra Ashante. No consigo encontrar el ritmo ni contener sus ataques. Mis golpes son atropellados, desordenados, precipitados, y Ashante me rompe la guardia para golpearme en el tronco con ganchos cortos. Me responde de la misma manera y me desencaja la cara con una combinación en la boca: ¡pim-pam! Mi cabeza vuela hacia atrás. Veo las estrellas, entro medio grogui en los vestuarios y me voy del *gym* agotado física y mentalmente. Me digo que nunca seré boxeador, más vale que lo deje inmediatamente.

Día 5 de febrero: una hora de carrera con el perro esta mañana bajo una lluvia fina y fría. Es una verdadera tortura, pero me encuentro más fuerte. Mi cuerpo se acostumbra poco a poco a este régimen draconiano. He perdido cuatro kilos desde Navidad, ya he hecho la mitad del camino. Los consejos y reprimendas de DeeDee son más incisivos y reiterados a medida que se acerca la fecha fatídica, lo que es una buena señal. Estoy furioso con Aaron, que ha intentado arrancarme la cabeza en tres asaltos. Sus derechas sobre el cráneo me han hecho ver las estrellas. Le he lanzado una izquierda a la sien, pero sin encadenar. Tengo que ser más agresivo en el sparring o no saldré adelante. Bajo la ducha Ashante me tranquiliza y me advierte que voy a estar aterrorizado al principio: «En tu primer combate tienes dos adversarios: el tipo de enfrente y la gente. A veces, estás tan impresionado que no sabes qué hacer. Así perdí yo mis dos primeros combates amateur. Estaba tan deprimido después que quería abandonarlo todo».

Día D menos diez. La sala está llena y zumba como un avispero. El ring no queda libre durante dos horas. Hacemos cola para calzarnos los guantes. Los profesionales, «Machine Gun» Ashante, Lorenzo «The Stallion» Smith, el viejo Smithie, Big Earl e incluso «Rockin» Rodney Wilson, han venido a propósito para ensayar con los candidatos a los Gloves. La tensión sube día a día. «Boxhead» John está irritado; parece un Marvin Hagler en miniatura con su cabeza afeitada y su mirada ansiosa. Hace diez años que espera esta cita desde que dejara su Alabama natal y se pusiera sus primeros guantes en el ejército. «Mighty» Mark Cheers reluce bajo su capucha, ebrio de concentración. Rico pega como un palurdo en la bolsa de uppercut. No hemos vuelto a ver a Fred desde hace una semana, mala señal. Seguramente está por ahí con sus colegas de la banda de los Discípulos, en la avenida 73. DeeDee sopesa largamente los emparejamientos adecuados para el sparring. Llama primero a Rico, tantea a Anthony, hace esperar a Cliff, calibra las combinaciones posibles antes de formar las parejas más armoniosas. Hago cuatro asaltos sobre el ring, dos con Reese y otros dos con Ashante, vigoroso, desafiante. Me salen bien los golpes, veo mejor la defensa. Completo la sesión con tres rondas en la bolsa, tres en el jab *bag*, tres en la soga y una serie mortal de abdominales. Con el cuerpo dolorido, me ducho en compañía de Smithie: «El día antes del combate no te mantienes en pie, quédate en la cama o tumbado en el sofá todo el tiempo que puedas para que no se te cansen las



piernas. Descansa y relájate. Es muy importante: ahora estás lleno de energía, tienes que conservarla hasta el combate. No la malgastes».

Día D menos uno. Acontecimiento imprevisto en el *gym*: «¿No has oído la noticia, Louie?», me pregunta O'Bannon, el cartero tranquilo que nos acompaña al pesaje con su minibús. ¿Qué noticia? ¡Tyson ha perdido contra «Buster» Douglas! ¿Qué? ¿«Iron» Mike Tyson, el invencible, ese Tyson que no parece humano por cómo aterrorizaba a sus rivales antes incluso de que subieran al ring, en la lona, acabado, hecho añicos? Hasta los que vieron el combate ayer por la noche en la televisión de cable no lo pueden creer. Sin embargo, no hay ningún misterio: «*Tyson got his ass whipped*. Eso le servirá de lección: no se bromea con la ciencia del boxeo. ¿Viste la grasa que tenía en la espalda? No estaba preparado, no se había entrenado en serio, perseguía a las chicas». Anthony me aprieta con fruición la mano con uno de esos *soul shakes* de los que tiene el secreto: «¡*Alright*, Louie pelea mañana por la noche!». Parece que espera mi combate con más impaciencia que los suyos. Algunos minutos más tarde Nelson Mandela aparece tras 23 años de cautividad en las pantallas de los televisores de todo el mundo. Recto, magnífico, resplandeciente de dignidad. El negativo de Don King, que gesticula y se desgañita desde Tokio intentando convencer a la prensa incrédula de que Tyson, humillado, es víctima de un error arbitral.

El pesaje en un gimnasio de North Side resulta irreal y cómico. La escena tiene algo de circo, de museo de anatomía y de matadero: esta carne humana en filas en un semisótano sin ventanas provoca la sonrisa y el escalofrío a la vez. Todos los tamaños, todos los colores, todas las formas y envergaduras están representadas. Hay tipos bajitos duros que sólo llevan las gafas negras y sus calzoncillos y lanzan miradas coléricas a sus posibles rivales. Un puertorriqueño regordete con cara de cerdito flanqueada por unas patillas largas y con pelo mugriento se pasea desnudo, su sexo minúsculo al aire, para regocijo de sus compadres, que se ahogan de risa apoyados en la pared. Un gran peso pesado color ébano enseña sus músculos, impávido, mientras espera para subir a la balanza de metal. Dos superligeros café con leche charlan a mi lado con aspecto de contables despistados mientras que un blanco con el vientre fofo exhibe un inmenso calzoncillo tras el que se adivina un gran bulto. Rico, James y Mark ya se han pesado y vestido. Ya estoy en la balanza. Doy 62 kilos. Foto. De regreso en el coche me entero de que los padres de Rico y Reese son tan pobres que a veces no tienen ni para comer. DeeDee se preocupa porque no sabe si Rico podrá pelear con el estómago vacío. Me da vergüenza estar entre ellos queriendo boxear por curiosidad erudita y por diversión.

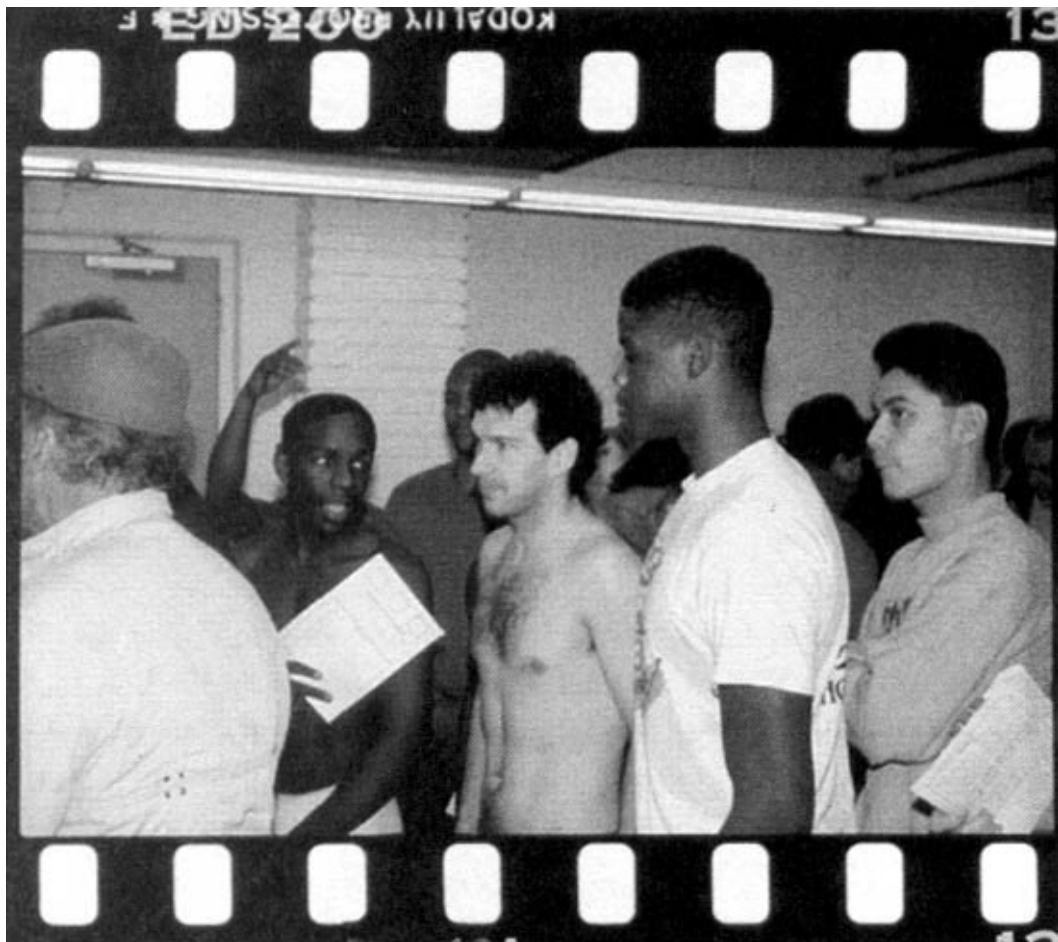
El domingo por la tarde empiezo a ponerme cada vez más nervioso pensando en el combate. Me siento súbitamente débil; un dolor de vientre indefinido me perfora. Pongo nerviosa a Liz preguntándole la hora sin parar. Me parece que he tomado frío: me duele el cuello, me gotea la nariz, tengo la boca pastosa, estoy cansado y sin fuerzas. Me doy un largo baño caliente e intento tranquilizarme comiendo bombones rellenos de menta, galletas Pepperridge Farm y un helado. Sólo consigo ponerme peor

y sé que no es bueno para el organismo. Tengo un nudo en la garganta, una angustia indefinida me invade.

Me despierto el día siguiente a las 11; he dormido como un lirón y me cuesta creer que vaya a subir a un ring esta noche. ¿Yo? Intento tragar una pechuga de pollo y un pomelo hacia las cuatro. Me siento a la vez sereno y tenso, y reboso energía. Quedamos en la sala para ir en grupo al Saint Andrews Gym. Todos me reciben con palabras de aliento. Todo muy sobrio y sin fanfarria. Curiosamente, lejos de anonadarme e intimidarme, la idea de ser la promesa del Boys Club me tranquiliza. «¡Hey, Louie, el bombardero francés<sup>[\*]</sup>, vas a ganar esta noche!». DeeDee hace como si nada, como siempre. «¿Estás listo, Louie, tienes todo? ¿Fajas, pantalón, bucal?». Busca en el fondo de su estuche y saca un frasco marrón antes de tomar dos bastoncitos de algodón de una bolsa de cuero. Con gestos de cirujano moja delicadamente uno de ellos en el frasco y me lo tiende: «Métetelo en la nariz, bien a fondo, y taponá todo alrededor». El olor es fuerte pero no desagradable. La adrenalina enfría mi tabique nasal; esta untura impedirá que sangre demasiado por la nariz, para variar. Al salir recibo los últimos ánimos, los de Alphonzo, que termina de vestirse delante de su armario con gestos de carnicero: «Vas a dar una paliza a alguien esta noche, *man*». O recibir una paliza.



Big James sube a la balanza seguido de Rico.

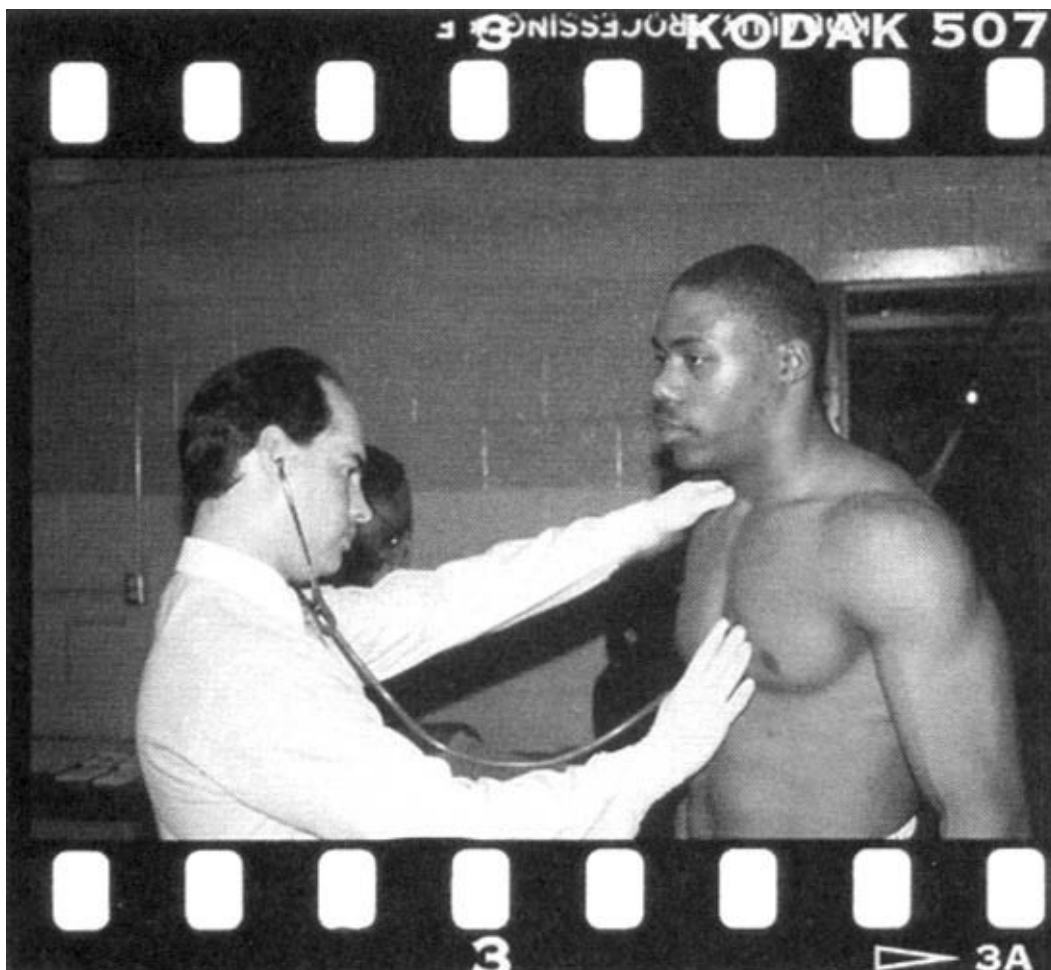


«Busy» Louie hace cola y da el peso.

Hay mucho tráfico por la tormenta de nieve que cae sobre la ciudad y tardamos casi una hora en llegar al Saint Andrews Gym. La sensación de miedo aumenta a medida que nos acercamos. Nos animamos como podemos, riendo o exagerando el miedo. Pero una vez llegados al cruce de Addison y Paulina, las ganas irreprimibles de boxear pueden más. Entramos en el gran vestíbulo. Cuatro dólares la entrada, un dólar el *hot-dog* y la cerveza. El vendedor de camisetas y escudos con la silueta de Tyson se lamenta detrás de la mesa: el valor de su mercancía se ha hundido por la derrota de su ídolo en Tokio. El gentío familiar y campechano (unas 800 personas contando los boxeadores y su entorno siempre numeroso, relativamente pocos negros, plétora de hispanohablantes, mexicanos y puertorriqueños, blancos de aspecto mísero) ha venido para divertirse o para ver buen boxeo. Porque los combates se ven de forma distinta dependiendo de la división: los boxeadores «novatos» son la comedia, sus colegas de la categoría *open* la técnica y el «estómago». Y cuando aparece un «animal», la gente se ríe a carcajadas. Los profesionales son los más difíciles de satisfacer. Cuando dos boxeadores mediocres toman poses afectadas, Ashante les grita con una voz bronca: «¡Vamos, perdedores, muévanse en el ring!».

Comprobación de la licencia, simulacro de examen médico, llamada a la mesa de oficiales para recibir un par de guantes nuevos, todo va muy rápido y no tengo tiempo ni para preocuparme. Boxeo octavo, después de Fred y Cheers y antes de Big James.

En la sala desnuda que sirve de vestuario improvisado los boxeadores se cambian en silencio, con una máscara de ansiedad en el rostro que algunos intentan disimular con un fino barniz de bravatas y falsa seguridad. Me coloco la coquilla bajo la bermuda negra, las medias rojas con calcetines blancos por encima y la camiseta azul «Ringside» que me ha regalado Ashante. Smithie me venda las manos con las vendas azules con velcro que DeeDee le ha entregado. Lo hace con la precisión de una enfermera, suavemente, asegurándose a cada pasada de que el tejido está bien liso, ni demasiado fuerte ni muy flojo. Repasa varias veces los nudillos y envuelve cada dedo por separado. «Ahora cierra la mano, ¿está bien?».



El examen médico «instantáneo».



La espera angustiosa en los vestuarios.

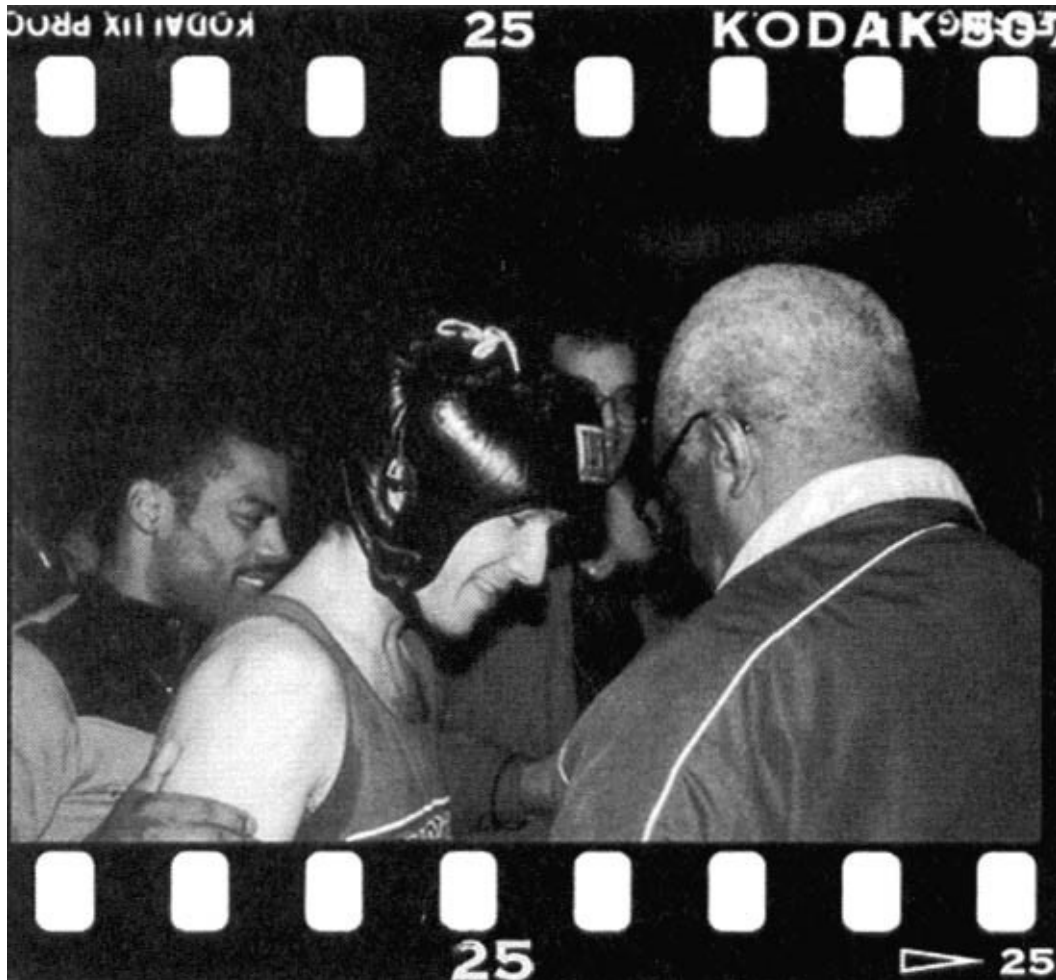
Es el turno de Fred. Curtis lo ha «animado» a pleno antes de su entrada en el ring. «¡No olvides que eres de Woodlawn, negro!» Está terriblemente nervioso, pero entra de golpe en las costillas de su adversario, un joven mexicano achaparrado al que da una paliza salvaje en dos asaltos. En el tercer asalto cae «por falta de aire» y recibe derechas y uppercuts por todas partes. Curtis se ha acodado en uno de los postes del ring, desde donde se queja a grito pelado: «*Come on, fight, motherfucker, fight!*». Una última tanda de ganchos y directos desordenados y Fred arranca una victoria por un pelo. DeeDee y Eddie se alegran discretamente y todo Woodlawn con ellos.

He tenido la mala idea de preguntar al oficial que me está atando los guantes si ya está mi adversario. «Cooper, sí, es ese de ahí». Es un negro alto y delgado de musculatura felina. Debe medir más de un metro ochenta y cinco, con brazos largos y flexibles como lianas y piernas finas que brotan rectas de su pantalón blanco impecablemente plisado. Dos negros patibularios, de unos cincuenta años, le masajean los hombros murmurándole al oído no sé qué estratagema pérfida. Me digo de pronto: «¡Mierda, este tipo sabe boxear! ¡Las botas, las botas! Cuestan por lo menos 60 dólares y no las tendría si no boxeara de verdad. ¡*Shit*, me va a matar!». Pero me vuelvo a sentar enseguida pensando en las horas de sparring en el *gym*: este tipo no es mejor que Ashante o Lorenzo, ¿no? Me caliento haciendo sombra al fondo del gimnasio, bajo una gigantesca bandera estrellada, siempre estrechamente rodeado.

Eddie me vuelve a decir que me relaje, Ashante y Smithie siguen a mi lado abrumándome con sus consejos. Tengo muchas ganas de subir al ring, el momento tan esperado y tan temido todas estas semanas ha llegado. ¡No los decepciones!

A partir de ese momento todo se acelera y se confunde en mi memoria. Sólo me acuerdo de fragmentos difíciles de ensamblar. Estoy demasiado concentrado, demasiado tenso. Eddie moja el protector bucal y me lo mete en la boca antes de lanzarme un chorro de agua fría al fondo de la garganta que tengo horriblemente seca. Ya está, es mi turno, esta vez es de verdad. Lo he pasado tan mal en ese jodido *gym* que sólo tengo ganas de una cosa: pelearme. Tropiezo con DeeDee al pie del ring. Me mira paternalmente, severo pero lleno de afecto; ni una palabra sale de sus labios sellados con una pequeña sonrisa impasible. Con mi puño golpeo el puño firme que me tiende, por arriba, por abajo. Me viene bien. Subo rápidamente los escalones mientras Eddie dobla su tórax amortiguado para separar las cuerdas para que pase.

Los proyectores colgados por encima del ring son cegadores. La voz del locutor John Bollino, un oficial del ejército norteamericano retirado, anuncia la identidad de los boxeadores con un estremecimiento dramático: «Busy» Louie contra Larry Cooper. Estoy alucinado de oír mi nombre seguido de una salva de aplausos que resuena detrás de mí, en las gradas donde se han colocado los chicos del *gym*. Doy saltos nerviosos resoplando, la mirada fija en el rincón opuesto, donde mi enemigo de esta noche sacude sus brazos filiformes y pega al aire con los dos puños. «¡Al trabajo, Louie!». Estoy *solo sobre el ring*. Repaso la película de estas largas semanas de espera, consagrado intensamente a llegar hasta aquí. Puede que sea por inconsciencia, pero no siento nada de miedo. Estoy decidido y rabioso. Cus D'Amato, el legendario entrenador e «inventor» de Mike Tyson, decía que «el boxeo es un deporte de autocontrol. Debes entender el miedo para controlarlo. El miedo es como el fuego. Puedes ponerlo a tu servicio<sup>[8]</sup>». El árbitro, un mexicano barrigón con el pelo exageradamente engominado, me llama al centro del ring para darme las últimas instrucciones.



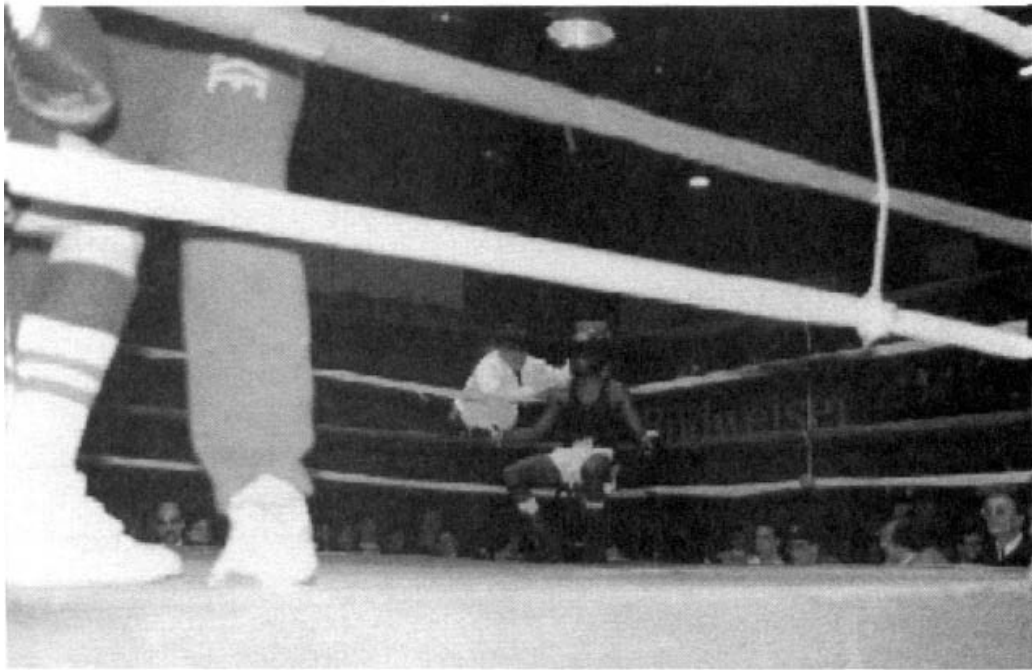
DeeDee, Ashante y Le Doc animan a «Busy» Louie en el momento de subir al ring.

Suena el silbato que marca el comienzo del asalto. Avanzo con decisión hacia Cooper, que me tiende sus dos puños. Los toco con el guante antes de lanzarme sobre él. Jab, jab, jab, derecha. Cooper tiene la ventaja del alcance y me responde con energía, me golpea para empezar. Recibo un directo en plena cara, lo que no me impide lanzarme al fuego «bombeando» mi jab. Los gritos de la gente se mezclan con la tormenta de golpes lanzados y recibidos en una loca rapsodia. Con los guantes de competición, más ligeros y menos rellenos, los puños cortan el aire y los golpes son más fuertes. ¡Mucho más! Y este maldito Cooper pega fuerte. «¡Manos en el aire, manos en el aire, Louie, manos en el aire!», se desgañita Smithie. Suelto una serie de directos bien encadenados. Cooper retrocede rápidamente y evita mi gancho de izquierda antes de darme un empujón en mitad de la nariz que me pica por todas partes. Cuando nos agarramos rodea mis puños con los tentáculos que le sirven de brazos, frustrando mis veleidades de trabajo al cuerpo. Ataco de nuevo con un jab al tórax y de pronto, ¡BUM! Todo se balancea, el ring da vueltas, las luces del techo me deslumbran y... me encuentro con el culo en el suelo. ¡Tengo la impresión de haber recibido en plena cara! No lo he visto venir. De pie en un salto, el árbitro me toma los puños, los seca contra su saco gris y me hace retroceder al rincón neutral. Me exaspera cuando se echa sobre mí con su gran boca blanda que cuenta en un inglés

cantarín: «Tres, cuatro, cinco...». Mierda, está contándome de pie, me ha *derribado*. Me siento humillado. «Bueno, bueno, estoy bien, no es nada». Con el rabillo del ojo vigilo a Cooper, que resopla en su rincón. Me lanzo otra vez sobre él, jab contra jab e intento varias veces entrar en su guardia. Me engancha y me maltrata el costado. Respondo con un buen rechazazo en el plexo. *Break!*, y después *Box!* Intercambio de jabs y de directos. «¡Fuiiii!». El silbato interrumpe nuestros retozos. Fuertes aplausos.

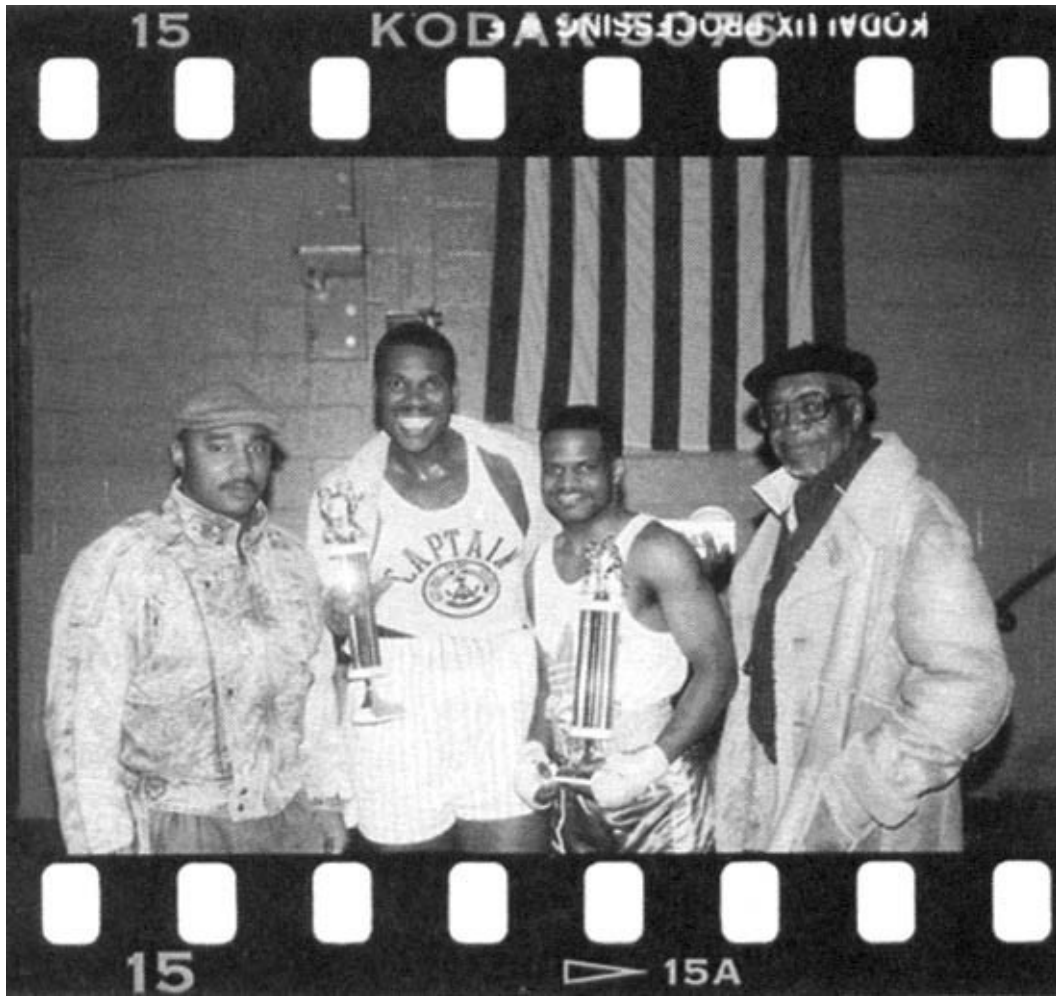
Me voy hacia mi rincón, donde Eddie ya ha colocado el taburete. Lo más sorprendente de todo es... ¡que no estoy sorprendido en absoluto! Me siento como un veterano de los rings cuando Eddie me quita el bocado teñido de rojo y lo enjuaga en un santiamén. «¿Cómo te sientes?» «Bien». Ni siquiera estoy jadeante. Distingo la cabeza de DeeDee a mi izquierda, a la orilla del ring, sus gafas gruesas y su boina negra en la cabeza, me habla con suavidad: «Estás demasiado lejos, tienes que dar dos pasos adelante. Bloquea su derecha y avanza más adelante. Cierra bien la muñeca y no te crispes, lo haces bien». Hago gárgaras antes de escupir el agua en el balde Budweiser colocado entre mis piernas. El silbato de aviso resuena, los hombres de rincón vuelven a bajar del ring. Cooper está otra vez delante de mí. «¡Fuiiii!» Segundo asalto. Retomamos las maniobras, más rápido y más fuerte. No hay tiempo para pensar. Mi rostro tumefacto late y chorrea de sudor. Boxeo «por instinto» acentuando mi presión, como en una película acelerada donde todas las sensaciones estuvieran exageradas. Los puños de Cooper me parecen de acero. Intento varios ganchos de izquierda después del jab, sin gran éxito: mis golpes dan en el aire porque el blanco ha dado rápidamente marcha atrás. Pero conservo la ofensiva y coloco tres izquierdas que dan en el blanco. «¡Da tú primero! ¡No esperes! ¡Combinado!». Me acuerdo con claridad de una gran derecha al tórax que me corta la respiración al salir de una agarrada. Patino como una bailarina por las cuerdas para recuperar el aliento y evitar los directos de derecha de Cooper. «¡Fuiiii!» Fin del segundo asalto, regreso a mi rincón. La misma maniobra en el taburete, donde esta vez intento recuperar el aliento. Eddie tira de la cintura del pantalón para liberar mi vientre: «Respira fuerte, otra vez. ¡Vamos, Louie, este asalto lo ganas!».





Es la última oportunidad: voy hacia Cooper y ataco sin tregua. Recibo muchos golpes pero también devuelvo y los gritos sobreexcitados de mis partidarios me sobrevuelan. Los dos estamos cansados. Tres minutos sobre un cuadrilátero es una eternidad. Jab, jab, derecha, doble jab, estoy muy *busy*, ¡por lo menos habré merecido mi apodo! Cuando Eddie grita «¡Treinta segundos!», golpeo todo lo rápido que me lo permiten mis brazos. Cooper, sorprendido, intenta mantenerme alejado extendiendo su brazo izquierdo, con la palma abierta como una horca. Bruscamente reanimado, paso finalmente bajo su guardia y lo clavo contra las cuerdas, muy cerca de mi rincón. Jab, ganchos con las dos manos al cuerpo y a la cabeza, *over and under*. ¡Bingo! Todos llegan. Woodlawn aúlla de alegría. Cooper intenta rechazarme y después se refugia detrás de sus guantes. Le doy todo lo rápido que puedo: anotar, rápido, anotar. Quiero dejarle KO. Él se debate, me engancha, me pega en el cuerpo. Eddie y Ashante casi saltan sobre el ring de delirio: «¡Con las dos manos, con las dos manos! ¡Por debajo, otra vez abajo!». Me falta el aire y me libero con un jab rabioso antes de volver a Cooper con un derechazo que bloquea con sus guantes. «¡Fuiiiii!» Fin del tercer asalto y del combate. Li-cua-do. Nos estrechamos brevemente, cuerpo contra cuerpo, y nos tocamos los puños antes de volver a nuestros respectivos rincones.

Eddie me estrecha febrilmente los hombros y me quita el casco con gestos nerviosos: *You fought a helluva fight, Louie, a helluva fight!* DeeDee es todo sonrisas, Ashante y Smithie me llaman vencedor. ¡Uuuuuf! Me siento vacío, incrédulo, encantado, deshecho, sorprendido, aliviado, feliz en una palabra. Mil emociones me embargan. He terminado de una pieza, lo que no está nada mal; ese maldito Cooper pegaba como un martillo neumático (después me enteraría de que sumaba ya nueve victorias contra una sola derrota). Todo fue tan rápido, demasiado rápido. Sobre todo estoy contento de haber hecho honor a un *gym* cuya reputación envidian los otros clubes. El árbitro nos llama al centro del ring, Bollino lee el veredicto de los jueces con su voz cavernosa: «¡Y el vencedor a los puntos, en el rincón rojo, de Bessemer Park, Larry Coooooppeeer! Larry Cooper...».



El Woodlawn Boys Club victorioso: Big James y «Mighty» Mark muestran con orgullo sus trofeos rodeados por Eddie y DeeDee.

Los gritos de la gente acallan al locutor, los silbidos estallan. «¡Uuuuuh! ¡Uuuuuh! *Bullshit!*» Smithie y Eddie vociferan a los jueces. Felicito a Cooper, que está resplandeciente de satisfacción: «Buen combate, hombre, buen combate, buena suerte para la próxima». El árbitro me indica que baje del ring. Un oficial me desata rápidamente los guantes y me tiende mi *passbook* con la mención reciente: «Derrota: Cooper, por decisión». Tengo unas ganas locas de reírme de todo. Liz, Eddie, Olivier, Ivan, Rico, Ashante, Aaron, Reese, Mark, el viejo Scottie y su aliento aguardentoso me rodean: «*Man*, ¡tú has ganado este combate, los cerdos te lo han robado!». DeeDee mantiene su calma olímpica: «Para mí tú has ganado el combate por un pelo con esa paliza del último asalto. Deberían haberle “contado de pie”, no se defendía». (Creo que se siente sobre todo aliviado de que no me hayan herido: Ashante me confesará que DeeDee había dudado hasta el último momento de dejarme subir al ring: «No quiero que maten a Louie»).

Liz me abraza emocionada: «¡Lo, Lo! Te has defendido como un león, no lo podía creer!». ¡Yo tampoco! Estoy pasmado de que todo haya pasado tan rápido. Olivier y Eddie insisten para que me ponga hielo en el ojo y la nariz, que se están hinchando de forma preocupante. Liz va a llenar una bolsa al bar. DeeDee se relaja

por fin: «*Boxing is never fun*. Subir al ring no es para divertirse. Uno se divierte después del combate».

Despertar doloroso al día siguiente. He dormido como una marmota y ya no me acuerdo del combate. ¿Lo habré soñado? Me siento entumecido, vacío físicamente, como un limón exprimido del que sólo queda la cáscara amarilla y marchita. El espejo me devuelve la imagen de una cara completamente abotargada. El ojo izquierdo, en parte cerrado por el directo que me envió a la lona en el primer asalto, está a punto de pasar del rojo ocre al violeta. No es muy bonito. El tabique de la nariz ha multiplicado su volumen; la palpo suavemente para asegurarme de que no me la he vuelto a romper. Un corte cruza la ceja izquierda. También tengo el labio inferior hinchado y morado y un hematoma en la comisura, siempre del lado izquierdo. Y si respiro profundamente me duelen las costillas maltratadas. No, sin duda no lo he soñado.

Pero todos los males se desvanecen cuando regreso triunfante al *gym*. Me siento como un soldado que vuelve al cuartel después de estar en el frente, aturrullado por el estrechocar de manos, sonrisas, guiños, golpecitos en el hombro, felicitaciones y comentarios indignados sobre el arbitraje. «¡Ha sido un robo a mano armada, Louie!» Todos —empezando por mí— están sorprendidos. Ahora sí que soy de los suyos: «*Yep, Louie's a soul brother*». Ashante me pregunta con entusiasmo por mi próximo combate cuando DeeDee interrumpe el festejo: «No habrá una próxima vez. Ya has tenido tu combate. Ahora ya tienes bastante para escribir tu maldito libro. Tú no necesitas subir al ring».



«One of DeeDee s Boys.»



Loïc Wacquant nace en 1960 en Montpellier, Francia. Es un sociólogo especializado en sociología urbana. Discípulo de Pierre Bourdieu. En su amplia obra se ocupa de la desigualdad y la marginación urbana, de la dominación etnorracial, así como de la relación funcional y estructural entre el Estado penal contemporáneo y el giro neoliberal; entiende la prisión como una "institución política" dirigida a poblaciones pobres y estigmatizadas.

Su interés en estos temas nace de su experiencia en el gueto negro como estudiante licenciado en la Universidad de Chicago a mediados de la década de los ochenta. En relación a esta experiencia, comenta en *The New York Times* en 2003: "nunca he visto tanta desolación. Recuerdo haber pensado: es como Beirut. O como Dresde después de la guerra. Fue una conmoción".

Sus publicaciones aparecen regularmente en revistas de sociología, antropología o filosofía. Se describe como un investigador interdisciplinario dentro de un proyecto por una ciencia social unificada que dialogue con otras disciplinas como la arquitectura, la geografía o la psicología. Afirma la necesidad de una "crítica despiadada de todas las cosas existentes" con el objetivo de "...poner continuamente en tela de juicio las evidencias y los marcos mismos del debate cívico, para abrir la posibilidad de pensar el mundo en vez de ser pensados por él, de desmontar y de comprender sus engranajes y, por tanto, la posibilidad de re-apropiárnoslo tanto intelectual como materialmente."

# Notas

## Notas de «El sabor y el dolor de la acción»

[1] Pierre Bourdieu (1997): *Méditations pascaliennes*, París, Éditions du Seuil, p. 168.  
[Ed. cast.: *Meditaciones pascalinas*, Barcelona, Anagrama, 1999.]<<



[\*] Nuestra colaboración, que duraría cuatro años, comenzó cuando Wilson terminó su obra sobre los años ochenta *The Truly Disadvantaged*, Chicago, The University of Chicago Press, 1987.<<

[2] Loïc Wacquant, «L'“underclass” urbaine dans l'imaginaire social et scientifique américain», *L'Exclusion. L'état des savoirs*, Paris, Éditions La Découverte, 1996, pp. 248-262.<<

[3] Puede encontrarse un primer apunte en mi libro *Os condenados da Cidade*, Río de Janeiro, Revan Editora, 2001, presentación de Luis César Queiroz de Ribeiro; véase asimismo «Elias in the Dark Ghetto», *Amsterdams Sociologisch Tijdschrift*, xxiv, 3/4, diciembre 1997, pp. 340-348, y «“The Zone”: Le métier de “hustler” dans le ghetto noir américain», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 93, junio 1992, pp. 38-58 (retomado en Pierre Bourdieu *et al.*, *La Misère du monde*, París, Éditions du Seuil, 1993, pp. 181-204). [Ed. cast.: *La miseria del mundo*, Madrid, Akal, 1999.]<<

[4] Loïc Wacquant, «Three Pernicious Premises in the Study of the American Ghetto», *International Journal of Urban and Regional Research*, 21-2, junio 1997, pp. 341-353; «“A Black City Within the White”: Revisiting America’s Dark Ghetto», *Black Renaissance*, 2-1, otoño-invierno 1998, pp. 141-151, y «The New “Peculiar Institution”: On the Prison as Surrogate Ghetto», *Theoretical Criminology*, 4-3, 2000, pp. 377-389.<<

[5] El lector interesado encontrará un complemento en Loïc Wacquant, «The Prizefighter's Three Bodies», *Ethnos*, 63-3, noviembre 1998, pp. 325-352; «Whores, Slaves and Stallions: Languages of Exploitation and Accomodation Among Professional Fighters», *Body & Society*, 7-2/3, junio 2002, pp. 181-194; y «Chicago fade: remettre le corps du chercheur en scène», *Quasimodo*, 7, 2002, en prensa.<<

[6] Marcel Mauss, «Allocation á la société de psychologie» (1923), retomado en *Oeuvres*, tomo 3: *Cohésion sociale et divisions de la sociologie*, París, Éditions de Minuit, 1969, p. 281.<<

# Notas de Prólogo

[\*] Circunstancias provocadas por mi amigo Olivier Hermine, a quien estaré eternamente agradecido por haberme llevado al club de Woodlawn. Desearía agradecer a Pierre Bourdieu su apoyo, desde el primer momento, en una empresa que, dadas sus exigencias físicas, no podía llevarse a cabo sin un respaldo moral constante. Sus palabras de aliento, sus consejos y su visita al Boys Club me ayudaron, en los momentos de duda (y desfallecimiento), a encontrar las fuerzas para continuar con mis investigaciones. Asimismo, deseo expresar mi agradecimiento a todos aquellos colegas, familiares y amigos, demasiado numerosos para poder nombrarlos aquí, que me han respaldado, estimulado y reconfortado durante y después de este estudio —ellos saben quiénes son y lo que les debo—, y a Thierry Discepolo por el entusiasmo y la paciencia con que ha colaborado en la elaboración del manuscrito. Finalmente, no hace falta decir que este libro no existiría sin la generosidad y la confianza fraternal de mis «*gym buddies*» de Woodlawn y de nuestro mentor, DeeDee; espero que reconozcan las muestras de mi estima y afecto inquebrantables.<<



[1] Por quedarnos con los grandes nombres de la literatura estadounidense contemporánea, Arthur Krystal («Ifs, Ands, Butts: The Literary Sensibility at Ringside», *Harper's Magazine*, 274, junio 1987, pp. 63-67) menciona entre otros a Ernest Hemingway, Jack London, Dashiell Hammett, Nelson Algren, James Farrell, Ring Lardner, Norman Mailer y Ralph Ellison, a los que se unió más tarde una de las pocas mujeres, la novelista Joyce Carol Oates, a quien debemos el hermoso *On Boxing*.<<

[\*] Como lo demuestra esta nota, entre otras del mismo tenor, consignada en mi cuaderno en agosto de 1990: «Hoy me he divertido enormemente en el gimnasio, hablando y riendo con DeeDee y Curtis sentados en la sala de atrás y simplemente viviendo y respirando entre ellos, empapándome como una esponja del ambiente de la sala, cuando de pronto sentí una angustia opresiva ante la idea de irme a Harvard (donde me acababan de contratar). Siento tal placer con sólo estar aquí que la observación se vuelve secundaria y, francamente, me digo que dejaría gustosamente estudios, investigaciones y todo lo demás por poder quedarme aquí boxeando, ser «*one of the boys*». Sé que es una locura y seguramente ilusorio, pero, en este momento, la perspectiva de marcharme a Harvard, de tener que presentar una comunicación en el ASA (congreso anual de la American Sociological Association), escribir artículos, leer libros, asistir a conferencias y el *tutti frutti* universitario carece de sentido, es deprimente, tan aburrido (y muerto) respecto de la alegría carnal pura y vivaz que me ofrece esta porquería de *gym* (hay que ver las peleas dignas de Pagnol entre DeeDee y Curtis) que me gustaría dejarlo todo, *drop out*, por quedarme en Chicago. Esto es *crazy*. PB [Pierre Bourdieu] me decía el otro día que temía que “me dejara seducir por mi objeto”. Si de verdad supiera ¡dónde estará ya la seducción!».

<<

[2] Puede encontrarse una etnografía de los ágapes matrimoniales de Anthony y de Mark en mi artículo «Un mariage dans le ghetto», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 113, junio 1996, pp. 63-84.<<

[\*] Estas observaciones etnográficas se completaron y modificaron al final con las historias recogidas entre los principales miembros del club de Woodlawn, con un centenar de entrevistas en profundidad con púgiles profesionales que peleaban en el Estado de Illinois, así como con sus entrenadores y mánagers, además de la lectura detallada de literatura «indígena» (revistas y boletines especializados, biografías y autobiografías) y sus derivados eruditos (escritos literarios e historiográficos). También me entrené en otros tres gimnasios profesionales de Chicago y visité una docena de clubes en Estados Unidos y Europa. Después de dejar Chicago fui socio de tres salas de boxeo en Boston, Nueva York y Oakland.<<

[3] Sobre el paralogismo ecológico, léase a Aaron Cicourel, «Interviews, Surveys, and the Problem of Ecological Validity», *The American Sociologist*, 17, febrero 1982, pp. 11-20, y las notas metodológicas de Howard Becker, «Studying Practitioners of Vice and Crime», en William Habernstein (dir.), *Pathways to Data*, Chicago, Aldine, 1970, pp. 30-49.<<

[4] Loïc Wacquant, «Corps et âme: notes ethnographiques d'un apprenti boxeur», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 80, novembre 1989, pp. 33-67.<<

[\*] Cuando redactaba este artículo comprendí hasta qué punto el gimnasio constituía un «lugar estratégico de investigación» (como diría Robert Merton) y decidí hacer del oficio de boxeador un segundo tema de estudio, paralelamente al del gueto.<<

[\*] *La Passion du pugiliste* tratará en profundidad, entre otros temas, de la dialéctica del deseo y de la dominación en la génesis social de la vocación de boxeador, de la estructura y funcionamiento de la economía pugilística, del trabajo del entrenador como sustituto de la madre, las creencias propias sobre el sexo y las mujeres y del enfrentamiento en el ring como ritual homoerótico de masculinización.<<



[5] Loïc Wacquant, «“Busy Louie” aux Golden Gloves», *Gulliver*, 6, abril-junio 1990, pp. 12-33.<<

[\*] Este texto plantea además de forma práctica la cuestión de la escritura de las Ciencias Sociales y de la diferencia entre sociología y ficción, un tema que inquietó mucho a los antropólogos en la última década puesto que, poco después de su aparición, recibí de una gran editorial de París una oferta de contrato por... mi «novela».<<

[6] Marcel Mauss, «Essai sur le don. Forme et raisons de l'échange dans les sociétés archaïques», *Sociologie et anthropologie*, Paris, PUF (1925), 1950, p. 276. [Ed. cast.: *Sociología y antropología*, Madrid, Temas, 1971.]<<

[7] Jeffrey M. Riemer, «Varieties of Opportunistic Research», *Urban Life*, 54, enero 1977, pp. 467-477.<<

[\*] El *gym* de Woodlawn era uno de los 52 clubes de boxeo oficiales del Estado de Illinois y una de las cuatro salas profesionales de Chicago (es decir, donde se entrenaban boxeadores «profesionales» que recibían un sueldo por su dedicación entre las cuerdas, además de los aficionados que abundan en los clubes). La mayoría de los boxeadores que marcaron los años ochenta en Chicago pasaron, en algún momento, por el Woodlawn Boys Club, que fue hasta su clausura uno de los principales proveedores de púgiles para los combates regionales. Al final de su carrera Mohamed Alí, que tenía una casa no muy lejos, en el elegante barrio de Hyde Park-Kenwood, islote de opulencia blanca en medio del océano de miseria negra del South Side, tenía la costumbre de venir a entrenarse y su aparición provocaba siempre gran alboroto en la calle.<<

[8] Sobre el «afecto histórico» de los negros americanos por Francia y su origen en la experiencia de un mestizaje tabú y violentamente reprimido en los Estados Unidos, véase Tyler Stovall, *Paris Noir, African Americans in the City of Light*, Boston, Houghton Mifflin, 1998.<<

[\*] Después de volver de un viaje a Francia por Navidad me preguntó de repente delante de los demás: «Eh, Louie, ¿has contado a tu familia que te entrenas en un *gym* con boxeadores profesionales? ¿Les has contado que eres *one of the guys*, que te tratamos como si fueras un negro?». <<

[\*] Kurt Wolf definió el concepto de «abandono» en etnografía como algo que implica «un compromiso total, la suspensión de los prejuicios, la pertinencia de todo, la identificación y el riesgo de que te hagan daño<sup>[9]</sup>». <<



[9] Kurt Wolf, «Surrender and Community Study: The Study of Lorna», Arthur J. Vidich y Joseph Bensman (dir.), *Reflections on Community Studies*, Nueva York, Wiley, 1964, pp. 233-263.<<

## **Notas de La calle y el ring**

[1] George Plimpton, *Shadowbox*, Nueva York, Putnam, 1977, p. 38.<<

[2] Nos damos cuenta enseguida comparando, por ejemplo, las descripciones del New Oakland Boxing Club de Oakland en California y del célebre Kronk Gym de Detroit hechas por Ralph Wiley (*Serenity: A Boxing Memoir*, Nueva York, Henri Holt and Company, 1989, pp. 28-29, 153 y ss.), del Rosario Gym de East Harlem en Nueva York por William Plummer (*Buttercups and Strong Boys: A Sojourn at the Golden Gloves*, Nueva York, Viking, 1989, pp. 51 y ss.) y del Cabbagetown Boxing Club en las afueras de Toronto por Stephen Brunt (*Mean Business: The Rise and Fall of Shawn O'Sullivan*, Markham, Penguin, 1987, pp. 43-69). El libro de la fotógrafa Martine Barrat (*Do or Die*, Nueva York, Viking, 1993, prefacio de Martin Scorsese) es una fiel traducción visual de la atmósfera de una sala de boxeo de Nueva York que recuerda el exquisito retrato que Ronald Fried hace del Stillman's Gym de la gran época (*Corner Men: Great Boxing Trainers*, Nueva York, Four Walls Eight Windows, 1991, pp. 32-53).<<

[3] Émile Durkheim, *L'Éducation morale*, París, PUF, (1902-1903) 1963. [Ed. cast.: *La educación moral*, Madrid, Trotta, 2002.]<<

[4] Guy Lagorce, «Mort dans l'après-midi», *L'Express*, 17 marzo 1989 (sobre la muerte en el ring del boxeador de Costa de Marfil David Thio). Para una oda sobre el Noble Arte, podemos leer George Peters, *Pleins feux sur les rings*, París, La Table Ronde, 1970, especialmente pp. 199-220. Encontraremos una recapitulación de esta dialéctica entre fascinación y horror del boxeo en Estados Unidos en el detallado estudio histórico de Jeffrey Sammons, *Beyond the Ring: The Role of Boxing in American Society*, Urbana et Chicago, University of Illinois Press, 1988.<<

[5] Pierre Bourdieu, «Programme pour une sociologie du sport», *Chases dites*, Minit, 1987, p. 214. [Ed. cast.: *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1988.]<<

[6] Marcel Mauss, «Les techniques du corps», *Sociologie et anthropologie*, París, PUF (1936), 1950, pp. 368-369 (el subrayado es mío). [Ed. cast.: *Sociología y antropología*, op. cit.]<<



[7] Marcel Mauss, *ibíd.*, p. 383.<<

[8] Martín Sánchez-Jankowski, *Islands in the Street Gangs in Urban American Society*, Berkeley, University of California Press, 1991; Mercer Sullivan, «*Getting Paid*»: *Youth, Crime and Work in the Inner City*, Ithaca, Cornell UP, 1989; y Philippe Bourgois, *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.<<

[9] Para la comparación, encontraremos una sociografía sucinta del deterioro acelerado de los barrios negros del gueto de Chicago en Loïc Wacquant y William Julius Wilson, «The Cost of Racial and Class Exclusion in the Inner City», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, enero 1989, 501, pp. 8-25.<<

[10] Para retomar la denominación de St. Clair Drake y Horace R. Cayton en su obra maestra, *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*, Chicago, The University of Chicago Press (1945), 1994.<<

[11] Para un estudio histórico sobre la rígida división racial de la vivienda en Chicago que determina toda la historia de la ciudad y de sus poblaciones, Arnold Hirsch, *Making the Second Ghetto: Race and Housing in Chicago, 1940-1960*, Cambridge, Cambridge UP, 1983; para un análisis global de las relaciones cambiantes entre desigualdad de clase y dominación racial en Norteamérica durante este período, léase la obra clásica de William Julius Wilson, *The Declining Significance of Race*, Chicago, The University of Chicago Press, 1980, especialmente pp. 88-143.<<

[12] Los datos siguientes se han extraído del Chicago Fact Book Consortium, *Local Community Fact Book: Chicago Metropolitan Area*, Chicago, Chicago Review Press, 1984, pp. 114-116. Para un análisis en profundidad de la transformación del gueto negro de Chicago en el último medio siglo, remito a Loïc Wacquant, «The New Urban Color Line: The State and Fate of the Ghetto in Post-fordist America», Craig J. Calhoun (dir.), *Social Theory and the Politics of Identity*, Cambridge, Basil Blackwell, pp. 231-276.<<

[13] Chicago Tribune, *An American Millstone*, Chicago y Nueva York, The Review Press, 1986, p. 170.<<

[14] Melvin L. Oliver, «The Urban Black Community as NetWork: Toward a Social NetWork Perspective», *The Sociological Quarterly*, diciembre 1988, xxix, 4, pp. 623-645.<<



[15] Chicago Tribune, *An American Millstone*, op. cit., p. 170.<<

[16] La extremada concentración de la criminalidad violenta en el gueto y sus efectos devastadores para los jóvenes negros en las dos últimas décadas son descritos y analizados por Jewelle Taylor Gibbs *et al.* (dir.), *Young, Black and Male in America: An Endangered Species*, Dover, Auburn House Publishing, 1988; Darnell F. Hawkins (dir.), *Ethnicity, Race and Crime: Perspectives across Time and Place*, Albany, State University of New York Press, 1995; y Joan McCord (dir.), *Violence and Childhood in the Inner City*, Cambridge, Cambridge UP, 1997.<<

[17] Leonard Gardner, *Fat City*, Nueva York, Farrar, Strauss & Giroux, 1969. [Ed. cast.: *Fot city*, Madrid, Euler, 1988.]<<

[18] Citados por Thomas Hauser, *The Black Lights: Inside the World of Professional Boxing*, Nueva York, McGraw-Hill, 1986, pp. 113 y 186.<<

[19] Citado en Judith Folb, *Runnin' Down Some Lines: The Language and Culture of Black Teenagers*, Cambridge, Harvard University Press, 1980, p. 39.<<

[20] David Halle, *America's Working Man*, Chicago, The University of Chicago Press, 1984, cap. 9.<<

[21] Para una descripción del proceso de marginalización de la juventud negra de los guetos, léase Douglas G. Glasgow, *The Black Underclass: Poverty, Unemployment and Entrapment of Ghetto Youth*, Nueva York, Vintage Books, 1980; Terry Williams y William Kornblum, *Growing up Poor*, Lexington, Lexington Books, 1985; John M. Hagedorn, *People and Folks. Gangs, Crime and the Underclass in a Rustbelt City*, Chicago, Lakeview Press, 1988; William Julius Wilson, *When Work Disappears*, Nueva York, Knopf, 1997. Encontraremos una serie de retratos de hombres prisioneros del gueto en el famoso reportaje de *Newsweek* retomado por Sylvester Monroe y Peter Goldman bajo el título *Brothers: Black and Poor —A True Story of Courage and Survival*, Nueva York, William Morrow and Co., 1988, y en el relato a partir del documental radiofónico realizado por dos niños del South Side, LeAlan Jones y Lloyd Newman, *Our America: Life and Death on the South Side of Chicago*, Nueva York, Washington Square Press, 1997.<<

[22] La estrecha interdependencia del mundo del espectáculo, de la política, del deporte y de la religión en la comunidad negra americana está magníficamente documentada por Charles Keil en *Urban Blues*, Chicago, The University of Chicago Press, 1966.<<



[23] Véanse T. Hauser, *The Black Lights*, *op. cit.*, pp. 146-171 y 179-183; Jeffrey T. Sammons, *Beyond the Ring* *op. cit.*, pp. 235-245; Stephen Brunt, *Mean Business*, *op. cit.*, *passim*; Sam Toperoff, *Sugar Ray Leonard and Other Noble Warriors*, Nueva York, McGraw-Hill, 1987; Andy Ercole y Ed Okonowicz, *Dave Tiberi, the Uncrowned Champion*, Wilmington, The Jared Company, 1992.<<

[24] Georg Simmel, «The Sociology of Sociability», *American Journal of Sociology*, 1949, 55, pp. 254-268.<<

[25] Ned Polsby, *Hustlers, Beats and Others*, Chicago, The University of Chicago Press (1967), 1985, pp. 20-30.<<

[26] La gestión del capital corporal se analiza más detalladamente en Loïc Wacquant, «Pugs at Work: Bodily Capital and Bodily Labor Among Professional Boxers», *Body & Society*, marzo 1995, I, 1, pp. 65-94.<<

[27] Véanse Roger D. Abrahams, *Positively Black*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1970; Martín Sánchez-Jankowski, *Islands in the Street*, *op. cit.*; Judith Folb, *Runnin' Down Some Lines*, *op. cit.* <<

[28] S. K. Weinberg y Henri Arond, «The Occupational Culture of the Boxer», *American Journal of Sociology*, 1952, LXII, 5, pp. 460-469 (para datos relativos al período 1900-1950); T. J. Jenkins, «Changes in Ethnic and Racial Representation Among Professional Boxers: A Study in Ethnic Succession», Chicago, Tesis doctoral (inérita), Universidad de Chicago, 1955; Nathan Hare, «A Study of the Black Fighter», *The Black Scholar*, 1971, 3-3, pp. 2-9; John Sugden, «The Exploitation of Disadvantage: The Occupational Sub-Culture of the Boxer», John Horne, David Jary y Andrew Tomlinson (dirs.), *Sport, Leisure, and Social Relations*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1987, pp. 187-209; Jeffrey T. Sammons, *Beyond the Ring*, *op. cit.* Sobre la trayectoria de los judíos americanos en el boxeo durante la primera mitad del siglo, Stephen A. Riess, «A Fighting Chance: The Jewish-American Boxing Experience, 1890-1940», *American Jewish History*, 1985, 74, pp. 233-254; sobre el contexto general, Benjamin G. Rader, *American Sports: From the Age of Folk Games to the Age of Spectators*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1983.<<

[29] Peter Niels Heller, *Bad intentions: The Mike Tyson Story*, Nueva York, Da Capo Press, 1995; sobre los múltiples significados de la trayectoria de Tyson como emblema viviente de la masculinidad, véase el estimulante artículo de Tony Jefferson, «Muscle, “Hard Men” and “Iron” Mike Tyson: Reflections on Desire, Anxiety and The Embodiment of Masculinity», *Body & Society*, marzo 1998, IV, 1, pp. 77-98.<<

[30] Stephen Brint y Jerry Karabel, «Les “community colleges” américains et la politique d’inégalité», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1987, 86-87, pp. 69-84.<<



[31] Loïc Wacquant y William Julius Wilson, «The Cost of Racial and Class Exclusion in the Inner City», *art. cit.*, pp. 17, 19, 22.<<

[32] Citado por David Helpern, «Distance and Embrace», en Joyce Carol Oates y David Helpern (dirs.), *Reading the Fights*, Nueva York, Prentice-Hall Press, 1988, p. 279.<<

[33] Para una crítica metódica del concepto verdadero-falso y de sus usos sociales, véase Loïc Wacquant, «L'“underclass” urbaine dans l'imaginaire social et scientifique américain», *L'Exclusion. L'État des savoirs*, París, La Découverte, 1996, pp. 248-262.<<

[34] Betty Lou Valentine, *Hustling and Other Hard Work: Life Styles in the Ghetto*, Nueva York, Free Press, 1978.<<

[35] Loïc Wacquant y William Julius Wilson, «The Cost of Racial and Class Exclusion in the Inner City», *art. cit.*, p. 24.<<

[36] Henri Allouch, «Participation in Boxing Among Children and Young Adults», *Pediatrics*, 1984, 72, pp. 311-312.<<

[37] Joyce Carol Oates, *On Boxing*, Garden City, Doubleday, 1987, p. 72. [Ed. cast.: *Del boxeo*, Barcelona, Tusquets.]<<

[38] Véase Loïc Wacquant, «A Fleshpeddler at Work: Power, Pain, and Profit in the Prizefighting Economy», *Theory and Society*, febrero 1998, 27-1, pp. 1-42.<<



[39] *Thomas Hauser, The Black Lights, op. cit., p. 135.* <<

[40] *William Plummer*, *Buttercups and Strong Boys*, op. cit., p. 75.<<

[41] Pierre Bourdieu, *Le Sens pratique*, París, Minuit, p. 130. [Ed. cast.: *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991.]<<

[42] Pierre Bourdieu, *Esquise d'une théorie de la pratique*, Ginebra, Droz, 1972, p. 196 (reed. Seuil, 1999).<<

[43] Joyce Carol Oates, *On Boxing*, *op. cit.*, pp. 28-29. <<

[44] Gil Clancy (famoso entrenador-mánager), citado en Thomas Hauser, *The Black Lights*, *op. cit.*, p. 43.<<

[45] Gerald Early, «Three Notes Toward a Cultural Definition of Boxing», en Joyce Carol Oates y David Halpern, *Reading the Fights*, *op. cit.*, p. 20.<<

[46] George Plimpton, «Three With Moore», en Joyce Carol Oates y David Halpern, *ibid*, p. 173.<<



[47] Loïc Wacquant, «Pugs at Work», *art. cit.*, pp. 75-82. <<

[48] Para observaciones similares sobre los nadadores de competición californianos, véase Daniel F. Chambliss, «The Mundanity of Excellence: An Ethnographic Report on Olympic Swimmers», *Sociological Theory*, primavera 1989, VII, 1, pp. 70-86.<<

[49] R. G. Mitchell, *Mountain Experience: The Psychology and Sociology of Adventure*, Chicago, The University of Chicago Press, 1983.<<

[50] George Bennett y Pete Hamill, *Boxers*, Nueva York, Dolphin Books, 1978, p. 23; igualmente Jeffrey T. Sammons, *Beyond the Ring*, *op. cit.*, p. 273; S. K. Weinberg y Henri Arond, «The Occupational Culture of the Boxer», *art. cit.*, p. 463; Nathan Hare, «A Study of the Black Fighter», *art. cit.*, pp. 7-8.<<

[51] «Avancer, reculer, riposter», entrevista con el entrenador nacional Aldo Consentino, *Libération*, 11-12 febrero 1989, p. 31.<<

[52] Paul Connerton, *How Societies Remember*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.<<

[53] Alfred Willener, «Le concerto pour trompette de Haydn», *Actes de la recherche en sciences sociales*, noviembre 1988, 75, p. 61 (el subrayado es mío).<<

[54] Erving Goffman, *Interaction Rituals*, Nueva York, Vintage, 1966.<<



[55] Loïc Wacquant, «The Prizefighter's Three Bodies», *Ethnos*, noviembre 1988, LXIII, 3, espec. pp. 342-345.<<

[56] *Thomas Hauser*, *The Black Lights*, op. cit., p. 199.<<

[57] Erving Goffman, *The Presentation of Self in Everyday Life*, Harmondsworth Penguin, 1959, p. 21. [Ed. cast.: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Madrid, H. F. Martínez de Murguía, 1987.]<<

[58] Tomo esta noción de William Graham Sumner, *Folkways*, Boston, Ginn (1906), 1940.<<

[59] Edward Albert, «Riding a Line: Competition and Cooperation in the Sport of Bicycle Racing», *Sociology of Sport Journal*, 1991, 8, pp. 341-361.<<

[60] *Michel Foucault*, *Naissance de la clinique. Une archéologie du regard médical*, *París, PUF, 1963, p. 168. [Ed. cast.: El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica, Madrid, Siglo XXI, 1999.]*<<

[61] Sobre la noción de «trabajo emocional», véase Arlie Hochschild, «Emotion Work, Feeling Rules and Social Structure», *American Journal of Sociology*, noviembre 1979, LXXXIII, 3, pp. 551-575.<<

[62] Konrad Lorenz, *On Agression*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1966, p. 281. [Ed. cast.: *Sobre la agresión: el pretendido mal*, Madrid, Siglo XXI, 1992.]<<



[63] *Erving Goffman*, *The Presentation of Self in Everyday Life*, op. cit. <<

[64] Stephen Brunt, *Mean Business*, *op. cit.*, p. 55.<<

[65] Hans Gerth y C. Wright Mills, *Character and Social Structure*, Nueva York, Harcourt. Brace, Jovanovitch, 1964. [Ed. cast.: *Carácter y estructura social*, Barcelona, Paidós, 1985.)<<

[66] Joyce Carol Oates, *On Boxing op. cit.*, pp. 25 y 60.<<

[67] Alien Gutman, *From Ritual to Record: The Nature of Modern Sports*, Nueva York, Columbia University Press, 1989, p. 160.<<

[68] André Rauch, *Boxe, violence du XX siècle*, París, Aubier, 1992. Este libro comprende entre otros un plagio grosero de mi artículo «Corps et âme» publicado en 1989 en *Actes de la recherche en sciences sociales*, pp. 222, 225, 226, 227-237 y 278-279 (así como la p. 362, nota 172; p. 363, nota 185; p. 368, nota 206, y p. 408, nota 201), donde Rauch reproduce íntegramente —sin citar la fuente— mi descripción del entrenamiento en la sala de Woodlawn, incluyendo las citas y la paginación de los artículos y de las obras (véanse las notas 47, 48, 62, 73, 86, 88 y 90, pp. 389-395) cortándolas con poca habilidad para disimular su fechoría, extractos de declaraciones de los boxeadores y entrenadores franceses copiadas de *L'Équipe*; el colmo de la deshonestidad llega con la nota 103 (p. 398), que copia, resumiendo, mi análisis de la relación de oposición simbiótica entre el gimnasio y el gueto para atribuirlo... ¡a una entrevista que Rauch habría mantenido «con L. Dechanet, secretario general de los Anciens de la Boxe en septiembre de 1990»!<<

[69] Marcel Mauss, «Les techniques du corps», *op. cit.*, p. 385.<<

[70] Gene Tunney, antiguo campeón de los pesos pesados, citado por Jeffrey T. Sammons, *Beyond the Ring*, *op. cit.*, p. 246.<<



[71] *The Thrilla in Manilla*, video del combate «Alí-Frazier Heavyweight title fight», NBC Sports Venture, 1990.<<

[72] Citado por David Anderson, *In the Corner: Great Boxing Trainers Talk About their Art*, Nueva York, Morrow, 1991, p. 121.<<

[73] John Dewey, *Experience and Nature*, Chicago, Open Court, 1929, p. 277.<<

[74] Sugar Ray Robinson es citado por Thomas Hauser (*The Black Lights*, *op. cit.*, p. 29), Mickey Rosario por William Plummer (*Buttercups and Strong Boys*, *op. cit.*, p. 43).<<

[75] Hugh Brody, *Maps and Dreams*, Nueva York, Pantheon Books, 1982, p. 37 (el subrayado es mío).<<

[76] Joyce Carol Oates, *On Boxing*, *op. cit.*, p. 108.<<

[77] George H. Mead, «The Biological Individual», adenda a *Mind Self and Society from the Standpoint of a Social Behaviorist*, C. W. Morris (dir.), Chicago, The University of Chicago Press, 1934, pp. 347-353. [Ed. cast.: *Espíritu, persona y sociedad desde el punto de vista del conductismo social*, Barcelona, Paidós, 1982.]<<

[78] *Peter Pasquale, The Boxer's Workout: Fitness for the Civilized Man, Garden City, Doubleday, 1988.* <<



[79] Pierre Bourdieu, *Le Senspratique*, *op. cit.*, p. 137.<<

[80] Jean-Pierre Clément, «La force, la souplesse et l'harmonie. Étude comparée de trois sports de combat: lutte, judo, aikido», Christian Pociello (dir.), *Sports et société. Approche socioculturelle des pratiques*, Paris, Vigot, 1987, pp. 285-301.<<

[81] Jean Lave, *Cognition in Practice: Mind, Mathematics and Culture in Everyday Life*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 14 y ss. [Ed. cast.: La cognición en la práctica, Barcelona, Paidós, 1991.]<<

[82] Loïc Wacquant, «De la “terre promise” au ghetto: la “Grande Migration” noire américaine, 1916-1930», *Actes de la recherche en sciences sociales*, septembre 1993, 99, pp. 43-51.<<

[83] Para un retrato intimista del South Side a mediados de siglo, léase el clásico de St. Clair Drake y Horace Cayton, *Black Metropolis*, *op. cit.*, y Richard Wright, *12 Million Black Voices: A Folk History of the Negro in the United States*, fotos de Edwin Rosskam, Nueva York, Thunder's Mouth Press (1941), 1988.<<

[84] Véase Chris Mead, *Champion: Joe Louis, Black Hero in White America*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1985; y Jeffrey Sammons, *Beyond the Ring op. cit.*, pp. 96-129.<<

[85] Pueden encontrarse notas precisas sobre las relaciones de autoridad y afecto de entrenadores y boxeadores en Ronald K. Fried, *Corner Men*, *op. cit.* <<

[86] Pierre Bourdieu, «Programme pour une sociologie du sport», *op. cit.*, p. 214.<<



[87] *Émile Benveniste*, *Le Vocabulaire des institutions indo-européennes*, *París*, *Minuit*, *II*, 1969.<<

[88] Émile Durkheim, *Les Formes élémentaires de la vie religieuse*, París, PUF [1912], 1960. [Ed. cast.: *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.]<<

[89] Michael Polanyi, *The Tacit Dimension*, Garden City, Doubleday, 1967.<<

[90] Howar Becker, «Photography and Sociology», *Doing Things Together*, Evanston, Northwestern UP, 1986, pp. 223-271.<<

[91] *William Plummer*, *Buttercups and Strong Boys*, op. cit., p. 67.<<

[92] Norbert Elias, *La Société de cour*, París, Flammarion [1969], 1985. [Ed. cast.: *La sociedad cortesana*, Madrid, FCC, 1989.]<<

[93] Max Weber, *Économie et société*, París, Plon [1918-1920], 1971, p. 301. [Ed. cast.: *Economía y sociedad*, Madrid, FCC, 2002.]<<

[94] Jean-Claude Bouttier y Jean Letessier, *Boxe. La technique, l'entraînement, la tactique*, París, Robert Laffont, 1978, p. 97.<<



[95] Sobre el proceso histórico de racionalización del deporte, fundamentalmente en Estados Unidos, léase Alien Gutman, *From Ritual to Record*, *op. cit.*, especialmente el cap. 2.<<

[96] Daniel F. Chambliss, «The Mundanity of Excellence», *art. cit.*, pp. 78-81.<<

[97] *Émile Durkheim*, Les Formes élémentaires de la vie religieuse, op. cit., p. 637.<<

[98] G. R. Me Latchie, «Injuries in Combat Sports», en Tim Reilly (dir.), *Sports, Fitness and Sports Injuries*, Londres y Boston, Faber and Faber, 1981, pp. 168-174.

<<

[99] Michel Foucault, *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, París, Gallimard, 1975, pp. 172-196. [Ed. cast.: *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 2000.]<<

[100] Pierre Bourdieu, *Le Sens pratique*, *op. cit.*, p. 111.<<

[101] Tomo esta expresión de Claude Lévi-Strauss, *La Pensée sauvage*, París, Plon, 1962, especialmente el capítulo 1, «La Science du concret». [Ed. cast.: *El pensamiento salvaje*, Madrid, FCC, 2002.]<<

[102] Jeffrey T. Sammons, *Beyond the Ring*, *op. cit.*, p. 236.<<



[103] S. K. Weinberg y Henri Arond, «The Occupational Culture of the Boxer», *art. cit.*, p. 462.<<

[104] *Pierre Bourdieu, Algérie 60. Structures économiques et structures temporelles, Paris, Minuit, 1977.* <<

[105] Astolfo Cagnacci, *René Jacquot, l'artisan du ring*, París, Denoél, 1989, p. 13.<<

[106] Thomas Hauser, *The Black Lights*, *op. cit.*, pp. 166 y ss.<<

[107] William Plummer, *Buttercups and Strong Boys*, op. cit., pp. 123-124. <<

[108] Weinberg y Arond, «The Occupational Culture of the Boxer», *art. cit.*, p. 462.<<

[109] Según la fórmula de Marcel Mauss, «Les techniques du corps», *op. cit.*, p. 385.

<<

[110] A los que puedan dudar de la posibilidad de generalizar esta interpretación de la práctica pugilística podemos recomendarles la lectura de los estudios de Jean Lave sobre el aprendizaje del cálculo (*Cognition in Practice, op. cit.*), de Jack Katz sobre la lógica moral y sensual de las carreras delictivas (*Seductions of Crime*, Nueva York, Basic Books, 1989), de David Sudnow sobre la improvisación de los pianistas de jazz (*Ways of the Hand: The Organization of Improvised Conduct*, Cambridge, Harvard UP, 1978), Joan Cassell sobre el trabajo de cirujano (*Expected Miracles: Surgeons at Work*, Filadelfia, Temple UP, 1991) y de Joseph Alter sobre la organización social, moral y simbólica de la lucha india tradicional (*Bharatiya kushti*) en Benarés (*The Wrestler's Body: Identity and Ideology in Northern India*, Berkeley, University of California Press, 1992), por tomar cinco universos deliberadamente diferentes entre sí. Y recordar, con Max Weber, que «en la gran mayoría de los casos, la actividad real se desarrolla en una oscura semiconsciencia o en la inconsciencia [*Unbewusstheit*] del “sentido visual”. El agente “siente” de forma imprecisa más de lo que sabe o “piensa con claridad”; actúa en la mayoría de los casos obedeciendo a un impulso o a la costumbre. Sólo ocasionalmente se tiene conciencia del sentido (sea racional o irracional) de la actividad. [...] Una actividad efectivamente significativa, lo que quiere decir plenamente conciente y clara, es en realidad un caso límite» (Max Weber, *Économie et société, op. cit.*, p. 51).<<



[\*] Esta descripción es válida para el conjunto urbano de los Estados Unidos y para la mayor parte de los países industrializados: las salas de boxeo del mundo entero se componen más o menos de los mismos elementos y se parecen unas a otras hasta confundirse<sup>[2]</sup>.<<

[\*] Una cita entre mil: «No es casual que el boxeo haya sido el deporte que ha inspirado a mayor número de cineastas y novelistas de talento. En nuestra civilización es un arcaísmo, una de las últimas barbaridades consentidas, el último espejo autorizado aún a reflejar nuestro lado sombrío<sup>[4]</sup>». <<

[\*] Según Pierre Bourdieu, «el deporte es, con la danza, uno de los terrenos donde se muestra con mayor agudeza el problema de las relaciones entre teoría y práctica, y también entre el lenguaje y el cuerpo. [...] La enseñanza de una práctica corporal [encierra] un conjunto de cuestiones teóricas de primera importancia, en la medida en que las ciencias sociales se esfuerzan por construir una teoría de las conductas que se producen, en su mayor parte, a este lado de la conciencia<sup>[5]</sup>». <<

[\*] En 25 de estas 77 zonas, casi todas afronorteamericanas e hispanohablantes, más de un quinto de la población (sobre)vive muy cerca del umbral oficial de pobreza<sup>[9]</sup>.

<<

[\*] Este clima sofocante del *gym* está bien captado en la novela de Leonard Gardner *Fat City*<sup>[17]</sup> y en la película de John Huston del mismo título, que se desarrolla en pequeñas salas de boxeo de la ciudad de Stockton en California. La sensación de encierro está reforzada por la ausencia de aberturas físicas hacia el exterior: el *gym* de Woodlawn no tiene ninguna ventana (lo mismo que las salas de las que se tienen descripciones detalladas, tales como las de Gleason's en Manhattan o la de Rosario en East Harlem).<<

[\*] Un *poot-butt* designa a una persona «socialmente inexperimentada», demasiado joven biológica y emocionalmente para «mantenerse» en la calle y de quien se dirá: «Intenta hacerse pasar por algún matón de los que ha visto, pero la leche se le cae aún de la nariz... Mamá no le ha enseñado todavía bastante. Lo ha dejado salir demasiado verde a la calle<sup>[19]</sup>». <<

[\*] En el seno del club no se percibe la pasión del medio obrero (blanco) norteamericano por los escándalos públicos o privados y los abusos políticos, tal como describe David Halle<sup>[20]</sup>.<<

[\*] La sala no dispone tampoco de calefacción propia. En verano, cuando la temperatura supera fácilmente los 30°C, el aire acondicionado refresca lo justo para evitar que el calor sea insoportable. Durante los períodos de mucho frío de invierno (el termómetro desciende frecuentemente a 10 bajo cero en enero y febrero), las canalizaciones que llevan el aire caliente desde la caldera situada cuatro edificios más allá se congelan y se cuarteán, privando al gimnasio de calefacción. DeeDee se refugia entonces en la cocina, donde pasa el día sentado delante del horno con todas las hornallas encendidas. Si la sala está helada, se dejan correr las dos duchas de agua hirviendo para sofocarla en el vapor templado que sube la temperatura hasta un nivel soportable.<<



[\*] Es la decoración típica de las salas de boxeo norteamericanas. Thomas Hauser observa que «no hay un *gym* que no tenga una o varias fotos de Alí en las paredes» (*op. cit.*, p. 35).<<

[\*] La sala de boxeo se parece en este sentido a los billares, que constituyen, junto con los bares, uno de los últimos refugios de la subcultura de los hombres solteros, como mostró Ned Polsby<sup>[25]</sup>.<<

[\*] Esta nota del 27 de junio de 1989 es típica de este asunto. Comienzo a calentar mientras observo a Lorenzo y Big Earl, que hacen sparring al pie del ring, cuando Billy viene a estrecharme la mano. Tiene la cara pálida y demuestra inquietud y no sin motivo: «Peleo mañana, es mi primer combate. ¿Crees que me va a ir bien? —Por supuesto, estás bien preparado, estás en forma. Es una buena sala, ya verás como adelantas a los demás. —¿Eso crees? Estoy asustado, ¿sabes?». Confidencia interrumpida por el entrenador Eddie, quien lo reprende: «¿Pero qué haces ahí charlando? ¿Dónde crees que estás, en un *club de amigos*? Esto no es un salón, ¡a trabajar, Billy! Salta a la cuerda o haz abdominales, pero no estés sin hacer nada, vamos». Billy se olvida de su estado de ánimo y avergonzado cumple la orden.<<

[\*] Resulta difícil exagerar la importancia del fenómeno Tyson sobre el boxeo en el gueto negro a finales de la década de los ochenta. El maremoto mediático que acompañó su ascenso (fuera del gueto de Brooklyn y la prisión donde, en su adolescencia, se inició en el boxeo), sus disputas conyugales y financieras con la actriz afroamericana Robin Givens (motivo de múltiples programas televisados en horarios de máxima audiencia), sus vínculos financieros con el multimillonario blanco de Nueva York Donald Trump, sus relaciones con el mundillo artístico (por mediación de Spike Lee), sus conflictos personales y jurídicos con su antiguo entorno hicieron de él un personaje legendario que no sólo alimentaba un raudal incesante de rumores, discusiones e historias, sino que además consiguió, por su único valor simbólico, suscitar vocaciones masivas, como Joe Louis y Mohammed Ali, que fueron, en sus tiempos, el modelo de miles de aprendices de boxeador. El fenómeno experimentó un giro espectacular después de la derrota de Tyson frente a Buster Douglas en febrero de 1990, seguida de su condena por violación y la serie de extraños incidentes que se sucedieron<sup>[29]</sup>.<<

[\*] Los gimnasios del servicio municipal de parques y jardines son todavía más baratos, puesto que la matrícula es gratuita. Otra sala profesional de Chicago exige un pago mensual de cinco dólares para los amateurs y de 20 para los profesionales, pero hay muchas bajas. En otras ciudades algunos gimnasios cobran matrículas mucho más altas, por ejemplo 55 dólares por trimestre en Somerville Boxing Gym, en un barrio obrero de Boston donde boxeé entre 1991 y 1993, y 50 dólares mensuales en una sala de Tenderloin, un barrio bajo de San Francisco.<<

[\*] En el caso contrario, la falta de disciplina interior debe verse compensada por la resistencia al dolor, capacidad atlética y una agresividad entre las cuerdas excepcionales. Estos boxeadores tienden, sin embargo, a «quemarse» prematuramente y raras veces alcanzan su potencial tanto pugilístico como económico. El caso del prodigio del ring, triple campeón del mundo, Wilfredo Benítez, hijo de un cortador de caña de azúcar de Puerto Rico, es un ejemplo: aunque fuera profesional a los 14 años y consiguiera un título mundial a los 17, su irregularidad en los entrenamientos y su notoria indisciplina alimenticia contribuyeron a acortar su carrera.<<

[\*] Un *community college* (o *junior college*) es una institución de enseñanza postsecundaria que teóricamente da acceso a la enseñanza superior pero que ofrece, en realidad, cursos de recuperación con un nivel de instituto y otorga en dos años un diploma de formación profesional (*associate degree*) que carece de valor en el mercado de trabajo<sup>[30]</sup>.<<

[\*] La tasa del Club Woodlawn Boys es comparable a la de la sala de East Harlem descrita por William Plummer (*op. cit.*, p. 57), en la que la rotación es casi del 80 por ciento.<<



[\*] El 8 de octubre de 1988 explico a la responsable de la guardería contigua al *gym* —que me pregunta por qué practico este «deporte de brutos»— que vengo sobre todo para estar en forma. Ella responde inmediatamente, como si fuera obvio: «Ah sí, y además en este barrio no viene mal saber defensa personal. También hay que tenerlo en cuenta». El 17 de junio de 1989, mientras salto a la soga, después de una sesión de sparring, Oscar, el manager de Little Keith, me pregunta si voy a hacerme profesional; lo tranquilizo diciéndole que soy sólo un boxeador diletante, pero que me gustaría participar en algún combate amateur: «Porque no peleas mal, te defiendes bien, sabes... Y además te da seguridad en la calle porque te puedes defender mejor».

<<

[\*] La licencia amateur puede obtenerse a partir de los trece años y algunos torneos autorizan la participación de niños de diez años, a los que se llama *sub-novices*. Según Henri Allouch, casi 30 000 niños menores de quince años tienen licencia y disputan más de 20 combates anuales en Norteamérica [\[36\]](#).<<

[\*] Los comentaristas especializados se quejan a veces de la regulación —cada vez más ineludible— de la violencia pugilística, que denuncian como una «feminización» del boxeo y que lo desnaturaliza: reducción del número de asaltos de 15 a 12 en los campeonatos, importancia creciente de los médicos, período de espera obligatorio después de un combate terminado en KO y sobre todo la mayor libertad de los árbitros para detener un combate cuando uno de los boxeadores parezca no poder defenderse o tener una herida grave.<<

[\*] Los boxeadores profesionales no revelan jamás el importe de su salario, ni siquiera a sus compañeros de sparring habituales; todas las negociaciones y transacciones monetarias entre púgiles, entrenadores, mánagers y organizadores se hacen *sub rosa*<sup>[38]</sup>.<<

[\*] A los antiguos boxeadores que acaban su vida como espectadores pasivos de los *gyms* se les da el apelativo revelador de *lifer*, que en el argot de la cárcel significa «condenado a cadena perpetua<sup>[39]</sup>». <<

[\*] La mayoría de los *gyms* que he observado en Chicago y visitado en otras ciudades exponen su reglamento en forma de lista escrita en la puerta de entrada o en la pared, o incluso suspendida en el techo de forma que se vea. Parece que cuanto más inestables y socialmente diversos son los socios de una sala, más explícito es el reglamento.<<

[\*] Por este motivo sin duda los estudios sociológicos más perspicaces siguen siendo, pasados 30 años de su redacción, los dos pequeños artículos ya citados de Nathan Hare (un joven boxeador profesional que después se doctoró en Sociología por la Universidad de Chicago) y del equipo formado por Weinberg (un sociólogo boxeador amateur) y Arond (un entrenador).<<

[\*] «Llamo técnica a un acto tradicionalmente eficaz», escribió Marcel Mauss antes de subrayar que el cuerpo es «el primer y más natural objeto técnico y, al mismo tiempo, herramienta del hombre» (*op. cit.*, p. 371).<<



[\*] Como ha señalado acertadamente Gerald Eariy, «la palabra que viene a la cabeza más que ninguna otra cuando se observa a los boxeadores manos a la obra en el *gym* es “proletariado”. Estos hombres están empeñados en una labor honesta y completamente espantosa y, lo que es más sorprendente, este trabajo es todavía más grotesco que la pesadilla de la cadena de montaje. Y proletariado es una palabra completamente adecuada para estos boxeadores a los que llamamos tontos y paquetes [*stiffi and bums*]». <sup>[45]</sup><<

[\*] Hay que subrayar que las formas de respeto habituales en el *gym* son formas exclusivamente masculinas, que afirman no sólo la solidaridad y la jerarquía de los boxeadores entre sí sino, además, y de una forma más eficaz puesto que no es conciente, la superioridad de los hombres (es decir, de los «verdaderos» hombres) sobre las mujeres, término físicamente ausente pero simbólicamente omnipresente en negativo tanto en la sala como en el universo pugilístico.<<

[\*] Los boxeadores comparan la experiencia sensorial del entrenamiento intensivo (y del combate) con la cópula o el orgasmo. Para una comparación instructiva con la sensación de «fluir» de los alpinistas, léase el estudio de R. G. Mitchell *Mountain Experience*<sup>[49]</sup><<

[\*] Ésta escapará con mayor motivo al lector, que sólo puede entrar en el universo pugilístico mediante la lectura. Desgraciadamente, la transcripción transforma irremediabilmente la experiencia que se intenta comunicar. Lo que Alfred Willener dice de la música se puede aplicar al boxeo: «Uno de los escollos de la sociología de la música sigue siendo que no sabemos muy bien cómo hablar de ella. Hay que traducir a lenguaje no musical un sentido musical<sup>[53]</sup>». <<

[\*] Aun así, hay que subrayar las diferencias apreciables dependiendo de los gimnasios y de las personas: algunos boxeadores prefieren «dar vueltas» regularmente aunque no tengan previsto ningún combate, bien para estar listos por si se presentara una ocasión a última hora o porque se aficionan a los asaltos. Otros clubes de Chicago con entrenadores menos considerados (o menos competentes) dejan más libertad. El *gym* municipal de Fuller Park, por ejemplo, es famoso por su laxitud a este respecto: según varios boxeadores que se entrenaban allí antes de anotarse en el Woodlawn Boys y lo que yo he podido observar, las sesiones de sparring, donde compañeros de nivel muy desigual se muelen a palos, sin freno de ningún tipo ni vigilancia, son moneda corriente.<<

[\*] Si un boxeador muy superior, en peso o técnica, omite esta regla y aplica un correctivo a su compañero de sparring, tiene garantizada la reprimenda de DeeDee. El peso semipesado Smithie fue severamente amonestado por seguir boxeando después de partirme la nariz y llenarme de sangre durante una sesión especialmente ruda (sobre todo porque había dejado KO a mi amigo Olivier la semana anterior).<<

[\*] Habría que analizar, según la perspectiva de Goffman, los «ritos de interacción» específicos del sparring que sirven para reafirmar periódicamente el carácter mesurado y lúdico de la violencia que pone en escena, para solemnizar el respeto mutuo de los combatientes y dibujar los límites fluctuantes de sus retozos.<<

[\*] Podríamos demostrar que esta «educación emocional» no se limita sólo al púgil: engloba al conjunto de especialistas del oficio (entrenadores, mánagers, árbitros, jueces, promotores, etc.) e incluso afecta al público.<<



[\*] Encontramos este estereotipo en muchos trabajos universitarios, como la tesis histórica sobre la evolución deportiva de Alien Gutman, *From Ritual to Record: The Nature of Modern Sports*<sup>[67]</sup>, y de apariencia universitaria, como la enciclopedia de clichés académicos y periodísticos trasnochados sobre el boxeo compilada a partir de artículos de periódicos y revistas deportivos por André Rauch, *Boxe, violence du XX siècle*, obra que comprende entre otros un plagio grosero de mi artículo de 1989 en el que se basa este libro<sup>[68]</sup>.<<

[\*] Vislumbramos de paso todo lo que la sociología inspirada en la teoría de juegos ganaría tomando como paradigma un juego tan «corporal» como el boxeo en lugar de una lucha eminentemente intelectual como el ajedrez o la estrategia militar.<<

[\*] Pienso por ejemplo en el libro de Peter Pasquale *The Boxer's Workout: Fitness for the Civilized Man*, que invita a los ejecutivos agresivos a descubrir la diversión del boxeo... a domicilio, sacudiendo una bolsa en el garaje: «Este libro está dedicado a la creciente legión de ejecutivos, desde contables hasta actores pasando por corredores de Bolsa, médicos y empresarios, para los que el entrenamiento del boxeador es un ingrediente importante de su éxito profesional». Ninguno de los boxeadores de Woodlawn tiene una bolsa en su casa. Para DeeDee, entrenarse en casa es un contrasentido, aunque la mayoría de los ejercicios específicos se puedan realizar de hecho «en un armario<sup>[78]</sup>». <<

[\*] Jean Lave muestra que, incluso en el caso de la aritmética, saber eminentemente intelectual si los hay, no es posible separar el cuerpo, el ser, la actividad soporte del aprendizaje y el marco social y físico de su utilización<sup>[81]</sup>.<<

[\*] Durante estas fases es cuando descubro, como ocurre con el investigador en el ámbito académico, que no hay nada peor para un boxeador en el *gym* que la indiferencia. Me siento aliviado cuando DeeDee vuelve a sus reprimendas.<<

[\*] El «Bombardero de Ébano», cuya ascensión coincide con la segunda «edad de oro» del boxeo profesional en Norteamérica, se convierte en héroe nacional por haber derrotado simbólicamente con sus puños al nazismo encarnado en el campeón alemán Max Schmelling en junio de 1938, pero sobre todo una leyenda viva para la comunidad afroamericana, a la que confiere orgullo étnico y confianza derribando en el ring el mito de la inferioridad congénita de los negros<sup>[84]</sup>.<<

[\*] Esta «doble actividad» es típica: con la excepción de los entrenadores de boxeo empleados por el departamento de parques y jardines de la ciudad, todos los entrenadores de Chicago ejercen una actividad profesional fuera del *gym*. <<

[\*] Un combate de boxeo consta de tres asaltos para los aficionados y cuatro, seis, ocho o diez para los profesionales dependiendo del nivel (doce en un título mundial). Cada asalto dura tres minutos con un minuto de descanso entre dos asaltos consecutivos.<<



[\*] Las salas descritas por Hauser (*op. cit.*) y Plummer (*op. cit.*) tienen cronómetros automáticos que señalan el inicio y el final de cada asalto con dos sonidos diferentes. Los otros *gyms* de Chicago funcionan con una campana eléctrica.<<

[\*] Las observaciones de Howard Becker sobre la fotografía se pueden aplicar aquí: al igual que hay que saber descifrar un cliché de acuerdo con un código específico para obtener toda la información sociológica que contiene<sup>[90]</sup>, así el aprendiz de boxeador no podrá obtener todo el provecho de los «consejos visuales» que recibe de sus compañeros hasta que no sepa descifrar todos los mensajes que se emiten a su alrededor.<<

[\*] Ningún entrenador ni boxeador de Woodlawn lleva un registro en el que consigne la composición de sus sesiones de entrenamiento, su alimentación, la duración y longitud de las carreras ni tan siquiera su peso, como recomienda por ejemplo el método de boxeo de Jean-Claude Bouttier y Jean Letessier<sup>[94]</sup>.<<

[\*] Como se hace en deportes más racionalizados y burocratizados, como el básquetbol o el fútbol americano, donde los entrenadores están acompañados de una corte de ayudantes especializados que ven las grabaciones de los partidos de los equipos contrarios, recopilan toneladas de estadísticas detalladas sobre cada uno de los jugadores y sus tendencias, van a «espiarlos» durante los entrenamientos, etc<sup>[95]</sup>.  
<<

[\*] Si el adversario de uno de sus boxeadores puede plantearle algún problema (como que sea zurdo y boxee con la «guardia invertida», por ejemplo), Eddie utiliza a veces el video para ver sus combates y puede, incluso (pero es excepcional), desplazarse para observarlo sobre el ring (lo que confirma la hipótesis del avance de un nuevo modo de preparación más «moderno» en el seno del Club Woodlawn Boys). Lo que sabemos de la preparación de los campeones a través de las autobiografías y de la prensa especializada no permite zanjar, en un sentido u otro, la cuestión de la racionalización del entrenamiento pugilístico: los mismos que adoptan las técnicas científicas, dietéticas y médicas más avanzadas están dispuestos a volver a los métodos venerables establecidos por la tradición después de una derrota (pero no a la inversa).<<

[\*] Tanto es así que podríamos dar un sentido a la noción original de «talento» después de la crítica radical que hace de ella Daniel Chambliss<sup>[96]</sup>.<<

[\*] Son las dos partes del cuerpo del púgil más expuestas a daños severos: fracturas de las manos (metacarpo, pulgar, articulaciones), de la nariz y la mandíbula, cortes cutáneos, desprendimiento de retina, lesiones cerebrales crónicas que pueden acabar en *dementia pugilística*, hematomas repetidos en las orejas que pueden terminar en desprendimiento del pabellón auditivo<sup>[98]</sup>.<<

[\*] Recordemos que «el sentido práctico orienta las “elecciones” que, a pesar de no ser deliberadas, no dejan de ser sistemáticas y que, sin estar ordenadas ni organizadas respecto de un fin, no dejan de tener una finalidad retrospectiva<sup>[100]</sup>». <<



[\*] William Plummer relata prácticas similares en una sala del East Harlem neoyorquino (*op. cit.*, p. 62).<<

[\*] Vemos aquí la oposición clásica, establecida por Bourdieu para la clase obrera argelina, entre dos tipos de posición social y entre los sistemas de expectativas y disposiciones respectivos<sup>[104]</sup>.<<

[\*] Siempre es posible combatir en la categoría superior forzando un poco. Pero supone un obstáculo considerable, por razones puramente físicas de la diferencia de peso (y de tamaño) entre divisiones que llevan aparejadas tácticas diferentes. Son raros los púgiles que pueden subir de categoría sólo «llevando su pegada con ellos», según la expresión consagrada.<<

[\*] En los combates locales y regionales, tanto amateurs como profesionales, las diferencias de peso son raramente decisivas y es excepcional que un mánager decida retirar a su pupilo de un combate en el último momento con la excusa de que su adversario está ligeramente por encima del peso reglamentario, como le permite el contrato firmado con antelación. Sin embargo, cuanto más se sube en la jerarquía del Noble Arte, más se afina la administración del peso, especialmente en las categorías intermedias, de los pesos ligeros y medios. Una diferencia de medio kilo puede bastar para alterar el resultado de un enfrentamiento reñido. Un ejemplo es el primer encuentro entre Thomas “The Motor City Hitman“ Hearn y Sugar Ray Leonard en 1981: los especialistas explican la derrota de Hearn por KO técnico en el decimocuarto asalto por el hecho de que había concedido sin motivo una libra a su adversario subiendo a la balanza por debajo del peso máximo autorizado para su categoría.<<

[\*] Como ocurrió trágicamente con Big Earl, un peso pesado truculento a quien le gustaba «dar vueltas» con los amateurs más ligeros para que trabajaran su técnica ofensiva. Varias veces DeeDee había manifestado su inquietud por la súbita pérdida de peso, que le parecía desproporcionada al esfuerzo realizado en la sala por su rapidez y cuantía. De hecho, Big Earl moriría algunas semanas más tarde en el hospital de una leucemia fulminante provocada por la manipulación de productos tóxicos en su trabajo como técnico de una empresa de fotoduplicación. El viejo entrenador estaba en lo cierto cuando supuso que Big Earl estaba gravemente enfermo.<<

[\*] El combate por el título mundial de los superwelter versión CMB disputado en febrero de 1989 por René Jacquot y Donald «The Cobra» Curry es un buen ejemplo de gestión de éxito del boxeador francés y su entorno. Superado por el acontecimiento, Jacquot «vence» a Curry en el momento en que éste goza aún de un gran prestigio, aunque ya está en declive (acababa de sufrir dos derrotas mortificantes antes de recuperar el cinturón de campeón del mundo). Lo que debía haber sido un simple combate de preparación para un «segundo advenimiento» para el Cobra, la «muerte en directo» de un adversario gris y necesitado, se transformó en derrota, dando al francés la oportunidad inesperada de «entrar en la leyenda» del boxeo<sup>[105]</sup>.

<<

# Notas de Sacrificio

[\*] No es casual que la expresión «cuerpo y alma» sea el título de numerosas películas, novelas, artículos y cuadros sobre el boxeo profesional (así como de música, arte y religión); la más ramosa es la película de Roben Rossen de 1947. <<



[\*] Se rumorea que Joe Louis tomaba baños de azufre para bajar de 238 libras a 218 cuando regresó para enfrentarse a Ezzard Charles en 1950 tras su retirada. Treinta años después, Mohamed Alí tomaba un medicamento para la tiroides que produce una deshidratación severa en su poco acertado intento de regresar al ring y conseguir un cuarto título de los pesos pesados a pesar de que su cuerpo estaba agotado.<<

## **Notas de «Una velada en el Studio 104»**

[1] Encontraremos un análisis de este oficio, así como de la organización económica y financiera del boxeo profesional en Estados Unidos, en Loïc Wacquant, «A Fleshpeddler at Work: Power, Pain, and Profit in Prizefighting Economy», *Theory and Society*, febrero 1998, xxvii, 1, pp. 1-42.<<

[2] *United States Senate, Hearings on Corruption in Professional Boxing Before the Permanent Committee on Governmental Affairs, One Hundred Second Congress, August 11-12, 1992, Washington, Government Printing Office, 1993.*<<

[3] In-Jin Yoon, *On My Own: Korean Businesses and Race Relations in America*, Chicago, The University of Chicago Press, 1997; Jennifer Lee, «Cultural Brokers: Race-Based Hiring in Inner-City Neighborhoods», *American Behavioral Scientist*, abril 1998, xli, 7, pp. 927-937.<<

[4] Véanse Terry Williams, *Crackhouse: Notes from the End of the Line*, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, 1992, y Philippe Bourgois, *Searching for Respect: Selling Crack in El Barrio*, Cambridge, MA, Cambridge University Press, 1995.<<

[5] Para un resumen de este experimento sociológico-pugilístico, léase «Bienvenue au ghetto», *L'Équipe magazine*, 27 octubre 1990, 471, pp. 68-71 y 75.<<

[6] Patricia A. Turner, *I Heard It Through the Grapevine: Rumor in African-American Culture*, Berkeley, University of California Press, 1993. Encontramos una versión de esto en el relato que un «traficante de la calle» hace de su vida en el South Side (Loïc Wacquant, «“The Zone”: le métier de "hustler" dans le ghetto noir américain», Pierre Bourdieu *et al.*, *La Misère du monde*, París, Seuil, 1993, pp. 181-204).<<



[7] Sobre el papel fundamental de estos establecimientos en la reproducción de la sociabilidad expresiva de la comunidad negro-americana, léase el bello libro de Michael J. Bell *The World From Brown's Lounge: An Ethnography of Black Middle-Class Play*, Urbana, University of Illinois Press, 1983.<<

[8] Howard S. Becker, *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Nueva York, The Free Press, 1963.<<

[9] Véase Loïc Wacquant, «A Fleshpeddler at Work», *art. cit.*, pp. 6-14.<<

[10] Loïc Wacquant, «La boxe et le blues», *Les Cahiers de URSA*, Montpellier, febrero 1998, 2, pp. 223-233.<<

[11] Sobre el lugar de las justas verbales y la importancia del arte de hablar bien en la cultura y sociabilidad afroamericanas (de la que el rap es el último episodio en la esfera comercial), podemos consultar Roger D. Abrahams, *Down in the Jungle. Negro Narrative Folklore from the Streets of Philadelphia*, Nueva York, Aldine de Gruyter, 1963, y Thomas Kochman, *Rappin' and Stylin Out: Communication in Urban Black America*, Urbana, University of Illinois Press, 1972.<<

[12] Loïc Wacquant, «The Prizefighter's Three Bodies», *Ethnos*, noviembre 1998, LXIII, 3, pp. 325-352.<<

[13] Loïc Wacquant, «A Fleshpeddler at Work», *art. cit.*, pp. 23-30.<<

[14] Teddy Brenner y Brian Nagler, *Only the Ring was Square*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1981, p. 22.<<



[15] Steven Brunt, *Mean Business: The Rise and Fall of Shawn O'Sullivan*, Harmondsworth, Penguin, 1987, p. 201.<<

[\*] El promotor es el intermediario entre el organizador y los mánagers que contrata y empareja a los boxeadores de forma que «completen» el cartel de una velada pugilística<sup>[1]</sup>. <<

[\*] Por su larga tradición y los numerosos clubes del gueto norte de la ciudad, Filadelfia es uno de los crisoles del boxeo estadounidense y sus boxeadores son famosos y temidos en todo el país por ser fieros y correosos —a semejanza de «Smokin'» Joe Frazier, gran rival de Mohamed Alí en los años setenta. La enfermedad a la que se refiere DeeDee es la artrosis de las rodillas y de las muñecas que sufre desde la adolescencia y por la que recibe una pequeña pensión de invalidez, así como asistencia médica gratuita (sin la cual quedaría condenado a la indigencia por el costo astronómico de la asistencia médica).<<

[\*] En el lenguaje pugilístico, el término «paquete» designa a un adversario de inferior calidad, con el que se pelea porque da todas las garantías de una victoria fácil.<<

[\*] En el argot local, el término *heathen* (literalmente «pagano», «salvaje») designa un tipo tosco, sin educación ni maneras, que se comporta infringiendo las normas elementales de educación. Era corriente en la sala de Woodlawn, donde podía utilizarse como acusación o en un registro afectuoso, como veremos más adelante entre Curtis y DeeDee.<<

[\*] En Estados Unidos no existe un organismo nacional encargado de regular el boxeo profesional. Cada Estado es libre de regular (o no) la profesión de acuerdo con los principios y modalidades propios. De los 50 miembros de la Unión, 44 disponen de una «Comisión» encargada de los asuntos pugilísticos. La gran mayoría son organismos desprovistos de autoridad y de medios: dependientes de las autoridades veterinarias o encargadas de la protección de los consumidores, a principio de los años noventa no disponían ni siquiera de un teléfono o de fax para comprobar la identidad y el récord de los boxeadores a los que expedían una licencia. Lo que explica que los boxeadores sean con mucho los atletas profesionales menos protegidos del país. Como demostró una comisión de investigación del Senado, las irregularidades, trampas y malversaciones son habituales<sup>[2]</sup>.<<

[\*] El hecho de entregar la bolsa del boxeador por adelantado, a su entrenador y a la vista de todo el mundo, es triplemente raro: por regla general los pagos en el universo pugilístico se efectúan sólo después del combate, detrás de una puerta cerrada y entre el organizador y el mánager del boxeador, para los que tienen uno. Se puede ver un indicio del hecho de que la velada se armara rápidamente, en colaboración estrecha entre Jack Cowen y el club Woodlawn Boys, para que Curtis estuviera activo a la vista de un posible combate mejor remunerado en Atlantic City; en dos ocasiones el mes anterior había estado a punto de ser convocado como adversario de un boxeador de categoría mundial para una velada televisada desde un casino.<<

[\*] De hecho, después me enteraría de que el total de entradas vendidas en la velada ascendía a 178 solamente (de las que 104 fueron vendidas por Curtis y sus amigos) y que el mánager de Curtis tuvo que pagar de su bolsillo el caché de su adversario para asegurar a su boxeador la cabecera del cartel y «darle trabajo».<<



[\*] La red de autobuses Greyhound, que une las principales ciudades del país, es el medio de transporte de larga distancia de los pobres en Norteamérica. Es utilizado principalmente por las familias del (sub)proletariado negro e hispano que no tienen coche ni medios para viajar en avión.<<

[\*] Si no hay un sustituto de última hora, un boxeador puede exigir al organizador de la velada que aumente ligeramente su caché para enfrentarse a un adversario con un claro sobrepeso, seguro de que será restado de la remuneración del boxeador con exceso de peso. Un organizador puede modificar libremente el programa de combates en el último momento sin obligación de reembolsarlo. Así, es insignificante que el nombre de uno o varios de los boxeadores que figuran en el cartel anunciador de la velada (a menudo con una ortografía dudosa) no esté en el programa.<<

[\*] La inmensa mayoría de los comercios del gueto negro pertenece a pequeños propietarios de origen árabe (libaneses, sirios, palestinos) y asiático (coreanos y chinos) que emplean a mano de obra familiar y cuyas normas culturales en materia de relaciones personales estipulan distancia y discreción. De ahí las tensiones con los habitantes que perciben a estos comerciantes como intrusos que, además de «chupar» el dinero de la comunidad afroamericana sin reinvertirlo, los tratan con frialdad y desprecio<sup>[3]</sup>.<<

[\*] Una *crackhouse* es un lugar (a menudo un edificio abandonado) en el que se puede comprar y consumir cocaína vendida en forma de «rocas» en las «galerías» reservadas a este fin<sup>[4]</sup>.<<

[\*] Alusión a la teoría del «complot gubernamental» que se rumorea y denuncia en amplias capas de la comunidad afroamericana bajo el nombre de «The Plan», según la cual es el Estado el que proporcionaría bajo cuerda la droga a los barrios negros para impedir la movilización de sus habitantes y acallar las reivindicaciones de igualdad racial<sup>[6]</sup>.<<

[\*] Mi edificio estaba situado en la frontera entre el gueto negro de Woodlawn y el barrio blanco y próspero de Hyde Park, recinto fortificado de la Universidad de Chicago, y la policía patrullaba permanentemente la calle, así como los vigilantes privados de la Universidad (la tercera más importante del Medio Oeste por el número de alumnos). Ambas tenían merecida fama por efectuar controles por el aspecto y maltratar a los jóvenes negros de los alrededores.<<

[\*] Un confidente bien informado al que dije que estaría interesado en entrevistar a Lowhouse me respondió bruscamente: «Ese tipo es un criminal, un ignorante, no sacarás nada. Te aconsejo que no lo entrevistes, es perder el tiempo. Es grosero, suspicaz... Y los tipos que van a su bar son peligrosos. Para él los combates son sólo *business*: le da dinero a alguien para que los organice y eso es todo, no le importa nada y no tiene ni idea. Además, no aceptaría que lo entrevistaras». <<

[\*] «Venga a escuchar a su diputado: Gus Savage. Décimo informe anual sobre el estado de nuestra democracia el día de la fiesta de la Independencia (Legislación en trámite) 4 de Julio...».<<



[\*] De este modo un mánager o promotor «coloca» a un boxeador «echándole» rivales inferiores hasta que tenga un récord que le permita postularse para los combates televisados, en los que las ganancias son importantes<sup>[9]</sup>.<<

[\*] En las dos semanas previas al combate Curtis se había quejado varias veces de un misterioso problema en el hombro que le bloqueaba de pronto el brazo, una forma de llamar la atención de su entrenador (e indirectamente de su mánager) sobre su desastrosa situación financiera, que la velada en el Studio 104 no bastaría para remediar.<<

[\*] Esta atracción por la escena no es exclusiva de los boxeadores: los oficios físicos y el sentido de la representación ocupan un lugar primordial en la sociedad urbana de los negros norteamericanos, desde la música hasta la religión pasando por el deporte, el teatro y la política<sup>[10]</sup>.<<

[\*] De hecho, los seis jóvenes franceses y sus tres acompañantes durmieron en camas de campaña en los vestuarios del Boys Club de Yancee, con la puerta del club cerrada con candado desde el exterior para evitar que alguno se aventurara a salir por la noche en el barrio.<<

[\*] Los entrenadores no pierden ocasión de recordar a sus pupilos, aunque sea bromeando, el mandamiento del «sacrificio» que dice que el boxeador debe limitar estrictamente todo contacto erótico para no debilitar ese instrumento de lucha viril que es su cuerpo<sup>[12]</sup>.<<

[\*] Rising Star Promotions es el testaferro local de Cédric Kushner (por mediación de Jack Cowen), uno de los cuatro principales organizadores que se repartían el mercado nacional con Don King Promotions, Top Rank Inc. (la empresa de Bob Arum) y Main Events (dirigida por el promotor de conciertos de rock Shelly Finkel y el mánager-entrenador Lou Duva).<<

[\*] Los managers asumen el déficit de explotación, puesto que han depositado inicialmente los fondos para organizar la velada con el fin de mantener a sus boxeadores activos y permitirles hacerse un récord. En este nivel del mercado pugilístico, el único que obtiene beneficios es el *matchmaker*, puesto que no invierte nada de su bolsillo y se lleva una comisión como intermediario, un porcentaje de las bolsas de los boxeadores (10%) y un fijo por encargarse de la administración<sup>[13]</sup>.<<

[\*] Ilustración concreta del dilema al que todo *matchmaker* se enfrenta por la propia naturaleza de su actividad: cuando los combates van bien, se honra a los boxeadores y a su entorno y él desaparece en el decorado; en el caso contrario, pasa a ser el centro de los reproches y recriminaciones de forma que se convierte en el «hombre más impopular de la ciudad», como cuenta el célebre *matchmaker* del Madison Square Garden, Teddy Brenner, en su autobiografía *Only the Ring was Square*<sup>[14]</sup>. <<



[\*] Se designa así a la media docena de salas y «campos de entrenamiento» diseminados por el país que suministran bajo pedido y en cantidades industriales a los boxeadores mediocres «de los que puede estar seguro de que perderán frente al boxeador de la casa. Estos “rivales” no necesitan ningún estímulo para perder. Hace tanto que van de derrota en derrota que es su marca de fábrica. Un puñado de victorias, y su valor en el mercado se derrumba: un organizador que busque carne de cañón no va a correr riesgos<sup>[15]</sup>». <<

[\*] Las instrucciones dadas por el entrenador durante un combate son siempre muy limpias y repetitivas. Consisten invariablemente en recordar los fundamentos (mantener la guardia alta, avanzar con directos, encadenar series, etc.) y, en su caso, llamar la atención a su pupilo sobre un defecto técnico o una falla táctica grave de su rival. Esto es para focalizar la energía mental del boxeador sin cortar los automatismos obtenidos pacientemente en los entrenamientos.<<

[\*] En la jerga pugilística esta táctica de desesperación se llama *to go for broke*. Consiste en reunir todas sus fuerzas y correr todos los riesgos en un último asalto intentando el KO.<<

[\*] La tradición obliga a que los locutores del ring anuncien siempre el nombre del vencedor dos veces con una entonación y ritmo codificados, la primera vez alargando las vocales a gritos, la segunda breve y con una voz más grave.<<

[\*] Un *doggy bag* (literalmente «bolsa para perritos») es la bolsa de papel en la que los clientes de un restaurante se llevan las sobras de la comida.<<

[\*] Una noche en una discoteca del South Side había repetido sin darme cuenta ese paso de baile «firmado» por el rapero M. C. Hammer con tal exactitud que el DJ pidió a la gente que se apartara para dejarme la pista. Por eso me pusieron el apodo de *The French Hammer* (el martillo francés), lleno de ironía en el contexto de la sala de boxeo, donde indicaría mi potencia de pegada.<<

## **Notas de «"Busy" Louie en los Golden Gloves»**

[1] Joyce Carol Oates, *On Boxing*, *op. cit.* <<



[2] Por ejemplo Pete Hammill, *Boxers*, Nueva York, Bantam, 1977.<<

[3] Este trabajo de fabricación corporal del hábito pugilístico está desmenuzado en Loïc Wacquant, «Pugs at Work: Bodily Capital and Bodily Labor Among Professional Boxers», *Body and Society*, marzo 1995,1, 1, pp. 65-94.<<

[4] Léase Loïc Wacquant, «Protection, discipline et honneur: une salle de boxe dans le ghetto américain», *Sociologie et société*, primavera 1995, xxvii, 1, pp. 75-89.<<

[5] Leonard Gardner, *Fat City*, *op. cit.* <<

[6] Jean-François Laé, «Chausser les gants pour s'en sortir», *Les Temps Modernes*, 521, diciembre 1989, p. 129.<<

[7] Paddy Flood, citado por Sam Toperoff, *Sugar Ray Leonard and Other Noble Warriors*, Nueva York, McGraw-Hill, 1987, p. 32.<<

[8] Citado por José Torres, *Fire and Fear: The Inside Story of Mike Tyson*, Nueva York, Warner Communication Books, 1989, p. 60. <<

[\*] Frecuentemente se ha señalado<sup>[2]</sup> —con razón, según mi experiencia— que los púgiles son a menudo fuera del ring gente llena de dulzura, ávida de exteriorizar la amabilidad que les está prohibida entre las cuerdas.<<



[\*] Según el paradigma de Tully, el personaje desgarrador de la novela de Leonard Gardner *Fat City*<sup>[5]</sup>, llevada a la pantalla por John Huston con el mismo título. Como escribió Jean-François Laé: «El simple hecho de subir al ring es una promoción. La derrota no marca a un hombre a fuego, ni mucho menos. No se la teme, no se la evita a cualquier precio<sup>[6]</sup>». <<

[\*] Declaración de Paddy Flood, entrenador de Sugar Ray Leonard cuando era amateur<sup>[7]</sup>.<<

[\*] Referencia al sobrenombre de Joe Louis en los años 1930-1940, el «Bombardeo de Ébano» [The Brown Bomber].<<